

Jill Alexander Essbaum



La buena esposa



Lectulandia

Anna no tiene palabras para contar su tedio, pero tiene un cuerpo que se abre a quien lo quiera. El sexo en hoteles apartados o en los apartamentos de sus amantes ocasionales es el bálsamo que la consuela. Son mañanas y tardes de pocas palabras y gestos convulsos, llamadas desesperadas de madrugada para buscar consuelo donde no lo hay, y un cansancio infinito. Luego, cuando todo acaba, Anna vuelve a ponerse las medias y la sonrisa que corresponden a una buena esposa, y camina resignada hacia el hogar.

¿Cuánto va a durar la farsa?

Habrá que leer esta espléndida novela para saber más, pero vaya por delante que las mujeres que se aburren son peligrosas e incluso pueden cuestionar la dichosa puntualidad de los trenes suizos...

Lectulandia

Jill Alexander Essbaum

La buena esposa

ePub r1.0

Titivillus 12.09.2018

Título original: *Hausfrau*
Jill Alexander Essbaum, 2015
Traducción: Eugenia Vázquez Nacarino

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi padre, Jim Schulz (1942-1999).

SEPTIEMBRE

Primera estrofa del «Schweizerpsalm»,
el himno nacional de Suiza.

LUDWIG WITTGENSTEIN,

CARL JUNG,

JOAN CRAWFORD.

1

Bien mirado, Anna era una buena esposa.

A media tarde, el tren en el que viajaba primero dio un bandazo y luego tomó con suavidad una curva en la vía antes de entrar en la estación de Dietlikon a la hora y treinta y cuatro, como siempre. No es un mero tópico, es un hecho irrefutable: los trenes suizos son puntuales. La S8 tenía su origen en Pfäffikon, una pequeña localidad situada a treinta kilómetros. Desde Pfäffikon la línea subía bordeando el lago de Zúrich, pasaba por Horgen, en la orilla oeste, por Thalwil, por Kilchberg. Pueblos minúsculos donde transcurrían vidas minúsculas. Desde Pfäffikon, el tren hacía dieciséis paradas antes de llegar a Dietlikon, el minúsculo pueblo donde transcurría la vida de Anna, tan minúscula que un mero horario de trenes modulaba sus planes cotidianos. El autobús de Dietlikon no llegaba al centro de la ciudad. Los taxis eran caros y poco prácticos. Y aunque la familia Benz tenía coche, Anna no conducía. Nunca se había sacado el carnet.

Así que su mundo estaba estrictamente regido por las idas y venidas de las locomotoras, por la disposición de Bruno, el marido de Anna, o de Ursula, la madre de Bruno, para llevarla a los sitios donde no se podía ir en autobús, y por el motor de sus propias piernas y la distancia que pudieran abarcar, que rara vez era tanta como habría deseado.

Pero los trenes suizos son muy puntuales, y Anna se las arreglaba con las mínimas molestias. Le gustaba viajar en tren; disfrutaba dejándose arrullar por el balanceo de la marcha.

Edith Hammer, otra expatriada, le dijo una vez a Anna que los trenes suizos se retrasaban solo por un motivo: «Cuando alguien se tira a la vía».

La doctora Messerli le preguntó a Anna si en alguna ocasión se había planteado el suicidio o intentado quitarse la vida.

—Sí —reconoció Anna contestando a la primera pregunta. Y a la segunda—: Defina «intentar».

La doctora Messerli era rubia, menuda, de una edad indeterminada pero ya madura. Visitaba a sus clientes en una consulta en la Trittligasse, una calle adoquinada con poco tráfico no muy lejos del Museo de Bellas Artes de Zúrich. Había estudiado psiquiatría clínica en Estados Unidos, pero había recibido su formación analítica en el Instituto Jung de Küsnacht, un municipio de Zúrich a siete kilómetros escasos de la ciudad. Aunque suiza de nacimiento, la doctora Messerli hablaba un inglés impecable, si bien con un acento muy marcado. Sus consonantes eran rotundas, y las vocales, largas como arcos parabólicos, a veces sonaban tan cerradas que inducían a confusión: «¿Qué pieeensa, Aaanna?», le preguntaba a menudo la doctora (casualmente cuando menos probable era que ella contestara con sinceridad).

Invariablemente, Anna se encogía de hombros con desidia y decía las únicas

palabras que creía que merecía la pena decir.

—No lo sé.

Salvo que, por supuesto, casi siempre lo sabía.

Esa tarde lloviznaba. El tiempo en Suiza es cambiante, aunque rara vez extremo en el cantón de Zúrich, y menos en septiembre. Era septiembre, porque los hijos de Anna ya habían vuelto al colegio. Desde la estación Anna recorrió con lentitud culpable el medio kilómetro de la calle que atravesaba el centro de Dietlikon, demorándose en los escaparates de las tiendas, apurando los últimos instantes robados. Toda la euforia poscoital se había desvanecido, y ahora solo podía sostener en la mano las riendas del hastío. No era un sentimiento nuevo. Solía apoderarse de ella una languidez agotadora que la lastraba. Las gafas en oferta en la vitrina de la óptica la adormecieron. Bostezó frente a la pirámide de medicamentos homeopáticos de la farmacia. El canasto de paños de cocina junto al SPAR la aburrió casi sin remedio.

El aburrimiento, como el horario de los trenes, regía la vida cotidiana de Anna.

«¿Será verdad? —pensó Anna—. No puede ser del todo cierto». No lo era. Una hora antes Anna yacía desnuda, húmeda y abierta en la cama de un desconocido en un apartamento del barrio de Niederdorf en Zúrich, cuatro pisos por encima de los callejones sinuosos del casco antiguo y las calles adoquinadas, con badulaques que vendían kebabs y restaurantes donde se servían cazuelas de queso emmental fundido para compartir.

«He perdido la poca vergüenza que me quedaba», pensó.

—¿Hay alguna diferencia entre la vergüenza y la culpa? —preguntó Anna.

—La vergüenza es extorsión psíquica —contestó la doctora Messerli—. La vergüenza miente. Avergüence a una mujer y creará que obra intrínsecamente mal, que está en falta permanente. Solo confiará en sus fracasos. Nunca podrá convencerla de otra cosa.

Eran casi las tres de la tarde cuando Anna llegó al colegio de sus hijos. La escuela municipal estaba al lado de la plaza del pueblo, entre la biblioteca y una casa señorial de trescientos años de antigüedad. Un mes antes, el día de la fiesta nacional suiza, la plaza se abarrotó de ciudadanos que comían salchichas y se balanceaban como borrachos al compás de la música de una orquesta folclórica bajo los fuegos artificiales que iluminaban el cielo. Durante las maniobras militares, los soldados aparcaron los camiones del ejército en diagonales torcidas junto a la fuente del centro de la plaza, que en verano se llenaría de niños que chapoteaban desnudos mientras sus madres se sentaban en algún banco cercano a leer un libro y tomar yogur. Bruno había cumplido con su servicio de reservista hacía años; de la experiencia solo quedaba un fusil de asalto en el sótano. Y a Anna no le interesaban las novelas de bolsillo, y cuando sus hijos querían nadar los llevaba a la piscina municipal.

Ese día el tránsito en la plaza era escaso. Un trío de mujeres charlaban delante de la biblioteca. Una empujaba un cochecito, otra sujetaba una correa al final de la cual jadeaba un pastor alemán y la otra simplemente estaba de pie con las manos vacías. Eran madres de otros niños del colegio, y Anna les llevaba a todas unos diez años. Su piel lucía lechosa y turgente en zonas que ella sentía reseca y hundidas. En sus rostros se veía, pensaba Anna, una luminosa desenvoltura, un porte relajado, un lustre autóctono.

Anna no solía sentirse a gusto dentro de su propia piel. «Tengo la cara crispada y treinta y siete años —pensó—. Soy la suma de todos mis tics». Una madre la saludó con la mano, y su sonrisa, aunque de mera cortesía, fue sincera.

Había encontrado al desconocido en las clases de alemán. «Bueno, Anna, acabas de meterte su polla en la boca —se recordó—. Ya no puede decirse que sea un desconocido». Y no lo era. Se llamaba Archie Sutherland, era escocés, expatriado y, como Anna, alumno de la escuela de idiomas. «Anna Benz, estudiante de idiomas». Fue la doctora Messerli quien la había animado a apuntarse al curso de alemán (y, por una de esas asombrosas ironías de la vida, Bruno insistió en que visitara a un psicoterapeuta: «Estoy harto de tus putos dramas, Anna. Ve a que te arreglen la cabeza», le dijo). La doctora Messerli le dio luego a Anna un horario de clases.

—Ya va siendo hora de que tome un rumbo que la obligue a una participación más plena en el mundo que la rodea —dijo.

El afectado discurso de la doctora, aunque condescendiente, dio en el clavo. Iba siendo hora. Y tanto.

Al final de aquella cita, tras varios intentos más de convencerla, Anna se dio por vencida y accedió a inscribirse en una clase de alemán para principiantes en la Migros Klubschule, el curso que debería haber hecho cuando, nueve años antes, llegó a Suiza, con la lengua trabada, sin amigos, y ya desesperada por su suerte.

Hacía una hora Archie le había preguntado a Anna desde la cocina de su apartamento: ¿Le apetecía un café? ¿Un té? ¿Algo de comer? ¿No necesitaba nada? ¿Nada de nada? Anna se vistió con cautela, como si hubiera espinas en las costuras de su ropa.

En la calle se empezaron a oír los gritos de los niños que volvían al colegio después del almuerzo, mezclados con las voces de los turistas norteamericanos que resoplaban mientras subían la pronunciada cuesta que llevaba a la Grossmünster, la catedral de Zúrich, un recio edificio gris medieval, inconfundible, con dos torres simétricas que se alzan empotradas en la fachada de la iglesia y descuellan por encima del techo abovedado como las orejas de una liebre alerta.

O unas astas.

—¿Qué diferencia hay entre una necesidad y una carencia?

—Una carencia es algo que falta, pero no es esencial. Una necesidad es algo sin lo que no puedes sobrevivir. —La doctora añadió—: Si no puedes vivir sin algo, no

puedes.

«¿Nada de nada?». Igual que la doctora Messerli, Archie hablaba inglés con un acento marcadísimo, modulado no por las consonantes cambiantes del alto alemán, sino por palabras que se arremolinaban y reventaban al mismo tiempo. Aquí una erre ondulante, allá una cola de vocales entrechocando unas con otras como avivadas por el fuelle de un herrero. A Anna la atraían los hombres que hablaban con acento. Fue la cadencia foránea de Bruno al hablar en inglés la que dejó que le deslizara el pulgar, la lengua, por debajo de las bragas en la primera cita (además de la botella de Williams Birnen Schnaps, el aguardiente de pera que bebían hasta perder el sentido). En su juventud Anna tenía sueños dulces y húmedos en los que fantaseaba con hombres a los que amaría algún día, hombres que la amarían a ella. Les ponía nombres propios pero imprecisos, rostros extranjeros: Michel, el escultor francés con dedos largos cubiertos de arcilla reseca; Dmitri, el sacristán de una iglesia ortodoxa cuya piel olía a alcanfor, a jara, a resina de sándalo y mirra; Guillermo, su amante con manos de matador. Eran hombres espectrales, ensoñaciones de muchacha, pero armó a todo un ejército internacional.

Se casó con el suizo.

«Si no puedes vivir sin algo, no puedes».

A pesar de la sugerencia de la doctora Messerli para que se inscribiera en esas clases, Anna tenía un nivel básico de alemán. Se las apañaba. Sin embargo, su alemán solo destacaba por estar mal cultivado y por el esfuerzo hercúleo que le exigía hablarlo. No obstante, durante nueve años se las había arreglado con esos conocimientos rudimentarios. Anna había podido comprarle sellos a la mujer de la oficina de correos, hacer consultas con cierto grado de detalle a pediatras y farmacéuticos, describir el corte de pelo que deseaba a las estilistas, regatear precios en los mercadillos, charlar con los vecinos, y complacer a una pareja de afables pero perseverantes testigos de Jehová que cada mes llegaban a su puerta con un ejemplar en alemán de *Atalaya*. Anna también había podido, aunque con menos frecuencia, dar indicaciones a los extranjeros, adaptar recetas de programas de cocina, tomar notas cuando el deshollinador de la chimenea detallaba los riesgos de las juntas de mortero sueltas y los tiros obstruidos, y librarse de multas cuando, a petición del revisor, no podía mostrar el pase del tren para validarlo.

Aun así su dominio de la gramática y el vocabulario era pobre, carecía de fluidez, y las frases hechas y la sintaxis correcta se le escapaban por completo. Cada mes se presentaban docenas de situaciones en las que había de dejar una tarea en manos de Bruno. Él se ocupaba de los trámites burocráticos, de pagar el seguro, los impuestos, el recibo de la casa. Él rellenaba el papeleo para el permiso de residencia de Anna. Y Bruno manejaba la economía familiar, porque ocupaba un cargo directivo intermedio de banquero en Credit Suisse. Anna ni siquiera tenía una cuenta corriente.

La doctora Messerli alentó a Anna a adoptar un papel más activo en los asuntos familiares.

—Debería —reconoció Anna—. La verdad es que debería.

Ni siquiera sabía muy bien en qué consistía el trabajo de Bruno.

No había ninguna razón para que Anna no pudiera acercarse a las madres que charlaban en la plaza, ninguna regla que lo prohibiera, nada que le impidiera sumarse a la conversación sin más. A dos las conocía de vista y a una de nombre, Claudia Zwygart. Su hija Marlies iba a la clase de Charles en el colegio.

Anna no se acercó a ellas.

A modo de explicación, Anna resumió así su actitud: «Soy tímida y no me apetece hablar con desconocidos».

La doctora Messerli se mostró comprensiva.

—Es difícil para los extranjeros hacer amigos suizos.

El problema de fondo va más allá de un pobre dominio del alemán, bastante problema de por sí. Suiza es un país aislado, sellado en sus fronteras y neutral por elección durante dos siglos. Tiende la mano izquierda a refugiados y personas en busca de asilo, mientras con la derecha arrambla con grandes sumas de dinero recién lavado y oro nazi. (¿Injusto? Tal vez. Pero cuando Anna se sentía sola arremetía con todo). Y como el paisaje que habitan, los suizos están cerrados en sus contornos. Tienden por naturaleza al aislamiento, conspiran para mantener a los forasteros a distancia designando no una, ni dos, ni tres, sino cuatro lenguas nacionales. El nombre oficial de Suiza está en una quinta lengua: Confoederatio Helvetica. De todos modos, la mayoría de los suizos hablan alemán, y en Zúrich se habla alemán.

Aunque no exactamente.

El alemán escrito en Suiza es el alto alemán estándar de los libros de texto. Pero los suizos hablan una variante del alemán que no es estándar en absoluto. No hay una ortografía establecida. No hay claves de pronunciación. No hay un vocabulario consensuado. Varía de un cantón a otro. Y la lengua misma salta del velo del paladar como una amígdala infectada tratando de escapar, para que nos entendamos. Al oído del extranjero suena como si el hablante construyera palabras inventadas a partir de los ritmos más infrecuentes, las consonantes apocopadas más raras y la disposición más rocambolesca de vocales abiertas, alargadas. Se resiste a cualquier intento foráneo de aprenderla, porque cada palabra es santo y seña.

Anna hablaba el mínimo indispensable de suizoalemán.

Anna no se acercó a las otras madres. En lugar de eso, rascó la suela de uno de sus zuecos marrones en el bordillo de la acera. Jugueteeó con su pelo y fingió observar el vuelo de un pájaro invisible.

Resulta difícil amar a un hombre despojado de su lengua materna. Y aun así,

Anna se casó con el suizo.

Sonó el timbre del colegio y los niños salieron en tropel del edificio al patio de la escuela. Anna vio primero a Victor, jugando a lo bruto con dos amigos. Charles lo seguía de cerca, atrapado en una algarabía de niños. Echó a correr hacia Anna en cuanto la vio, la abrazó y empezó a contarle cómo le había ido el día sin necesidad de que se lo preguntara. Victor se entretuvo con sus compañeros y al final fue arrastrando los pies. Así era Victor cuando se metía en el papel de Victor, distante y un poco estirado. Anna disculpó su reticencia y optó por alborotarle el pelo. Victor hizo una mueca.

Anna experimentó los primeros hormigueos de la culpa mientras caminaban de vuelta a casa (no podía calificarlas de verdaderas punzadas). Fue una sensación difusa, pero en cierto modo vigorizante. Ese nivel de indiferencia era una novedad. Hizo que se sintiera extrañamente satisfecha de sí misma.

Los Benz vivían a cien metros escasos de la escuela municipal. Su casa sería visible desde el patio del colegio de no ser por la *Kirchgemeindehaus*, el salón parroquial de la iglesia, un edificio del siglo XIX con entramado de madera que se interponía justo en medio. Anna no solía volver caminando a casa con los niños, pero apenas hacía una hora que había consumado el acto y aún sentía las manos de Archie en sus pechos; un remordimiento moderado no estaba de más.

Se fueron a vivir a Suiza en junio de 1998. Anna, embarazada y exhausta, no tuvo recursos para afrontar una discusión. Telegrafió su conformidad en largos suspiros silenciosos y ocultó sus muchas inquietudes en una de los miles de cámaras secretas de su corazón. Buscó un lado positivo, un vaso medio lleno. A fin de cuentas, ¿quién no aprovecharía la ocasión de vivir en Europa si se la ofrecieran? En el instituto, Anna se encerraba en su cuarto la mayoría de las noches y se obsesionaba pensando en todos los otros lugares adonde los hombres de su vida la llevarían algún día. En esos sueños lánguidos, sumisos, les daba a los hombres todo el poder. Bruno trabajaba para Credit Suisse desde hacía años. ¿Aceptaría un puesto en Zúrich?, le preguntaron. Anna estaba casada y embarazada, y más o menos enamorada. Suficiente. «Será suficiente», pensó.

Y así fue como se mudaron a Dietlikon. Dos líneas de tren interurbano comunicaban la localidad con Zúrich. Estaba cerca de un gran centro comercial. Las carreteras eran seguras, las casas, bien cuidadas y el lema del pueblo encerraba grandes promesas. Aparecía en la página web y en los folletos. Se anunciaba en el cartel enfrente del ayuntamiento, y encabezaba la primera página del *Kurier*, el modesto periódico semanal de Dietlikon: *Menschlich, offen, modern*. Humana. Abierta. Moderna. Anna volcó todo su optimismo en esas tres palabras.

Dietlikon era además el pueblo natal de Bruno. Su *Heimatort*. Regresó como el hijo pródigo. Anna tenía veintiocho años. Bruno, a los treinta y cuatro, se adaptó sin esfuerzo al entorno de su infancia. No era de extrañar: Ursula vivía a pocos minutos a pie de la Klotenerstrasse, en la casa donde había criado a Bruno y a su hermana

Daniela. Oskar, el padre de Bruno, llevaba más de una década muerto.

Bruno presentó buenos argumentos. Vivir en Dietlikon ofrecería a sus hijos («¿Vamos a tener más? ¿Estás seguro?»). Ni siquiera se podía decir que hubieran decidido tener el primero) una infancia saludable, sin límites, segura y estable. Una vez ella se hizo a la idea (y después de que Bruno jurara que hablarían de los futuros hijos antes de concebirlos), Anna fue capaz de reconocer las ventajas del traslado. Así que cuando se sentía sola o nostálgica, rara vez en aquellos primeros meses, por personas, cosas o lugares que nunca pensó que añoraría, se consolaba imaginando la cara del bebé. «¿Tendré a un Heinz de mofletes colorados que me llame *Mueti*? ¿Mi propia Heidi de trenzas rubias?». Y Bruno y Anna estaban, más o menos, enamorados.

La calificación «más o menos» inquietó a la doctora Messerli.

Anna se explicó.

—¿No es siempre así? En toda relación entre dos personas, una siempre amará más, la otra menos. ¿Verdad?

Victor, de ocho años, era el hijo mayor de Anna. Charles tenía seis. Eran, en efecto, los niños rubicundos y bien nutridos que Anna había imaginado. Tenían el pelo rubio ceniza y los ojos castaños. Eran un par de chicarrones bulliciosos, hermanos a ultranza, y sin duda los hijos del hombre con el que Anna se había casado.

—Pero tuvo más niños, ¿no? No debía de ser todo tan terrible.

«Por supuesto que no. No había sido terrible para nada. No siempre. No todo había sido siempre terrible». Anna duplicaba sus negaciones, las triplicaba. Hacía diez meses Anna había dado a luz a una hija de pelo negro y piel dorada a la que llamó Polly Jean.

Y juntos formaban la familia Benz y vivían en el municipio de Dietlikon, en el distrito de Bülach, en el cantón de Zúrich. Los Benz: Bruno, Victor, Charles, Polly, Anna. Una familia corriente y por lo general discreta que vivía en una calle llamada Rosenweg —vía de la Rosa—, un camino privado que terminaba justo delante de su casa, construida al pie de la lenta pendiente que ascendía la colina cerca de medio kilómetro por detrás de su propiedad y se allanaba justo donde empezaban los bosques de Dietlikon.

Anna vivía en un callejón sin salida, un *cul de sac*.

Pero la casa era bonita y el jardín más grande que el de casi todas las que había alrededor. Hacia el sur había varias granjas, en cuyas fincas lindaban campos de maíz, girasoles y colza. Ocho *Apfelbäume* en plena madurez crecían a un lado de la casa, y en agosto, cuando los árboles estaban preñados de succulentas manzanas maduras, la fruta caía de las ramas al suelo con un ritmo sordo tan constante como los goterones de lluvia al principio de un aguacero. Tenían matas de frambuesa, y un parterre de fresas y grosellas rojas y negras mezcladas. Y aunque el huerto que

recorría uno de los laterales solía estar descuidado, tras una cerca de escasa altura en la parte delantera de su propiedad, los Benz disfrutaban de una avalancha de rosales, de flores de todas las tonalidades. «Rosenweg es un camino de rosas», pensaba a veces Anna.

Victor y Charles entraron a la carrera por la puerta principal. Antes de que pasaran del recibidor, Ursula salió a su encuentro y con gesto adusto se llevó el dedo índice a los labios. «¡Vuestra hermana está dormida!».

Anna agradecía poder contar con Ursula, lo agradecía de verdad. Sin embargo, Ursula, que rara vez se mostraba desagradable con ella, seguía tratándola como un objeto extraño, un medio destinado a la felicidad de su hijo (en el caso de que «feliz» fuera la palabra que definía a Bruno, y Anna estaba casi segura de que no lo era) y el receptáculo en el que sus nietos —a los que quería profundamente— venían al mundo. Si Ursula ofrecía ayuda era por los niños, no por Anna. Había sido profesora de inglés en una escuela de secundaria durante treinta años. Se desenvolvía en un inglés acartonado pero fluido y se mostraba dispuesta a hablarlo cuando Anna estaba presente, algo que Bruno a veces ni siquiera se molestaba en hacer. Ursula se llevó a sus nietos a la cocina para merendar.

—Voy a ducharme —dijo Anna. Ursula enarcó una ceja pero la bajó enseguida mientras seguía a Victor y Charles a la cocina. No era asunto suyo. Anna cogió una toalla del armario de la ropa blanca y se encerró en el cuarto de baño.

Necesitaba una ducha. Olía a sexo.

—¿Sin qué no podrías vivir?

Esto le preguntó Anna a Archie mientras compartían, imprudentemente, un cigarrillo en la cama. Anna no fumaba. Estaba envuelta en una sábana. Era viernes.

—*Whisky* y mujeres —dijo Archie—. En ese orden.

Archie vivía del *whisky*. Literalmente. Lo almacenaba, lo apilaba, y lo vendía en una licorería que llevaba a medias con su hermano, Glenn.

Se rio como si fuera una respuesta abierta a la interpretación. Archie y Anna eran amantes recientes, amantes novatos, *ganz neue Geliebte*. Prácticamente vírgenes el uno para el otro, aún tenían motivo para tocarse. Archie era diez años mayor que Anna, pero su pelo rizado y cobrizo no había empezado a clarear todavía y su cuerpo se mantenía firme. Anna respondió a su risa riendo también; la risa triste y hueca de saber que esa emoción, por hermosa que fuera, no duraría. La novedad es una tela que se desgasta a una velocidad alarmante. Así que Anna la disfrutaría antes de que se rayera. Porque sin duda acabaría hecha jirones.

—Si se siente desgraciada, ¿por qué no se marcha? —preguntó la doctora Messerli.

Anna habló sin reflexionar.

—Mis hijos son suizos. Tienen derecho a estar con su padre tanto como conmigo. Estamos casados. No me siento realmente desgraciada. —Luego añadió—: Él no aceptaría el divorcio.

—Se lo ha pedido. —No era una pregunta.

Anna no le había pedido a Bruno el divorcio. No directamente. En los momentos más bajos y penosos, sin embargo, había insinuado la posibilidad. «¿Qué harías si yo me fuera? —le preguntaba—. ¿Y si me fuera para no volver?». Planteaba esas preguntas con una vehemencia hipotética, como entre paréntesis.

Bruno sonreía con suficiencia. «Sé que nunca te irás porque me necesitas».

Anna no podía negarlo. Lo necesitaba para todo. Era verdad. Y, francamente, no tenía intención de marcharse. «¿Cómo nos repartiríamos a los niños?», se preguntaba, como si los niños fueran un cargamento de leña y el divorcio un hacha.

—Anna, ¿hay alguien más? —preguntó la doctora Messerli—. ¿Alguna vez ha habido otra persona?

La hora del almuerzo dio paso a la tarde. Archie y Anna compartieron un plato de quesos, unas ciruelas claudias, una botella de agua mineral. Luego apartaron todo a un lado y volvieron a follar. Archie se corrió en su boca. Le supo a engrudo, harinoso y espeso. «Esto que hago está bien», se dijo Anna, aunque «bien» difícilmente era la palabra apropiada. Anna lo sabía. Quería decir que para ella era «oportuno», «conveniente». Quería decir que «estaba mal en casi todos los sentidos pero era justificable porque hace que me sienta mejor, y desde hace tanto tiempo me he sentido tan tan hundida...». Más exactamente se trataba de una mezcla de todos esos

sentidos para formar un algo indecible que le daba a Anna una esperanza ilícita pero innegable.

Sin embargo, las cosas siempre avanzan hacia un fin.

Esa noche, después de acostar a los niños y lavar los platos y restregar el fregadero hasta conseguir el brillo impecable que Bruno exigía (la doctora Messerli le preguntó «¿De veras es tan ogro?», a lo que Anna contestó «no», que se traducía como «a veces»), Anna colocó sus cuadernos sobre la mesa y empezó sus ejercicios de alemán. Se había quedado atrás. Bruno estaba encerrado en su despacho. No era extraño que hicieran vida aparte, Bruno se retiraba a su despacho la mayoría de las noches. Entonces Anna leía o veía la televisión, o se ponía una chaqueta e iba a dar un paseo nocturno por la colina detrás de la casa.

Cuando Anna estaba sola, la casa a menudo parecía cubierta por un velo de quietud insoportable, catatónica. «¿Siempre ha sido así?». Mentiría si dijera que sí. Bruno y ella habían compartido buenos momentos. Sería injusto negarlo. Y a pesar de que Bruno no soportara sus «ataques melancólicos» y su «tendencia a la amargura», si se le insistiera, también habría reconocido un amor y un cariño por Anna que, aunque a menudo quedaba desplazados por la frustración, ocupaban un innegable lugar de honor en su corazón.

Justamente el lunes anterior Anna se armó de valor para ir a clase por primera vez desde la universidad. El curso de la Migros Klubschule se llamaba Alemán para principiantes avanzados. Era el nivel dirigido a cualquiera con un conocimiento previo entre elemental y medio del idioma, pero que careciera de un dominio cabal de la gramática y las sutilezas de la sintaxis.

Migros es el nombre de la mayor cadena de supermercados de Suiza, y la empresa con más personal del país; tiene más empleados que cualquier banco suizo a escala mundial. Sin embargo, Migros no solo es una cadena de supermercados, sino que además cuenta con una red de librerías, gasolineras, tiendas de electrodomésticos y deportes, almacenes de muebles y ropa de caballero, campos de golf públicos, y establecimientos de cambio de divisas. Migros regula también una franquicia de centros educativos para adultos. No hay ninguna ciudad suiza con una población significativa donde no haya al menos una Migros Klubschule. Y no solo ofrecen cursos de idiomas. Se puede estudiar casi cualquier cosa en la Migros Klubschule: cocina, costura, labor de punto, dibujo, canto. Se puede aprender a tocar un instrumento o a leer el futuro con las cartas del tarot. Incluso a interpretar los sueños.

Cuando empezó las sesiones de psicoanálisis, la doctora Messerli le pidió a Anna que prestara atención a sus sueños.

—Póngalos por escrito —le instó la doctora—. Quiero que los escriba y los traiga para comentarlos aquí cuando se visite.

Anna protestó.

—Yo no sueño.

La doctora no se inmutó.

—Tonterías. Todo el mundo sueña. Incluso usted.

Anna llevó un sueño a su siguiente cita: «Estoy mareada. Le suplico ayuda a Bruno pero se niega a prestármela. Alguien rueda una película en otra habitación. Yo no aparezco en ella. Una docena de chicas adolescentes se matan ante la cámara. No sé qué hacer, así que no hago nada».

La doctora Messerli llegó a una interpretación inmediata.

—Es una señal de estancamiento. La película se está rodando y usted no aparece. Por eso las chicas no sobreviven. Las chicas son usted. Usted es las chicas. Usted no sobrevive. Está enferma de desidia, una espectadora sentada pasivamente en una sala oscura.

La pasividad de Anna. El eje del que radiaba la mayor parte de su psicología. Al final todo se reducía a un consentimiento, una aquiescencia, un «Sí, querido». Anna era consciente de eso. Era un rasgo que nunca se había molestado en cuestionar o revisar, y que, a través de la lente de cierto patetismo árido, parecía corroborarse. Anna era una puerta de vaivén, un peso muerto en los brazos de otro cuerpo. Un bote sin remos a merced del océano. «¿Tan vulnerable soy?». A veces lo parecía, sí. «La voluntad no es mi punto fuerte. Llevo un arnés que me impide moverme. Es la historia de mi vida». Y lo era. Incluso desde la ventana de su cocina veía ese paisaje. Triangulado por la calle y los manzanos y el sendero que subía por la colina, una marquesina invisible relampagueaba sobre una puerta secreta que conducía a la misma sala oscura con la que soñaba. Anna no necesitaba verla para saber que estaba ahí. Los títulos cambiaban, pero las películas eran todas similares. Una semana sería *Podrías alzar la voz, ¡hazte oír!*, la siguiente *No eres una víctima, eres una cómplice*. Y *No elegir sigue siendo una elección* estuvo años en cartel.

Luego estaban los niños. Anna no había deseado ser madre. No sentía el anhelo que sienten otras mujeres. La aterraba. «¿Voy a ser responsable de otra persona? ¿Una criatura indefensa, desamparada?». Aun así, Anna se quedó embarazada. Y luego otra vez, y otra. Era como si ocurriera, sin más. Nunca dijo «Hagámoslo», ni dijo «No lo hagamos». Anna no dijo nada. (Y en este caso, Bruno tampoco. ¿Aquella conversación sobre futura prole? Nunca tuvo lugar).

Pero no fue tan terrible como había temido, y en líneas generales y la mayor parte del tiempo Anna se alegraba de ser madre. Anna amaba a sus hijos. Los amaba a todos. Aquellos hermosos niños suizos que, de haber sido más tajante, Anna nunca habría conocido. Así que la pasividad de Anna tenía mérito. Era útil. Contribuía a la relativa paz de la casa en Rosenweg. Permitir que Bruno tomara decisiones por ella la eximía de responsabilidad. No necesitaba pensar. Bastaba con dejarse llevar. Iba en un caballo guiado por otro. Y a Bruno le gustaba llevar las riendas. Orden tras orden. Regla tras regla. Anna iba a donde soplaban el viento. Era su naturaleza. Y como jugar al tenis o bailar un foxtrot, o hablar una lengua extranjera, resultaba aún más fácil con

la práctica. Si Anna sospechaba que su patología entrañaba algo más, era un secreto que guardaba con mucho celo.

—¿Qué diferencia hay entre la pasividad y la neutralidad?

—La pasividad es deferencia. Ser pasivo es renunciar a tu voluntad. Ser neutral es no tomar partido. Los suizos son neutrales, no pasivos. No elegimos un bando. Somos una balanza en perfecto equilibrio —dijo la doctora Messerli con algo que podría interpretarse como un deje de orgullo.

—No elegir. ¿Eso sigue siendo una elección?

La doctora Messerli abrió la boca para contestar, pero cambió de opinión.

Anna estuvo casi media hora sentada a la mesa del comedor debatiéndose con los ejercicios antes de que Bruno saliera de su despacho como una marmota de una madriguera. Se acercó a la mesa, bostezó y se frotó los ojos. Anna vio a sus hijos en ese gesto.

—¿Qué tal la clase? —preguntó Bruno.

Anna no recordaba la última vez que Bruno había mostrado interés por alguna de sus cosas. En un arrebato fugaz de cariño, lo abrazó por la cintura y trató de atraerlo hacia ella, pero Bruno —impasible u obstinado— no correspondió a su gesto. Se inclinó y empezó a hojear sus papeles. Anna dejó caer los brazos.

Bruno sacó una página de ejercicios y la revisó en busca de imprecisiones.

—*Du hast hier einen Fehler* —dijo en un tono que pretendía ser amable pero que a Anna le sonó condescendiente. Había cometido un error—. Este verbo va al final —dijo Bruno. Tenía razón. Tanto en futuro como en pasado, la acción va al final. Es solo en presente cuando el verbo va unido al nombre que lo ejecuta. Bruno le devolvió el trabajo con aire distraído—. Me voy a la cama.

No se inclinó a darle un beso. Bruno cerró la puerta del cuarto y se fue a dormir.

Anna perdió el interés en los ejercicios.

Miró el reloj de la pared. Eran más de las once, pero no estaba cansada.

—Un sueño es una declaración íntima —comentó la doctora Messerli—. Cuanto más aterrador sea el sueño, más apremiante es la necesidad de atender esa parte de ti. Su propósito no es destruirte. Simplemente cumple su función obligatoria de un modo muy desagradable. —Y luego añadió—: Cuanta menos atención prestas, más espantosas se vuelven las pesadillas.

—¿Y si las ignoras?

La doctora Messerli adoptó un ademán solemne.

—La psique se hará oír. Lo exige. Y dispone de recursos más intimidatorios para llamar tu atención.

Anna no preguntó cuáles eran.

A esa hora de la noche, la mayoría de las casas de Rosenweg estaban completamente a oscuras, sus habitantes ya dormían. Anna tardó años en acostumbrarse a eso, a que Suiza, como buena máquina que es, bajara la potencia por

la noche. Las tiendas cerraban. La gente dormía cuando se suponía que debía hacerlo. En Estados Unidos, si no podías o no querías dormir, siempre quedaba la opción de ir a comprar a un supermercado abierto las veinticuatro horas, llevar la colada a una lavandería automática abierta las veinticuatro horas, comer un pedazo de tarta y tomar café en una cantina abierta las veinticuatro horas. Las cadenas de televisión ofrecen programas decentes toda la noche. Muchas cosas seguían funcionando. Siempre había luces encendidas en algún sitio. Era un consuelo para los insomnes.

La doctora Messerli le preguntó a Anna por el insomnio. Cuánto tiempo lo había sufrido, cómo se presentaba. Cómo le ponía freno. Anna no supo bien qué contestar, así que dijo:

—Dormir no arreglará mi situación.

Incluso a ella misma le sonó una respuesta enlatada.

Cuando Anna salió de casa, la lámpara del porche, sensible al movimiento, parpadeó. Los escalones de la puerta principal daban al camino enlosado donde aparcaban el coche. El camino enlosado desembocaba en la calle. Enfrente estaba el parque infantil del patio de la *Kirchgemeindehaus*. Anna cruzó la calle, pasó por encima de una pequeña cerca de madera y se sentó en un columpio. Estaba inquieta y alterada, y el aire húmedo de la noche dejaba sentir su crudeza.

Incluso Anna habría admitido que merodeaba por las calles de Dietlikon con demasiada frecuencia en la oscuridad. Cuando llevaba un par de meses en el país, Bruno se despertó en mitad de la noche y vio que Anna había desaparecido. No estaba en casa, ni en el desván, ni en el jardín. Salió corriendo a la calle y la llamó. Al ver que no contestaba, llamó a la *Polizei*. «¡Mi mujer ha desaparecido! ¡Mi mujer está embarazada!». Los agentes fueron a la casa e hicieron preguntas insinuantes cruzando miradas reveladoras. ¿Habían discutido recientemente? ¿Se había llevado algo su esposa? ¿Cómo iba su matrimonio? ¿Sabía si ella tenía una aventura? Bruno frunció el ceño con cara de asombro y apretó los puños en los bolsillos. «¡Está embarazada y son las dos de la madrugada!». Cuando consiguió apartarlos de esa línea de preguntas, Anna ya había vuelto a casa. Apenas cruzó el umbral, Bruno la estrechó en sus brazos como a un soldado recién llegado de la batalla. Un policía dijo unas pocas palabras graves y secas en suizoalemán que Anna no entendió. Bruno contestó con un gruñido. Los agentes se fueron.

Al quedarse a solas y sin testigos, Bruno le hundió los dedos en los hombros y la sacudió. «¿Con quién te estás acostando? ¿Con quién estabas?». Anna lo había puesto en evidencia delante de los policías. «Con nadie, Bruno, ¡nunca! ¡Te lo juro!». Bruno la insultó, la llamó puta e hija de perra. «¿Se la has mamado? ¿Te has metido su polla en la boca?». «¡No, Bruno, lo juro!». Era la verdad. Anna y Bruno vivían su particular versión del amor y Anna había ido a dar un paseo porque no podía conciliar el sueño. «¡Solo ha sido un paseo! ¡Nada más!». «¿Y a quién se la iba a mamar, de

todos modos?»), pensó, pero no lo dijo. Tardó casi una hora, pero al final Bruno acabó por creerla. O eso dijo.

El gato de un vecino se erizó y le bufó a lo que probablemente era un puerco espín. Tres minutos después, la campana de la iglesia dio los cuartos.

Cuando se presentó en la primera clase de alemán, Anna no albergaba ninguna expectativa. No se sentía del todo indiferente a los nervios del primer día de colegio, aun a su edad. Durante el desayuno les dijo a sus hijos que empezaba la escuela. Charles le ofreció amablemente su plumier. Charles era así. Victor siguió callado; no opinaba nada. Ursula fingió sacudir un paño de cocina.

El curso intensivo de alemán ocupaba las mañanas, cinco días por semana. Aquel primer día, Anna llegó cinco minutos tarde y golpeó a una mujer con la mochila al intentar pasar hacia el último asiento de la mesa. Era un aula de tamaño modesto, quince estudiantes de edades variadas, con diversas nacionalidades y razones para vivir fuera de su país de origen. El profesor se llamaba Roland, un suizo alto que nada más empezar les pidió que se presentaran uno por uno valiéndose del alemán que supieran. Señaló a una mujer rubia de párpados gruesos y mirada penetrante. Se llamaba Jeanne y era francesa. La mujer a su lado, Martina, también era rubia, aunque diez años más joven que Jeanne. Comentó que era moscovita, que amaba la música pero odiaba los perros. Luego una mujer de la edad de Anna se presentó como Mary Gilbert y dijo que era canadiense y que había venido aquí con sus hijos y su marido, que jugaba de extremo izquierdo en el equipo de *hockey* de Zúrich. Solo llevaban dos meses en Suiza. Mary se disculpó por su alemán desmañado; al terminar el nivel elemental solo había encontrado plaza en este. No importaba demasiado. Todos hablaban un alemán inconfundiblemente extranjero, lento y plagado de errores.

A continuación el hombre sentado al lado de Mary se inclinó hacia delante. Incluso cuando chapurreaba alemán, lo delataba un fuerte acento escocés, de Glasgow, como Anna no tardaría en saber. Se llamaba Archie Sutherland. Mientras hablaba fue recorriendo con la vista el perímetro de la mesa. Antes de que acabara de presentarse, clavó la mirada en Anna, sentada al otro lado del aula en diagonal. Concluyó con un guiño leve, fugaz, dirigido solo a ella. Anna se sonrojó debajo de la ropa.

Sintió que algo empezaba a arderle por dentro.

También estaba Dennis, filipino. Andrew y Gillian, australianos ambos. Tran, vietnamita. Yuka, japonés. Ed, inglés. Nancy, sudafricana. Alejandro, peruano, y otras dos mujeres cuyos nombres Anna no alcanzó a oír. Juntos formaban un pequeño comité de las Naciones Unidas.

Al presentarse, Anna puso una sonrisa de apariencia sincera (una de sus mejores bazas) y dijo las palabras que había practicado en su cabeza. «Ich bin Anna. Ich bin in Schweiz für nine years. Mein Mann ist a banker. Ich habe three children. Ich bin from America. Ich bin, ich bin, ich bin». Cuando no podía amoldar la lengua a la

palabra alemana, la sustituía por una en inglés. Anna detestaba presentarse. Era como abrir una puerta.

Miró a Archie. Se sintió atraída por lo fuertes que parecían sus manos, incluso desde el otro lado de la mesa. Las manos de un hombre siempre ejercían ese efecto en ella. «Una polla necesita un agujero, y no es que haya muchos. En cambio, un hombre puede poner sus manos donde quiera, en cualquier sitio que yo le pida».

Mientras aguardaban en la cola de la cafetería durante el primer descanso, Archie se inclinó hacia Anna y habló con una de esas voces graves, susurradas, que rara vez se oyen fuera de una capilla o los recovecos de un museo.

—Anna, ¿verdad?

—Verdad.

—Soy Archie.

—Eso he oído. —Anna se mostró contenida, pero insinuante. «Volea y remate. Quiere hacer una partida. Cómo no», pensó, «jugaré».

Archie escogió un cruasán de chocolate de una hilera de hojaldres servidos en platos y lo puso en su bandeja.

—¿Quieres uno?

Anna negó con la cabeza.

—No soy muy amiga de la repostería. —La cola avanzaba a un ritmo regular. La *Kantine* estaba abarrotada de gente, pero la cajera suiza era eficiente.

—Bueno, ¿y qué te apetece cuando quieres un bocado?

«Ah, este hombre sabe lo que se hace», pensó Anna.

—¿Un bocado?

Archie fingió impacientarse. Habló roncamente y con vehemencia.

—¿Qué comes, mujer?

Anna respondió con una mirada candorosa de soslayo y una media sonrisa. Volvieron a avanzar en la fila. Archie sonrió.

—¿Marido banquero, dices?

—Pues sí, eso es. —La respuesta era puro descaro. «¿Estoy coqueteando? Claro que estoy coqueteando». Hacía tiempo que no coqueteaba. «No voy a echarme atrás».

—¿Y qué hay de Anna? ¿Qué hace Anna cuando no está aprendiendo alemán?

Anna aguardó un instante antes de contestar.

—Anna hace lo que le viene en gana. —«Di lo que sea con seguridad», pensó Anna, «y el mundo creerá que es verdad».

Archie soltó una risa pícaro, taimada.

—Es bueno saberlo.

Habían llegado al principio de la cola. Anna pagó su café, se volvió fugazmente hacia Archie con una sonrisa categórica antes de alejarse.

Al reanudar la clase, Roland repasó una lista de preposiciones alemanas: debajo, contra, encima de, por detrás.

Más tarde, al final del segundo descanso, Archie acorraló a Anna junto a las

papeleras.

—¿Qué planes tienes para esta tarde?

Una docena de respuestas castas le vinieron a la cabeza. Anna las ignoró todas. Puso una mano en el brazo de Archie y se inclinó hasta casi rozarle la oreja con los labios.

—Tú —susurró. Y eso fue todo.

«Vaya, ¿qué te parece?», pensó Anna mientras se alejaba. La recorrió un escalofrío y un leve aturdimiento. «Sí, qué te parece». La pregunta era irrelevante. Ese día la respuesta a cualquier pregunta fue sí.

Bien mirado, consentir no le resultó difícil. Había dicho que sí antes.

Después de la clase, Anna llamó a Ursula y le dijo que debía hacer varios recados en la ciudad y no llegaría hasta las tres. Luego Anna y Archie tomaron el tranvía número 10 en Sternen Oerlikon, donde las calles radiaban de un centro interior como una estrella de cinco puntas, hasta Central, una parada en el límite norte del barrio de Niederdorf, en Zúrich. De ahí había cinco minutos a pie hasta el piso de Archie. A continuación hubo una hora y media de sexo desinhibido.

El martes, y de nuevo el miércoles, Anna se fue con Archie al salir de la escuela. El jueves y el viernes, directamente se saltaron las clases.

Anna dio vueltas en el columpio, enroscando las cadenas y subiendo poco a poco hasta tocar el suelo de puntillas. Luego levantó los pies y se dejó ir, girando con rapidez para volver a bajar. Hizo varias veces lo mismo hasta que se mareó.

Finalmente las campanas de la iglesia tocaron la medianoche. Una sensación insidiosa y queda la obligó a recapitular. Solo en presente el sujeto está unido al verbo. La acción —cualquier acción, pasada y futura— va al final. Al final de todo, cuando no queda más remedio que actuar.

Aun así, antes de que sonara la última campanada Anna volvía a estar en casa.

3

Anna nunca podría amar de verdad a un Steve, a un Bob, a un Mike.

Aborrecía la apatía casual que implicaba un diminutivo. El hecho de que la mayoría de las veces un apodo anunciara «Soy la suma de cada Matt que has conocido, la media aritmética de un Chris, un Rick, un Jeff». No era por la extensión, los nombres no suelen ser más cortos que «Anna». Creía que el nombre de una persona debería resonar con trascendencia y dignidad. Debería ser capaz de levantar el peso y contener las tensiones de la personalidad. Nunca elegirían a un Steffi para formar un gabinete presidencial; ella nunca elegiría a un Chad.

Anna escogió el nombre de sus hijos con mucho ojo. Eran nombres americanos, pero muchos suizos tienen nombres que no son autóctonos; un tercio de la población de Zúrich es extranjera, debido a la industria financiera. La sucursal de Credit Suisse donde Bruno trabajaba, por ejemplo, contaba con muchos empleados suizos, varios alemanes, algunos británicos, unos pocos estadounidenses, y un nigeriano irresistiblemente atractivo de piel tan suave y oscura como el chocolate Sprüngli. Al final todo queda normalizado por la diversidad. Los nombres de los hijos de Anna eran poco comunes en Suiza, si no raros. Los escogió con esa idea en mente. Le gustaban sus nombres. Parecían encajar.

Un nombre es algo frágil. Si lo dejas caer, podría romperse.

Como Steve. El nombre de un hombre al que Anna nunca podría amar.

Anna llevó un sueño extremadamente tortuoso a la sesión de análisis. Se organizaba de manera caótica al margen de un tema o circunstancia, y liberado de las geografías del tiempo y el espacio. Un sueño de símbolos manifiestos, imágenes arquetípicas y matices alegóricos, Anna estaba segura.

Había una veintena de puertas que la doctora podría haber cruzado. «Empecemos por la relevancia del caballo —podría haber dicho la doctora Messerli—. ¿Qué le sugieren los globos y los aviones? ¿Qué cree que significa que la montaña rusa va solo hacia atrás? ¿Por qué, Anna, estaba desnuda en la iglesia?». Sin embargo la doctora no hizo esas preguntas, y en cambio formuló la única que Anna habría deseado que no planteara.

—Hay un Stephen en su sueño. ¿Quién es?

El psicoanálisis es caro, y menos efectivo cuando un paciente miente, aunque sea por omisión. Pero el análisis no es una tenaza, y la verdad no es una muela; no puedes sacarla a la fuerza. Una boca puede permanecer cerrada todo el tiempo que quiera. La verdad se dice cuando se revela por sí sola.

Anna negó en silencio, como diciendo «No es nadie relevante».

A las 5.45 de la mañana del sábado, Anna se despertó sobresaltada por un grito desgarrador. Saltó de la cama y subió corriendo las escaleras de dos en dos. Era Polly

Jean. Le estaba saliendo un diente. A los diez meses es tarde para un primer diente; a Victor le salió con cinco meses; a Charles, con cuatro. Anna deslizó el pulgar en la boca de Polly Jean y confirmó la presencia de un bultito blanco en la encía. Polly respondió con una retahíla de desesperadas maldiciones infantiles. Anna levantó a su hija, la arrulló, la meció, intentó que volviera a conciliar el sueño. O una versión del sueño.

Que no quepa duda: cada cosa tiene una variante. Como las versiones de la verdad, como las versiones del amor, hay versiones del sueño. El sueño más profundo solo corresponde a los niños y los ilusos redomados. El resto debe pagar cada noche su cuota de inquietud.

El cielo aún estaba oscuro y el vecindario en silencio. Por el rectángulo de la ventana encima de la cuna de Polly se veía el modesto chapitel de la parroquia. Los Benz residían, casi literalmente, a la sombra que proyectaba la Iglesia reformada suiza de Dietlikon. Vivían también a su sombra en un sentido figurado. Tras treinta años en un cargo del que solo lo apartó la muerte, Oskar Benz, padre de Bruno y Daniela y marido de Ursula, fue *Pfarrer* de la congregación. El pastor.

Ir a la iglesia en Suiza es una cuestión de costumbre, no de fervor. Ni siquiera un cristiano practicante suizo se embarca en alardes religiosos. Eso es una excentricidad estadounidense. La fe suiza parece más burocrática. Te bautizan en una iglesia, te casan en una iglesia, te hacen los responsos en una iglesia, y ya está. Aun así, cuando Bruno y Anna fueron al *Gemeinde* para rellenar los papeles de su permiso de residencia, les preguntaron su preferencia religiosa. Las iglesias se financian con impuestos; el dinero se distribuye según la filiación ciudadana.

Como en Estados Unidos, aunque la mayoría de los suizos cristianos no acuden con regularidad, incluso los pueblos más pequeños cuentan con al menos una *Kirche*. En Dietlikon había tres: la congregación que antiguamente había pastoreado Oscar Benz, una iglesia católica a medio kilómetro de la casa de Anna y Bruno, y un grupo ortodoxo tan escaso que no tenía una dirección permanente y se reunía en un anodino edificio de alquiler justo enfrente del cementerio. Ursula iba a la iglesia los domingos y a veces se llevaba a los dos nietos mayores. Bruno y Anna se quedaban en casa.

Anna tenía un conocimiento somero, precario, de la religión. En un momento de convicción cuando Anna era pequeña, sus padres flirtearon brevemente con los episcopalianos. Durante casi un año frecuentaron de vez en cuando la iglesia antes de encontrar otras cosas en las que ocupar el vacío de las mañanas del domingo (la madre de Anna, el almuerzo de mujeres; el padre, el golf). Fue un caso de desapego más que de desavenencias teológicas. Simplemente no les interesaba lo suficiente para continuar. Así pues, la formación espiritual de Anna quedó relegada a expresiones culturales de fe: el Niño Jesús del pesebre navideño y los regalos, el Cristo resucitado en Pascua y sus conejitos de chocolate, y un ejemplar de *El pájaro espino* sacado de la estantería de los libros de su madre.

Anna no tenía nada en contra de la fe religiosa. La apoyaba por principio, si no en

la práctica. A pesar de que no estaba segura de creer en Dios, lo deseaba. Esperaba creer. A veces, por lo menos. Otras veces la fe la embargaba de terror. «Para Dios no hay secretos. No sé si eso me gusta». Salvo que sí lo sabía: no le gustaba.

Pero cualquiera podría sentirse así paseando por el centro de Zúrich; Altstadt está plagado de iglesias con valor histórico. Allá adonde vas, el Ojo de Dios te observa. Fraumünster es famosa por los vitrales de Chagall. La esfera del reloj del campanario de la iglesia de San Pedro es una de las más grandes de toda Europa. La Wasserkirche se construyó en el lugar donde Félix y Régula —los santos patronos de Zúrich— fueron martirizados. Y la gris, imponente catedral se erigió en el sitio exacto donde se dice que esos mismos mártires entregaron sus cabezas cercenadas antes de que al final (y sin más asuntos que atender) liberaran sus almas a la muerte.

Félix y Régula. Felicidad y orden. «¡Qué típico de Zúrich que llevaran sus propias cabezas hasta lo alto de la colina! —pensó Anna—. Una manera perfectamente suiza de morir, ¡pragmática y correcta!».

Pragmática, correcta, eficiente, predeterminada. Esa teología era lo que más inquietaba a Anna, y no tenía reparos en achacar su angustia directamente a los suizos; fue su hijo adoptivo Juan Calvino quien insistió en que era imposible que los pecadores eligieran conscientemente seguir a Dios, enseñó que todos son caídos, predicó que todos están condenados. Nos llamó esclavos de la depravación, a merced de los caprichos de la Voluntad Divina. No podemos hacer nada para liberarnos. El destino de cada alma se ha decidido de antemano. La eternidad está determinada. Rezar carece de sentido. Has comprado un boleto, pero la suerte está echada. «Entonces, ¿de qué sirve preocuparse si no hay nada que hacer?». He ahí la cuestión. No servía. De modo que cuando se presentaba una crisis, Anna se recordaba que en cualquier caso no importaba. O su destino ya estaba escrito, o el destino no existía. No había nada que pudiera hacer para cambiarlo. Así que cuando se preocupaba nunca era por mucho tiempo.

Oskar Benz fue un pastor muy querido. A decir de todos. Qué generoso era. Qué prudente. Lúcido. Misericordioso. Sabio. Sin embargo, Anna no sabía nada de él como marido. No había hablado de esas cosas con Ursula. Suponía que había sido bueno con ella. Aparecían sonrientes en las fotografías. Ursula todavía llevaba su alianza de casada. Más allá de eso, Anna lo desconocía todo. ¿Era romántico? ¿Besaba bien? ¿Le gustaban las perversiones en la cama? ¿Se ponía violento tras las puertas cerradas? «No es asunto mío —pensó Anna—. Si Ursula no lo cuenta, no preguntaré».

A Daniela le brillaban los ojos con adoración cuando hablaba de su padre. «Lo quería tanto... —le decía a Anna con sentimiento—. Lo echo de menos todos los días. Un padre es el hombre más importante en la vida de una chica». Anna guardó un triste silencio por respuesta. Tenía veintiún años cuando sus padres murieron en un accidente de coche, dos semanas después de que se graduara de la universidad. Ella también había querido mucho a su padre —tanto como a su madre—, pero después de

dieciséis años el ardor se había disipado (aunque quizá Anna nunca habría descrito su afecto por ellos con esa palabra, para empezar).

—No lo sé —le dijo a la doctora Messerli, cuando le preguntó cómo calificaba la relación con sus padres—. Era normal. Nada de particular.

La doctora insistió.

—Esfuércese un poco más.

Anna cerró los ojos y esculcó sus recuerdos.

—Positiva. Liberal, tal vez. Reservada, a veces. Respetuosa, siempre. Suficiente.

—Eran buenos. La querían. Y ella los correspondía. Anna omitió estos detalles.

—Hum. —La doctora Messerli tomó notas.

—¿Qué?

La doctora Messerli ahogó una risa. Rara vez se reía.

—Interesante cómo nuestras almas buscan el equilibrio. Indagamos en lo inmediato. Lo familiar. Aquello que conocemos y hemos conocido quizá incluso desde antes de nacer. Es inevitable.

—¿Qué quiere decir?

—¿Ha descrito a sus padres?

—Sí.

—También ha descrito a los suizos.

Bruno casi nunca hablaba de Oskar. Habían esquiado y escalado juntos, habían ido de acampada y de pesca. Bruno era un buen padre; Anna daba por hecho que Oskar también lo había sido. Bruno dejó de ir a la iglesia mucho antes de que Anna lo conociera, y ella nunca le había preguntado qué opinaba de Dios. «Ni una sola vez —pensó Anna—. ¿De veras? No puede ser». No sabía en qué creía su marido. Preguntárselo los habría incomodado a los dos.

A las siete de la mañana las campanas empezaron a sonar. Aquellas campanas. La despertaban por las mañanas, la sosegaban de noche, y la acompañaban durante sus merodeos en la oscuridad de madrugada. Repicaban cada hora, y dos veces al día tañían durante quince minutos sin interrupción. Repicaban los domingos antes de misa. Repicaban en las bodas, los funerales y los días de fiesta nacional. Había tanta gente que las odiaba como gente a las que les resultaban indiferentes. A pocos les gustaban. Anna las adoraba. El tañido de las campanas quizá fuera lo único de Suiza que la hacía feliz. Anna prefirió no abundar en esa idea con su hija en los brazos.

Polly venció por fin el dolor con el sueño, y Anna la arropó en la cuna una vez más y salió con sigilo del cuarto. «Se le pasará —se dijo Anna—. Es la novedad del dolor lo que trae los gritos». Un dolor nuevo que Polly no había aprendido a controlar. Porque incluso las criaturas comprenden la terrible verdad instintiva: que ningún dolor abandona de manera permanente a quien lo sufre. Que el dolor es codicioso y no cede terreno. Que un cuerpo recuerda qué lo lastima y cómo. Los viejos dolores acaban engullidos por otros nuevos. Pero los dolores más nuevos

siguen siempre la antigua brecha.

—¿Cuál es el fin del dolor? —le preguntó Anna a la doctora Messerli. Era una pregunta que la había rondado durante años, como un fantasma que transita por el desván de una casa está condenado a asustar eternamente.

—Es instructivo. Alerta de sucesos inminentes. El dolor precede el cambio. Es un utensilio. —Hablaba con frases de manual. Anna recelaba de esas respuestas. La doctora Messerli enarcó una ceja—. ¿No me cree?

Anna enarcó una ceja a modo de respuesta. «No. No la creo».

Anna entornó la puerta del cuarto de su hija y bajó a preparar café. La casa de Rosenweg era pequeña, según los estándares norteamericanos. Las cinco personas que formaban la familia Benz residían en un espacio habitable de unos ciento veinte metros cuadrados. Había dos dormitorios en la planta de arriba, apenas más grandes que armarios empotrados. La buhardilla ocupaba el resto de la segunda planta. Todo lo demás estaba abajo: la cocina, el cuarto de baño, la sala de estar con un minúsculo rincón-comedor, el estudio de Bruno, y el dormitorio que Anna y Bruno compartían. Abajo había un sótano frío de cemento. Era una vivienda sin holgura alguna.

Anna bajó las escaleras tan silenciosamente como pudo. La casa era vieja, y los escalones crujían y chirriaban al pisarlos. Anna siempre era consciente del ruido que hacía, porque, cuando se perturbaba el silencio, Bruno solía ponerse de malhumor y se indignaba ante las molestias intrascendentes del día a día.

La cocina era pequeña, estrecha y apretada. Apenas cabía una encimera, mucho menos un microondas, y el frigorífico era solo un poco más grande que los habituales en las residencias de estudiantes. Anna hacía la compra por lo menos dos veces a la semana. Ese era el plan de la tarde del sábado para Anna. Con todo el trajín de la semana, había pospuesto ir a comprar. La despensa estaba prácticamente vacía.

—Una mujer moderna no tendría por qué llevar una vida tan limitada. Una mujer moderna no tendría por qué ser tan infeliz. Debería usted ir a más sitios y hacer más cosas. —La voz de la doctora Messerli no ocultaba cierta impaciencia.

Anna sintió que la regañaba, pero no replicó.

Se llevó el café a la sala de estar. Los libros de alemán y sus notas de la noche anterior seguían esparcidos sobre la mesa del comedor como prendas desechadas y tiradas encima de una cama. La ventana de la sala daba de frente al cobertizo de los vecinos, Hans y Margrith Tschäppät, una pareja de ancianos. Hans y Margrith siempre habían vivido en Dietlikon. Hans era un granjero amable y jovial que saludaba con la mano a Anna desde el tractor cuando se veían subiendo o bajando la colina por el sendero detrás de la casa de Anna y Bruno. Hans le daba a Anna tarros de *Honig* que recolectaba de sus propios panales de abejas, y dos veces al año le podaba los manzanos. Margrith también era agradable, pero sumamente perspicaz, y Anna no podía evitar sentir que sabía demasiado de ella para su gusto. Anna nunca la

había sorprendido atisbando por las ventanas abiertas o echando un vistazo al bidón de la basura de los Benz. Eran más bien sus preguntas, y la sagacidad con que las hacía, aunque solo fueran una muestra de buena vecindad: «Wohin gehen Sie, *Frau Benz*?». «Woher kommen Sie?». De hecho, el miércoles por la tarde Margrith pilló a Anna justo al bajar del tren, recién salida de la cama de Archie. Anna llevaba el pelo enredado y el maquillaje corrido por el sudor. «Grüezi, *Frau Benz*; woher kommen Sie?», le preguntó.

«Vuelvo de mi clase de alemán, *frau Tschäppät*», contestó Anna, y cada cual siguió andando en la dirección que llevaba antes de detenerse a hablar. A esa hora temprana del sábado, las ventanas de Margrith y Hans aún estaban a oscuras. Todavía no había salido el sol.

Polly Jean se despertó definitivamente cerca de las siete y media. Bruno y los chicos estaban en pie a las ocho. El clima era benigno; amaneció un día generoso, soleado. Dos chicos bien descansados hacían vibrar las paredes de la casa con la energía que habían acumulado durante la noche, recargados como un par de pilas. Anna los mandó a jugar al jardín. Charles salió trotando por la puerta sin rechistar. Victor se dejó caer en el sofá y se hizo el sordo. Cuando Anna volvió a pedirle que saliera al jardín, empezó a refunfuñar. Quería ir a casa de un amigo en bicicleta. Quería ver los dibujos animados de la televisión. Quería ir arriba. Quería que Anna lo dejara en paz. Ahí intervino Bruno. «Sal». Era todo lo que hacía falta para que Victor transigiera. Una palabra seca de Bruno, que no estaba para tonterías.

Charles era el hijo más dócil de Anna. Procuraba agradar, ayudaba de buena gana y le costaba enfadarse. Cuidaba sus modales y rara vez se alteraba. Era un niño alegre. Victor, en cambio, rara vez mostraba alegría en estado puro. A su manera también era un buen chico, divertido, inteligente, encantador, y a veces más perspicaz de lo que correspondía a su edad («Mami —le dijo a Anna en una ocasión—, yo siempre te querré, aunque papi no te quiera»), pero también caía a menudo en el victimismo. Tendía a la mezquindad y no le gustaba compartir. Era inflexible y no se adaptaba fácilmente a los planes o las necesidades de los demás. Si se sentía desairado, se enfurruñaba y se ponía de mal humor. En esos momentos a Anna le desagradaba su forma de ser.

Victor era hijo de su padre.

De Charles, Anna le dijo a la doctora Messerli:

—No tiene malicia alguna.

—¿Y qué hay de Polly Jean?

—Todavía no la conozco. —La doctora Messerli creía entender a qué se refería Anna.

—¿Y Victor?

—A Victor sí lo conozco. —No tenía intención de admitir nada en voz alta, pero si no le quedara más remedio (y solo si en realidad no le quedara más remedio),

habría de reconocer que, de sus dos hijos, sentía debilidad por Charles—. Por supuesto que quiero a Víctor.

Anna lo lamentaba de cien maneras distintas.

La doctora Messerli dibujó un diagrama. Era un círculo dentro de otro círculo dentro de otro. A Anna le recordó a las muñecas rusas, o a su juego de cuencos apilables de pírex.

—¿Estos círculos? La representan a usted. El redondel de fuera es el ego. El ego es el traje que envuelve su personalidad. Cómo la percibe el mundo. Es lo primero que cualquiera ve de usted. —La doctora se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en el círculo del medio con su pluma estilográfica. Dejó una pequeña mancha de tinta, que se fue extendiendo—. Aquí es donde radican sus problemas. —La doctora Messerli volvió a trazar el círculo, como si le añadiera una costura descuidada, irregular.

—¿En qué sentido?

—El caos bloquea el ego de la serenidad, la solidez y la solidaridad del ser. —Anna se preguntó si había practicado ese discurso; sonaba altisonante y preparado.

—¿Cuál es la respuesta?

La doctora Messerli volvió a reclinarse en el respaldo.

—No hay una respuesta válida para todo.

—¿Cuál es la diferencia entre el ser y el alma?

—Anna, nuestro tiempo se ha terminado.

«Las putas —leyó Anna una vez— suelen ser excelentes esposas». Están acostumbradas a los cambios de humor de los hombres, se guardan para ellas sus penas de corazón, y las mujeres fáciles siempre sobrellevan mejor el dolor.

Este pensamiento asaltó a Anna cuando, enfrente de la Coop de la Industriestrasse, metió una moneda de dos francos en la ranura, liberando el primer carro de la compra de la hilera en la que estaba encajado. El pensamiento afloró por el mero hecho de introducir algo en el agujero para el que ha sido diseñado.

Ursula le había ofrecido a Anna llevarla en coche al supermercado. Fue un gesto de clemencia por parte de Ursula, que Anna aceptó gentilmente. Le dijo a Bruno que se llevaba a Polly Jean si él vigilaba a los chicos. «Sí, sí», dijo Bruno, despidiéndola con un gesto de la mano, y le pidió que comprara seis botellas grandes de agua, varios botes de requesón, y tres o cuatro tabletas de chocolate negro. En este sentido Bruno era suizo hasta la médula; a Bruno le encantaba el dulce. Anna tomó nota.

Ursula empujaba el cochecito. Anna maniobraba con el carro. Polly lloriqueaba y seguía molesta por el diente. Anna miró a su hija y deseó que dejara de llorar.

En Dietlikon no faltan establecimientos comerciales. Al sur de las vías del tren hay una amplia —y, para una población de apenas siete mil habitantes, obscena— selección de restaurantes, tiendas y servicios: un almacén de electrodomésticos, un

IKEA, una gran superficie dedicada al bricolaje. Hay un Toys «R». Us, un Athleticum, unas cuantas zapaterías, un mercado de pescado y un salón de manicura. Hay un multicine con butacas en gradería, un Qualipet, una bolera, una tienda especializada en arreos de equitación, un lavado de coches, una pizzería, un almacén de mueble infantil, una gran superficie con productos en liquidación, y un restaurante mexicano. También varias tiendas de moda juvenil, una gasolinera, una farmacia, un videoclub de películas x, una tienda de productos biológicos y, además de la Coop de la Industriestrasse, hay una Coop City a una manzana, donde además de alimentación puedes encontrar artículos de menaje, ropa, productos saludables y de belleza, juguetes y juegos de mesa. Todo lo que un cuerpo pudiera desear situado en apenas unas pocas calles comerciales circundadas por una línea de autobús. Es un círculo estrecho, cerrado, de pequeñas necesidades y carencias nimias.

«Un círculo dentro de un círculo dentro de otro». Anna no alcanzaba a imaginar qué podía entrañar mirar más allá del mundo estrictamente restringido en el que vivía.

Anna y Ursula mantenían una relación complicada. Ursula era un cúmulo coherente de contradicciones. A veces parecía sentir devoción por ella, era comunicativa, de trato fácil, generosa y servicial. En otros momentos se mostraba apática, imposible de impresionar, agresivamente puntual, inexpresiva y cargada de ira. Eran esos momentos los que compartía la mayoría de las veces con Anna.

«Mi madre también tiene cambios de humor», decía Bruno.

—Cuando el temperamento de una persona se desestabiliza, la mente siempre tratará de devolverlo al equilibrio. Aparecerá un impulso contrario inconsciente. Las tensiones buscan vías de escape. La tristeza se aferra a cualquier estado de euforia que encuentre. El aburrimiento persigue la actividad. Hay una correlación entre la gravedad de los altibajos que sufre una persona y la falta de autoconocimiento. Más allá —añadió la doctora Messerli— del diagnóstico clínico de un trastorno de la personalidad.

¿Alguna vez Anna estaba más locuaz o hablaba más rápido que de costumbre? ¿Pasaba de una gran inseguridad a un exceso de confianza? ¿A veces se sentía exaltada y deprimida al mismo tiempo? La doctora Messerli hizo las preguntas demasiado rápido para que Anna tuviera tiempo de asimilarlas, así que se limitó a contestar:

—A veces me siento triste. A veces tengo ansiedad.

La respuesta de la doctora Messerli fue recetarle un tranquilizante suave.

Como Anna había imaginado, la Coop de la Industriestrasse era un hervidero de gente. Ursula y Anna llevaban cada una su lista de la compra. Polly Jean estaba absorta mirando, con el recelo apropiado de los niños pequeños, la confluencia de clientes que rondaban por el establecimiento.

Estaban en el pasillo de la fruta y la verdura. Ursula examinaba las nectarinas.

Inspeccionó una veintena antes de decidirse por las cuatro piezas que decidió llevarse a casa. Anna estaba pensando si coger champiñones cuando sintió una vibración en el bolsillo de la chaqueta. Era su *Handy*, su teléfono móvil. Lo sacó, abrió la tapa, y contestó sin mirar quién llamaba.

—¿Hola?

Era Archie. No quería esperar a que pasara el fin de semana para hablar con ella.

—Ven a la ciudad, Anna —dijo—. Ven a mi casa.

Ursula le echó una mirada a su nuera pero enseguida se concentró de nuevo en las nectarinas. Anna se quedó callada.

—¿Estás ahí? ¿Hola?

—Edith, me alegra oírte. —Anna habló con voz neutra. No se inmutó. Ursula volvió y puso la bolsa de papel de estraza con las nectarinas en el carro. «Edith Hammer», dijo Anna moviendo los labios. Ursula se encogió de hombros y se alejó, empujando el cochecito de Polly hacia el apio y los puerros.

—¿No estás sola?

Anna continuó.

—Hablamos el lunes, ¿de acuerdo? —Anna se sintió halagada. Anna se sintió molesta. Ursula levantó una bolsa de judías verdes con la mano izquierda y le indicó a Anna que la siguiera al pasillo de las especias con la derecha. Anna cerró de golpe el teléfono sin decir adiós.

Veinte minutos más tarde pagaron la compra y se marcharon. Era justo después de mediodía.

—Pero ¿quién es Stephen, Anna?

El lunes siguiente, todos los alumnos inscritos en el curso intensivo de alemán asistieron a clase; Anna y Archie incluidos. Archie había llegado puntual y, cuando Anna apareció quince minutos tarde, estaba rellenando en silencio una hoja de ejercicios junto al resto de los compañeros. Las bisagras de la puerta chirriaron al abrirla Anna y toda la clase levantó la mirada para verla entrar con la cabeza gacha. Anna musitó un «Lo siento» y procuró aparentar naturalidad mientras ocupaba el único asiento libre, la silla entre Roland y Mary, la mujer canadiense. Pero Anna a menudo era tan torpe como pasiva, y mientras revolvió en la mochila con una mano, pareció olvidar que con la otra sostenía un café caliente en un endeble vaso de papel. Derramó el vaso entero, que le cayó encima y alcanzó también la mesa y a Mary.

Anna y Mary soltaron una exclamación a la vez. Mary aulló «¡Ay, no!». Y Anna soltó un colérico «¡Madre de Dios!» que incluso a ella misma le sonó grosero. Roland puso una mueca de crispación. El café resbaló por la pechera del jersey de Anna; a Mary le salpicó en la manga y el muslo. Su hoja de ejercicios quedó empapada. Anna murmuró una débil disculpa, se levantó y salió del aula. Mary salió tras ella. Archie no alzó la vista del papel.

En el lavabo, Anna enjugó con toques ligeros y frotó la mancha de su jersey. Todo fue en vano. La cachemira estaba arruinada. Era una de las prendas más bonitas que tenía, y eso que Anna, amante de la bisutería y los adornos, tenía muchas cosas bonitas. Era un regalo de Navidad de Bruno, no hubiera debido llevarlo a la clase, pero aquella mañana se convenció al imaginar el placer lánguido, sedoso, que experimentaría por la tarde, cuando tan fácilmente la convencieran para quitárselo, cuando Archie le metiera las manos por debajo del jersey, las deslizara siguiendo la curva de su cintura, las dejara resbalar por la cara interna de sus brazos levantados, cuando se lo sacara por encima de la cabeza y la desnudara, cuando luego la empujara hasta la cama y la tuviera a su merced durante al menos las dos horas siguientes.

A Anna le gustaba y no le gustaba el sexo. Anna lo necesitaba y no lo necesitaba. Su relación con el sexo era una intrincada sociedad que surgía tanto de su pasividad como de una incuestionable búsqueda de distracción. Y de sentirse deseada. Deseaba ser deseada.

Las ganas de distraerse eran relativamente nuevas; la necesidad de ser objeto de deseo la acompañaba desde hacía décadas. Sin embargo, ambas surgían de una lasitud nacida de rencillas y nimiedades a pequeña escala, agravios triviales, que en los diez últimos años achacaba a Bruno. De ahí surgía el tedio, y del tedio nacían hábitos concretos. Esos no podía achacárselos a Bruno. Igual que el don de fingir una sonrisa sincera, Anna los había adquirido a fuerza de rutina, a fuerza de tesón.

La aventura con Archie era y no era por el sexo. Anna era débil, y lo sabía, pero

aún conservaba la juventud necesaria para ser bonita desde ciertos ángulos y para los gustos de determinados hombres.

—¿Qué cree que hace a una persona tener éxito en la vida? —le preguntó la doctora Messerli.

—¿Se refiere al talento? —Habían estado hablando de algo que no guardaba relación con el éxito.

La doctora Messerli cerró los ojos mientras buscaba las palabras precisas.

—El éxito al que me refiero surge de vivir una vida que satisfaga a una mujer de manera que, cuando en la vejez mire atrás para hacer balance, pueda afirmar con certeza «He vivido una vida con conciencia, fructífera, plena e íntegra, empleada en todas las cosas que valen la pena a las que podía aspirar». A eso me refiero. ¿Entiende? ¿Es esa una meta deseable para usted?

—No lo sé. —Anna no lo sabía.

—Yo tampoco sé si lo desea —coincidió la doctora Messerli.

La blusa de Mary se podía llevar, pero sus vaqueros tenían los muslos empapados. Se secó con un taco de toallitas de papel mientras hablaba.

—Te eché de menos en clase la semana pasada. —Anna procuró advertir una acusación implícita, pero no la había. El tono de Mary era alegre, aunque a Anna le desconcertó que alguien a quien apenas conocía advirtiese siquiera su ausencia. Hacía solo unos días que habían empezado el curso.

—Siento haberte echado el café encima.

Mary hizo un gesto para quitarle importancia mientras se encaminaba a la puerta del lavabo para irse.

—Oye, Anna...

Anna levantó la vista del jersey para mirar a Mary reflejada en el espejo. Mary tenía una cara redonda y el pelo rizado de color arena cortado en una melena recatada. Era bajita y rolliza. No gorda, pero sí pechugona, de caderas generosas, maternal y, a pesar de su constitución maciza, innegablemente bonita. Anna apartó la mirada del reflejo de Mary al suyo y sopesó las diferencias.

—Mi marido y yo nos preguntábamos si querrías venir con tu marido y tus hijos a cenar a casa algún día esta semana. ¿Tienes chicos varones? ¿Les gusta el *hockey*? ¿Y a tu marido? —Anna guardó el silencio necesario para desalentarla—. O... —tartamudeó Mary— la semana que viene. O si no da igual. Como quieras —dijo con un dejo de disculpa. Anna la había decepcionado.

—No, no —se escabulló Anna—. Estoy distraída, perdona. —Se señaló el jersey—. Desde luego... nos encantaría ir. Estoy segura de que a los niños... les encantaría. —Balbució mientras vertía toda la amabilidad que fue capaz de reunir en ese «desde luego». «Esta mujer necesita una amiga». Anna reconoció esa necesidad. La estremeció. La soledad era su ancla. Un sufrimiento familiar, y aun así el enfoque más seguro, más sensato.

Pero en el lavabo y en ese momento Anna se sintió atrapada. Obligada a acceder.

—Tendré que consultarlo con Bruno. A ver cómo tiene la agenda, quiero decir.

A Mary se le iluminó la cara.

—Eso es, Bruno —dijo como si recordara un nombre que ella nunca le había dicho—. Confírmalo y dame tu correo electrónico. Podemos organizar algo.

—No uso demasiado el correo electrónico.

—¿En serio? —preguntó Mary como si nunca hubiera oído nada semejante—. ¿Y eso por qué?

Anna capituló.

—No tengo mucha necesidad.

—¿Y Facebook? ¿Myspace?

—No.

En realidad era una evasiva. Por supuesto que Anna tenía una dirección de correo electrónico. Todo el mundo tenía una dirección de correo electrónico. Por supuesto que Anna la utilizaba. Ahí era donde le llegaban todas las circulares del colegio de los niños. Así era como Anna confirmaba sus visitas al dentista. De no tenerla, no podría hacer compras online. Pero no la usaba si no había necesidad. ¿Quién iba a escribirle un correo electrónico si la veía asiduamente? ¿Con quién iba a mantener o recuperar el contacto? ¿Todos aquellos parientes lejanos a los que había perdido la pista? ¿Compañeros de estudios y antiguos amantes? Anna no tenía ni las ganas ni los medios de ponerse en contacto con nadie. Y nadie trataba de localizarla a ella. A fin de cuentas, había menos humillación en la mentira.

—Bueno, de todos modos acordémonos de darnos el número de teléfono, ¿de acuerdo? En fin... —Mary respiró hondo—. ¡Hora de volver! ¿Te veo en la clase? ¿Seguimos hablando en el descanso?

—Claro. —Anna fue todo lo seca que pudo sin parecer maleducada. Estaba de mal humor, sabía que su actitud no era justa. Ella misma se corrigió con un «Cómo no», y Mary se fue.

Una vez más se miró el jersey. «He echado a perder algo hermoso —pensó Anna—. No tengo nada con que reemplazarlo».

Dejándose llevar momentáneamente por la melancolía, Anna se lamentó a la doctora Messerli.

—Me gustaría ser más atractiva.

—¿Se siente a disgusto con su aspecto físico?

Anna se encogió de hombros. «A disgusto» no era la palabra.

—No soy ni fea ni guapa. Soy del montón.

—Jung dijo que las mujeres bellas despertaban terror. Que por norma una mujer bella es una enorme desilusión.

Anna la rebatió con un gesto de la mano.

Entonces la doctora Messerli preguntó:

—¿Cuándo confiará en mí lo necesario para contármelo todo?

Anna se miró con detenimiento en el espejo. No era muy alta ni muy baja, ni gorda ni flaca. Llevaba una melena por los hombros, con una onda natural pero un tanto enmarañada. Su pelo era del color de la turba, y en el nacimiento se veían algunas canas (se lo teñía). «¿Qué ven en mí los hombres?». No se lo preguntaba por modestia. La verdad es que no lo sabía.

Siguió mirándose fijamente en el espejo del lavabo unos instantes antes de volver a clase.

Roland estaba explicando la declinación de los adjetivos. Anna tomó notas y procuró seguir el hilo. «Declinar adjetivos. Como si fueran tazas de té. No gracias, estoy servida». Repasó todos los calificativos relevantes. Solitaria. Mediocre. Complaciente. Fácil. Miedosa. «No, no, ya tengo bastante de todo eso».

Pero, como explicó Roland, declinar sirve para dejar las cosas claras. Construir una frase de manera que la función de cada palabra sea inequívoca, imposible de malinterpretarse. Clasificar las unidades lingüísticas según su cometido, fijar todas las palabras a su sintaxis por medio de una sílaba final, constante, como una mariposa clavada en un tablero. «Aquí hay un sujeto masculino, ahí está su objeto femenino». Anna sonrió con disimulo. Era el uniforme gramatical de una palabra. «La placa del policía. La corona del rey».

«El anillo de oro de una esposa».

—*Ich fahre ein blaues Auto* — recitó Roland.

Anna tomaba notas abstraídas; garabateaba flechas y cruces y dibujaba con tristeza caras de mujeres de ojos tristes en los márgenes de su cuaderno de ejercicios. No había ninguna razón para que el día se le hiciera tan cuesta arriba.

—*Ich fahre ein blaues Auto* — continuó Roland—. *Aber... ich fahre das blaue Auto.* ¿Veis la diferencia?

Anna la advertía. Era la diferencia entre «un» y «el».

La brecha entre lo «general» y lo «concreto».

El abismo vasto, vago que divide «este en particular» de «algunos de ellos».

La discrepancia que separa a dos individuos. No necesitaba que se lo recalcaran.

«No, no. Estoy servida. Gracias. Con esto basta».

Más tarde en la *Kantine* Anna se sentó con Archie, Mary, Nancy de Sudáfrica, y Ed, que era londinense. Los anglohablantes hacían piña. «Los iguales se buscan; procuramos acercarnos a lo que nos resulta familiar», como dijo la doctora. Los asiáticos se sentaron detrás de ellos, segregándose también. Y la pareja de australianos, la mujer francesa y la señora de Moscú se apartaron del grupo por una causa propia, para salir al patio a fumar. Por debajo de la mesa, Archie deslizó una mano de arriba abajo por la pierna de Anna. Ella se tomó el café sin pestañear ni moverse en el asiento. Ed mantenía a Archie atento hablando de política, mientras Mary interrogaba a Anna sobre sus hijos. Nancy dividía su interés entre ambas

conversaciones, saltando de una a la otra.

Anna le llevó un sueño a la doctora Messerli.

—Un fotógrafo quiere hacerme un retrato. Su estudio está hecho de arenisca. No hay ventanas. La habitación es una caja cerrada. Me pide que le enseñe mi carnet de identidad. Solo tengo mi *Ausweis*. Se lo enseñé, pero por alguna razón no es válido.

La doctora Messerli empezó con generalidades obvias.

—No hay reglas incontestables en la interpretación de los sueños. No puedo explicarle punto por punto el significado de cada símbolo. El mensaje del sueño dependerá de las asociaciones de quien sueña. Pero existen ciertas guías. Los sueños remiten siempre a uno mismo. Cada persona en un sueño es una manifestación de un aspecto íntimo. Cada personaje un reflejo de su naturaleza subconsciente.

Anna frunció el ceño pero asintió de todos modos.

Señalando su reloj, Roland les indicó que volvieran a clase. Todos se levantaron y recogieron las cosas del café y del té, los platitos y las cucharas que a Anna siempre le traían a la memoria la vajilla de juguete que tenía de pequeña, y las meriendas y tertulias que organizaba para la liga femenina de sus animales de peluche. Anna intentó recordar lo que sentía cuando tenía cinco años. A su vez, intentó imaginarse con cinco años imaginando la sensación física de los treinta y siete. La Anna de cinco años no lo columbraba. Era un futuro demasiado lejano para que una niña tan pequeña le encontrara sentido.

En el pasillo delante del ascensor, Archie llamó la atención de Anna y en silencio vocalizó «escalera» antes de ir directamente hacia la salida de incendios. «¿Por qué no?», pensó Anna, y dejó que el ascensor se llenara. Mary indicó con un gesto que había espacio suficiente, pero Anna negó con la cabeza y dijo «No importa», y mientras las puertas del ascensor se cerraban salió al hueco de la escalera. Archie estaba en el rellano de más arriba.

—Te he echado de menos. —Archie abrazó a Anna, la apretó contra la pared de hormigón y la besó. Alargaron el beso durante treinta segundos trepidantes antes de que Anna lo apartara y subieran juntos las escaleras para volver a la clase.

«No me echas de menos, Archie —pensó Anna—. Es absurdo». Parecía temerario e improbable, fuera de lugar e invasivo. Anna entendió la incongruencia. De todo lo ofensivo o deshonesto de su relación, que Archie la echara de menos (o incluso, simplemente, que lo dijera) era lo menos indecoroso.

Roland dio una lección sobre conjugaciones.

Esa tarde Anna y Archie hicieron el amor con prisas, acabaron casi antes de empezar. Glenn tenía una reunión en Berna; le tocaba a Archie ocuparse de la tienda. Se apuraron a vestirse. Anna acabaría de adecentarse en el tren.

Ya en el pasillo Archie señaló el jersey de Anna; se lo había puesto del revés. La mancha de café le rozaba el cuerpo. Anna no se molestó en volver a entrar en el apartamento. Se quitó el jersey en medio del pasillo común, público, le dio la vuelta y

se lo puso de nuevo. Un gesto mínimo de despreocupación. «No me echés de menos, Archie —pensó otra vez—. Ni siquiera lo pienses».

Anna fue andando hasta Stadelhofen y perdió el S3 a Dietlikon por dos minutos. Stadelhofen era la segunda estación de tren más concurrida de Zúrich, y la más próxima al apartamento de Archie. A esa hora la estación estaba llena de gente. Anna agradeció la multitud. Quería pasar inadvertida. Compró un *pretzel* en un puesto y se sentó en el extremo norte del andén número 2 con poco más que hacer en ese momento salvo reflexionar.

«El adulterio es tan fácil que da miedo. Una inclinación sutil, una sonrisa. Qué poco requiere. Él ladea la cabeza. Se produce una perturbación en el aire. Tus sentidos se avivan. El esfuerzo sale solo. La rendición es tu mejor baza. El asentimiento, tu punto fuerte. Abdicas un poco más cada día. No te propones nada. No haces nada por evitarlo».

«Solo por probar —pensó Anna—. Y solo por esta vez. Pero nunca se queda en eso».

Anna se comió una tercera parte del *pretzel* y tiró el resto a la basura.

A pesar de lo que había dicho, la doctora Messerli siguió adelante e interpretó el sueño de Anna.

—Una fotografía es un reflejo sincero de la cara de una persona. Como se suele decir, las cámaras no mienten. Sin embargo, él no le hace la fotografía porque usted no puede probar que es usted. Le entrega un documento de identidad, su ID, si lo prefiere, pero no es válido. Su tarjeta de identificación suiza no es suficiente. Porque usted no es suiza, y hay poco con lo que se pueda identificar en este país. Su casa está hecha de arenisca. No es una estructura sólida. Se desmoronará en cualquier momento. Sin ventanas, su estudio es oscuro y sofocante. Como lo es también la naturaleza del subconsciente.

Esa noche durante la cena Anna mencionó la invitación de Mary a Bruno y los chicos.

—*Im Ernst?* — La alegría de Bruno la sorprendió—. ¿De veras? —preguntó entusiasmado. A Bruno le encantaban los deportes. El fútbol, el tenis, el *hockey*, todos. Había llevado a los chicos al Hallenstadion muchas veces a ver jugar a los ZSC Lions. Por supuesto había oído nombrar a Tim Gilbert—. ¡Es estupendo, Anna! —Anna disfrutó de aquella muestra de sincera alegría. Bruno se levantó de la mesa, se inclinó hacia ella, atrajo la barbilla de Anna hacia la suya y le dio un beso breve pero generoso—. *Merci vielmal*, Anna.

Esa misma noche, Anna telefoneó a Mary e hicieron planes para el viernes siguiente.

—Esta es nuestra primera cena con amigos desde que nos mudamos —dijo Mary.

Anna no atinó a recordar la última vez que los Benz habían recibido a gente en casa.

En la clase del día siguiente, Roland abordó el tema de los falsos amigos, palabras en alemán que suenan como palabras del inglés pero que tienen significados muy distintos.

—*Bad*, por ejemplo, no significa «malo», sino «baño». Y *fast* no significa «rápido», sino «casi». *Lack* significa «pintura», no «carencia».

«Y *das Gift*, recordó Anna, es “veneno” en alemán».

Anna le preguntó a la doctora Messerli si había una correlación entre la palabra «trauma» del inglés y *der Traum*, «sueño» en alemán.

—Siempre hay una correspondencia entre los sueños y las heridas de una persona.

El jueves después de clase Anna siguió de nuevo a Archie a su casa. Él la llevó a su dormitorio y constató sin más: «Llevas demasiada ropa para mi gusto», y entonces pasó un pequeño botón por su pequeño ojal, y luego otro, y cuando le quitó la blusa lamió el hoyuelo que Anna tenía entre las clavículas y deslizó las manos por debajo de las bragas mientras Anna cedía a su erección exuberante y rubicunda como un brote a punto de florecer.

Pero la tarde siguiente Mary acorraló a Anna para que la llevara de compras.

—Quiero un vestido nuevo. Nos hacemos una foto de familia la semana que viene. Para las felicitaciones de Navidad. Necesito ayuda. No tengo sentido de la moda. —Una vez más Anna se sintió tan atrapada que acabó por ceder—. Y si quieres te invito a almorzar, ¿qué me dices? —Mary estaba ilusionada.

Anna propuso que fueran a Glatt, un centro comercial enorme al estilo norteamericano situado en Wallisellen, el pueblo más próximo a Dietlikon. Allí había por lo menos una docena de *boutiques* y varios grandes almacenes. Glatt es el nombre del afluyente del Rin que pasa por la Zürcher Unterland. En alemán también significa «suave».

—Glatt —dijo Mary, alargando la vocal—. ¡Es tan gutural!

Mary se encargó de hablar durante el trayecto. Anna escuchaba, pero sin añadir nada a la conversación. Mary era ingenua y estaba necesitada. Sin embargo, su candidez quedaba atenuada por una dulzura pertinaz a la que incluso a Anna le resultaba difícil resistirse.

—¿Realmente no tiene amistades en Zúrich, Anna? ¿Ninguna amiga propia?

Anna confesó la cruda realidad.

—No. La verdad es que no.

—¿Bruno y usted tienen amigos en común?

Edith Hammer podía pasar por amiga. Por una versión de amiga. El marido de Edith, Otto, trabajaba con Bruno. Anna y Edith tenían poco en común salvo una cosa: a ambas les había tocado en suerte enamorarse de un suizo. Los Hammer, que superaban en una cuarta parte la edad de los Benz, y eran el doble de ricos, tenían un barco y dos hijas gemelas adolescentes. Vivían en Erlenbach, en la orilla este del lago de Zúrich, esa preciosa extensión de tierra que se conoce como Goldküste, la Costa Dorada. Edith era quisquillosa, clasista, y absoluta e incorregiblemente soberbia. Se

creía con derecho a opinar sobre cualquier cosa. Cuando Anna mencionó sus clases de alemán, Edith se burló y puso cara de indiferencia. «¿Para qué molestarse, si aquí todo el mundo habla inglés?».

Anna contestó la pregunta de la doctora.

—La verdad es que no.

El centro comercial abrumó a Mary. Se estrujaba las manos y hablaba aturullada mientras recorrían los percheros de algunas de las *boutiques* más finas. No obstante, los gustos de Mary eran menos sofisticados y acabaron en un H&M, donde Mary encontró un vestido suelto de paño negro que Anna no habría elegido pero que de hecho a Mary le sentaba bien. Mary redondeó la compra con un par de leotardos de canalé y Anna, por capricho, eligió un conjunto de lencería en raso morado.

—¡A Bruno le encantará, Anna!

Después se sentaron en una cafetería en medio del centro comercial. Mary pidió una sopa y Anna solo quiso tomar una botella de Rivella, esa bebida gaseosa típicamente suiza elaborada a base de suero. Mary quiso probarla. Anna le advirtió que quizá no le gustara. No le gustó. El paladar se acostumbra con el tiempo a la efervescencia lechosa.

Guardaron silencio durante un par de minutos antes de que Mary rompiera la tregua.

—¿Añoras tu país, Anna?

Era una pregunta difícil de contestar. Anna no había vuelto a Estados Unidos desde que se marchó. No había nada que echara tanto de menos como para querer volver allí. Pero en Suiza nunca se había sentido en casa, y nunca se sentiría.

—No.

Cuando llegó el viernes, los Benz fueron en coche a Uster a cenar con los Gilbert. Uster es un pueblecito a trece kilómetros de Dietlikon en la orilla oriental del lago de Greifen, el segundo más grande del cantón de Zúrich.

—Llevas un vestido muy bonito —le dijo Bruno a Anna mientras subían el sendero hasta la casa de Tim y Mary. Bruno pronunciaba las uves del inglés como uves dobles: *westido*, *techo abowedado*, *wampiro*. La mayoría de los suizos hacen lo mismo. Incluso a veces se le escapaba cuando llamaba a su hijo *Wictor*. El halago de Bruno tuvo un efecto encantador e inesperado. No estaba de mal humor a todas horas; nadie lo está. Pero cada cual tiende a ciertas actitudes, y él tendía a la irritabilidad.

Mary se presentó primero, luego a Tim, después a su hija Alexis y por último a su hijo Max. Anna, a su vez, presentó a Bruno, Victor y Charles. Habían dejado a Polly Jean con Ursula.

Los Benz llevaban regalos. Anna dio un empujoncito a los niños. Charles le entregó a Mary una caja de pralinés Lindt, y Victor una botella de aguardiente de guindas. Mary se lo agradeció, pero aseguró que no hacía falta.

—En Suiza sería impropio presentarse con las manos vacías —contestó Bruno.

Pasaron a la sala de estar, donde Mary ofreció bebidas. Habló con una voz cantarina mientras servía cerveza a los hombres y un vino dulce para Anna y ella. Los niños se pegaron a la pared hasta que Mary le dijo a Max que Charles tenía su misma edad y quizá le gustara ver su colección de trenes. No se hicieron de rogar y subieron corriendo a su habitación.

—Alexis —dijo luego Mary—, ¿por qué no vais Victor y tú también arriba?

Alexis era un año mayor que Victor. Ninguno de los dos mostraba demasiado interés en el otro. Pero Alexis tenía videojuegos, que en caso de apuro no fallan, así que ambos hicieron un gesto de indiferencia y subieron las escaleras arrastrando los pies.

Los adultos se sentaron; Bruno y Anna en un sofá de dos plazas, Tim en una silla de respaldo recto, y Mary en el suelo a sus pies. Anna le ofreció su sitio, pero Mary le chistó diciendo que allí estaba cómoda. Por tercera vez como mínimo desde que quedaron, Mary mencionó que los Benz eran sus primeros invitados desde el traslado.

—*Zum Wohl!* —dijo Bruno, proponiendo el brindis. Y así comenzó la velada.

Anna paseó la mirada a su alrededor mientras bebía. La sala de estar era acogedora, más de lo que cabría esperar para lo poco que la familia llevaba allí. Estantes de libros recorrían las paredes. Sobre todo había relatos de misterio, novela de género, libros infantiles y enciclopedias, libros de cocina y varios títulos divulgativos de psicología. Marcos con fotos de familia ocupaban los huecos donde no había libros, incluida la que Anna dedujo que era el retrato de la última Navidad. Los Gilbert llevaban jerséis de color cereza, todos a juego. Cuatro caras sonrientes con un invierno fijo como telón de fondo. Los Benz nunca se habían hecho una foto

de familia por Navidad.

—A menudo las apariencias engañan, Anna.

Anna no necesitaba que la doctora se lo dijera. Poco después de empezar a vivir en Dietlikon, Anna advirtió que en muchas ventanas había grandes siluetas negras de pájaros pegadas al cristal. «Ah, debe de ser una tradición», pensó. Una tendencia decorativa. Simplemente algo que la gente hacía en Suiza, supuso. Tardó meses, quizá un año, en darse cuenta de que de hecho las pegatinas servían para evitar que los pájaros de carne y plumas de verdad chocaran contra el cristal mientras volaban. Anna nunca había vivido en un lugar donde los pájaros se estamparan contra las ventanas.

Cuando se dio cuenta de su error, se lo confesó a Bruno. Él no paró de reír en diez minutos. Era lo más gracioso que había oído en toda la semana, dijo. Primero Anna se indignó, luego se avergonzó, después quiso que se la tragara la tierra. Se sintió insignificante y estúpida. Rompió a llorar.

—Vamos, Anna —dijo Bruno, aunque todavía se le escapaba la risa—. Te quiero mucho, boba. —Entonces se acercó y la besó en la cabeza, la mejilla, los labios, la nariz—. Mucho, boba mía, mucho.

Nunca le había hablado con esa ternura. Aún seguía riéndose mientras se alejaba. «Wamos, Anna, te quiero mucho, boba mía».

No eran pájaros de verdad. Eran simulacros de pájaros. Y Bruno no pretendía ser cruel. Solo intentaba mostrarse cariñoso, de la única manera que sabía.

Bruno y Tim se habían enfrascado en una conversación sobre los equipos de la Liga Nacional Suiza. Anna escuchó hasta que Mary le propuso ir con ella a la cocina. Los maridos asintieron mecánicamente, pero al margen de eso siguieron absortos en su charla.

En la cocina Mary indicó una mesa alta tipo barra flanqueada por un par de taburetes con respaldo. Anna reconoció el decorado, salido directamente de los almacenes de IKEA.

—Siéntate, Anna.

Anna se sentó. Mary empezó a trajinar abriendo puertas: frigorífico, horno, despensa. Mary se desenvolvía en la cocina con todo el aire de una adorable *Hausfrau*, un ama de casa modélica y encantada de la vida. Tarareaba mientras removía, salteaba y probaba la comida. Era una mujer bonita, pero en cierto modo ordinaria, y fofa, una madre de familia de los páramos canadienses. Llevaba ropa cómoda, un corte de pelo práctico y muy poco maquillaje. «¿Las mujeres de los deportistas no suelen ser más llamativas? Normalmente tienen más estilo, ¿no?». Anna no veía nada en ella, en la cocina, la casa o la familia que indicara una falta de modestia. Lo atribuyó al pragmatismo de la Manitoba natal de los Gilbert. Mary era cuatro años más joven que Anna. Lo habían averiguado durante el descanso de una de las clases la semana anterior.

Eso despertó en Anna un punto de vanidad. «¿Acaso yo doy esa imagen de matrona?». Aquella misma tarde en el apartamento de Archie, con los pechos desnudos y a horcajadas encima de él, Anna le preguntó si se lo parecía, advirtiéndole primero que lo pensara bien antes de contestar. Archie juró, por los huesos de un héroe escocés al que Anna nunca había oído mencionar, que no. Anna se sintió un poco mejor.

—Bruno parece muy simpático, Anna. Y tus hijos, ¡oh, son preciosos!

Anna tomó un sorbo de su copa y murmuró algo en la línea de «Parecer y ser no son lo mismo». Bruno estaba derrochando encanto y carisma, sin duda, pero era una noche entre miles.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Mary, y la tristeza caló en sus palabras como el agua en un paño—. Los otros hombres del equipo están casados con suizas, y aún no he tratado a otras madres del colegio de Max y Alexis. Sé que con el tiempo iré conociendo a gente y haciendo amistades. Todo el mundo es muy agradable. Pero frío, ¿me entiendes?

Anna dijo que la entendía muy bien.

Mary sacó el asado del horno y lo puso en una fuente. Anna se levantó a ayudarla, pero Mary dijo:

—No, no, yo me encargo.

Anna se acomodó de nuevo en el taburete.

—Anna —dijo Mary—, ¿cuánto tiempo pasó hasta que te sentiste a gusto aquí? —En su voz se delataba la esperanza de que Anna le contestara «Enseguida, muy poco».

Esa no fue su respuesta.

—Vaya. —Anna se replegó—. Mary, no es para tanto, de verdad —mintió—. Todo resulta un poco frío de entrada. Irás encontrando tu equilibrio y tu ritmo. Te acostumbrarás. Estudiar alemán te irá bien. Yo esperé nueve años, demasiado.

—Pero Anna, tu alemán es el mejor de la clase.

Anna la corrigió.

—Soy la única que ha vivido en Zúrich más de unos meses.

Mary levantó la fuente del asado y señaló con el codo un cuenco de ensalada. Anna lo cogió y la siguió al comedor.

—Estoy tan contenta de que nos hayamos conocido. Hagamos algo después de clase la semana que viene —sugirió Mary—. Cualquier cosa. Estoy contenta de tener a alguien con quien hablar. Tim también, por lo que se ve. —Mary hizo un gesto hacia la sala de estar, donde Tim y Bruno charlaban inclinados hacia delante en sus asientos. Bruno utilizaba la mesa de centro como escritorio y anotaba algo en una hoja de papel con uno de los lados ribeteado de confeti, arrancada de un cuaderno de espiral. Anna dedujo que lo estaba asesorando en finanzas.

—¡A comer! —exclamó Mary, y Max y Charles bajaron corriendo por las escaleras. Mary llamó otra vez a Victor y Alexis. Habían estado discutiendo a quién

le tocaba jugar.

Max entró en la cocina y se quedó en mitad del paso.

—Cariño, por favor, deja pasar a mamá.

Max bailoteó de un lado a otro.

—¡Mamá!

—¿Qué pasa, corazón? —Mary esquivó a su hijo mientras llevaba una jarra de agua al comedor.

—¡Charles me ha contado un secreto!

Anna miró a Charles, que estaba cabizbajo junto al dintel de la puerta con gesto avergonzado.

Mary también se dio cuenta de que Charles lo estaba pasando mal.

—Max, si es un secreto no puedes contarlo. ¿De acuerdo? Ve a lavarte las manos.

Max agarró a Charles y los dos fueron corriendo al lavabo.

Anna quiso saber, casi con desesperación, cuál era el secreto.

—Me guarda secretos —la acusó la doctora Messerli.

Anna le preguntó si sabía que el secreto bancario era un invento suizo del siglo XX.

—Hay una diferencia entre secretismo y privacidad.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es? —Fue una respuesta a la defensiva.

La doctora Messerli meneó la cabeza y escribió algo en su cuaderno.

Cinco minutos antes del final de la clase del viernes, Anna alzó la cabeza de su cuaderno y vio que Archie la miraba desde el otro lado de la mesa. Levantó una ceja. Anna captó la invitación tácita. Hizo un gesto para darle a entender que lo hablarían al salir. Cinco minutos más tarde, después de que Roland terminara la lección, después de que Anna le asegurara a Mary otra vez que sabía cómo llegar a su casa y que sí, serían puntuales, después de que Mary finalmente se fuera a tomar el tren y el resto de los compañeros se dispersaran, Anna se dirigió a los tranvías de Sternen Oerlikon y sin ningún intercambio verbal condujo a Archie al número 10. Subieron juntos.

Anna se sentó junto a la ventana y contempló las calles grises del entramado urbano mientras el tranvía tomaba rumbo sur hacia el centro. Era un día monocromático. Encajaba con su estado de ánimo.

Acababan de pasar el campus de Irchel de la Universidad de Zúrich cuando Archie se inclinó hacia ella, casi rozándole la oreja con los labios, y con un susurro soez dijo:

—Quiero metértela en la boca.

Anna contestó con un silencio. Archie aguardó un instante y lo repitió de nuevo.

—Cuando llegemos a mi casa voy a metértela entera en la boca. ¿Me oyes?

En Milchbuck, dos monjas vestidas con faldas oscuras de color pizarra y velos de largura media a juego subieron al tranvía y ocuparon los asientos que había libres

justo delante de Anna y Archie. Anna sintió que se sonrojaba. Archie ignoró todas las reglas del decoro.

—¿Te apetece por detrás? ¿Quieres que te embista por el culo?

Una de las hermanas se movió inquieta en el asiento.

—Voy a meterte este rabo gordo y duro hasta el fondo por el culo.

Anna se preguntó si las monjas entendían el inglés.

Cuanto más se acercaba el tranvía a Central, más explícitos eran los detalles de su inminente encuentro sexual. «Voy a barrenarte el culo. Voy a meterte el dedo por el culo. Voy a empotrarte en la pared, Anna, lo juro. Voy a recostarte en la mesa y a restregar la cara por tu raja». La otra monja se volvió pero miró hacia el fondo del vagón. Archie sonrió. Anna no sabía precisar qué lo excitaba, si las frases lascivas, la naturaleza beligerante del guión, o el hecho de tener un público que podía oírlas. No lo conocía lo suficiente para aventurar una hipótesis.

Archie continuó al bajarse del tranvía. «Voy a atarte a la cabecera de la cama. Te ataré por las muñecas. Te vendaré los ojos. Te amordazaré». Caminaban rápido, Archie guiaba a Anna entre la multitud como un marido, con la palma de la mano apoyada en su espalda. «Voy a lamerte el clítoris hasta que se hinche como una ciruela, mujer». Cuando por fin llegaron a Altstadt, fuera lo que fuese lo que se proponía empezó a funcionar. Anna se contagió de la excitación, se le aceleró el pulso y empezaba a sentirse aturdida, casi dispuesta a dejarle hacer todo lo que juraba que haría.

Aun así todo quedó en mera palabrería. Ese día el sexo fue sin preámbulos, casi renegado. Al llegar a su apartamento, ambos estaban tan aturullados que ni uno ni otro se molestaron en quitarse la camisa; Archie ni siquiera se sacó la chaqueta. Se dejó caer en el sofá y atrajo a Anna hacia sus muslos desnudos. Ella se puso a horcajadas y él le metió los pulgares para abrirla. Anna estaba mojada; Archie la penetró sin esfuerzo. Se asió a sus caderas y la hizo subir y bajar vigorosamente. Ella no se dio cuenta de lo fuerte que la agarraba hasta el día siguiente, cuando en la ducha vio unos pequeños cardenales morados donde le había clavado los dedos.

—Me haces daño.

Era una constatación, no una queja. Archie gruñó de un modo que a Anna le hizo pensar que estaba a punto de acabar, y así fue. Salió tan de golpe que casi la hizo caer al suelo. Se corrió encima de su vientre. Tenía la polla manchada de sangre. Mucha sangre, de un rojo vivo, el color de una señal de *stop*, el destello de una luz de emergencia.

—¡Dios!

Había sangre por todas partes. En su polla, en los muslos de ambos, en el sofá. Relucía en el pubis de Anna y chorreaba en un hilillo por la pierna hasta debajo de la rodilla.

—Mierda.

La sangre arrancó a Archie del orgasmo. No tenían una toalla, así que se quitó un

calcetín y se lo dio a Anna.

—Perdona —dijo ella, al borde de las lágrimas.

Archie se rio quitándole importancia mientras Anna se limpiaba. Toda la violencia de su voz se había transformado en una jovialidad desenfadada, casi excesiva, y en una consideración repentina.

—Nada de disculpas, soy yo el que debería pedir perdón. —Guiñó un ojo—. No era mi intención abrirte en canal. —Guiñó de nuevo el ojo con una sonrisa pícaro. Era el guiño equivocado en el momento menos oportuno. La expresión de Anna lo dijo todo. Archie trató de aplacar su disgusto—. Estás bien, ¿verdad?

Anna asintió, sollozando.

Ya le había ocurrido antes que un coito brusco removiera los tejidos blandos y desencadenara el sangrado en el momento preciso del ciclo menstrual. Tampoco podía culpar a Archie. Le habría venido el periodo de todos modos, aunque probablemente no esa tarde, y desde luego no en ese sofá.

—No hay de qué avergonzarse. —Archie trataba de ser amable. No hacía falta. A Anna le pareció condescendiente. No estaba avergonzada en absoluto. «¿Cómo puede siquiera pensar eso?». Aunque la embargó una sensación extraña, que todavía no acertaba a nombrar. Se sorbió la nariz y acabó de limpiarse los muslos con el calcetín. Archie apuntó con la cabeza hacia el cuarto de baño.

—Ve a darte una ducha. Te prepararé una copa. Vamos, sé buena chica.

Anna recobró la compostura, recogió la ropa y el bolso y caminó con torpeza hasta el baño, con el calcetín entre las piernas y la sangre chorreando ahora por la cara interna de los muslos. Encontró una toallita en la estantería del baño y un tampón en su bolso. Se limpió rápido, se vistió y le dijo a Archie que no le daba tiempo a tomar una copa.

—Tengo que irme —dijo, aunque ya casi había salido por la puerta.

Dejó la toallita y el calcetín todavía ensangrentado en el lavabo.

—*En Guete!* —dijo Bruno antes de que dieran el primer bocado. Mary le preguntó qué significaba y Bruno le respondió que era «buen provecho» en suizo.

Mary era una cocinera magnífica y todos disfrutaron de la cena. La conversación se mantuvo cordial y animada. Tim le mencionó a Mary que Bruno lo había asesorado en las finanzas.

—¡Ah, qué bien! —La voz de Mary sonaba sincera.

Bruno sonrió con deferencia.

—Es lo que sé hacer. Me dedico a eso. Me alegra echar una mano.

Los chicos se portaron bien, aunque por un momento Victor volvió a enfurruñarse; no quería jugar con una niña. Ni siquiera había querido ir. Anna lo miró con severidad y Victor se escudó en su mal humor de costumbre, se quejó entre dientes de las exigencias de su madre y le ordenó que dejara de mirarlo.

—Victor. —La voz de Bruno sonó cargada de advertencia, y Victor contestó con un «Sí, señor» o «Vale», Anna no acabó de entenderlo. No importaba. Bruno estaba

tan agradable esa noche que incluso la defendía. Se sintió complacida. Max y Charles se reían de una serie de bromas entre ellos, divirtiéndose como los mejores amigos del mundo. Alexis comía en silencio, con gesto manso pero inexpresivo. Tan dócil como gélida. No pasiva exactamente, pero tampoco exactamente lo contrario. Anna reconoció esa expresión y sintió una punzada de lástima. «Conozco a esta chica —pensó Anna—. He sido ella».

—La cara de los adultos es una máscara diseñada para amoldarse a su rostro de juventud.

«Hay muchas clases de máscaras —pensó Anna—. Las máscaras teatrales, las máscaras de disfraces, las máscaras quirúrgicas y las máscaras de esgrima y las máscaras de bucear y las máscaras de lucha libre. Los pasamontañas y los visores de soldadura y los yelmos, las vendas y los antifaces. Y las máscaras mortuorias».

La doctora continuó.

—Cada máscara pasa a ser una máscara mortuoria cuando ya no puedes ponértela o quitártela a tu antojo. Cuando se ajusta a los contornos de tu rostro psíquico. Cuando confundes la imagen que proyectas con tu persona. Cuando ya no puedes distinguir una de la otra.

El S3 dio una sacudida justo al aparecer a lo lejos la estación de Dietlikon. Era por el trazado de la vía, y ocurría cada vez que el tren de Stettbach llegaba a la estación. Por frecuente que fuera, Anna siempre se sobresaltaba. Iba con la cabeza recostada en la ventanilla cuando el tren dio el bandazo habitual. Se golpeó la frente, se le escapó un grito ahogado. Un chico adolescente sentado en diagonal a ella se rio por lo bajo. Tenía una cara cruel, ruda. Se sostuvieron la mirada durante tres o cuatro incómodos segundos antes de que al chico le sonara el *Handy* y desviara la vista. Contestó, se levantó y se fue a otra hilera de asientos. De todos los sucesos de la última hora, ese fue el que más violentó a Anna.

No se bajó del tren. Al salir del apartamento de Archie la había embargado un deseo que siempre había acariciado pero que nunca encontraba el momento de cumplir: recorrer el trayecto completo de una línea de tren, ida y vuelta. En este caso, hasta Wetzikon, la terminal de la S3 por el este, y luego regresar por donde venía hasta Aarau, la última parada hacia el oeste, antes de volver a Dietlikon. El viaje consumiría la tarde entera. «No se por qué. Simplemente me apetece. ¿Acaso importa?», se dijo Anna con descaro. Telefoneó a Ursula desde Stadelhofen, se disculpó y dijo que había olvidado una cita extra con la psicoanalista, y prometió compensarla de alguna manera. No era del todo mentira; la doctora Messerli lo había dicho una, veinte, cien veces: «El análisis puede llevarse a cabo tanto si el psicoanalista está presente como si no». La cita con los Gilbert no era hasta última hora. Anna tenía tiempo.

El sexo la había dejado alterada. «No —rectificó Anna—, vulnerable». Al ver que sangra, ninguna mujer puede soslayar el hecho de que la sostienen poco más que piel

y una serie de finas membranas vasculares. Y la luz resplandeciente, primaria del día hizo que la sangre resultara aún más perturbadora. No la había avergonzado. La había expuesto. Y las palabras soeces de Archie antes del coito no ayudaron. La facilidad con que se había doblegado a su insistencia, a su susurro dominador, la desconcertó. Pero la vulnerabilidad es un imán que siempre atrae la agresión. Ciertas debilidades claman ser sometidas.

Anna pasó el viaje en tren atrapada en bucles alternos de autocompasión, autoflagelación y silencio. La metáfora no le pasó por alto. «Pasajera. Pasiva. No ejerzo control sobre mi propia vida. Ni por esta vía ni por ninguna otra. Estoy muy entrenada en esto. Anna no pudo evitar una sonrisa ante esos atinados juegos de palabras».

En su última cita, la doctora Messerli la instó a considerar el origen de su pasividad. ¿Dónde creía que estribaba el problema? ¿Acaso lo sabía? ¿Alguna vez se había detenido a pensarlo? Anna intentó mentir. «Claro que lo he pensado». Pero no lo había hecho. No a fondo. Era un rasgo de su personalidad. Simplemente. ¿Para qué ir más allá? La doctora la rebatió, le dijo que no, que no se había detenido a pensarlo, ni a fondo ni por encima. Porque de haberlo hecho, vería lo que veía la doctora.

—La pasividad no es la dolencia. Es el síntoma. La complicidad no es sino una de las muchas habilidades que usted ha desarrollado. Cuando quiere, demuestra tener un gran don para la rebeldía.

Anna tomó sus palabras por una afrenta y, como para diluir la verdad de la conclusión de la doctora, la aceptó sin rechistar. Una actitud pueril, lo sabía, pero gratificante en el momento. Cuando el tren de Anna llegó a Wetzikon se dio cuenta de que esa era justo la clase de manipulación que la doctora Messerli le reprochaba. No era pasividad, ni mucho menos. Era una maquinación iridiscente, un maniquí caracterizado para parecer una mujer tímida, sumisa.

—¿De dónde viene esto, Anna? ¿Qué podría haberlo provocado?

Anna dijo que temía no poder contestarle.

—Eso es muy cierto. Lo teme —dijo la doctora, y no añadió nada más.

Pasaron una velada sumamente agradable en casa de Tim y Mary Gilbert, en Uster.

Hasta que...

Mary se levantó de la mesa y volvió con el postre. Tim le preguntó a Anna qué le parecía el curso de alemán.

—Está muy bien, me gusta, es útil, estoy aprendiendo.

Mary se sentó.

—Anna es la alumna número uno de Roland, Bruno. Todo el mundo escucha cuando ella habla. Unos más que otros, todo hay que decirlo. —Mary miró a Anna y le hizo un guiño. A Anna le asqueó el gesto de complicidad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bruno.

—¿No se lo has dicho, Anna?

Anna negó con la cabeza y le dijo a Mary que no sabía de qué estaba hablando.

—No sé de qué estás hablando, Mary. —Anna empleó una voz firme, despreocupada.

—Bah, no seas tan modesta. —Mary se dirigió a Bruno como en un aparte—. Anna tiene un admirador.

«No, Mary», pensó Anna.

—Vaya, ¿en serio? —preguntó Bruno. Su voz centelleó con suspicacia. Anna fue la única que lo notó—. Y dime, ¿quién es ese que admira a mi Anna?

«Su Anna». Anna dijo que seguía sin saber a qué se refería Mary.

Mary se rio de un modo que en otras circunstancias podría haber parecido remilgado. En ese momento a Anna le sonó hueco e infantil.

—Se llama Archie, y es adorable ver cómo la sigue, se sienta a su lado en clase. Incluso la espera al salir de la escuela y la acompaña al tranvía cada día.

—¿Al tranvía? —La pregunta de Bruno era de doble filo. El tranvía no llegaba a Dietlikon. No habría ninguna razón para que Anna fuera en tranvía a diario.

—Al tren. Quiere decir el tren —intervino Anna.

—Ah, bueno. La cuestión es que está loco por ella, Bruno. ¡Yo en tu lugar iría con cuidado! —Mary no pretendía ser chismosa. Quería jugar.

«No, Mary. No, no, no, no». Pero era demasiado tarde.

Mary continuó.

—Ah, y ojo, que además es guapo, ¿eh, Anna?

Anna notó que el corazón le daba un vuelco y, en esa fracción de un instante la aterrorizó la posibilidad de que toda la velada fuera una encerrona para dejarla como una mentirosa, una embustera, una puta.

Anna se sonrojó. Tim intercedió a su favor.

—Mary, estás incomodando a nuestra invitada.

Mary enfatizó la broma con una sonrisa tenaz. Bruno sonrió también, con aparente despreocupación. Anna no se confió.

—Bueno —dijo Mary—, ¿quién está listo para un pedazo de pastel?

Los niños (incluida Alexis) contestaron al unísono con un voraz «¡Yo!», y los adultos se mostraron menos efusivos. Mary cortó un bizcocho de limón y sirvió una porción generosa a cada uno.

—*Merci vielmal* —le agradeció Bruno, y todos empezaron a comer—. Mmm —saboreó Bruno—. *Sehr gut!*

Y así continuó la velada, volvieron las risas y siguieron las bromas. Bruno asesoró más a Tim, y en agradecimiento este invitó a Bruno y los chicos a un partido de los ZSC Lions. Bruno hizo un gesto con la mano, como diciendo que no hacía falta, pero al final aceptó con cortesía la invitación. Mary sirvió café, dispensaron a los niños y les pidieron que fueran de nuevo a jugar arriba. A ojos de cualquiera la cena había terminado tan estupendamente como empezó.

Pero a Anna no le había pasado por alto lo sucedido. Cómo el aire entre ella y Bruno se tensó cuando Mary dijo en voz alta las palabras «loco por ella», «guapo», «admirador», «tranvía».

«Voy a pagar por esto», pensó Anna.

Al llegar la hora de marcharse, hubo apretones de manos y se habló de planes inconcretos para una «próxima vez».

—Nos vemos en el partido la semana que viene —les recordó Tim a Bruno y los chicos.

—Nos vemos en clase el lunes —le dijo Mary a Anna.

Max saludó con la mano a Charles, que le devolvió el saludo. Victor y Alexis se despidieron sin ceremonias, y los Benz se montaron en el coche. Los chicos se quedaron dormidos volviendo a casa.

La tensión se respiraba en el aire. Anna intentó entablar conversación.

—Ha sido agradable, ¿verdad?

Bruno gruñó.

—¿Quién es Archie?

Anna contestó con cautela.

—Ah. Nadie. Un hombre de nuestra clase. Me ha tomado aprecio, supongo. Eso dice Mary, por lo menos. No me había percatado.

—Ya.

El trayecto de vuelta fue más corto que el de ida, y los Benz llegaron pronto a casa. Eran cerca de las diez cuando Bruno entró por Rosenweg, giró bruscamente para aparcar en la entrada, apagó el motor y sacó la llave. Los chicos estaban adormilados y arrastraban los pies al andar. Bruno cerró la puerta del coche con un gesto decidido. Anna sintió un ligero alivio de que no diera un portazo.

—Nos hemos olvidado de Polly —dijo Anna mientras él abría la casa.

Bruno les indicó a los chicos que entraran y los mandó arriba, a la cama. Anna cerró la puerta del coche y lo alcanzó en los escalones de la entrada.

—¿Bruno?

Bruno farfulló algo que Anna interpretó como «Ve tú misma a recogerla».

Ir a casa de Ursula por el camino más directo no llevaba más de un par de minutos, de puerta a puerta. Anna no sintió necesidad de apresurarse. Optó por tomar una ruta sinuosa, oblicua, que la llevó en dirección contraria colina arriba desde la parte posterior de su casa. Era un sendero que transitaba a menudo; lo conocía bien. Durante el día lo entorpecían senderistas nórdicos y gente que sacaba a pasear al perro. De noche se quedaba desierto y los campos rasos parecían encantados. La embargó una emoción críptica. En la colina Anna se sintió desconsolada, aislada y desamparada. «Soy una figura pálida a la luz de la luna —pensó—. Un espectro en un cementerio para pobres».

—¿Cree en los fantasmas? —le preguntó Anna a la doctora Messerli.

—No importa si crees o no en los fantasmas. Los fantasmas creen en ti.

Anna siguió el sendero hasta llegar a un banco en la cresta de la colina. Esa colina, ese banco, tantas y tantas madrugadas... Anna no sabría decir cuántas veces había vagado por el sendero solo para sentarse allí. Con lluvia, con nieve. En fin de semana o los días de diario. En noches de desesperación. Noches en que el aire era craso e insensible. Cuando el terrible dolor de la soledad la mordía en el cuello. Cuando el paisaje y su corazón herido calaban en ella. Ese era su banco. El banco al que acudía a sentarse y llorar. Una señal amarilla donde se leía *Wanderweg* apuntaba hacia los bosques. Detrás del banco, una parcela vallada servía de redil para el ganado de un granjero. Esa noche habían encerrado las vacas en el establo, y Anna estaba completamente sola. Cada pocos minutos oía un tren nocturno traqueteando en las vías, a un kilómetro escaso. «¿Adónde se dirigirá? ¿Quién va dentro? ¿Hay una mujer dormida? ¿Está triste?». Siempre la sorprendía qué nítidos y cercanos sonaban los trenes incluso desde lo alto de la colina. «Puedo sentirlo. En ese tren hay una mujer triste».

Anna aguardó el llanto. En vano. Cinco trenes pasaron por el valle antes de que se levantara y se encaminara a casa de Ursula.

Como era de imaginar, Ursula estuvo muy seca cuando Anna por fin llegó a casa aquella tarde. A ella apenas le dio tiempo a saludarla antes de que su suegra la apartara a un lado sin contemplaciones y se marchara. Anna lo pasó por alto. Ursula tenía derecho a estar molesta.

Polly estaba berreando y los chicos enzarzados en una pelea. Anna miró el reloj; había pasado tres horas y media en el tren. Después de la primera hora perdió la paciencia con la introspección, y dejó que se le ofuscará la mente. Su pulso se hizo lento. Relajó los ojos y trató de centrarse en los intersticios del pensamiento mientras el vaivén del tren la mecía como una madre. Sin embargo, la casa, el ruido, los niños, su suegra, el retraso de la tarde y los planes para la cena de aquella noche convergieron de pronto en un punto nítido y certero que arrinconó a Anna contra la pared de su propia aflicción. En ese momento tan solo podía permitir que las cosas siguieran su curso. Así que dejó que los chicos continuaran enzarzados y que Polly Jean se cansara de llorar. Hay llantos que no se pueden consolar, solo pueden derramarse.

Cuando Bruno llegó a casa de la oficina, sus hijos estaban vestidos, su mujer se había arreglado y Polly Jean estaba lista para que la dejaran en casa de Ursula. Bruno se ofreció a llevarla. Anna los observó desde la ventana del salón. Bruno la llevaba cargada a la cadera e iba silbando. Polly había dejado de llorar antes de que Anna terminara de ducharse.

La última lección de Roland esa mañana había sido sobre las conjunciones subordinantes. *Falls* significa «en caso de». Y *weil* significa «porque».

—Recordad pronunciarlo como «vil» en inglés —dijo Roland, lo cual a Anna le pareció pertinente.

Cuando Roland escribió *damit*, la clase se rio por lo bajo.

—Sí, igual que «maldición» en inglés. Significa «para» o «a fin de».

Luego les recordó que eran adultos y les pidió que no se rieran, porque para empezar no era tan gracioso.

Anna se quedó junto a la ventana a fin de ver a su marido y a su hija alejándose. Se quedó junto a la ventana para observarlos. Siguió mirando hasta que doblaron la esquina y se perdieron de vista.

«Maldición, maldición, maldición, maldita sea».

Anna llamó con suavidad a la vez que abría la puerta de Ursula. Al margen de sus diferencias, hacía mucho que obviaban las formalidades de llamar a la puerta y esperar a que la otra acudiera a abrir. Anna entró en la casa y susurró hola. Ursula se había quedado dormida delante del televisor, con la labor de punto en el regazo. Mike Shiva, un popular parapsicólogo que leía las cartas del tarot, atendía llamadas telefónicas en directo. Su programa se emitía todas las noches; no había manera de escapar a su cara redonda como un plato y sus greñas lacias que sujetaba con una cinta, como una mujer. A Anna le parecía un bicho raro y un prodigio a partes iguales. Un parapsicólogo suizo era un contrasentido en sí mismo, un fenómeno muy poco empírico.

Ursula se movió cuando Anna apagó el televisor. Se despertó con un sobresalto y por un momento dio la impresión de que no la reconociera.

—Vengo a buscar a Polly —comentó Anna, como si pudiera haber otra razón para presentarse en casa de Ursula a esas horas de la noche.

—Déjala —dijo Ursula—. Si la despiertas, ya no se dormirá.

—Ah. —La tensión del coche la había distraído. Anna se sintió estúpida por no haberlo captado. Por supuesto. Se daba por hecho. Polly se quedaría a dormir—. Tienes razón, Ursula. No lo había pensado. —Era cierto. Pero ir a buscar a Polly Jean era una excusa tan buena como otra para alejarse de Bruno durante un rato.

Ursula se levantó, meneó la cabeza concienzudamente, como para sacudirse algo prendido.

—No pensar es una de tus peores costumbres.

Acompañó a Anna a la puerta, la dejó salir sin ceremonias y cerró de nuevo, todo en no más de quince segundos. Anna volvió a casa sin la criatura que había ido a buscar.

—Los fantasmas —continuó la doctora Messerli— no siempre son los espíritus de difuntos apegados a la tierra. Un fantasma puede ser la sensación residual que sucede a un acto que has llevado a cabo pero que te pesa. O el acto mismo. Algo que has sido o hecho y de lo que no puedes escapar.

6

Dos semanas después, un domingo, el último día del mes, Anna, Bruno, Ursula y los niños tomaron un tren a las diez de la mañana. Iban a Mumpf, un pueblo en el cantón de Argovia, situado cerca de la frontera norte de Suiza, donde vivían Daniela, la hermana de Bruno, y su compañero, David. Daniela cumplía cuarenta años.

Ir en tren solía ser mejor opción que conducir, y más cuando las circunstancias obligaban, como ese día: con Ursula, no cabían todos en el coche. La única pega eran los dos transbordos que habrían de hacer. David los recogería en la estación de Mumpf cuando llegaran.

En el InterRegio, Charles ocupó el asiento de la ventanilla mirando hacia delante, y Victor el asiento de enfrente, encarado hacia atrás. Esos eran los puestos que tenían asignados cuando la familia viajaba en tren, por más que le irritara al hijo mayor de Anna. Charles tenía el estómago más delicado y con frecuencia se mareaba. Sentarse junto a la ventana contribuía a su equilibrio. En efecto, a los cinco minutos de viaje la cara de Charles se puso del color de un pepinillo en vinagre.

—Mira hacia el horizonte, *Schatz* —le recomendó Anna—. Respira hondo, despacio. —Al parecer eso funcionó.

Anna se sentó al lado de Victor junto al pasillo, de cara a Bruno, que siempre escogía un asiento que mirara hacia delante, como Charles. Ursula se acomodó en la hilera de asientos del otro lado, con los ojos ligeramente cerrados, como si rezara, y el regalo de cumpleaños para Daniela en el regazo. Bruno llevaba a Polly Jean sentada en las rodillas.

Nadie había planteado nunca la cuestión. Ni Bruno, ni Ursula, ni Daniela, ni Hans, ni Margrith, ni Edith, ni la doctora Messerli, ni Claudia Zwygart, ni el cartero, ni la cajera en el colmado, ni Mary, ni Archie, ni nadie a quien Anna tratara más o menos a fondo, ni viejos ni nuevos conocidos. Nadie había preguntado. Y si lo hubieran hecho, Anna habría mentido.

«Pero no hay ninguna razón para que pregunten». Anna siempre volvía a ese mismo punto.

Sin embargo, la realidad estaba cincelada en el exquisito alabastro de la cara de Polly Jean, donde cualquiera que deseara poner en entredicho la ficción podría haberlo hecho, y la realidad era esta: Polly no se parecía en nada a Bruno.

Polly Jean no era una Benz.

—Anna, ¿quién es Stephen? —Era la tercera vez que la doctora Messerli se lo preguntaba.

«Un hombre al que nunca podría amar, pero amé», pensó Anna. No contestó, y la doctora Messerli no volvió a preguntar.

El tiempo hacía de las suyas. Durante la noche había pasado un frente frío por Zúrich y el día había amanecido ventoso y húmedo en Dietlikon. Aun así, a mitad de

camino hacia Mumpf los cielos se despejaron. Los Benz iban escapando de los elementos.

Era una historia que solo se contaba a sí misma, pero a fuerza de repetición la sabía de memoria. Únicamente variaba un poco a tenor de su estado de ánimo: a veces adquiría un sesgo compasivo, otras la teatralidad rancia de la histeria, y aun otras la sangre fría y el desapego de una ramera. En ocasiones le procuraba consuelo. La mayoría de las veces la desazonaba, le partía el corazón (a ella cualquier cosa siempre le partía el corazón). Y, sin embargo, ya fuera a través de las lágrimas brillantes del dolor o los vidrios empañados de la memoria, Anna solo podía resignarse a contemplar una progresión de hechos inalterables.

—No existen las casualidades, Anna. Todo guarda correlación. Todo está conectado. Cada detalle trae consigo una consecuencia. Un instante desencadena el siguiente. Y el siguiente. Y el siguiente.

Anna observó a su marido. Bruno parecía haber dejado atrás los celos. Las dos semanas anteriores habían transcurrido sin incidentes. Ambos procuraban poner de su parte. Habían ido a comprar juntos, trabajado en el jardín juntos, salido a cenar en familia, e incluso al cine a ver una película que los dos querían ver. No hubo ninguna otra mención a Archie. Aun así, el hombre alegre y expansivo que se dejó ver en casa de los Gilbert quedó sustituido por el marido huraño y contrariado a quien Anna tan bien conocía.

«¿Y por qué no debería sentirse contrariado? —se reprendió Anna—. Solo porque no sepa lo que estoy haciendo, no significa que no lo haga». Durante las dos últimas semanas Anna procuró dar un paso atrás, distanciarse de sí misma, evaluar sus decisiones más recientes y sopesar si el riesgo compensaba. Había faltado muy poco. «¿Quién es Archie?», preguntó Bruno. «Nadie», contestó Anna. Y era cierto. Apenas lo conocía. «¿De verdad crees que merece la pena? —se preguntó—. ¿No? Entonces no te la juegues, mujer».

Aunque ¿tan poco había faltado? De señalar el incidente en un mapa, el momento de sospecha de Bruno no habría estado más cerca del hecho en cuestión que un barrio residencial del centro urbano. Visto de ese modo, el daño parecía mínimo, remoto.

Así, Anna se debatía entre la consecuencia y la elección.

Y al final acabó por pensar: sin pruebas, no hay delito. «Soy una buena esposa, por lo general —se excusó—. Todo el mundo está protegido, todo el mundo está alimentado».

Anna siguió viendo a Archie.

—De niña, ¿qué quería ser de mayor? —preguntó una vez la doctora Messerli.

Anna dio una respuesta lastimera.

—Amada. Protegida. Segura.

Sabía que la doctora no se refería a eso.

La doctora probó desde otro ángulo.

—¿Qué estudió en la universidad? —Anna se ruborizó. No quería contestar—. Dígamelo.

—Economía doméstica —murmuró Anna.

Había ocurrido casi dos años atrás. Faltaban cuatro días para Navidad. Era miércoles. Anna había tomado el tren a la ciudad. Un viaje desgastado, la enésima vez que salía de compras antes de las fiestas, y cada vez ponía menos entusiasmo en la tarea.

Las semanas previas a *Weihnachten* en Zúrich son perfectamente llevaderas. Las calles bullen de transeúntes con abrigos elegantes de vivos colores, que parecen aún más elegantes y vivos en el paisaje apagado y gris de los típicos diciembres sin nieve de Zúrich. De bidones tiznados humeantes, junto a los que hombres de piel oscura meten castañas asadas en cucuruchos de papel. Un tenderete de velas artesanales se monta esos días cerca del Quaibrücke de la Bürkliplatz. Y durante un tiempo, después de que se pusiera el sol, podías deleitarte paseando por la Bahnhofstrasse bajo guirnaldas de luces de color champán y un tramo de un kilómetro iluminado con larguísimos tubos fluorescentes. Colgaban de cables tendidos entre los edificios y por encima de las catenarias que suministraban electricidad a los tranvías eléctricos de la ciudad, y estaban programados para variar de intensidad según la intensidad de la actividad humana en la calle. Todo muy moderno; demasiado moderno, en realidad. Tanta gente lo detestaba que al final el ayuntamiento optó por recuperar una decoración más tradicional. A los hijos de Anna, sin embargo, les encantaba. Incluso Victor, que se aburría con facilidad y era especialmente apático para su edad, cedía a la fascinación, el asombro y la sorpresa que suelen derrochar los niños.

Anna había pasado el día recorriendo a pie el centro de Zúrich, de este a oeste, y el boato navideño —adorable como era en dosis más pequeñas— empezaba a resultarle excesivo, innecesario. Aun así, hizo varias compras. En Piz Buch und Berg encontró el regalo de Navidad para Bruno, varios mapas de escalada muy detallados de los cantones de los Grisones y de San Galo y una guía de senderismo por el Jura suizo. En el Manor de la Bahnhofstrasse Anna luchó con hordas agresivas para elegir un modesto conjunto de punto, que le pareció que sería un bonito detalle para Edith.

El día había empezado con un disgusto. Bruno la puso de mal humor aquella mañana por algo que había conseguido olvidar, a pesar de que la sensación, fuera cual fuese, la carcomía por dentro. Seguía fermentando e hirviendo a fuego lento. Anna se sentía sola y distante. Anna se sentía sola y distante allá adonde iba.

—Una mujer que se siente sola es una mujer peligrosa. —La doctora Messerli hablaba con grave sinceridad—. Una mujer que se siente sola es una mujer aburrida. Las mujeres aburridas actúan por impulso.

Anna apartó la mirada de Bruno a la ventana. El cantón de Argovia se veía

borroso por las huellas del cristal y la velocidad del tren. Victor y Charles peleaban por la figurita de un superhéroe; en un descuido, Anna había olvidado que llevaran dos. Bruno amenazó con quitársela si no zanjaban la discusión. Ursula se quedó dormida a mitad de camino a Mumpf. Su ronquido leve, sibilante, apenas era audible con el ruido natural del tren. Los chicos se rieron; Anna los hizo callar.

—Mi madre duerme demasiado —dijo Bruno con un gesto de impaciencia. Era un hijo cariñoso, pero a veces crítico, no solo con Anna, sino con todas las mujeres de su vida, incluidas Ursula y Daniela (aunque sobre todo con Anna).

Anna lo reprendió.

—Deja de mirarla así, es tu madre. —Ursula no tenía la culpa de roncar. Era una mujer mayor.

—No es tan mayor.

Anna no se lo rebatió. Ursula cumpliría sesenta y siete años. Había sido una madre joven, tuvo a Bruno con veintitrés años. Cuando tenía la edad de Anna, su hijo era un muchacho insolente. Anna habría superado los cincuenta antes de que todos sus hijos se marcharan de casa. El mero hecho de pensarlo la dejaba exhausta. «Mi madre también tiene cambios de humor», le gruñó Bruno una vez, pero Anna solo conocía a la mujer avinagrada, cortante, que le ponía mala cara cuando Anna hacía algo que no le parecía bien, que le escupía su silencio cuando Anna decía algo que no quería oír. Anna había dejado de esforzarse por agradarle hacía años.

—¿Hay alguna diferencia entre la suerte y el destino?

Anna estaba nerviosa, más inquieta que de costumbre. La doctora Messerli le preguntó si entendía el concepto de sincronicidad.

—No muy bien.

—Los acontecimientos no siempre obedecen las leyes del tiempo y el espacio. A veces el mero hecho de pensar en una persona hará que llame por teléfono después de meses sin comunicación. O quizá un hombre se plantea si debería dejar a su mujer y al cabo de un instante enciende la radio y oye un anuncio de apartamentos. Ninguna coincidencia se da al azar. La sincronicidad es la manifestación externa de una realidad interior.

Anna la interrogó con la mirada.

Si Anna hubiera renunciado a cualquiera de las paradas que hizo ese día, o se hubiera entretenido un minuto más o unos segundos menos en alguna de las tiendas o en la calle, lo que ocurrió no habría ocurrido. Anna estaba a punto de renunciar e irse a casa. Tenía hambre. Tenía frío. Prácticamente había terminado las compras. Tan solo le faltaba el regalo para Ursula. Ursula era aficionada a tejer; Anna pensaba regalarle unas madejas de lana. Cruzó el Limmat por el Rathausbrücke y se dirigió a la tienda Hand-Art de Neumarkt.

Los Benz iban en silencio en el tren a Mumpf, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Anna hojeaba una revista femenina en alemán que había comprado en

un quiosco en la estación de trenes de Oerlikon. Echó un vistazo a su horóscopo mensual. Nacida el 22 de octubre, Anna era Libra, y en menos de un mes cumpliría treinta y ocho años. «Bosque, peligro, fuego, prueba». Conocía la mayoría de las palabras del horóscopo. Captó lo esencial. Acababa con una advertencia: *Gib acht*.

Ve con cuidado.

Antes de que la doctora Messerli sugiriera las clases de alemán, le recomendó a Anna que empezara a escribir un diario.

—No hace falta que lo traiga a nuestras sesiones o que lo comparta conmigo si no lo desea. Considérelo una conversación privada, íntima. Sea completamente sincera. No se reserve nada a sí misma.

A Anna le gustó la idea y decidió seguir el consejo de la doctora Messerli, y ese día al término de la sesión fue a una papelería selecta cerca de la consulta de la doctora y compró un cuaderno de lomo liso con las tapas forradas de tela. Casi daba pena estrenarlo.

Escribió la primera entrada en el tren de vuelta a casa. «Reconócelo todo, Anna. Sin rodeos». Eran frases sueltas, sin ilación: «Todo de lo que huyo me alcanza. Mis plegarias caen en saco roto. Las cargo sobre los hombros. No tengo en qué depositarlas. He entregado un año de sueño al insomnio. La monotonía absoluta se prolonga. Mi cara es como la llave de un diario. Se supone que debería abrir algo. Me falta nervio para casi todo. Me debo a mi curiosa ironía particular: para sobrevivir me destruyo a mí misma. Pero la lógica del corazón sigue sus propias normas. Lo echo de menos sencillamente porque sí».

Anna leyó lo que había escrito e hizo una mueca. Volvería a intentarlo en otro momento, seguro que lo haría. Probablemente. Quizá. Entretanto, empuñó el bolígrafo y tachó la página entera con una cruz.

—¿Qué quieres sacar de esto, Archie?

Era el miércoles siguiente de la cena en Uster. Anna yacía boca arriba en la cama de Archie tapada con la manta hasta la barbilla. Era hora de irse a casa, pero hacía frío en la habitación, estaba desnuda, y salir de la cama significaba encarar ambas cosas.

—¿A qué te refieres?

Anna no creía que fuera una pregunta complicada.

—Me refiero a que esto no es una relación.

—Pero acabamos de tener relaciones —dijo él con un guiño.

Anna no se inmutó.

—¿Qué clase de hombre tiene una aventura con una mujer casada? —No era una acusación. Quería saberlo.

—Eso no es relevante —respondió Archie. Anna parpadeó. Replicó. Él negó con la cabeza—. La mayoría de la gente tiene aventuras.

Anna frunció el ceño.

—Eso no puede ser verdad.

Archie lanzó la pelota a su tejado.

—¿Y una mujer casada? ¿Por qué lo hace? ¿Qué clase de mujer es?

—Una mujer que se siente sola. Una mujer aburrida —dijo Anna con autoridad.

Archie volvió a negar con la cabeza.

—No, no es por eso.

—¿Y cómo vas a saberlo? —Anna se preguntó si Archie había pasado antes por eso.

—Las mujeres aburridas se unen a asociaciones y hacen trabajos de voluntariado. Las mujeres tristes tienen aventuras.

«Esa es la afirmación de un simplista», pensó Anna, pero no le apetecía discutir la cuestión.

—¿Crees que soy triste?

—Lo supe nada más verte. —Anna preguntó cómo era posible—. Un hombre puede oler la tristeza de una mujer.

—Y tú oliste la mía. —A Anna le ofendió la palabra «oler». Como si la tristeza pudiese disimularse con rosas. Como si la desesperación pudiera lavarse con jabón.

—Sí.

—Y te aprovechaste. —Anna se sintió perturbada, y fascinada, y algo más que no acertaba a precisar. «¿Culpable? ¿Descubierta? ¿Sorprendida con las manos en la masa?». Algo así.

—Y respondí —la corrigió Archie.

—¿Acaso hay alguna diferencia?

—¿No eres triste?

Entonces fue el turno de Anna.

—Irrelevante —mintió. Cambió de postura en la cama. Ninguno de los dos habló durante un par de minutos—. ¿Qué te gusta de mí?

Archie se rio.

—Vaya, nos ponemos profundos, ¿eh? —Anna movió la cabeza y Archie se enterneció—. Eres complicada. Indescifrable.

«Como el código de una caja fuerte. Salvo que no es cierto».

—Gracias, supongo.

—De nada. —Se tendieron boca arriba, ambos mirando al techo.

—¿Por qué me dijiste que sí?

Ahora le tocó a Anna reírse.

—¿Qué otra cosa iba a decir?

El InterRegio llegó a la estación de Frick a las 10.56. Era una espera de ocho minutos antes de que pasara el S-Bahn a Mumpf. Los Benz salieron en tropel del vagón, cruzaron por el paso subterráneo al cambiar de andén, y se apiñaron alrededor de un banco vacío mientras esperaban para hacer el transbordo. La presión

atmosférica había descendido. El tiempo estaba cambiando. Todo el mundo se sentía cansado y ni siquiera era la hora de almorzar.

Un mes antes se había descubierto en Frick un inmenso yacimiento de huesos de dinosaurio. Los encontró un paleontólogo aficionado. Exhumaron más de cien esqueletos completamente intactos. Fósiles de plateosaurio de doscientos millones de años. Algunos días, Anna envidiaba a los dinosaurios por su extinción. Un cometa no se apartó de su trayectoria. Un desastre hermoso predestinado a ocurrir, ocurrió.

Los ocho minutos pasaron con rapidez y a las once y cinco los Benz estaban a bordo del S-Bahn con destino directo a Mumpf.

La tienda Hand-Art estaba llena de colores bonitos y texturas suaves y todo olía a lavanda y canela, cardamomo y nuez moscada. «Precioso», pensó Anna. Y lo era. Precioso y apacible. Sosegaba. Pasó cuarenta minutos en la tienda eligiendo madejas de lana exótica y llevándoselas una a una con añoranza a la mejilla antes de devolverlas a los estantes, todo bajo la mirada magnánima de la dueña. La experiencia táctil la consoló, y el temor que había ensombrecido el estado de ánimo de Anna empezó a disiparse. Al final eligió madejas de seda pintada a mano, de alpaca y cachemira, hilos suntuosos que Ursula adoraría pero que jamás se compraría para ella. Anna salió de la tienda de lanas satisfecha de que, por una vez, Ursula estaría absolutamente complacida con lo que Anna le regalara.

Podía ir en el autobús número 33 directa a la estación central; esa era la intención de Anna. La parada del autobús está al final de Neumarkt hacia el este. Así que nada más salir de la tienda de lanas giró con brusquedad hacia la derecha. Pero iba cargada de paquetes, sin fijarse demasiado en dónde pisaba, y con el gorro de invierno calado hasta los ojos, de manera que no advirtió que había un hombre en medio de la acera, que a su vez tenía la cara enterrada en el pliegue de un mapa de la ciudad de Zúrich. Y él, tan abstraído por el entramado bidimensional de calles zigzagueantes sobre el papel endeble y difícil de manejar, no vio que Anna se le venía encima.

La sincronicidad a menudo pasa por coincidencia. Por ese tópico del lugar preciso en el momento justo. Por uno de esos incidentes repentinos. En ese caso las tres cosas se alinearon y al entrelazarse urdieron un cliché tan almibarado como un gatito con una pajarita amarilla. Que fuera una historia tan trillada y previsible era una de las pruebas a las que Anna se aferró luego para no soltar lastre. «¿Ves? ¿Cómo podría no haber sido verdad? Cosas así no solo pasan en las películas».

Iba distraída.

Iba distraída y se tropezó con el hombre.

—*Excusi!* — Anna se disculpó inmediatamente, usando una de las pocas palabras suizas que conocía. El hombre recobró el equilibrio y con un movimiento de la mano le restó importancia al encontronazo. Fue un gesto sencillo, encantador. Entonces se disculpó también, pero en inglés, soltó una risita nerviosa, y le preguntó a Anna en un alemán espantoso si sabía dónde estaba el Lindenhof, y de ser así, ¿podría señalarlo

en el mapa? Tenía el pelo negro y la tez blanca, y era un palmo más alto que ella. Por más que se esforzaba, no lograba volver a plegar el mapa. Temblaba por la fría neblina, apenas llevaba una cazadora de color gris ceniza. A uno de sus incisivos izquierdos le faltaba un pedacito, y tenía un lunar cerca del rabillo del ojo, también en el lado izquierdo. Anna se fijó en esas cosas. Identificó su acento del medio oeste por el perfecto equilibrio fonético. Anna sintió que se le henchía el corazón.

¿Es posible enamorarse a primera vista? Anna no lo sabía. Pero la subyugación de una mirada la hizo testigo, víctima y esclava de la culminación de todas sus mitologías. Y cada una de sus vivencias hasta entonces, las que importaban y las que solo parecían importar, se había sumado para desembocar en ese instante intenso, ese instante único. En el breve, fugaz lapso de un latido, supo que nada que hubiera dicho o hecho, y nada que volviera a decir o hacer, traería consigo siquiera la mitad de tragedia de ese momento.

Anna no apartó la mirada de la ventanilla del tren desde Frick hasta Mumpf.
«Ojalá nunca lo hubiera conocido».

El lugar más seguro para ocultar un secreto es al descubierto. Procura por poco que puedas mantener una actitud impasible y, sea cual sea el secreto, todo el mundo te aceptará por quien aparentas ser. Piensa en el nazi que huye a Sudamérica y vive su vida con discreta conformidad, los días que le quedan rutinarios e intachables. Por las mañanas se despierta, se levanta, se pasea a sus anchas. Manda cartas, va en autobús, compra peras en un mercado. Almuerza en una cafetería al aire libre. Toma café solo y siempre lee primero los resultados deportivos. Cuando pasa una chica bonita, levanta ligeramente el ala del sombrero.

Nadie sabe que hace setenta años su bota rompió las costillas de un rabino de Varsovia o que arrebató la leontina de su reloj de bolsillo de las temblorosas manos de un mozo de cuadra rumano que acababa de traspasar las puertas de Treblinka.

Así que no digas nada. Mantén la calma. Haz tu papel. Sea cual sea tu secreto. Atroz o banal, incomprensible o mundano. Es un método que tanto vale para el *Aufseher* como la adúltera. Si no te delatas, no necesitas esconderte.

Y de esa manera, tus grandes y negras mentiras se hacen pequeñas y piadosas.

—¿Sabe algo acerca de la alquimia, Anna?

—¿La creencia de que el metal innoble puede convertirse en oro?

La doctora Messerli asintió.

—Sí. En la Europa medieval había hombres que creían en esa posibilidad. Consagraron su vida entera a experimentar. Sin éxito, por descontado. Pero la premisa de su trabajo sentó los cimientos para otros estudios científicos. La química, sobre todo.

—Ajá.

—Jung estudió la alquimia desde un punto de vista filosófico. La comparó con el psicoanálisis. Una persona logra individualizarse por un proceso similar. Transforma la materia oscura del inconsciente en conciencia. El oro del alma. Por así decirlo.

Anna dejó de escuchar cuando la doctora dijo «química».

David esperaba a los Benz en el andén. Saludó a Ursula y a Anna con besos en las mejillas (una vez, dos, tres, como es costumbre), a Bruno le dio un apretón de manos firme y efusivo, les alborotó el pelo a los dos chicos, y cogió a Polly Jean de los brazos de Bruno, elogiando a la niña brevemente pero sin escatimar antes de devolvérsela a Anna. Luego se montaron todos en el coche para ir hasta la casa de David y Daniela. Iban apretujados. Victor se sentó en las rodillas de Bruno, Charles en las de Ursula. Era un kilómetro y medio escaso de trayecto; David prometió conducir con cuidado.

David y Daniela vivían juntos desde que Daniela tenía diecinueve años. Entonces David ya era cuarentón, lo bastante mayor para ser su padre, y aún estaba casado con la madre de sus hijos cuando inició su relación con Daniela. Sin embargo, el

concubinato de David y Daniela había resistido ya dos décadas. Al parecer estaban haciendo algo bien.

David era un hombre arrugado, macilento, con abundante pelo canoso, al que rara vez se veía sin una pipa entre los labios. A Anna le caía bien David. Como Ursula, había sido educador; durante más de treinta años había dado clases de estudios sociales en secundaria. David era tierno, agradable, y hacía gala de un porte flexible que no suele encontrarse en los suizos. Tenía su lógica: David era francés.

En menos de cinco minutos, el coche llegó a la casa de David y Daniela.

El hombre buscaba el Lindenhof. El Lindenhof es el barrio más antiguo de Zúrich, donde antaño se emplazaba un puesto de aduanas romano. Convertido ahora en parque, por lo general (incluso con mal tiempo, como aquel día en cuestión) en el Lindenhof se reúnen muchos ancianos a jugar al ajedrez en los enormes tableros de jardín que hay pintados en el suelo, con *Schachfiguren* del tamaño de niños de corta edad, y turistas que van a disfrutar de las vistas. Desde el mirador de la plaza se puede contemplar todo el Altstadt de Zúrich.

Cuando Anna contestó en inglés, el forastero dio muestras de un gran alivio.

—Uf, hablas inglés. Menos mal. Mi alemán es deplorable.

Anna lo miró con una sonrisa dulce, divertida.

—Se nota.

Él le sonrió también.

—He tenido que armarme de valor para pedir indicaciones.

Anna volvió a devolverle la sonrisa.

Así comenzó la aventura entre Anna Benz y Stephen Nicodemus.

—Para empezar —dijo Anna, quitándole el mapa de las manos y dándole la vuelta—, lo estás mirando al revés. El Lindenhof está al otro lado del río.

Por un instante, Stephen no pudo ocultar cierta vergüenza. Anna lo examinó con detenimiento. Era y no era atractivo al mismo tiempo. Sin embargo, no fue su físico lo que enamoró a Anna de entrada (si es que se podía llamar así a lo que sintió, y al cabo de dos años ya no estaba segura). Fue su voz. Era una voz firme, grave, rotunda, cargada de una suave vehemencia. Una voz profunda, íntima y confidencial, que imprimía a sus palabras una textura carnosa. Anna le indicó cómo llegar al Lindenhof tan despacio como pudo. Quería prolongar el encuentro, tensar el hilo al máximo antes de que se rompiera. Así que se inclinó hacia él, respiró el aire que exhalaba, tamborileó con los dedos y arqueó la espalda bajo su mirada, gestos que se vería repitiendo antes de lo que ninguno de los dos imaginaba, y con menos ropa encima. Anna pescó una pluma y un recibo de su bolso, y anotó las paradas del tranvía que debía tomar, las combinaciones que tendría que hacer. Le dio el papel y durante unos segundos se quedaron allí plantados, temblando de frío y, aunque vestidos de pies a cabeza, curiosamente desnudos frente a frente, sin saber qué decir, si es que iban a decir algo. Hablaron a la vez:

—Supongo que debería irme a casa.

—¿Te apetece un café?

Se rieron con turbación y se callaron de nuevo. Pero no todo albedrío es libre. Anna rompió el incómodo silencio.

—Oh, sí —dijo—. Vamos.

David los hizo pasar y los condujo hasta el patio trasero donde se habían reunido los otros invitados. Ursula dejó el regalo para Daniela en la mesa del comedor, y Anna colgó su bolso y el cesto de los pañales de Polly en el respaldo de una silla y siguió a David y Bruno afuera. Ursula se detuvo en la cocina antes de unirse al grupo.

Daniela y sus amigos estaban sentados en los bancos que flanqueaban una gran mesa de pícnic de caoba, resguardada por una sombrilla igual de enorme. Todos tomaban cerveza europea —Feldschlösschen, Hürlimann, Eichhof— y casi todos fumaban cigarrillos europeos —Parisienne, Davidoff, Gitanes—. En la radio sonaba una emisora de *rock* de Basilea. Daniela se había sentado cerca del centro de la mesa. Estaba contando una anécdota. Anna no captó los detalles, pero la cadencia de la voz de Daniela daba a entender que era una historia procaz. Daniela levantaba los brazos mientras hablaba, con un vaso de cerveza medio vacío en la mano izquierda, y en la derecha la cola de una boa de plumas rojas que uno de sus amigos le había llevado para la ocasión. Interrumpió la anécdota con su propia risa. Se estaba divirtiendo de veras, se notaba que estaba achispada y contenta. Con una punzada de envidia, a Anna le irritó esa alegría. Izó a Polly en su cadera y se abrochó el jersey hasta arriba, como para protegerse del resquemor de una alegría que no conocía. Bruno interrumpió la anécdota de su hermana para darle un beso de cumpleaños. Ella dejó la cerveza a un lado, se levantó, y saludó a la familia. Saltaba a la vista que se alegraba de veras de que hubieran ido.

—Anna —empezó a decir en un inglés tan gramatical como el de su hermano, aunque con un acento todavía más marcado—, qué ilusión verte. Estás preciosa. ¡Cómo ha crecido Polly!

Liberó a Polly Jean de los brazos de Anna. Daniela adoraba a su sobrina, y la tendría en brazos el resto de la tarde si Anna lo consentía. Daniela trabajaba en Basilea para una organización de comercio justo. Era simpática, considerada, divertida, entusiasta, y en conjunto una persona admirable que se hacía querer. Si Anna la hubiera conocido en cualquier otro contexto, quizá habrían sido amigas. Pero las cosas no se habían dado así, y no lo eran. Eran cuñadas. Aunque se llevaban bien, no eran precisamente amigas.

Daniela se volvió hacia los demás invitados, que saludaron a Anna con una inclinación de la cabeza o con la mano. Anna miró alrededor. Bruno la había dejado sola para ir a buscar cerveza, y Victor y Charles habían salido corriendo al granero, prefiriendo la compañía de Rudi, el viejo san bernardo de David, a la compañía de los adultos.

Con Polly en los brazos de Daniela, Anna no sabía qué hacer con las manos. Se sentía incómoda, como una chica sin pareja en el baile de la escuela. Hizo ademán de ir con Bruno, pero lo vio enfrascado en una conversación con otro invitado, un hombre a quien Anna ya conocía de alguna ocasión, pero cuyo nombre no recordaba. Era rubio y musculoso, y solo un par de centímetros más alto que Anna. Cuando la vio, abrió el corro y la invitó a sumarse tendiendo una mano hacia ella. Interrumpió a Bruno en mitad de la frase, señaló su cerveza y enarcó una ceja.

—*Willst du?* — le preguntó.

Así sonó lo que le dijo. Hablaba en suizo. ¿Anna quería?

Anna se acercó un poco, aunque negando con la cabeza. No era muy amante de la cerveza. El hombre rubio asintió y sonrió, luego le hizo una seña a Bruno para que continuara.

Anna llevó a Stephen a un restaurante próximo, el Kantorei. Se sentaron en unas sillas de madera que crujían, desvencijadas y medio cojas. Anna pidió un coñac y Stephen una cerveza. Y empezaron a hablar. Stephen era científico en el MIT, se había tomado un breve periodo sabático para hacer una estancia en la ETH, la Escuela Politécnica Federal de Zúrich, uno de los mejores centros de investigación del mundo. Einstein se licenció allí. Aparte de los bancos y los negocios de la industria financiera, la ETH es la institución más prestigiosa de la ciudad. Stephen había subarrendado un apartamento en Wipkingen, un barrio en la parte norte de la ciudad que da nombre a la estación de tren del distrito. Anna se enteró de que Stephen era termoquímico. Pirólogo. Estudiaba la combustión. Stephen era un experto en fuego.

En los difíciles meses después de la aventura, Anna tuvo tiempo de sobra para considerar las implicaciones simbólicas del trabajo y el efecto que aquel hombre había causado en ella. Las conclusiones de Anna fueron: que el fuego es maravillosamente cruel. Que la fusión ocurre solo a una temperatura específica. Que la sangre, de hecho, puede hervir. Que la disolución de una aventura es una reacción entrópica, y que el desorden al que tiende es inflamable. Que un corazón llega a arder. Y arder y arder y arder. Que el punto más caliente de una llama no siempre puede verse.

La doctora Messerli abrió un libro y señaló una serie de dibujos relacionados en los que se representaba a una pareja haciendo el amor en una fuente. En el primero el agua cae sobre ellos. En el siguiente sus cuerpos se han fundido y los dos, que ahora son uno solo, se elevan.

—El resultado de la unión de contrarios. Rey y reina yacen en un baño mercurio. Hacen frente a sus respectivas verdades desnudas. La unión psicosexual es un símbolo de la toma de conciencia.

Anna la miró de manera inquisitiva.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—*Schau*. El ser muere y se lleva el cuerpo consigo. Pero vuelve. Aunque se ha alcanzado la trascendencia, hay que pagar un precio. El precio es la muerte.

—¿Muerte simbólica?

—Por supuesto.

Anna se quedó a un lado y observó a su marido interactuar con sus amigos. Era extraño verlo así, desenvuelto y confiado, relajado entre viejos conocidos. Se quitó veinte años de encima casi de un plumazo. Anna lo imaginó de joven, un golfo de cuidado con una sonrisa errática tomándose una cerveza de un trago, cortando el aire con las manos mientras contaba una anécdota, relataba un partido de fútbol, hablaba sobre una chica. Ese era Bruno a los veinticuatro. Anna habría tenido dieciocho. De haberse conocido veinte años atrás, se habrían ahuyentado uno al otro. Anna con sus soledades desamparadas, Bruno con la confianza que irradiaba desde la postura misma que su cuerpo parecía revivir en ese preciso instante en el jardín trasero de Daniela.

Bruno apuró el último trago de su cerveza y se volvió hacia el hombre rubio para preguntarle si quería otra. Lo llamó Karl. Karl asintió, *Jo gärn*. Al pasar rozando a Anna, Bruno inclinó la cabeza y le preguntó. Su mirada era más tierna que hacía veinte minutos. «Es la cerveza», pensó Anna. La mirada de Bruno siempre se suavizaba cuando empezaba a beber. Agua, por favor. Bruno asintió, hizo un guiño, y luego fue a buscar bebidas para los tres.

Había llamado Karl al hombre rubio. Anna se acordaba ahora. Era Karl Trötzmüller, un amigo de infancia de Bruno y Daniela. Anna se avergonzó de no haber recordado su nombre enseguida. Había estado en su casa una docena de veces. Atribuyó la distracción al día destemplado.

—¿Cómo estás, Anna? Es simpático hablar contigo. Te ves muy guapa. —Karl hablaba una variante muy extraña del inglés, muy macarrónica. Por «simpático» quería decir «agradable», y por «te ves» se refería a «estás». Ambos eran errores raros, pero Karl era raro de por sí. Parecía un buen tipo, pero sin duda peculiar. Incluso su nombre era un poco rocambolésco. «Tiene demasiadas diéresis —se mofó Bruno una vez—. Suena inventado. No es suizo». Diéresis aparte, Bruno tenía razón: no era particularmente suizo. Pero era su nombre, y encajaba con Karl.

Anna se miró la ropa. Llevaba un vestido trapecio ocre de entretiempo, medias amarillas y zapatos negros con hebilla. Anna prefería el tacto de los vestidos sobre la piel. Las mallas y los vaqueros le parecían demasiado opresivos. Anna había advertido que las mujeres suizas no son muy dadas a llevar vestidos, se decantan por la comodidad de los pantalones. Al día siguiente el vestido volvería al armario hasta la primavera. Como la mañana amaneció bastante fresca, Anna tuvo que completar el atuendo con el único jersey que encontró a mano al salir con prisas de casa, una tosca chaqueta de punto roja. Estropeaba un conjunto por lo demás elegante.

—Parezco un arreglo de mesa en Acción de Gracias —le dijo Anna a Karl, que se rio e hizo un movimiento esquivo con las manos.

—Bueno, yo no comprendo de esas cosas —contestó, confundiendo «comprender» por «entender»—. No tenemos Acción de Gracias en d'Schweez —añadió, empleando la pronunciación autóctona del nombre de Suiza.

Lucía una sonrisa de forajido y permanecía en una postura casi procaz, con las manos en los bolsillos, los pies plantados en el suelo y las caderas echadas hacia delante, como en un envite. «¿De veras será un envite? —se preguntó Anna—. ¿Me está mirando de arriba abajo?». Sí, Karl no le quitaba ojo mientras hablaban. «Pero eso es lo que hace la gente, mirarse cuando habla —se recordó Anna—. No todo el mundo tiene una moral tan veleidosa como tú».

Bruno volvió con las cervezas y el agua para Anna, y los hombres —«aquel par de golfillos»— retomaron la conversación donde la habían dejado. Anna prestó atención vagamente hasta que oyó el nombre de Tim y supuso que Bruno le estaba hablando de su cena con los Gilbert. Bruno hablaba un suizoalemán rápido, escurridizo. Anna ni siquiera se esforzaba realmente en seguirlo. Karl intuyó su frustración y le preguntó a Bruno si no sería mejor hablar en inglés. Bruno dio un trago a la cerveza, negó con la cabeza y contestó en suizoalemán: «Está yendo a clases, necesita practicar, ya es hora de que aprenda la condenada lengua». Eso Anna lo entendió. Bruno sonreía cuando lo dijo, y su sonrisa era genuina. Todos los gestos de Bruno eran deliberados. Todas las palabras de Bruno estaban cargadas de intención.

Anna y Stephen siguieron hablando mientras tomaban una, dos, tres rondas de bebidas. Anna telefoneó a Ursula, le mintió, le contó que las tiendas estaban a tope, que cada recado le estaba llevando el doble de tiempo que había calculado, y ¿le importaría cuidar de Victor después del colegio? ¿Recogería a Charles de la *Kinderkrippe*? «¿Te importaría? ¿Te importaría...?». Por supuesto Ursula lo hizo, pero ni mucho menos de buen grado.

Anna dejó de lado las tribulaciones que la habían perseguido hasta ese momento. Volvió a desterrar el peso que le oprimía el corazón, solo que esta vez notó que se elevaba como un globo de helio. Anna reconoció el absurdo de esa sensación. No le importó. Estaba en una nube. Vendría una ráfaga de viento y se la llevaría por los aires. Rogó que el tiempo pasara más despacio. Rogó que el reloj se detuviera.

—En alemán la voz pasiva se construye con el verbo *werden*. «Devenir». Así pues, la bicicleta «deviene» robada, por así decirlo. O la mujer «deviene» triste.

«O el cuerpo devendría ultrajado. Y el corazón devendrá hecho pedazos». En cierto modo, a Anna le parecía que así tenía más sentido. «Ser» es estático. «Devenir» implica cambio. Un movimiento paradójico hacia la entrega sin resistencia. Sea lo que sea, tú no lo haces. Eres el objeto de la acción. «Pasividad» y «pasión» empiezan igual. Solo se diferencian por cómo acaban.

Los relojes no se detienen. Al final, por más que le pesara, Anna renunció a las bebidas, al vértigo de la emoción, a la compañía de Stephen. Era hora de volver a casa. Apuntó su número de teléfono en una servilleta y le imploró con un guiño que no lo perdiera. Se ruborizó mientras recorría alegremente el camino a la estación de tren. «Sí, sí, claro. Un flirteo. Nada más. No me dejaré engañar por el deseo. Rara vez dice la verdad. Stephen no llamará. Y será mejor así». Sin embargo, mientras el tren de regreso la ponía rumbo a casa y quedaban atrás los apartaderos al oeste de la estación central, Anna sintió un temblor en la mano. Lo atribuyó al frío. Era invierno, después de todo. Pero el temblor se repitió y se dio cuenta de que era el teléfono móvil. Había llegado un mensaje: «¿Qué haces mañana?». Anna no contestó, y nada más leerlo llegó otro: «Ven a verme». Y mientras el tren frenaba hasta detenerse en Dietlikon, llegó el último mensaje: «Mañana, 10 a. m. Nürnbergstrasse, 12». Anna sintió el apremio de responder; no pudo hacer otra cosa. Se dijo —se convenció— de que no podía hacer otra cosa. Envío una respuesta singular.

«Sí».

Ni siquiera intentó fingir que no tenía intención de acostarse con él.

La fiesta de Daniela era corriente, prosaica incluso. A las dos se dieron un festín de cervela, el grueso embutido que suele considerarse la salchicha típica de Suiza. A las tres comieron un pastel de mantequilla batida preparado por Eva, una prima lejana de los hermanos Benz que vivía cerca. A las cuatro Daniela abrió los regalos de cumpleaños. Se hicieron las cinco. Anna tenía jaqueca. Cuando revisó su *Handy*, encontró un mensaje de Archie. «¿Mañana después de clase?». Ella contestó: «Quizá».

El día después de conocer a Stephen Nicodemus, Anna dejó a Charles en la *Kinderkrippe* y le dijo a Ursula, a la que se cruzó en la calle volviendo de la oficina de correos, que le quedaban unas últimas compras pendientes en la ciudad pero volvería a tiempo para recoger a Charles e ir a buscar a Victor después del colegio. Ursula asintió y siguió su camino. Anna se reprochó tanta locuacidad. Tardaría semanas en aprender que el secreto para decir mentiras consiste simplemente en no decirlas: «Omite, Anna, omite. Cuantos menos detalles, más convincente sonarás». Cuando llegó a la estación, Anna se montó en el tren de costumbre; pero en lugar de hacer el trayecto completo hasta la estación central, se apeó en Wipkingen, justo la parada anterior. Desde Oerlikon, la estación que la precede, el trayecto a Wipkingen abarca dos kilómetros escasos, tres cuartos del cual transcurrían en un túnel oscuro, sin curvas. A Anna le daban aprensión los túneles. De hecho, se sentía a gusto viajando en tren, pero solo al aire libre. En los túneles no podía pensar en nada más que la tierra que había encima. «¿Y si el suelo se hundiera? ¿Y si me quedara enterrada? ¿Qué se sentirá al estar sepultada bajo tierra? ¿Me daré cuenta de que estoy muerta?». En los túneles hacía lo posible por distraerse. Imaginaba entonces las topografías del relieve, quizá con un mapa de la ciudad en la mano, y trazaba el recorrido del tren. En el S3 recreaba mentalmente las colinas de Zürichberg, el Dolderbahn, la sede de la FIFA, los campos desolados entre Gockhausen y Tobelhof. En este tren, el S8, imaginaba las casas por debajo de las que pasaba, la gente que había dentro. Quién estaría cocinando, quién estaría durmiendo, quién estaría discutiendo, quién estaría haciendo el amor. Quién estaría sentada en un balcón compadeciéndose de sí misma. Quién estaba rompiendo el corazón de otro. A quién le estaban rompiendo el corazón. Por sentimental que fuera, la afligía menos que la alternativa. «Un cuerpo viene al mundo a través de un túnel —pensó Anna—. ¿Y será así como lo abandona?». Anna no lo sabía, aunque alguna gente describía un túnel de luz. Anna deseaba dar por hecho que era así.

Un breve paseo la llevó a la Nürnbergstrasse. Stephen estaba sentado en un banco delante del edificio donde vivía. La estaba esperando. La llevó a su cuarto en el primer piso.

A Anna nunca la habían vuelto loca los preámbulos. No era de esas mujeres que

necesitaban media hora de complicadas caricias y estímulos y contorsiones antes de que su cuerpo se tensara y el dique que contenía el placer reventara. Sus deseos eran básicos. «Métela, sácala. Repítelo tanto tiempo como sea posible».

Esta fue la primera infidelidad de Anna.

Follaron con tanta furia que luego ninguno de los dos podía caminar.

La doctora Messerli señaló la imagen de una fuente con tres pies enmarcada por las estrellas, el sol y la luna, y un dragón de dos cabezas. Columnas de humo se alzaban a ambos lados.

—El fuego —dijo— es el primer acto de transformación. Y —añadió—, en alquimia, el fuego siempre está asociado a la libido.

Anna comió demasiado. Le dolía el estómago, y además se sentía inquieta. Si de ella dependiera volvería a casa, pero no se marcharían hasta dentro de por lo menos un par de horas.

Se levantó de la mesa, estiró los brazos y miró alrededor.

—¿Alguien quiere ir a dar un paseo?

Bruno gruñó. Se había pasado con la cerveza y empezaba a estar cansado y de mal humor. Anna tomó el gruñido por un no. Ursula tampoco mostró interés. Los chicos estaban por ahí. Daniela tenía invitados que atender. Polly Jean dormía en la cama de David y Daniela. Anna se encogió de hombros y echó a andar sola.

Antes de llegar a la entrada por el sendero Daniela la llamó y le preguntó si quería un paraguas. Anna negó con la cabeza. La lluvia había amenazado todo el día, y aun así la habían evitado. Se arriesgaría. Dio unos pasos más y oyó que la llamaban otra vez. Se volvió. Karl Trötz Müller se acercaba trotando por el jardín.

—Quiero venirme contigo —dijo.

Bruno echó una mirada rápida hacia ellos y enseguida retomó la conversación. Anna no necesitaba su permiso. Pero al parecer lo tenía.

Karl alcanzó a Anna y ambos tomaron el sendero que se adentraba en el bosque de Mumpf.

—Piense en un cubo, Anna. Su corazón es un cubo con un agujero en el fondo. Pierde. Nunca puede mantenerlo lleno.

Anna asintió impenetrablemente. Un gorrión se posó en el alféizar de la ventana y con la misma rapidez echó a volar.

—Tengo un agujero.

—Con el tiempo se hace más ancho. Del tamaño de una moneda de un franco pasa al tamaño de una ciruela pequeña, luego una manzana, luego el puño de un hombre. Finalmente el agujero se hace tan grande que el cubo se queda sin fondo. Entonces ya no sirve para nada.

—Tengo un corazón inútil. —Fue una afirmación distraída.

La doctora Messerli negó con la cabeza.

—No, Anna. Solo estoy diciendo que no se puede curar una herida mortal con yodo y esparadrapo. Reparar el agujero es el único remedio.

En enero y febrero y la primera mitad de marzo de 2006, Anna pasó cada momento del que disponía en los brazos de Stephen Nicodemus. Eran unos brazos nervudos y capaces; no fuertes, pero eran suyos. Anna se había enamorado. O vivía una versión del amor.

Solían hablar de cuestiones científicas y teóricas. Era una manera de seducirse. En esos consistían casi todos sus prolegómenos. Anna se tomó como un desafío hacerle preguntas que nadie le hubiera planteado nunca antes. «¿Por qué el fuego es caliente? —preguntó—. ¿Alguna vez el fuego es frío? ¿Por qué la lana no se quema? ¿Una llama tiene peso? ¿Tiene masa? ¿Hay algo que sea completamente resistente al fuego? ¿Acaso el fuego se puede prender? ¿El fuego se puede congelar?».

Anna fetichizó todo lo relacionado con el fuego. Pasaba la palma de las manos por las llamas de las velas que encendía en la sala de estar. Levantaba las placas de los fogones y miraba fijamente el piloto luminoso. Soñaba con explosiones, con casas calcinadas. Se despertaba en mitad de la noche con sudores de éxtasis. «¿Qué pasaría si prendiera una última cerilla y la lanzara en el centro de esta cama?». Incluso ella misma supo que podía estar acercándose a los límites de la cordura.

Stephen intentó explicarle en qué consistía su trabajo. «La pirología es una ciencia aplicada, con utilidades prácticas en muchos campos», dijo. Anna contestó: “Aplicame a mí esa ciencia tuya, profesor”, y se abrió de piernas en la cama.

—Sistemas distintos dan nombres distintos a las fases de la alquimia —dijo la doctora—. Pero el paso que sigue a la combustión es el lavado. *Solutio*. El baño de los elementos calcificados en agua. Por ejemplo, el agua de las lágrimas.

La casa de David y Daniela lindaba con el bosque. Anna y Karl se adentraron bajo una bóveda de follaje, un túnel de árboles. Adelantaron a una mujer hombruna que paseaba a un rottweiler.

—*Grüezi mitenand* —los saludó en el dialecto local. Anna y Karl devolvieron el saludo. Fue la única persona con la que se cruzaron. Anna se preguntó si deberían haber cogido el paraguas. Empezó a chispear cuando apenas habían dado unos pasos.

Karl y Anna caminaron en relativo silencio durante tres o cuatro minutos. Karl era un hombre recio, musculoso, incluso fornido, y con las piernas imperceptiblemente arqueadas. Su pelo rubio parecía decolorado por el sol, tenía unas manos encallecidas y una cara rubicunda, afable. Karl trabajaba para el cantón de Argovia como *Holzfaller*, leñador. Karl y Anna ciñeron la conversación al mínimo. Él mencionó a Willi, su hijo de trece años que vivía en Berna con su madre, la mujer de la que Karl estaba divorciado. Habló de unas vacaciones que habían hecho el año anterior a California. Le contó un chiste que había oído en un programa de televisión y le preguntó si añoraba Estados Unidos. Luego empezó a nombrar en voz alta las

plantas y los árboles: *Bergulme. Elsbeere. Hagebuche. Efeu. Olmo montano. Serbal. Carpe. Hiedra.* Anna no se sentía mejor. El estómago le latía con náuseas, como si una extraña inexorabilidad invadiera su cuerpo.

A mediados de marzo de 2006, Anna yacía en el suelo delante de Stephen en su apartamento de la Nürnbergstrasse. Gemía: «Llévame, llévame, llévame contigo». Fue el peor día de su vida. Nunca se había sentido tan mal.

«No, Anna. No puede ser». Stephen hablaba pacientemente, pero en su voz había un deje de irritación. No quería ser cruel. Anna intentó retenerlo por varios medios. «Iré igualmente. No puedes impedírmelo».

Eso era verdad. No podría habérselo impedido. Si Anna hubiera encontrado el coraje necesario para perseguir a Stephen hasta América, lo habría esgrimido, habría demostrado que era capaz, habría cumplido la promesa de ir tras él. Pero no pudo. Ni siquiera tenía una cuenta corriente.

«Hola. ¿Bruno? Sí, mira, necesito un billete de ida a Boston». Lo único que la hizo reír ese día fue imaginar aquella llamada de teléfono. No. Tenía que ser Stephen el que la alentara a seguirlo. Tenía que ser él quien le infundiera el valor necesario, para que fuera real. Tenía que agarrarla y sacarla de allí. Anna necesitaba poder decir «No tuve elección».

Sin embargo Stephen no lo hizo. Y Anna no lo siguió a Boston.

A lo largo de tres meses habían pasado por lo menos una hora juntos casi todos los días. Quedaban en su apartamento. Quedaban en el bosque y daban paseos. Quedaban cerca de la ETH para almorzar, tomar café o una copa, mantener rápidos encuentros sexuales tras la puerta cerrada de su despacho. Pero lo previsible pronto se hizo inevitable: Stephen se marchó. Volvió a casa. No regresó.

«Me siento tan utilizada, joder».

A Anna no le quedó más recurso que el refugio de las lágrimas. Las ocultó como mejor sabía: lloraba solo de noche, solo cuando salía a caminar, solo cuando nadie pudiera cuestionarlas. Pero había tantas lágrimas...

Y tantos escarmientos cotidianos. «Maldita sea, Anna. ¿Estás derrochando todo este dolor por una aventura de tres meses?». Intentó ser racional. Intentó centrarse en su familia. Intentó sentirse culpable. Tan solo sentía una pena inevitable.

No obstante, el verdadero dolor nunca es un derroche. Y todo dolor es real. Y ese era más grande de lo que Anna estaba dispuesta a reconocer. Iba más allá de su corazón hecho pedazos. Pero ella no se daría cuenta hasta mucho después.

A mediados de abril Anna había ideado un plan. Era egoísta e irrevocable. «Pero curiosamente parece cuerdo y sensato», pensó. Bruno tenía una pistola. Una Luger de la Segunda Guerra Mundial. Semiautomática. Bastante ligera para las manos de una mujer. Sistema de cierre articulado. Un arma compacta nazi, con mira de hierro. «Iré al bosque una noche y saldré con los pies por delante». Dos veces Anna se armó de valor. Dos veces fue al bosque. Dos veces le faltó coraje y volvió del bosque sin

ningún daño. Las dos veces le temblaban tanto las manos que ni siquiera pudo empuñar el arma. La ironía era evidente: «Me aterra demasiado apretar el gatillo como para morir».

Antes de que reuniera la entereza para volver a intentarlo (y después del segundo amago supo que no la tendría), le faltó el periodo. Bruno quería otro hijo. Anna no, pero la culpabilidad por la aventura y la tensión de la ruptura empezaron a socavar sus reservas. La criatura podría absolverla. La criatura podría ser su premio de consolación. Su única consolación.

Cuando llevaban quince minutos caminando, Karl y Anna llegaron a una *Waldhütte*, uno de los cientos de refugios que salpicaban los bosques suizos. Esta *Waldhütte* era más rudimentaria que la mayoría. Era una pequeña cabaña de tres paredes en la que había dos bancos y un hogar para la lumbre que parecía haberse utilizado esa misma mañana. Las paredes interiores de la *Waldhütte* estaban pintarrajeadas de arriba abajo con grafitis. A pesar de lo quisquillosos que son con la limpieza y el orden, los suizos le parecían a Anna bastante laxos con los grafitis. Estaban por todas partes. Anna señaló un garabato enigmático en la pared de madera barnizada donde se apilaba la leña.

—¿Qué dice? —preguntó.

No tenía especial interés en la respuesta, pero Anna se sentía a salvo hablando de cosas triviales. Karl se acercó a ella, le puso una mano en el nacimiento de la espalda y susurró:

—Dice «Quiero besarte, Anna».

Antes de que Anna pudiera decidir en un sentido o en otro, Karl la había atraído hacia él, encajándola entre su cuerpo y la pared. La besó. Su lengua sabía a *Weizenbier*, la espesa cerveza de trigo que llevaba todo el día bebiendo.

Anna protestó.

—No, Karl, no.

Karl le susurró «Sí» al oído. El «sí» bastó. La naturaleza pasiva de Anna sucumbió. «Voy a dejar que me folle». Era como entregarle una cartera abierta a un ladrón.

Media docena de pensamientos se agolparon en la cabeza de Anna: «Debería decir basta ahora mismo. Debería avergonzarme. Debería sentirme acosada. Debería sentirme mal por Bruno. Debería sentirme mal por no sentirme mal. ¿Qué hora es? ¿Dónde están mis hijos? Está lloviendo y estoy en el bosque. Es el cumpleaños de Daniela y estoy consintiendo que este hombre me folle». Karl besó a Anna otra vez. Cuando Anna lo besó a él, esos pensamientos salieron volando como pajarillos.

Fue sexo rápido, brusco. Karl le bajó las medias y las bragas. Anna pataleó para quitarse el zapato derecho y liberó la pierna y el pie del nailon. Enganchó la pantorrilla a la cintura de Karl y lo atrajo hacia ella. Karl ya se había desabrochado el cinturón y estaba bajándose los vaqueros y los calzoncillos. Tenía la polla tiesa y

húmeda. Eso bastó para que Anna se sintiera mojada. «Sí, eso es, métemela». Habló tan bajo que su voz era audible solo para el aire que rodeaba sus labios.

Se palparon a través de la ropa hasta tocarse la piel. Anna sintió pánico una sola vez; creyó oír el crujido de pisadas en el sendero.

—Solo son los árboles —dijo Karl, y tenía razón. Así que Anna cerró los ojos y abrió la valva de sus muslos aún más. Karl aceptó la invitación y se hundió hasta el fondo.

Entonces ocurrió algo. Anna sintió un cambio. Un desliz límbico. Una dislocación. Una sensación tremenda empezó a moverse debajo de su piel. Quería salir. «Más fuerte, Karl. Más. Ahora». Él hizo lo que le pedía. Cada embestida liberaba algo dentro de ella. Una preocupación, un temor, un interrogante, una angustia, una tristeza... Fueran lo que fuesen, todos se desprendieron, uno tras otro. «Mary, que implora la amiga que no quiero ser. Archie, que puede oler mi tristeza. Víctor, al que a veces no quiero como debería. Stephen, al que querré hasta que me muera. Ursula, que debería callarse la puta boca. La doctora Messerli, a quien ya le he contado demasiado. Polly, que de no ser por aquel miércoles ni siquiera existiría. Hans. Margrith. Otto. Roland. Alexis. Mis difuntos padres. Mi edad. Mi cara. Mis pechos. Bruno. He hecho de todo salvo comer un plato de cristal por ti. ¡Vamos, mírame! ¡Ámame de todos modos!». Anna empezó a llorar. Karl se detuvo y la miró, pero Anna lo golpeó con el puño, «¡Sigue!». Karl lo hizo. Anna se dejó arrastrar otra vez por la letanía. Cuando más fuerte la penetraba, más sinceros se volvían sus pensamientos. Cada frase desencadenaba una nueva catarsis. Fue un momento de honestidad que no vivía desde hacía años. Dejó que la arrojara, que le sirviera de lecho. «Soy una reina en un maldito baño mercúrico». Recordó lo que dijo la doctora: «El ser muere y se lleva el cuerpo consigo. El precio de la trascendencia es la muerte».

Anna se entregó a un orgasmo silencioso, inesperado. Karl se estremeció y gruñó al correrse. Anna siguió apretándolo, sintiendo el latido del espasmo, y al fin dejó que saliera de ella como un dedo enjabonado al liberarse de un anillo prieto.

Anna recobró el aliento mientras se vestía. Karl se abrochó la cremallera de los vaqueros azules y recogió el zapato de Anna.

—Quería hacer esto desde hacía una longevidad. —Quería decir «una eternidad». Anna no le creyó, pero no importaba—. Hagámoslo otra vez —dijo. Anna asintió automáticamente. «De acuerdo».

Anna nunca le habló a Stephen de Polly Jean. De hecho, nunca había vuelto a mantener contacto con él.

A las siete y cuarto los Benz emprendieron el camino de regreso. Los chicos, Polly y Ursula se quedaron dormidos después del transbordo en Frick. Serían las nueve pasadas cuando los Benz llegaran a casa. En el tren Anna miró a un cadete de

la Armada Suiza que hablaba por el teléfono móvil. Se entretuvo imaginando quién había al otro lado de la línea. «¿Será su madre? ¿Su padre? ¿Su novia? ¿Será hoy también el cumpleaños de su hermana?». Anna tenía a su hija dormida en los brazos. Victor le recostó la cabeza en el hombro. Una oleada de afecto por su hijo mayor la embargó cuando, al rozarle la cabeza con la nariz, notó que olía como el perro de David. Charles también estaba dormido. Había tenido una tarde difícil. Mientras Anna paseaba se había caído de la rama del árbol al que estaba trepando. Se había hecho un corte en la palma de la mano. Cuando ella volvió, daba alaridos en el cuarto de baño y se peleaba con Bruno, que intentaba lavarle la herida. Anna lo relevó.

—Tienes que dejar que te limpie esto, *Schatz* —le susurró. Él sacudió la cabeza—. Sé que duele. Así que cierra los ojos. Vamos a hacerlo rápido, ¿de acuerdo?

Charles sollozó, tendió la mano y cerró los ojos. Anna limpió y secó el corte, luego le puso un ungüento y lo vendó con gasa y esparadrapo, todo en menos de un minuto. Al preguntarle cómo se había caído, Charles dijo que no se acordaba. Anna se esforzó por poner su cara más severa y lo reprendió por no ir con más cuidado. Luego le dio un abrazo enorme.

Anna miró a Bruno, sentado frente a ella con una expresión perpleja y ebria. A pesar del día nublado, parecía quemado por el sol.

—¿Cómo van tus citas con la psiquiatra? —preguntó Bruno con voz somnolienta a mitad de camino a casa, y por primera vez desde que Anna había empezado la terapia—. ¿De qué habláis?

«Quiere saber si hablamos de él», pensó Anna.

—Hablamos de estrategias para reconducirme a una trayectoria que me obligue a participar más plenamente del mundo que me rodea —dijo Anna, citando a la doctora Messerli.

Eso pareció satisfacerlo. Bostezó y le señaló la pierna.

—Se te han rasgado las medias.

Anna bajó la mirada. Había un agujero del tamaño de una moneda de diez *rappen* en la espinilla derecha, del que salía una carrera. Debía de habérsela enganchado con la uña del pie, al vestirse.

—No me había dado cuenta —dijo Anna. Eso no era mentira.

Anna pasó el embarazo reconciliándose consigo misma. «Esto será su canción de despedida», pensó. El adiós que no le había concedido. Sería, trataba de convencerse, la única parte de él que merecía conservar. El desaliento le provocaba arcadas. Las náuseas matutinas la hacían llorar. Con los otros embarazos también lloraba a menudo, así que sus llantos diarios no fueron una sorpresa para nadie.

Anna le contó a la doctora Messerli un sueño donde una cabaña quedaba arrasada por el fuego en un bosque desconocido y le preguntó qué creía que significaba.

«¿Qué opina usted, Anna?».

Anna estaba acostada menos de media hora después de cruzar la puerta. Apuró el baño de los niños y puso a Polly en la cuna. Bruno ya se había dormido cuando Anna entró en el dormitorio. Se desvistió tan silenciosamente como pudo, se puso un camisón fino de algodón y se metió en la cama. Bruno se dio la vuelta y le pasó un brazo por encima. Era un gesto que nacía de la costumbre. Anna se acurrucó y se volvió hacia la pared.

«¿Cómo he acabado perdiendo así los escrúpulos?».

Al día siguiente Anna empezaría el segundo mes de sus clases de alemán: Principiantes avanzados, II.

«Ay, Bruno, Bruno —dijo en silencio mientras esperaba a que la sorprendiera el sueño—. Este desastre también es cosa tuya».

Un mes antes de dar a luz a Polly Jean, Anna salió de casa en mitad de la noche y subió la colina hasta el banco donde siempre iba a llorar.

A la noche, al aire frío otoñal, a las estrellas, a los trenes en la distancia, al bosque tras ella y a los habitantes que dormían abajo en el pueblo, Anna se confesó:

«Amo a Stephen. Le necesito, le necesito».

Igual que la gente que sufre necesita los opiáceos.

octubre

—Una equivocación que se comete una vez es un desliz. ¿La misma equivocación dos veces? Una aberración. Un error garrafal. Pero ¿una tercera vez? —La doctora Messerli negó con la cabeza—. Lo que se ha hecho, se ha hecho con un fin. La voluntad interviene. Imploras una consecuencia. Una repercusión. —Anna se agarró la mano izquierda con la derecha y las puso ambas sobre el regazo—. Se ha sentado un precedente. Obtendrás lo que quieres. Y no hay necesidad de buscar esas equivocaciones. Porque ahora son ellas las que darán contigo.

El principio de octubre fue tan apacible como incierto había sido el final de septiembre. Suele pasar. Cada mes el contador vuelve a cero. Borrón y cuenta nueva. El trabajo mantenía a Bruno ocupado y distraído. Victor y Charles estaban entretenidos con el colegio. Cada mañana Ursula llegaba a la casa de Rosenweg para hacerse cargo de Polly Jean. Y Anna había empezado el segundo nivel del curso de alemán.

La mayoría de los que pasaron de nivel en septiembre se inscribieron en el de octubre. El resto de la clase se componía de alumnos de otros cursos. Todo el mundo había mejorado el nivel de alemán. También Anna. Especialmente Anna. Le resultaba menos difícil atender a las explicaciones de Roland. Empezaron a cobrar más sentido. El ambiente en el aula de Oerlikon era sociable y cordial, a pesar de que los días del otoño se hicieran cada vez más grises.

La consecuencia de asistir a clase fue, como bien predijo la doctora Messerli, que Anna se estaba acostumbrando a hablar alemán en voz alta. Y la consecuencia de esa consecuencia fue que Anna empezó a sentirse un poco menos fuera de lugar, quizá incluso cómoda en su vida cotidiana de un modo desconocido hasta entonces. Un día habló con las madres en la plaza. Otro intentó darle palique a la cajera de la Coop. Eso fue todo un logro. La empleada le ofreció una sonrisa forzada, servicial a modo de respuesta.

Aun así, Anna no se sentía cómoda del todo. En el mismo supermercado otro día pesó por error las peras con el código de los plátanos y una cajera distinta —una mujer gorda, beligerante con el pelo muy corto— se levantó enojada y fue a pesarlas con gestos bruscos e intimidatorios. Anna se sintió regañada y como si apenas levantara un par de palmos del suelo. Cargó con la inquietud todo el camino hasta casa y no dijo otra palabra de alemán durante el resto del día.

Bruno advirtió los progresos paulatinos de Anna al hablar, su desenvoltura, su actitud general.

—Estoy impresionado —dijo—, aunque no sea suizo alemán.

Fue un comentario cínico, poco elegante, pero era la verdad. No sabía más suizoalemán que cuando empezó el curso.

—Aun así, es un comienzo. —Luego añadió que con mucho gusto pagaría más

clases. Las que hiciera falta para que Anna estuviera feliz. Y Anna estaba, quizá, más feliz de lo que había estado en mucho tiempo (si es que «feliz» era la palabra que definía cómo se sentía, y Anna estaba casi segura de que no). Las clases eran el eje sobre el que giraba su vida —pública, privada y secreta— en ese momento.

—¿Lo ve? —le hizo notar la doctora Messerli con un punto de entusiasmo—. Solo necesitaba un medio que le permitiera expresarse con soltura, sentir que tenía el demonio de la situación.

La doctora tuvo un lapsus de magnitud freudiana.

Y fue en algún momento a principios de octubre cuando la relación de Anna con Mary empezó a afianzarse en una amistad genuina, inequívoca. Se fue forjando poco a poco, tomando café juntas en la *Kantine* de la Migros Klubschule. Anna nunca había tenido muchas amistades íntimas, ni siquiera antes de expatriarse, pero en Mary encontró a alguien con quien ir a almorzar a última hora, o ver una película, o sentarse en un parque y mantener una charla distendida como hacen las amigas (no es que hubieran hecho ninguna de esas cosas, pero eso era lo de menos; importaba la tranquilidad de saber que podían). Anna adoraba el talante comprensivo de Mary. Había olvidado que la gente pudiera ser tan buena por naturaleza.

«Pero hay cosas que Mary nunca sabrá de mí —pensó Anna—. Nunca nos unirá la verdadera complicidad». La psicología de Anna exigía reservas. Guardaba una distancia corta pero bien definida, no bajaba la guardia. Sin embargo, Mary no parecía advertirlo, y seguía mostrándose incondicional y alegre, aunque sus modales no siempre fueran intachables. Un día después de clase se le cayó el bolso a la salida de la estación de Oerlikon, y la cartera, el maquillaje y todos los pequeños objetos que llevaba dentro quedaron desperdigados en plena calle. La polvera se le hizo añicos y un álbum de fotos que la acompañaba allá adonde iba aterrizó en un charco aceitoso. «¡Mierda!». Mary, tan comedida y apocada por lo general, gritó tanto que un portero en el Swissôtel de la acera de enfrente se volvió a mirar qué había ocurrido. Nadie mantiene el fiel de la balanza en perfecto equilibrio en todo momento, Anna lo sabía. Y aun así ella no se atrevía a abrirse completamente. «Hay cargas que ni siquiera la mejor de las amigas debería compartir». En ese sentido, Anna estaba más sola que nunca.

Anna llevó un sueño a la cita con la doctora Messerli.

«Bajo por una escalera hasta un dédalo de pasadizos oscuros. Es frío y húmedo, espeluznante. Cada paso que doy me adentra más y más bajo la tierra. Me da aprensión. Cuanto más avanzo, más aterrorizada estoy. Nunca llego al final del laberinto y nunca encuentro el camino para salir».

—¿De que se trata exactamente? —le preguntó la doctora Messerli.

—¿El qué?

—¿Es un dédalo o un laberinto? No son lo mismo. Un laberinto tiene una entrada y una salida distintas. Es un acertijo por resolver. En un dédalo, el camino de entrada

es también el camino de salida: basta con dejarse llevar.

Hasta la segunda semana de octubre Anna no volvió a seguir a Archie a su casa. No fue deliberado. Una sucesión de obligaciones e impedimentos se interpuso entre ambos. Primero fue Mary, que le rogó a Anna que la acompañara en tren a Üetliberg. Anna le comentó que con la niebla apenas podrían ver nada y que la cruel neblina a cuatrocientos cincuenta metros de altura sobre el valle del Limmat era ideal para pillar un mal resfriado. Pero Mary estaba decidida, así que Anna cedió y fue con ella. Al día siguiente Anna se quedó con Charles, que estaba en casa con fiebre. «Quiero que me cuides tú, no *Grosi*», le pidió. Anna nunca se habría negado. El miércoles Charles se encontraba bien para ir al colegio, pero en mitad de la clase de alemán Anna se sintió acatarrada, así que se marchó después del primer descanso («¿Crees que fue porque te hice acompañarme a Üetliberg?», dijo Mary, preocupada). Otro día Anna tuvo que volver a casa a toda prisa para que Ursula pudiera llegar a Schaffhausen a tiempo de recibir a una amiga norteamericana que venía de visita. Y otro día fue Archie quien no pudo quedar; Glenn tenía una cita médica y necesitaba que Archie se ocupara de la tienda. El deseo no se había enfriado; simplemente dejaron que cociera a fuego lento.

Pero después de la clase de alemán el segundo martes de octubre Anna siguió a Archie a su casa y, tras un beso en el umbral que podría haber roto los cristales, la llevó en brazos hasta la cama e hicieron el amor como adolescentes hambrientos, con una fogosidad de alto voltaje erótico. Ella le hizo una mamada. Él la lamió hasta que se corrió. Luego la apretó contra la cama y se tendió encima de ella como una manta. Anna apenas podía respirar. No le importó. Era el precio que pagaba por sentirse segura, subsumida. Fue como un masaje en el músculo del alma, como un parche en una grieta particular de su muro de las lamentaciones.

El problema de las grietas en los muros es que aparecen cuando se mueven los cimientos. Las losas concretas se hacen abstractas. De la primera grieta nacen otras. «Si todo se viene abajo, es porque yo he fallado», pensaba Anna al notar que el suelo temblaba bajo sus pies. Y se refería a «fallar» en todos los sentidos de la palabra.

Así que dos horas después, y desoyendo cualquier atisbo de sensatez, Anna se bajó de un tren en el andén 3 de Kloten, un pueblo justo al otro lado de los bosques al norte de Dietlikon, y cruzó por el paso subterráneo hasta el hotel Allegra, donde Karl Trötz Müller la esperaba. Había recibido el SMS mientras Archie estaba en el cuarto de baño. «Ven, Anna», decía, y le daba la dirección.

«Estoy engañando al hombre con el que engaño a mi marido —pensó Anna—. Cada día que pasa me vuelvo más indecente».

La inexorabilidad del cambio solía entristecer a Anna. Ver que las hojas caídas cobraban primero un tono rojizo y luego se secaban hasta adquirir un ocre quebradizo. Ver que las flores ocultas durante el invierno despuntaban en el suelo sin

previo aviso. Bruno le decía que estaba chiflada. «A todo el mundo le gusta la primavera, Anna. Déjate de estupideces». Pero no era la primavera (o el otoño o el invierno) lo que la alteraba, sino su mutabilidad. El hecho de que una cosa desembocara en otra, desembocara en otra, desembocara en otra. Era un terreno resbaladizo; Anna no se fiaba. Y el cambio siempre da pie al miedo, intentaba explicar. Incluso los cambios a los que ya deberíamos estar acostumbrados, como la salida y la puesta del sol cada día. Especialmente la puesta. «Dime, Bruno, ¿en qué cultura el ocaso no es un augurio de fatalidad?». Bruno hacía un gesto de exasperación y evitaba seguir discutiendo. Así que incluso mientras octubre discurría apaciblemente, los días cada vez más cortos despertaban en ella una innegable aprensión.

Anna no llegó a casa hasta las cuatro y media pasadas. Se había demorado en Kloten para darse una ducha. Ursula estaba irritada.

—Me gustaría que tuvieras más consideración. Deja de entretenerme en la ciudad. Te recuerdo que no soy la madre de tus hijos.

Ursula se marchó tan rápido que olvidó la chaqueta. Los chicos estaban en el jardín y Polly Jean en la sala de estar, en su parquecito, contenta y mordisqueando el pie de un tigre de peluche. En la casa reinaba tanto silencio que Anna podía oír el tictac de los relojes.

Aquella mañana la clase de alemán dejó a Anna meditabunda. La lengua alemana, como una mujer, se expresa a través de modos distintos. En ocasiones son condicionales, imperativos, indicativos, subjuntivos. Hipotéticos, exigentes, fácticos, desiderativos. Nostálgicos, autoritarios, neutros, solícitos. Vehementes, oficiosos, anhedónicos, suplicantes. Anna intentó hacer un catálogo de los modos con que manifestaba sus emociones, pero se quedó sin palabras antes de nombrar siquiera la mitad.

Alzando a su hija en brazos, Anna se hizo el propósito de volver a casa justo después de clase los próximos días. Polly Jean se echó a llorar.

—Ea, ea —dijo Anna—. Necesito abrazar a alguien.

Se sentó en una mecedora y estrechó a Polly contra su pecho, envuelta en un arrullo, y debido al agotamiento, la compasión y quizá incluso el hastío, o por todo a la vez, lloró también.

—¿Qué cree que encontrará en el centro del laberinto, Anna?

La catástrofe la impulsaba por el sendero serpenteante. Sabía que, encontrara lo que encontrase, no sería agradable. Anna no reveló nada más.

—El psicoanálisis no es una terapia —repuso la doctora Messerli—. El propósito de la mayoría de las terapias es hacernos sentir mejor. El psicoanálisis intenta convertirnos en mejores personas. No es lo mismo. El análisis rara vez es una experiencia agradable. Piense en un hueso roto mal soldado. Hay de romper de nuevo el hueso y colocarlo correctamente. El segundo dolor suele ser más grande que el trauma inicial. Es verdad que el viaje no es grato. Anna: no se pretende que lo sea.

Siguiendo una intrincada lógica, Anna podía justificar una aventura puntual: «En el momento siento bien. Me distrae de las cosas que me abrumen. Bruno me ha ignorado durante años. ¿Acaso no puedo tener algo que me pertenezca solo a mí? No cuenta si Bruno no lo sabe. No va a durar eternamente, pronto se acabará. Pronto. Muy pronto». Anna era hábil y podía sortear una docena de argumentos.

Sin embargo, por hábil que fuera, Anna sabía que no había manera de justificar dos aventuras a la vez. ¿Consentirlas? ¿Sucumbir a ellas? ¿Capitular? ¿Darse por vencida? Sí, sí, sí y sí. Pero no podía absolverse ni exonerarse, así que no lo hizo. Optó por dejar cualquier escrúpulo de lado y procuró no preocuparse más de la cuenta. La propia naturaleza del asunto facilitaba esa cuestión.

Cuando Anna se entregó en los bosques de Mumpf, una piedad extraña y descabellada la agarró por la garganta. «Qué inútil es huir de mis propios impulsos». La epifanía la traspasó como el filo de un cuchillo. Cortó las sogas que le ataban las muñecas. «Mis culpas son innegables. No hay modo de aliviarlas. Me corresponde a mí cargar con ellas. Me pertenecen». Y eso fue lo que decidió hacer. Poseerlas. Experimentarlas. El sexo engendraba la lucidez. «Tal vez no sea tan pasiva como creo. Llevo las riendas. Maldita sea, estoy al mando». Y así, cuanto más caía, más se elevaba. Aún estaba triste. Aún era voluble. Seguía siendo la misma, y la acechaba el peligro de quedar atrapada bajo los escombros de sus pésimas decisiones cuando su precario refugio se viniera abajo, pero de esa terrible conciencia Anna extrajo fuerzas. Eso marcó su estado de ánimo en octubre. Eso le permitió ensamblar su maquinaria. Y mientras funcionara —por peligrosa que fuera—, la emplearía.

Al día siguiente Anna volvió directamente a casa después de clase. Estaba cansada y dolorida y exhausta, y le había prometido a Ursula que lo haría. Archie no ocultó su desilusión.

—Va, hombre, ya quedaremos otro día esta semana —le susurró Anna junto a la máquina de café de la *Kantine*.

Archie puso mala cara y protestó como hacían sus hijos cuando no se salían con la suya. Anna se exasperó.

—Por Dios, Archie, déjalo ya —dijo Anna, frotándose las sienes mientras hablaba.

Archie se alejó sin contestar, pagó su café, cogió un periódico que alguien había dejado en un mostrador y se sentó a una mesa en el rincón, dando la espalda. A Anna le supo mal. No quería herir sus sentimientos. Mary se acercó furtivamente a ella.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Te duele la cabeza? Creo que tengo aspirinas. —Empezó a rebuscar en su bolso.

—Solo necesito un café —la cortó Anna.

—Bueno, ¡pues vamos a por uno!

Al llegar a Dietlikon, Anna pasó por la Coop de la Bahnhofstrasse. Había anotado una lista en el tren. *Eier. Milch. Brot. Pfirsiche. Müsli. Die Fernsehzeitschrift.*

Huevos. Leche. Pan. Melocotones. Cereales. Una guía de televisión. Anna se tragó un gruñido. Es la lista de la compra de una anciana, se fustigó. Y no iba del todo desencaminada: aquel día Anna sentía el peso de su edad, más quince o veinte años de propina. Hizo la compra tan rápido como pudo.

Cinco minutos después, en la cola de la caja Anna oyó que alguien a sus espaldas la llamaba.

—*Grüezi, frau Benz.* —Era la vecina de Anna, Margrith.

—*Grüezi, frau Tschäppät.*

Margrith la obsequió con una sonrisa rígida, pero no antipática. Preguntó por Bruno, por los niños, por Ursula. Anna le dijo que todos estaban bien y luego le preguntó a Margrith qué planes tenían Hans y ella para el resto de la temporada. Era un tema de conversación socorrido. Anna nunca sabía de qué hablar con los extraños. Y los suizos siempre son extraños. La conversación era educada y superficial, como se supone que han de ser las conversaciones en los pasillos del supermercado.

Margrith continuó hablando incluso cuando Anna se volvió para pagar.

—Por cierto —dijo Margrith como de pasada, mientras Anna insertaba la tarjeta del banco en el datáfono—. Me parece que la vi, ¿ayer, creo? —Hizo una pausa—. Sí. En Kloten. Iba hacia el tren. —Anna marcó la clave y no levantó la vista—. Tengo una hermana en Kloten, ¿sabe?

—Ah, sí —contestó Anna, aunque no sabía que Margrith tenía una hermana—. ¿Cómo está?

—Bueno, va saliendo adelante, gracias por preguntar. Y usted, ¿tiene alguna amiga en Kloten?

—No —dijo Anna. Y añadió—: Me temo que se confunde, Margrith. No era yo. —Anna lo dijo con convicción, serenamente. *Das war nicht ich.* Compuso una expresión inescrutable y trató de recordar si Karl la había acompañado al salir del hotel. No lo había hecho.

—¡Oh, vaya! —dijo Margrith, riéndose de la equivocación que sin duda había cometido—. ¡Pues debía de ser su doble!

Anna metió la compra en bolsas y sonrió brevemente a Margrith antes de despedirse. Salió de la Coop e hizo el trayecto de cinco minutos a pie hasta Rosenweg en tres.

La historia de los dobles es fenomenológica. Los dobles rara vez aparecen en el mismo lugar que sus respectivas mitades. Por lo común un doble se aparecerá cuando alguien está gravemente enfermo, o cuando se encuentra en serio peligro. Se dice que el espíritu de una persona puede desdoblarse por voluntad propia en momentos de gran aflicción. Que la familia o los amigos de una persona vean a su doble trae mala suerte.

Es un presagio de muerte ver al doble de uno mismo.

Anna cumpliría treinta y ocho años en menos de dos semanas.

Anna detestaba los cumpleaños. La deprimían. Ni una sola vez había celebrado un cumpleaños sin sentir que la alegría iba acompañada de un disgusto estrepitoso, como un mazazo sobre una escultura de vidrio.

No era la idea de hacerse mayor lo que la desazonaba. La edad es la consecuencia natural de estar vivos, Anna lo sabía, y la alternativa era nefasta.

Pero le rondaba otra idea: «Cada año se cumple también el día de tu obituario, solo que aún no sabes cuál es».

Anna le hizo prometer a Bruno que no organizaría nada especial. No hubo que insistirle mucho para que le diera su palabra, porque tampoco pensaba hacerlo. Por su parte, Anna decidió que ya vería cómo encarar el día cuando llegara, y ni siquiera un minuto antes.

—El dolor que no encuentra alivio en el llanto hace que otros órganos lloren — dijo la doctora Messerli.

Anna lo escribió en su diario. «En cuántos sentidos eso es verdad».

Era sábado, y Anna y Bruno estaban invitados a un cóctel en casa de Edith y Otto Hammer, en Erlenbach. Bruno acompañó a los niños andando a casa de Ursula mientras Anna se arreglaba, medio a desgana. No le apetecía ir, pero los Hammer los esperaban y Bruno prometió que no volverían tarde a casa.

Anna se arreglaba siempre, por costumbre. Se esmeraba en elegir prendas elegantes y hacía gala de un gusto intachable para la moda. Se sentía más segura si llevaba ropa bonita, y si la alegría no la acompañaba en todo momento, por lo menos procuraba hacerse —relativamente, por rachas— impermeable. Lo soportaría. Eligió un vestido negro ceñido con manga ranglán y un ribete de lágrimas doradas en el bajo. Se echó un chal de lana negra sobre los hombros y se hizo un recogido alto con una pinza adornada con piedras de estrás, dándole un toque desenfadado con algunos mechones sueltos. Se pasó revista, primero en el cuarto de baño y luego en el del dormitorio. Cada espejo la trataba de un modo distinto. En el dormitorio se veía delgada pero pálida. En el cuarto de baño tenía buen color, pero sus brazos parecían más gruesos y su cara hinchada. Ninguna de las dos era ella y aun así lo eran. «Tú no

eres mi doble», le dijo a cada uno de los reflejos. Hizo la suma de ambos y dividió entre dos. Estaba presentable.

Bruno y Anna subieron al coche. La radio estaba sintonizada en una emisora de hip-hop. A Anna le hacía gracia lo mucho que les gustaba a los suizos la música negra. Después del colegio y los fines de semana cuando hacía buen tiempo, un grupo de adolescentes de Dietlikon se reunían en el parque de la iglesia delante de su casa. Usaban ropa urbana juvenil, pantalones anchos, calzado deportivo blanco y con cordones anchos, y gorras de béisbol con viseras despreocupadamente ladeadas. Llevaban radios y las ponían a todo volumen, y golpeaban con la cabeza muros de aire mientras tomaban vodka con Red Bull, fumaban y cantaban canciones de rap con letras que quizá ni siquiera entendían. Anna nunca hablaba con ellos. Le daban miedo. Bruno dejó puesta la emisora y Anna intentó perderse en el latido y la vibración de la música.

Cuando Anna pensaba en Stephen, solía ser siempre de pasada, una idea transitoria que le recorría la mente de una parte a otra, como un peatón al cruzar la calle. A veces pensaba en él mientras hacía el amor (no importaba con quién). En ocasiones ocurría durante sus paseos por el bosque. Otras veces era cuando el tren se detenía en la estación de Wipkingen o cuando las noticias informaban de un incendio forestal o al tomar el número 33 a Neumarkt o cuando peinaba a Polly Jean. Ocurría en los tranvías del centro cuando olía el jabón que usaba Stephen o su colonia u oía a un hombre que hablaba con su mismo registro. Anna se volvía bruscamente y escrutaba las caras de la gente, pero la de Stephen nunca estaba entre ellas. No ocurría muy a menudo. Pero lo suficiente.

—¿Cuál es la diferencia entre amor y deseo?

—Dígamelo usted.

—El deseo es incurable. El amor no.

—El deseo no es una enfermedad, Anna.

—¿Ah, no?

Edith Hammer rara vez daba fiestas discretas. Esta fiesta, aunque no sobria, era como mínimo relativamente pequeña. Menos de una veintena de invitados deambulaban por las habitaciones de la casa de la Costa Dorada donde vivían los Hammer. No se celebraba nada en particular. No era el cumpleaños de nadie, ningún aniversario de pareja, ninguna fecha señalada. La fiesta se daba solo porque a Edith le apetecía. Otto siempre la consentía: «Mujer, tus deseos son órdenes para mí». A pesar de esa pátina de armonía, no podía decirse que los Hammer vivieran en completa felicidad. Edith era frívola con el dinero y a menudo cruel con sus palabras. Sus hijas eran problemáticas y pasaban la mayor parte del año en un internado en Lausana. Y los Hammer bebían más de la cuenta.

Pero en conjunto formaban una pareja atractiva, sofisticada, y Edith era una de las

dos únicas amigas de Anna. Por insolente y despiadada que acostumbrara a ser, a Anna no le quedaba más remedio que conservarla.

En cuanto Anna y Bruno entraron por la puerta, Edith y Otto los abdujeron por separado y los llevaron hacia el amplio salón. La segregación era evidente, los hombres apiñados cerca de la barra y las mujeres junto a la cocina. No puede negarse que Suiza sea un país moderno, pero los papeles de género aparecen de vez en cuando. En algunos cantones las mujeres no tuvieron derecho a votar hasta la década de 1970. Anna supo que llevaba en Suiza demasiado tiempo cuando eso dejó de consternarla.

La doctora Messerli había insistido sobre la cuestión hasta el punto de que la conversación era mero formulismo: ¿a Anna no le preocupaba perpetuar el estereotipo de la mujer frágil, subyugada? ¿Que, salvo su forma de vestir y el lenguaje que empleaba y el *Handy* en el bolso, poco la distinguía de una mujer que hubiera vivido cincuenta, setenta o cien años atrás? Ellas tampoco conducían un coche ni tenían cuentas corrientes. ¿No comprendía que podía ser lo que quisiera? ¿No creía que tenía la responsabilidad de ser algo?

La respuesta de Anna nunca variaba. «Ya entiendo qué quiere decir. Quizá tenga razón».

Edith lucía su cara más amable esa noche. Se movía por el salón con una alegría que Anna nunca le había visto prodigar mientras repartía copas de vino y pasaba cuencos de aceitunas y cacahuets y guisantes rebozados con wasabi, aperitivos corrientes que Anna jamás habría relacionado con los gustos de Edith. Anna se mezcló con un grupo de mujeres a las que solo conocía de vista. Eran las esposas de los banqueros. Inclinaron la cabeza y sonrieron y ampliaron el corro para incluirla, pero prosiguieron su conversación en suizoalemán.

Anna entendía quizá un cinco por ciento de lo que oía. Sin duda era estupendo haber adquirido más fluidez en alemán, pero servía de poco dentro de un círculo de *Schweizerin*. Anna se limitó a devolver sonrisas y a asentir con la cabeza. Así era más fácil.

Al otro lado del salón vio a Bruno. Hacía gestos exagerados con los brazos, y varios hombres alrededor se reían mientras contaba una anécdota, igual que en la fiesta de Daniela. Un cigarrillo se tambaleaba en el borde de sus labios. A Anna le molestaba que fumara. Pero Bruno solo fumaba en las fiestas, así que solía ser una señal de que estaba pasando un buen rato. «Lo soportaré, con cigarrillo y todo», accedió Anna.

Anna deseaba ponerse en contacto con Stephen, pero nunca lo hizo. «¿Qué le diría, una vez nos saludáramos? ¿Le hablaría de Polly Jean? ¿Reconocería que le echo de menos? ¿Le suplicaría que volviera?». Imaginaba distintos guiones. «¿Qué ocurriría? ¿Qué habría de malo?». Anna sabía las respuestas.

La posibilidad de dar con él la tentaba. Anna era una experta en vencer la

añoranza. Aun así, conservaba en el *Handy* el número de teléfono de su despacho en el MIT. Lo guardó con el nombre de «Cindy», una prima lejana con la que Anna no mantenía relación hacía mucho tiempo. Le había sonsacado el número a Stephen antes de que se marchara. Bastaría con pulsar unas tristes teclas y volvería a conectarse con su voz intrusiva, ubicua.

Nunca lo llamó.

Dos veces habían hecho el amor Anna y Archie, aquella semana. Habían caído en la rutina que los amantes sin compromiso no pueden eludir. Era innegable que se atraían, pero los sentimientos quedaban al margen. No estaban enamorados. No había nada que hablar. Sus encuentros no eran menos intensos, pero sí algo menos frecuentes.

«¿Cuántas veces lo hemos hecho?». Anna no las había contado. «¿Cuántos deslices hacen una aventura?». Era una pregunta irrelevante. «Afecto, pero no amor. Ni por Archie, ni por Karl». Algunas mujeres coleccionaban cucharillas. Anna coleccionaba amantes.

Roland explicó que en alemán el condicional se usa para mostrar la dependencia de una acción o serie de sucesos sobre otra. Es un escenario «si... entonces».

—*Zum Beispiel* — ejemplificó Roland—. Si mañana estoy enfermo, entonces no iré a la escuela. O, si hace buen tiempo, entonces iremos al parque.

Anna halló cierto consuelo. «Si me descubren... entonces estoy jodida».

Anna volvió a mirar a las esposas de los banqueros, que seguían apiñadas en torno a la compañía mutua. Eran mujeres jóvenes. Sus maridos llevaban las joyas de su belleza como elegantes relojes de pulsera.

Edith había puesto una bandeja de comida y volvió hacia el corro.

—Anna —la llamó, guiándola hacia un rincón aparte.

Anna inclinó la cabeza y la siguió, retirándose de una conversación en la que ni siquiera participaba.

Edith gesticuló con las manos para que se diera prisa. Estaba nerviosa.

—¡Ven aquí!

Anna se acercó más a ella. De hecho, ya estaba tan cerca como deseaba.

Edith, siempre inequívoca, esa noche derrochaba aspavientos exagerados y se mostraba atolondrada.

—Disimula un poco, pero date la vuelta y mira..., ¡no, aún no!..., a tu izquierda.

Anna se desconcertó ante los tejemanejes de colegiala de Edith, pero le siguió el juego. Aguardó un instante y se volvió para mirar por encima del hombro.

—¿Qué se supone que debo ver?

—Cómo eres, Anna. ¡Vuelve a mirar!

Anna echó otro vistazo. Vio a Bruno y Otto en el sofá. De pie junto a ellos estaba Andreas, un empleado del banco que trabajaba a las órdenes de los dos. Y al lado de

Andreas había un hombre a quien Anna no conocía. Era más rubio, más bajo y más joven que los otros hombres. Llevaba una cazadora elegante, vaqueros oscuros y unas gafas modernas de diseño. Echó atrás la cabeza al reírse y Anna vio que tenía un hueco entre los dientes y un hoyuelo en la barbilla. Era guapo, sí. Y de unos veinticinco años, como mucho.

—¿Quién es? ¿Trabaja en la sucursal? ¿A qué se dedica?

—Bah, no sé a qué se dedica. —Edith soslayó la pregunta con un manotazo, como si espantara una mosca—. Alguna cosa de banca. —Anna frunció el ceño—. Se llama Niklas Flimm.

—¿Flynn?

Edith negó con la cabeza.

—Caray, no. Presta atención. Flimm. —Edith alargó las emes—. Es austríaco —dijo con especial énfasis, como si lo que iba a decir a continuación fuera a tener más peso, más relevancia—. ¡Hace un mes que nos acostamos juntos!

Anna no podía designar una sola relación romántica en la que se hubiera involucrado que no empezara con un intenso deseo sexual desde el primer momento. Bruno. Archie. Stephen. Su novio de la universidad, Vince. Se habían conocido en el curso de orientación preliminar. Más tarde aquella misma noche Vince echó a su compañero de habitación y Anna le metió la mano en los calzoncillos. Ciertamente, había conocido a Karl antes de aquel día en Mumpf, pero nunca habían mantenido una conversación propiamente dicha hasta la fiesta de Daniela. Una equivocación que se comete una vez es un descuido, pero ¿tres veces, cuatro, una docena? «Perra, estás suplicando que te echen un hueso».

—¡Un mes entero! —repitió Edith.

—Sí, sí —dijo Anna con parquedad. Las infidelidades ya no la sorprendían. Edith sonrió con dureza. «Espera más de mí», pensó Anna, mientras trataba de añadir un comentario pertinente—. ¿Y cómo... cómo ocurrió? —Anna tartamudeó en la palabra «ocurrió». No sabía qué otra cosa decir—. ¿Otto y tú tenéis problemas?

Edith soltó una carcajada y sonrió con descaro.

—Ah, no. Estamos bien. Ojos que no ven, corazón que no siente. ¡Y mírame el cutis! ¡Estoy rejuvenecida!

Anna no podía negarlo, aunque no sabía muy bien qué tenía que ver una cosa con la otra.

—Y él... ¿cómo es?

Edith la miró con incredulidad.

—¡Anna, míralo! Es guapísimo. ¡Y joven! ¿No te parece encantador? —Niklas se apartó un momento de la conversación y sorprendió a Edith y Anna mirándolo. Enarcó una ceja y levantó la copa hacia ellas—. Es emocionante, ¿verdad?

«Sí —pensó Anna—. El adulterio es el no va más».

—Vamos a conseguirte uno, Anna.

—¿Un amante?

Edith hizo una mueca.

—No. Una maldita planta de interior. Pues claro, un amante —Edith sonrió con picardía—. ¡Verás como te anima!

«Ahí te equivocas completamente», pensó Anna. Aunque débil, Anna era sensata de vez en cuando.

—¿Estás enamorada? —le preguntó, como una pazguata.

Edith soltó una risita achispada.

—¡Cielos, no! —La expresión sonó pintoresca y arcana, como algo que Mary podría haber dicho—. ¡Te aseguro que no se trata de amor!

Los ejercicios de alemán que Anna hacía en casa solían ser prácticas de vocabulario, conjugaciones verbales, declinaciones, y escribir muchas muchas muchas oraciones.

«El amor es una oración —pensó Anna—. Y una sentencia de muerte».

Edith jugueteó con el cuello de la blusa, miró alrededor y se excusó ante Anna con una palmadita en el hombro.

—¡Más invitados! —dijo mientras se alejaba revoloteando y dejaba a Anna sola, acorralada en un rincón. Los Hammer habían colocado dos estufas en el patio, pero no había nadie fuera. Anna cruzó el salón tratando de pasar inadvertida y salió por la puerta de atrás.

«Dios, la soledad es mi fuerte». Era cierto. De niña, Anna casi siempre prefería estar a solas. Al final sus padres la llevaron a un psicólogo. No creían que fuera bueno tanto desapego en una niña que por lo demás parecía normal. «¿Está deprimida, doctor? ¿Tiene algún problema?». Su preocupación era justificada. En casa Anna se aislaba. Cada día se retiraba a su cuarto y se encerraba allí a leer, o a escuchar la radio, o a escribir en su diario o sentarse junto a la ventana sin hacer nada aparte de mirar la calle. «¿Qué haces ahí dentro, encerrada y sola?», le preguntaban. «Estoy estudiando» —contestaba ella siempre. «“Y soñando”, añadía para sus adentros. “Y pensando quién seré dentro de veinte años”». El psicólogo le hizo tres docenas de preguntas y al acabar le dijo a los padres de Anna que no se preocuparan. «Es la pubertad —dijo—. Pasaré». Luego les entregó una factura de doscientos dólares. Sin embargo, la soledad de Anna no pasó. Tras la muerte de sus padres y hasta que conoció a Bruno, cuatro años más tarde, Anna vivió sola.

Anna vagó por el patio de los Hammer, sosteniendo en la mano la misma copa de vino que estaba tomando dentro. Los primeros fríos de mediados de octubre definían el aire de la noche. Las nubes ocultaban las estrellas. La oscuridad era tensa y fragmentada. Anna perdió la mirada en el cielo difuso hasta que oyó el carraspeo de un hombre. La sobresaltó.

—¡Oh! —se volvió bruscamente.

—*Hallo*, Anna. —Era Niklas Flimm.

—Hola. —A Anna le molestaba que alguien a quien no le habían presentado la llamara por su nombre de pila. Le parecía una ventaja injusta. En algunas tribus indígenas, un nombre no es una mera seña de identidad de la persona, sino el receptáculo de su espíritu. A Niklas no le había dado ese derecho. Anna no pudo contener un punto de ira.

—Me llamo Niklas.

—Ya lo sé.

Hablaba con una voz aguda y nasal, y de cerca era más atractivo que visto de lejos, e incluso podía pasar por un modelo. «Bien hecho, Edith», pensó Anna.

—¿Edith dice que eres la mujer de Bruno?

Anna sonrió con disimulo.

—Así es —dijo. Niklas hablaba un inglés rudimentario. Su «Edith» sonaba igual que *eat it* en inglés, «cómetelo», y de hecho se comía los artículos al hablar, tan a

menudo como Karl confundía una palabra por otra. Anna lo miró de hito en hito, sin saber qué más decir. Era difícil que su acento austríaco la dejara impasible. Anna escuchaba, pero procurando no mirarlo fijamente a los ojos.

Entablaron una conversación tediosa. Niklas habló de Viena, de esquí, y de que a veces no entendía a los suizos. Anna no dejó traslucir ninguna emoción al recordar el final de un chiste que le había oído contar a Bruno sobre los austríacos. Había olvidado cómo empezaba. Anna acarició el borde de la copa con el pulgar y se preguntó qué hora era y cuánto rato más pensaba quedarse Bruno.

El fin de semana anterior a la fiesta de Edith, Anna y Mary llevaron a los niños al lago de Greifen, el segundo más grande del cantón de Zúrich. Medio kilómetro escaso separaba la orilla de la puerta de los Gilbert. Los tres chicos fueron en bicicleta. Mary y Anna los siguieron a pie por el sendero. Anna empujaba el cochecito de Polly. Alexis se quedó en casa.

—¿Cómo conociste a Tim?

Mary se sonrojó.

—Nos conocimos en el instituto.

A Anna no le sorprendió.

—¿Nunca has estado con nadie más?

Mary negó con la cabeza.

—No. Nadie más. Solo Tim.

Esa confesión parecía avergonzarla. «Solo Tim». Anna fijó la mirada en el camino. Por supuesto ella había tenido amantes antes de Bruno. Chicos de la universidad, hombres con los que salía unos meses y que luego dejaba o la dejaban a ella. Amigos que en distintas circunstancias habría visto menos circunstancialmente. Pero entonces llegó Bruno. Mary desvió la conversación.

—¿Cómo conociste a Bruno? ¿Cómo os enamorasteis? —preguntó Mary con el tono de una colegiala.

Anna contestó la primera pregunta.

—En una fiesta. —Era la mera verdad. Se conocieron en la fiesta de un amigo común. Esa misma noche, medio borrachos, se magrearon. Incluso ahora, a pesar de disparidades tan nimias como relevantes, los apetitos sobre los que fundaron su amor seguían latiendo a flor de piel. La segunda pregunta requería ciertos circunloquios. Mary esperó a que Anna continuara—. Bueno, Bruno es guapo, y responsable... —Anna soslayó la cuestión dejando la frase en suspenso—. Y en fin —suspiró Anna con resignación—, aquí estamos.

—¿Así de sencillo? —preguntó Mary. Anna parpadeó—. ¿Cómo te propuso matrimonio?

—En un campo de frutales. En Washington. —Avanzaron unos pocos pasos—. Estábamos de viaje.

—¡Qué romántico!

«Ojalá», pensó Anna. Para cualquier otra pareja de enamorados lo habría sido. Pocos meses después de conocerse, Anna y Bruno se fueron a vivir juntos. Pocos meses después de eso, mientras estaban de vacaciones y caminaban por un huerto de manzanos cerca de Wenatchee, Bruno se volvió a Anna y dijo: «Creo que serías una buena esposa para mí. Creo que quiero casarme contigo». Fue espontáneo y directo. La idea se le pasó por la cabeza y la dijo en voz alta del mismo modo que habría propuesto ir a ver una película. No hubo anillo de pedida. Mil manzanas redondas, maduras, observaban la escena. «Estoy de acuerdo —pensó Anna—. Sería una buena esposa». En el fondo, sería una buena esposa. Y Anna amaba a Bruno. Estaba enamorada de Bruno. Experimentaba una versión del amor con Bruno. En la medida de sus posibilidades, Anna tenía la certeza necesaria para llamar amor a lo que sentía por Bruno. Se entendían en la cama, y en aquellos tiempos ese era un aspecto tan importante como el que más. Anna dijo que sí. Se casaron dos meses después.

Anna notaba crujir la hierba seca bajo sus pies. A ratos, Polly Jean lloriqueaba.

—¡Charles! —gritó Anna—. ¡No te alejes tanto, vuelve!

Charles no la oyó ni dio media vuelta. Anna le pidió a Victor que alcanzara a su hermano y lo avisara. Charles se volvió a mirarla y saludó con la mano.

—Siempre hace lo mismo.

—¿Alejarse?

—Ir despistado.

—¡Ah, un cazador de mariposas! ¡Digno hijo de su madre! —se rio Mary.

Quizá la propuesta de Bruno fuera escueta y sin adornos, pero Anna aceptó sin dudar. Se respiraba paz entre los árboles. El cielo estaba cargado de promesas. Las manzanas ofrecían la posibilidad de la dicha. Anna recordaba todas las variedades: Honeycrisp, Golden Suprema, Ambrosía, Sunrise, Gala, Fortune, Keepsake. Nombres improbables, heraldos del esquivo potencial de la felicidad. «Sí, Bruno, seré tu esposa». Volvieron al coche caminando de la mano. Al final del sendero, Anna se detuvo para recoger un guijarro negro y reluciente de una pila de piedras opacas. Le sacó brillo con la blusa y se lo guardó en el bolsillo. Anna llevaba aquel guijarro desde entonces, mezclado con la calderilla del monedero.

Un día, mientras Stephen estaba en el cuarto de baño, Anna le escamoteó un pañuelo azul de hilo del cajón de los calcetines, bordado con unas iniciales que no eran las suyas. Quizá fuera de su abuelo. Se sintió culpable, pero por poco tiempo. Igual que el guijarro, lo llevaba en el bolso desde aquel día.

«Creo que serías una buena esposa para mí», había dicho Bruno.

Pero Anna no aceptó por eso.

Aceptó porque no podía imaginar a un hombre más a su medida.

—Por norma, los hombres no tienen una aventura porque se sientan solos o quieran vínculos afectivos. Para un hombre, la razón suele reducirse simplemente a una cosa: el desafío de la seducción.

Anna le había hablado a la doctora Messerli de Edith y Niklas.

—¿Y las mujeres?

La doctora Messerli miró a Anna a los ojos con lástima.

—Estoy preocupada por usted, Anna.

La conversación con Niklas prosiguió, aunque a duras penas. Hacía menos de seis meses que Niklas vivía en Suiza. Acribilló a Anna a preguntas. Quiso que le recomendara excursiones que se pudieran hacer desde Zúrich en un solo día, sitios donde comprar productos selectos o una bicicleta de montaña. Era hablador y curioso. Anna se puso tensa. Era muchísimo más joven que Edith. Demasiado, demasiado. Niklas trabajaba para Otto. Aquel inesperado decoro la avergonzó. Qué desfachatez por su parte. Se le hizo un nudo en la garganta. «Dios, qué hipócrita soy», pensó.

«Pero incluso los hipócritas tienen momentos de lucidez». Anna podía vivir con la hipocresía. Lo que no podía soslayar era la lucidez.

Para rematar el paseo aquel día, Anna y Mary llevaron a los niños a una cafetería cerca de la *Schiffstation*, justo frente al castillo junto al lago de Greifen, un torreón del siglo XII. Pidieron naranjadas para los chicos, café para ellas, y Anna sacó una cajita de galletas con formas de animales y puso dos en la bandeja del cochecito de Polly. Polly las agarró y empezó a golpearlas contra el plástico. Quedaron desmigadas al instante.

—No, Polly. —Anna sacó dos galletas más y acercó una a la boca de Polly. Ella agarró la galleta con su manita rolliza y se la llevó a los labios como para comérsela, y entonces la machacó también en la bandeja—. Me rindo —dijo Anna, dándole la última galleta. A veces era lo que hacía: rendirse, sin más.

Mary quiso consolarla.

—Bueno, los críos son así. Tercos. Sobre todo las niñas, me parece. —Anna tendría que pensarlo antes de darle la razón.

Cuando les sirvieron, Anna hizo ademán de sacar la cartera.

—No, no. Invito yo —dijo Mary, y Anna la dejó hacer.

Mary llevaba un bolso grande, rígido, y al ir a buscar la cartera se le volcó y cayeron varias cosas, entre ellas un frasco de desinfectante de manos tamaño viaje que aterrizó en las piernas de Mary y una novela de bolsillo que cayó en el suelo.

—¡Caray! —Mary recogió el frasco mientras Anna pescaba el libro.

—¿*Besos ilícitos*? —leyó Anna divertida.

Mary se sonrojó.

—Bah, algo para leer en el tren.

Anna abrió el libro por una página con la esquina doblada y leyó un párrafo en alto.

—«Ella le desabrochó la camisa con dedos tenaces y palpó su piel. Él no ocultó su placer. “Te deseo”, susurró ella mientras se apretaba aún más contra su cuerpo.

Atrayéndolo hacia sus caderas sintió la protuberancia de la entrepierna y suspiró al saber que pronto estaría encima de ella embistiéndola y gimiendo en la agonía de la lujuria...».

Mary le arrancó el libro de las manos.

—Anna, los niños.

Los niños estaban absortos en sus propias niñerías. No estaban escuchando.

—¿«Protuberancia»? ¿Por qué lees estas cosas?

Mary guardó el libro en el bolso y suspiró.

—Ah. Porque. Ya sabes.

Anna movió la cabeza de un modo que era a la vez sí y no. Mary trató de encontrar una explicación convincente.

—A veces me gustaría no haber sentado la cabeza. Tan pronto, quiero decir. —La confesión la avergonzaba—. Desperdicié todas mis posibilidades de ser... más sensual. —Anna se enterneció. Mary colgó el bolso en el respaldo de la silla—. Pero no importa, porque senté cabeza y soy muy feliz y no cambiaría esta vida por nada. Así que leo estas cosas. Es un pequeño pecado que me permito para..., no sé para qué.

Anna sí lo sabía.

—Lo siento, Mary.

Mary fingió no oírla.

—Y de todos modos estos libros solo cuentan bobadas.

—¿En qué sentido?

—Siempre acaban con un final feliz. La heroína consigue todo lo que quiere. Un trabajo estupendo. Éxito a montones. Fama, dinero. Siempre es bellísima y encuentra al hombre de sus sueños. Una vida absolutamente perfecta. —La nostalgia de Mary era palpable.

—Caramba. Ojalá.

Polly Jean gorjeó y pataleó en el cochecito, desperdigando las migas de galleta por todas partes.

—¿A que sí? —Mary sopló para enfriar el café y dio un sorbo. Anna se tomó el suyo caliente. Sintió que le escaldaba la boca, pero hizo como si nada.

Como Anna no tenía nada más que hacer con las manos o la boca, cuando Niklas Flimm le preguntó si quería otra copa, le dijo «Sí, por favor». Medio minuto después, Anna sostenía una copa de vino llena. Esa segunda copa llevó a una tercera. Y tres copas de vino llevaron a un *whisky*, y a esas alturas el alcohol se le había subido a la cabeza.

Anna y Niklas seguían en el patio. Bruno estaba dentro, bebiendo y contando anécdotas a sus amigos. Edith echaba un vistazo por la puerta de atrás de vez en cuando, acaso para asegurarse de que Niklas no intentaba seducirla también a ella. Anna procuró transmitirle con su lenguaje corporal que podía estar bien tranquila. La

conversación con Niklas empezaba a decaer.

—Entonces. ¿Edith y tú sois buenas amigas? —le preguntó él.

Cuando bebía más de la cuenta, el tacto y los elegantes modales de Anna eran lo primero que se evaporaba. Solía reemplazarlos por la misma clase de descaro arrabalero que caracterizaba a Edith. Anna lo miró con una sonrisa floja, casi desencajada.

—Por lo que he oído, Edith y tú sí que sois buenos amigos... —La ebriedad la volvía deslenguada.

Niklas sonrió entornando ligeramente los ojos.

—Ella te lo cuenta. —Su voz era serena. No parecía desmoralizado. Anna no lo había desconcertado.

—No te preocupes —añadió Anna enseguida—. Guardaré vuestro secreto. Lo guardaré.

—No me preocupo.

Después de eso, Anna no tenía nada más que decir. Se quedaron unos instantes en silencio.

—Voy adentro —dijo Anna al fin—. Ha sido un placer hablar contigo. —Hablaban arrastrando las palabras, empezaba a sentirse achispada. Dejó a Niklas solo en el patio.

Anna no estaba tan borracha como para no andar derecha. Caminaba perfectamente. Mejor que de costumbre, en realidad. El alcohol la había envalentonado; con cada paso que daba, movía las caderas de un lado a otro como el péndulo de un reloj y se preguntaba quién la estaría mirando al pasar, si es que alguien se fijaba en ella. En el cuarto de baño de los Hammer se retocó el pintalabios y se prendió con la pinza varios mechones de pelo sueltos. Se miró a los ojos como habría hecho un enamorado. «Tengo una mirada turbia y traviesa». En algún punto entre el *whisky* y el vino había saltado un fusible.

Cuando salió del cuarto de baño, se acercó sigilosamente a Bruno y le puso una mano en el hombro. Bruno levantó la vista y al ver que era ella volvió a la conversación. Anna se sentó en el reposabrazos de su silla, se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Vamos a casa a follar.

Bruno la miró de nuevo. Soltó una risotada.

—Creo que estás borracha.

La sonrisa de Anna era esquiva.

—Lo estoy. Vamos a casa a follar de todos modos.

Pasaron varios segundos mientras Bruno consideraba su proposición. La miró a los ojos. ¿Cuándo había pasado desde la última vez? ¿Un mes? ¿Dos? Anna hacía tanto el amor últimamente que no podía llevar la cuenta. Bruno asintió sin palabras.

—Vámonos —dijo Anna.

—¿Conoce la palabra alemana *Sehnsucht*?

Anna dijo que no.

—Es una nostalgia desconsolada. Es un agujero en el corazón por el que se escapa toda esperanza.

Anna palideció. La doctora Messerli se dio cuenta.

—Anna, solo parece que no hay esperanza —la consoló—. No tiene por qué ser así.

«¿De veras?», contestó Anna en silencio.

Bruno y Anna se despidieron rápidamente de Edith y Otto y los demás invitados y se marcharon a toda prisa. Anna dejó resbalar una mano por el muslo de su marido. Bruno gruñó de placer. Anna le mordió la oreja, le lamió el lóbulo. «Quiero que me la metas hasta la garganta —dijo—. Que me la metas hasta la garganta y luego por el culo. —Bruno aceleró sin apartar la vista de la carretera—. Quiero que me restriegues la cara por el coño, Bruno. Quiero que me chupes el clítoris hasta que se hinche como una cereza». Al llegar a casa dio un giro brusco y dejó el coche torcido. Bruno nunca aparcaba así, disciplinado y cuadriculado como era. Empezaron a desvestirse incluso antes de cruzar el umbral. Abandonaron las chaquetas en el recibidor. Anna se quitó también los zapatos y el vestido. La camisa de Bruno cayó en el pasillo. Bruno agarró a Anna del brazo por encima del codo y la arrastró hacia la habitación tras él.

Había ropa recién lavada y doblada encima de la cama. Bruno la tiró al suelo y empujó a Anna sobre el colchón, sin ceremonias. Anna se soltó el pelo y tiró la pinza hacia la mesilla de noche, donde rebotó y resbaló. Empezó a bajarse las medias, a desabrocharse el sujetador; estaba tan excitada que no sabía por dónde empezar. «Quieta —ordenó Bruno—. Yo te desnudaré». Anna obedeció lánguidamente mientras Bruno se abría la cremallera de los pantalones y se los bajaba junto con los calzoncillos.

«Dios, qué guapo es, joder. —Anna se recreó mirándolo—. Había olvidado lo guapo que era». Incluso para los estándares suizos, Bruno era alto; sin sacar pecho medía más de metro noventa. Tenía los ojos de color avellana, entre dorados y marrones, como un ojo de tigre, y un bello torso, ancho, suave y lustroso. Su pelo, al igual que el vello, era del tono rústico de la tierra recién arada. Sus brazos eran nervudos, fuertes como los de un carpintero. Su nariz, más aria que germánica, trazaba una línea como un cordel tensado entre el caballete y la punta. Tenía rasgos de aristócrata; era el heredero de unos rasgos físicos de otra época. Y su polla. Anna adoraba la polla de Bruno. De todas las pollas de todos sus amantes pasados o presentes, la de Bruno era la más grande. Erecta, casi era tan larga como un cuchillo de mesa y tan gruesa como la esfera de un reloj de bolsillo. Sin circuncidar. Perfectamente recta. Era obscena, agresiva, y en cuestión de un instante la atravesaría como una estaca. Anna nunca había conseguido meterse más de la mitad en la boca. Sus orgasmos eran un placer doloroso, exquisito.

Bruno le separó las piernas. Anna, todavía ebria, solo deseaba yacer allí y

someterse a su voluntad. Sus rodillas se abrieron mientras Bruno se colocaba en medio, la penetraba y empezaba a embestirla con todas sus fuerzas. Al cabo de dos, tres, o cuatro minutos, salió y puso a Anna boca abajo, colocándole la pelvis en el borde de la cama, y arrodillado en el suelo la abrió de piernas de nuevo antes de enterrar la lengua dentro de ella. Anna gimió, jadeó, apretó las caderas contra su cara. Pero no se corrió. Bruno la empujó hacia el centro de la cama y le hizo ponerse de rodillas. Anna quiso ponerse a cuatro patas pero Bruno gritó «No», y con la mano izquierda la mantuvo agachada, mientras con la derecha se preparaba para volver a penetrarla. Anna se entregó al éxtasis de la indefensión. De todos los hombres de su vida, solo con Bruno lograba culminar plenamente esa entrega. De todos los hombres de su vida, Bruno era el más amenazador. Bruno la penetró tan adentro que Anna sintió que se partía en dos. Gimió. Bruno le apoyó la mano izquierda en el nacimiento de la espalda, le pasó la derecha por la cintura y le buscó el clítoris con los dedos. Lo acarició, lo frotó, lo pellizcó. «Voy a correrme», dijo Anna con voz gutural, bajando la mano y apartando la de él. Bruno la asió por las caderas y siguió penetrándola con una furia que no había empleado en años. El orgasmo de Anna desencadenó el de Bruno. Se tensaron al máximo antes de dejarse ir, chillaron el nombre del otro y luego invocaron a Dios, para desplomarse en un solo grito de placer.

Al terminar, Bruno se dejó caer sobre Anna, que quedó aplastada contra la cama. Permanecieron así hasta que la polla de Bruno dejó de latir y se ablandó lo suficiente para salir por sí sola. Entonces Bruno se dio media vuelta y se puso boca arriba. Anna volvió la cabeza y lo miró. Bruno, sin fuerzas a su lado, estiró todo el cuerpo y remató el movimiento con un escalofrío. A la luz de la luna tenue pero innegable, Anna vio algo que pasaba por una sonrisa en la cara de Bruno.

—Bruno —le susurró—. ¿Qué sentido tiene el dolor?

—¿De verdad te parece un tema de alcoba? —Bruno bostezó—. Anda, duérmete, Anna.

Anna se lo volvió a preguntar. Quería saber. Bruno se tomó un momento antes de contestar. Anna pensó que se habría dormido.

—El dolor es la prueba de la vida. —Hablaba sin reservas—. Ese es el sentido que tiene.

Era una respuesta más satisfactoria que la que le había dado la doctora Messerli.

—Bruno —insistió Anna—. ¿Me quieres?

Él contestó la pregunta de Anna con un ronquido.

El abatimiento tras una sesión de psicoanálisis a menudo es palpable. Igual que después del sexo estás cansada, sin fuerzas, y por el momento es un alivio que haya terminado. Al salir de la consulta tomas conciencia de tu singularidad y tu soledad por igual. Eres tú quien vive en la prisión de tu propia piel. Nadie deja la huella que habría deseado. Todos morimos solos. El psicoanálisis es un proceso. El proceso es una lenta procesión. Es un cortejo fúnebre.

«¿Qué pieeensaa?», le había preguntado la doctora Messerli.

Anna negó con la cabeza. No pensaba reconocer que pensara en nada. La sesión estaba a punto de acabar. Anna se puso de pie, se frotó el cuello y se estiró en varias direcciones.

—Me duele la espalda. Estoy tensa. Nada más. —Anna se agachó a recoger sus cosas para marcharse.

La doctora se levantó y la acompañó hasta la puerta del despacho.

—Incluso los hombros más hermosos pueden soportar la carga hasta cierto punto.

Anna estaba desvelada por el alcohol, no podía conciliar el sueño. Bruno nunca tenía ese problema. Dormía profundamente, ajeno al mundo. Y más después de hacer el amor. En cambio, el sexo a menudo dejaba a Anna inquieta e insegura. «La consecuencia del sexo es siempre la duda», pensó. A mayor intimidad, mayor es la duda. Cuando Bruno se quedó dormido, ella se sintió sola. El ruido de fondo de sus preocupaciones la mantenía despierta.

Anna se levantó y se puso unos vaqueros, un jersey y las botas. No se molestó en buscar ropa interior ni calcetines. Encontró su abrigo en el recibidor, donde lo había tirado una hora antes, y se lo puso mientras salía. «¿Adónde puedo ir?», Anna se sentía atrapada, estuviera donde estuviese. Incluso al final de una noche como esa.

En la oscuridad enfiló el sendero por detrás de la casa. Pasó un granero destartalado y la parte posterior de un complejo de apartamentos. Una luz con sensor de movimiento se encendió. El destello la sobresaltó, como siempre. Miró hacia el fondo del campo de girasoles, las casas más nuevas al sur de la Loorenstrasse. La mayoría de ellas estaban completamente a oscuras, pero se veía un resplandor tenue en alguna que otra ventana. «¿Adónde voy?». Anna no tenía ningún lugar adonde ir ni razón alguna para hacerlo. «Vaya a donde vaya, no iré a ninguna parte». Era verdad, pero estaba harta de su propio hastío y optó por ignorarlo.

El cielo estaba tan claro que resplandecía. Anna llegó a lo alto de la colina y se sentó en el banco en un recodo del camino. Su banco. Una de las cosas que le resultaban más familiares de toda Suiza. Contempló las constelaciones del otoño y deseó poder nombrarlas. La luna estaba alta. «No tengo nada que decir sobre la luna», se dijo, y al decirse que no tenía nada que decir, de alguna manera dijo algo. Siguió las luces rojas de tres aviones a distintas altitudes parpadeando por el campo oscuro

salpicado de estrellas. Anna estaba acostumbrada a los aviones. Vivían a pocos kilómetros del aeropuerto de Zúrich. Siempre escrutaba el cielo en busca de movimiento. En los años setenta, a diez kilómetros de allí, en Bülach, un tal Billy Meier fue contando por ahí que lo habían visitado hombres del espacio en platillos volantes, ni más ni menos. Mostró cientos de fotografías que supuestamente lo probaban. Anna las había visto por internet. La imagen resultaba familiar: un paraje desierto, bucólico, un disco metálico inclinado de un modo que jugaba con la percepción y suspendido de cables que, aunque invisibles, sin duda estaban ahí. Tras pasar nueve años considerando el sentido de las palabras «alienación» y «alienígena», Anna no pudo resistirse a la historia de Billy Meier. Y casi seis años antes en Bassersdorf, el pueblo inmediatamente al norte de Dietlikon, un vuelo de Crossair se estrelló a cuatro kilómetros de la pista de aterrizaje. Error humano. Anna recordaba aquella noche. Oyó un estruendo terrible y salió corriendo fuera. No alcanzó a ver nada en la oscuridad. Bruno leyó la noticia al día siguiente en el periódico. Había estrellas del pop en el avión, aunque ni Bruno ni Anna reconocieron sus nombres. Y por eso Anna escrutaba el firmamento, en busca de señales. No encontró ninguna.

El aire hacía que todo pareciera aún más desolado. Anna buscó el *Handy*, que se había guardado en el bolsillo antes de salir de casa. Abrió la tapa del teléfono y apretó la misma tecla dos veces.

Una vez, tras pasar la mañana haciendo el amor con una ternura casi dolorosa, y mientras el sol se colaba por las rendijas de la persiana y caía sobre sus cuerpos, Anna se volvió hacia Stephen.

—Háblame de la combustión espontánea humana.

Stephen se echó a reír, la besó en la frente y se irguió.

—No existe. La gente no arde por las buenas.

—He visto imágenes.

Stephen negó con la cabeza.

—No tiene nada de espontáneo. Siempre hay un catalizador. Fumar en la cama, un cortocircuito, una chispa, un rayo. Algo. No es magia, Anna. Es química. Nada explota así como así.

Anna sabía que eso no era del todo cierto. A ella le había estallado el corazón en el pecho cuando se conocieron. O al menos fue lo que sintió. Hubiera hecho cualquier cosa por él. Se prendería fuego si él se lo pidiera. O al menos se decía que lo haría.

Anna se vistió y volvió a casa.

A principios de mes, recibió por correo una postal. Era de Mary. En una cara, la imagen de una mariquita en primer plano. En el dorso, Mary había escrito una nota breve: «Te mando esta postal sin más motivo que decirte que eres adorable y un encanto y que tu amistad me llena de alegría. ¡Que pases un día estupendo, Anna!».

El teléfono sonó una vez, dos, tres. A la cuarta, Archie contestó.

—¿Qué hay?

El «qué hay» la echó para atrás.

—Soy yo. —Anna guardó silencio, y luego concretó avergonzada—: Soy Anna.

Se oía jaleo al otro lado de la línea. Archie dijo algo que Anna no acabó de entender y le pidió que lo repitiera. Siguió sin entenderlo. Archie estaba en algún sitio con otra gente. Un bar, quizá. Anna no alcanzó a distinguir las voces en discordia. Se dejó ir. «Háblame, Archie. Tengo frío, estoy bebida y sola y cachonda y a oscuras y bebida y sola y Bruno está dormido, así que háblame, háblame por favor, por favor». Sabía que Archie no le debía nada, pero podía pedírselo de todos modos, ¿no? «Habla conmigo. Por favor. Por favor...».

Se hizo un silencio en el que Anna oyó que Archie se apartaba y pedía a la otra gente que bajaran un poco la voz. Anna no pudo distinguir las respuestas, pero sí oyó una risa de mujer, escandalosa y aguda.

—Perdona —dijo Archie—. Aquí hay mucho ruido.

Anna asintió como si él pudiera ver su gesto a través del teléfono.

—Oye —Archie carraspeó—. ¿Te puedo llamar luego?

—¿Tienes una cita? —preguntó Anna con tono acusador. No había sido su intención.

Archie fingió que no la oía.

—¿Te puedo llamar mañana? Ahora mismo no puedo hablar.

—No —dijo Anna, y le recordó que estaría en casa con Bruno y los niños, y si no hablaba con ella en ese momento, tendría que esperar al lunes.

—Entonces hablamos el lunes, ¿de acuerdo?

—Muy bien —contestó Anna. Pero no era lo que sentía. No le parecía bien. Colgó enseguida, antes de que Archie acabara de explicarse. La poseyeron unos celos fulminantes, injustos. Lágrimas calientes le inundaron los ojos antes de desbordarse y resbalarle por la cara. «Maldita sea, Anna». En su corazón resonó la voz incorpórea, con voluntad propia, de la doctora Messerli: «El histrionismo la atrofia, Anna».

«Sí, sí —contestó Anna en voz alta a su voz interior—. Archie es insignificante. Un don nadie. Un cero a la izquierda». Pero le dolía de todos modos.

Abrió el teléfono otra vez y en una oscuridad iluminada solo por la pantalla gris brillante, repasó sus contactos hasta encontrar a Karl. El mensaje era simple: «Wo bist?». Recibió respuesta casi de inmediato. «Basilea. Mañana en Kloten. ¿Hotel?». El padre de Karl vivía allí en una residencia. Eso era lo que le llevaba a Kloten tan a menudo. Y siempre se hospedaba en el mismo hotel. «¿No es caro?», le había preguntado ella una vez. Sí, dijo Karl, pero la hermana de uno de los hombres del aserradero era una de las gerentes y fuera de temporada siempre le encontraba una habitación con descuento. Muchas veces el descuento acababa en un «No te preocupes». Anna suponía que Karl la recompensaba de otras formas. Quizá también se la follara.

«Sí, sí —contestó Anna—. Envíame un mensaje. Iré a la hora que sea».

—Un incendiario no es lo mismo que un pirómano —dijo Stephen—. El incendiario comete un delito deliberado, en general para estafar a la compañía de seguros.

Stephen testificaba a menudo como perito judicial en casos de incendio. Subía al estrado y los abogados le interrogaban sobre el comportamiento del fuego. Qué hacía bajo presión. Cómo reaccionaba. Qué factores lo desencadenaban.

—La piromanía, en cambio, es una enfermedad. No soy psiquiatra, así que no puedo decir gran cosa aparte de que un pirómano prende fuegos de manera compulsiva. Escapa a su control. Además, es un fenómeno raro. Ellos no pueden evitarlo fácilmente.

—¿Los pirómanos siempre son hombres?

—Pues sí. La inmensa mayoría de los fuegos provocados, incluidos los incendiarios, son obra de hombres.

—¿Y qué hay de los pirólogos?

Stephen sonrió.

—Ah. La inmensa mayoría de los pirólogos son hombres que saben cómo canalizar su impulsividad hacia vías de orgasmo potencial.

Y con eso metió la cabeza bajo la sábana y empezó a lamerle el pezón a Anna mientras le acariciaba con la mano entre los muslos. Anna ronroneó. Fue una buena tarde.

Anna se despertó con resaca. Parecía que le iba a estallar la cabeza, sentía pinchazos en los ojos, tenía ardor de estómago y la boca pastosa. Eran las siete de la mañana. Los niños estaban en casa de Ursula y Bruno aún dormía. Anna se tomó una aspirina, un litro de agua y un par de cafés. Con el primer café sintió que recuperaba el equilibrio. Poco a poco la mañana fue cobrando nitidez.

La noche antes después del paseo había dejado el teléfono móvil en el bolsillo del abrigo. Al recuperarlo por la mañana la luz de los mensajes parpadeaba. Era un SMS de Karl. Anna entornó los ojos. Fue rescatando retazos de la noche pasada. El sexo. El banco. Archie. Karl. Se sonrojó al recordar sus intentos desesperados por no sentirse sola.

Bruno estaba de un humor juguetón cuando se despertó —sin resaca— cuarenta y cinco minutos más tarde. Pasó rozando a Anna de camino al cuarto de baño y le dio un cachete en el culo. En un visto y no visto estaba en la cocina preparando el desayuno, silbando mientras preparaba huevos con beicon para los dos. Anna no salía de su asombro. «¿De dónde ha salido este hombre? ¿Cuánto tiempo se quedará?». Apartó esas ideas de su mente. Mejor no preguntar. Como ocurre con los trucos de magia, una vez sabes el truco se rompe el hechizo.

Mientras comían coquetearon como un par de tortolitos. Bruno no dejaba de pasarle la mano por los muslos. Ella le limpió con la lengua restos de mantequilla de los dedos. Anna se ruborizó cuando, al inclinarse a besarlo, reconoció el olor de su

pubis en la cara de Bruno. No hizo falta más. Se olvidó de la comida. Estaba lista para follar de nuevo. Estaba lista para que Bruno se la follara de nuevo. Mentalmente redactó un mensaje para Karl: «Cambio de planes». No necesitaba dar explicaciones. Bruno le mordió el labio inferior y empezó a trazar pequeños círculos con la punta de la lengua en la punta de su lengua.

Anna estaba febril de deseo. Bruno sonrió con naturalidad, pero un tanto perplejo.

—¿Qué te pasa? —preguntó, con su marcado acento habitual.

«¿Qué me pesa? —se dijo Anna—. No me pesa nada, ¡estoy flotando!». Bruno llevaba un pantalón de pijama de franela y una camiseta blanca raída. Anna iba en albornoz. La noche antes después del paseo se había desnudado para dejarse arropar por la resignación. Se puso de pie, agarró a Bruno por los hombros y se sentó a horcajadas encima de él, apretándose contra su pecho. Lo besó una vez, luego otra. Se arqueó sinuosamente. El albornoz se le abrió. Anna sintió una erección incipiente bajo sus nalgas: la llamada de su cuerpo surtía efecto.

Bruno la besó también, pero fue un beso amistoso, puro trámite. Negó con la cabeza.

—Ahora no. Dejemos eso para luego, *jo*?

Anna frunció el ceño.

—No te pongas de morros —dijo Bruno con un guiño mientras le daba unas palmaditas en la cadera, como si le dijera, «Ahora levántate, ¿de acuerdo?», y con eso Anna se rindió. Bruno se puso de pie, desperezándose y bostezando, y luego le atusó el pelo como le habría hecho a uno de sus hijos. Después apuró el último trago de su café.

—¿Podrías recoger tú, ya que yo he cocinado?

Se fue directo a su despacho y cerró la puerta. Anna se dejó caer de nuevo en la silla. Al oír el chasquido del picaporte, algo dentro de Anna se cerró también de golpe. Una puerta cerrada le recordaba todo lo que odiaba de su vida. Y lo odió con el doble de rabia que el día anterior. La breve tregua del sufrimiento hizo que los posos de su desolación se hicieran aún más profundos.

Anna lavó los platos, se vistió y fue a buscar a los niños.

—¿Lo habéis pasado bien? —le preguntó Ursula.

Anna contestó con amabilidad y le dijo que había sido una fiesta agradable y que también era agradable salir de casa de vez en cuando para pasar una velada agradable. Si repetía «agradable» lo suficiente, seguro que Ursula pensaría que había sido absolutamente maravilloso.

—Tú sales de casa todos los días.

Anna captó la acusación. Se quedó plantada en la puerta, con Polly Jean aupada en la cadera. Los chicos salieron como un rayo y echaron a correr calle abajo hacia casa.

—Ursula, ¿quieres decirme algo?

Ursula se echó atrás.

—No. La mayoría de los días sales de casa. Tal cual. Nada más.

Por la tarde, Anna informó a Bruno de que le apetecía dar un paseo en bicicleta, sin prisas.

—Un par de horas. O puede que más.

Bruno estaba tecleando en el ordenador y poniendo en orden papeles en su despacho. Anna le pidió que estuviera pendiente de los niños. Bruno gruñó.

—Polly está arriba haciendo la siesta —dijo Anna mientras se ataba los cordones de los zapatos. Bruño gruñó de nuevo.

Anna volvió a casa al cabo de más de tres horas.

—Me he dado un buen trote —comentó mirando hacia el despacho. Bruno gruñó una vez más.

Anna no pudo evitar sentirse incómoda y torpe como una adolescente en la clase de alemán del lunes. No había mandado ningún mensaje a Archie desde que le colgó el teléfono, y él tampoco había intentado ponerse en contacto con ella. Ese malestar era una nadería, Anna lo sabía. Pero un pequeño cardenal no deja de doler si lo hurgas con el dedo. Durante toda la primera hora Anna ni siquiera se atrevió a mirarlo y no apartó la vista de Roland, que explicaba las partículas enfáticas del alemán, esos giros idiomáticos que sirven de barómetro emocional de una frase. «¿Ah, sí? ¿Y bien? ¡Por supuesto! ¿En serio? ¡Bah! Exacto. Lo que tú digas». Archie observaba a Anna mientras ella se empeñaba en ignorarlo. Mary estaba sentada entre ambos, ajena a la tensión. En el descanso, Archie llevó a Anna hacia un lado de la *Kantine* antes de que ninguno de los dos se pusiera en la cola.

—No hacía falta que te enfadaras conmigo.

—No me enfadé. Había bebido. —No era mentira.

—Estaba con Glenn y su mujer y varios amigos suyos.

—No sabía que tu hermano estuviera casado. —Había tantas cosas de Archie que no sabía.

Archie carraspeó.

—Glenn no sabe nada. De ti. —Anna lo miró con una severidad a la que no tenía derecho. Archie se rindió—. Me prepararon una cita. Acabó con un abrazo. Tal vez ella hubiera querido más. —Eso último sobraba.

—No me digas. ¿Y qué querías tú? —Anna se aborreció por hablar así. Los celos estaban de más.

Archie suspiró sin mucha convicción.

—Habría querido no estar allí, para empezar. Si no puedo salir por ahí contigo, prefiero quedarme en casa solo. En serio.

No debería haber sido así, pero su respuesta la tranquilizó. En cualquier caso, Anna no podía admitir lo que no podía explicar.

—Anda, vamos a por un café.

Anna había amado a Stephen, o eso creía. Anna creía que seguía amando a

Stephen, aunque no estaba segura. Pero Anna sí amaba a Polly Jean, y en cierto modo eso era como amar a Stephen.

Después del descanso volvieron al aula y Roland pasó de las partículas a repasar los cuatro casos del alemán, empezando por el caso acusativo. «Vaya palabra —pensó Anna—. Acusativo». La señalaba con un dedo descarnado (igual que todo y todos parecían apuntarla últimamente). Copió la tabla que Roland dibujó en la pizarra e intentó juzgarse con un atisbo de clemencia.

«No soy más que una serie de malas decisiones mal ejecutadas». Era una acusación que no podía rebatir.

Pero después de clase y como ya era la costumbre general, fue con Archie hasta su apartamento de Niederdorf. Charlaron durante todo el trayecto en el tranvía. Al entrar en la casa ni siquiera se molestaron en besarse. Hicieron el amor sin entusiasmo, rutinariamente. Era el equivalente sexual de encogerse de hombros.

«A este hombre no le debo nada de mí misma», pensó Anna.

Es posible llevar varias vidas a la vez.

De hecho, es imposible no hacerlo.

A veces estas vidas se solapan e interactúan. Vivirlas exige mucha dedicación, y una entereza que no requiere una única vida.

A veces estas vidas viven apaciblemente en la casa del cuerpo.

A veces no. A veces refunfuñan y discuten y suben enfurecidas las escaleras y gritan por las ventanas y no sacan la basura.

Y a veces estas vidas, estas distintas vidas, llevan a su vez varias vidas por su cuenta. Y esas vidas, como conejos o roedores, se multiplican, engendran sus propias crías. Y esas crías dan lugar a otras.

Ahí es cuando una mujer deja de llevar su propia vida. Ahí es cuando las vidas empiezan a llevarla a ella.

El día antes de su cumpleaños, un domingo al despertar Anna se encontró con la sorpresa de ver a dos niños de pie al lado de la cama. Charles le dio un jarrón de flores medio mustias que debían de haber comprado el día antes. Victor le ofreció una bandeja de tostadas con mermelada y café. Bruno estaba detrás de ellos, con Polly Jean en brazos.

—¿Y esto? —Anna se incorporó.

Charles habló primero.

—Es por tu cumpleaños, mami.

—¡Oh!

Victor intervino, seguro de sí mismo.

—Tu cumpleaños no es hasta mañana.

Anna se contuvo para no poner mala cara. Victor siempre tenía a punto algún comentario aguafiestas. Le acercó la bandeja a Anna.

—¡Gracias! —Movié las manos para pedirles un beso a sus hijos—. ¡Qué detalle tan bonito!

Charles sonrió de oreja a oreja y besó a su madre antes de dejar las flores en la mesilla de noche. Victor recibió el beso con pasividad y se quedó allí plantado sin saber muy bien qué hacer. Anna miró a Bruno, que le dijo que había sido idea de los niños. Entonces se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una cajita.

—Toma, Anna.

Era un pequeño estuche cuadrado de joyería, sin envolver. La diminuta bisagra chirrió al abrirla. Dentro, en una ranura acolchada, había un anillo de oro con tres piedras engarzadas, un granate, un brillante y un topacio amarillo, las piedras natalicias de sus tres hijos. Era uno de esos anillos que suelen regalarse para el día de la Madre. Anna se lo puso en el anular de la mano derecha. Le quedaba a medida, perfectamente ajustado. Miró a Bruno y Polly y luego la cara de sus dos hijos y les

confesó la verdad con una vehemencia calculada.

—Es el regalo más bonito que me han hecho nunca.

—¿Te gusta? —preguntó Bruno sin entusiasmo, pero con cariño.

—Me encanta.

—Estupendo. Feliz cumpleaños. Disfruta del desayuno. —Bruno se inclinó y le dio un beso recatado en los labios. Anna no trató de contener el llanto.

Anna le había escrito cartas a Stephen que no llegó a enviar, y todas salvo una las compuso durante las semanas posteriores a su partida. Las escondió en el álbum de recortes de los tiempos del instituto (el almacén más apropiado para la melancolía), guardado en el fondo de una caja, que estaba bajo una pila de media docena de otras cajas en un rincón del desván donde Bruno nunca las encontraría. A veces Anna sacaba las cartas y se sentaba en el suelo del desván y pasaba horas taciturnas releyéndolas. Eran sentimentales y barrocas, y recordaba dónde había escrito cada una de ellas. En el Platzspitz: «Llamaban a este sitio el “parque de las agujas”. Donde los adictos conseguían droga. Soy adicta a ti y tiemblo en el suelo en tu ausencia». Y otra, escrita en un banco frente al río Sihl, el afluente de aguas turbias que desembocaba en el Limmat: «Aguas marrones como tus ojos, marrones como el dolor de mi corazón. Turbias y cenagosas y tristes, tristes». Era un día de llovizna. Un hombre con un sombrero verde pasó tambaleándose por delante de Anna y orinó junto a un árbol a cincuenta metros. Otra carta empezaba así: «Te escribo desde el Lindenhof, el lugar que buscabas el día que nos conocimos». Y otra empezaba en la estación de Wipkingen: «Tu estación, Stephen. ¿Recuerdas?». Tardó semanas en terminar esa carta. La acabó a orillas del lago de Zúrich en Seefeld, en el puerto de Riesbach, junto a las grandes esculturas abstractas. Anna recordaba cada incidente, cada sitio, incluso cada trazo del bolígrafo, la ropa que llevaba, el tiempo que hacía, cómo variaba, cómo se estancaba, cómo calaba en su piel.

Habían pasado por lo menos cinco meses desde que leyó las cartas. Quizá seis. La última vez que las leyó fue la primera que se sintió avergonzada.

Una mañana de la semana anterior, Anna llegó a la clase de alemán con dolor de estómago. Sentía como si hubiera comido guijarros o tragado la arena de un reloj. Tomó apuntes en silencio y sin florituras. Roland habló de los pronombres indefinidos. «Algo. Alguien. Nadie. Cada cual. Quienquiera. Bastante». Y: «Nada».

«Nada, nada, nada».

Mary sabía que se acercaba el cumpleaños de Anna. Durante un descanso, se ofreció a dar una fiesta en su casa y preparar un pastel para Anna, ¿y cuál era su pastel favorito, por cierto?

—No, Mary. No hagas nada. Te lo pido por favor.

Mary pareció desconcertada, pero no insistió. Cambió de tema.

Pasaron el resto de la clase de alemán por parejas, simulando que se llamaban por

teléfono unos a otros.

—¿Sabe cómo es? —Anna hablaba rápido, jadeando—. Es como tener tanto sentimiento dentro que te conviertes en el sentimiento. Y cuando te conviertes en el sentimiento, ya no lo tienes dentro. Te suplanta. Y el sentimiento es desesperación. Me da la impresión de haber vivido aquí una eternidad, pero incluso mi forma de andar me delata como norteamericana. He olvidado pensar en dólares, y aun así no me aclaro con los francos. ¡Mi marido es banquero, maldita sea! —Todos los pensamientos de Anna se agolpaban de pronto—. ¿Estoy en el infierno? Debo de estar en el infierno. No sé qué más quiere que diga. Puedo cocinar y comprar y leer y hacer cálculos elementales y puedo llorar y puedo follar. Y puedo joderlo todo. ¿Puedo amar? ¿Qué quiere decir eso? ¿Y qué importa? ¿Y yo, qué importo? Lo único que hago es equivocarme.

La doctora Messerli se deslizó un poco más hacia el borde de la silla y la apremió a seguir hablando. Estaban a punto de dar un paso decisivo, no le cabía duda.

Sí, Anna había pedido que no se hiciera nada para su cumpleaños. Pero a Mary, la dulce Mary, no le cabía en la cabeza, así que sugirió que organizaran una excursión en lugar de una fiesta. Las dos familias. Era lo mínimo para celebrarlo.

—Además —añadió Mary—, es algo que podríamos haber hecho de todos modos.

Así que Anna cedió, como tantas otras veces.

Los Benz habían acordado encontrarse con los Gilbert a las once y cuarto en Stadelhofen. Desde allí sería media hora de tren hasta Rapperswil, donde darían juntos un paseo, y luego tomarían un barco que los llevaría de vuelta a Zúrich. El trayecto ocuparía toda la tarde, porque el barco hacía muchas paradas para recoger y dejar pasajeros. Mary había preparado una cesta con bocadillos, cerveza, refrescos y aperitivos para disfrutar durante el viaje. Pasarían un día estupendo al aire libre y cuando llegaran a Zúrich, los Gilbert volverían a casa de los Benz a tomar unas copas, con una cena sencilla, y pastel. Ursula se quedó con Polly Jean.

Rapperswil es una ciudad pintoresca en el extremo oriental del lago, a unos treinta kilómetros de Zúrich. Construida sobre un asentamiento de la Edad del Bronce, sus callejuelas sinuosas datan de tiempos medievales. Hay un castillo, y Rapperswil es la sede del circo Knie, el circo más grande de Suiza. Anna nunca había estado allí.

Las familias charlaron distendidamente en el tren. Mary comentó que pensaba ofrecerse voluntaria para participar en las actividades del colegio de Max y Alexis, Bruno y Tim hablaron de esquí. Anna dividía su atención entre las conversaciones en lidia. Max y Charles divirtieron a sus padres contando chistes tontos: «¿Por qué el tren chocó? ¡Porque comió chocolate!». Anna le sonrió a su hijo mediano.

—Qué niño tan listo eres —dijo, y Charles sonrió orgulloso y complacido.

Victor se había sentado solo y jugaba con una consola de videojuegos. Alexis se

había llevado un libro. Anna intentó darle conversación, sin mucho éxito. Le preguntó por el colegio, por Canadá, si le gustaba Suiza, si estaba disfrutando del libro. Las respuestas de Alexis eran educadas pero lacónicas. Anna la dejó estar. La chica no quería hablar. Un destello de reconocimiento asaltó de nuevo a Anna al sentir que un hilo invisible la unía a Alexis. Anna no dijo nada más.

A veces Anna se preguntaba si Stephen pensaría en ella. «¿Me habrá olvidado por completo? ¿Invado alguna vez sus pensamientos? ¿Como una canción que no se puede quitar de la cabeza?». Esa clase de especulaciones nunca le hacían ningún bien, así que procuraba evitarlas.

Sin embargo, cuando no podía acababa por convencerse de que Stephen se había dado cuenta hacía meses del terrible error que había cometido, pero era demasiado tímido, tenía demasiada vergüenza o demasiado miedo para volver con ella. «Es posible», cavilaba Anna. Conocía bien la insoportable sensación de estar acorralada, atrapada e incapaz de actuar. Anna había vivido encerrada en su propio fatalismo durante años. Quizá a Stephen le ocurriera lo mismo. Anna optaba por creer que esa era la razón de que él nunca hubiera llamado o escrito.

Sabía que no era así, por supuesto; pero a veces olvidaba que lo sabía y que se ponía una venda en los ojos.

—¿Cuál es la diferencia entre una falsa ilusión y una alucinación?

La doctora Messerli chasqueó la lengua para transmitir su frustración. Y así sonó, como el chasquido seco de un relé al cerrar un circuito.

—Las alucinaciones son fenómenos sensoriales. Una persona ve, oye o huele cosas que no existen al margen de su propia experiencia. Una falsa ilusión, por el contrario, es una creencia engañosa. Una convicción que alguien se empeña en mantener a pesar de todas las evidencias en contra. —Anna sacó su propia conclusión. Ella nunca había oído la voz de Dios ni olido un jarrón de rosas espectrales—. Un hipocondríaco se convencerá de que se está muriendo aunque todos los análisis demuestren que está perfectamente sano. Otra persona creerá ciegamente que alguien a quien ama con fervor le corresponde, aunque no sea así.

—Ya veo. —Había faltado poco para que diera en el clavo.

—¿Tiene alucinaciones, Anna?

—No.

Esta vez fue la doctora quien contestó «Ya veo».

El sol brillaba como una canción. El barco surcaba el agua plateada, centelleante. Anna iba abrigada, pero había viento y, a pesar del sol, temblaba de frío. Bruno se dio cuenta y la atrajo hacia él. Ese era el Bruno del que, a su manera, se había enamorado. Y que se dejaba ver cuando estaban con los Gilbert; a solas nunca parecían encontrar esa complicidad maravillosa. Anna sintió una alegría que había olvidado que pudiera existir. La felicidad recorrió su cuerpo de la cabeza a la boca, a

la garganta, al pecho, y bajó por el estómago hasta la cámara secreta de la pelvis, donde tendía a archivar sus agravios con el mundo.

Anna aceptó el día por lo que era: un regalo. Un presente. En el presente. No podía recordar cuándo se había sentido tan contenta por última vez. En el barco nadie estuvo de mal humor. Alexis abandonó el libro cuando Victor le dejó una partida con la consola. Ambos trataron con cariño a sus hermanos pequeños. Charles y Max correteaban por el barco jugando a los piratas. Los niños tomaron refrescos y los adultos cerveza, y todos compartieron unas bolsas de patatas fritas sazonadas con pimentón. Bruno le robó un beso, luego otro. Anna le dejó. Volvió a dejarle. Todos se divertían y estaban sonrientes. Todos disfrutaban del lago. «Es injusto por mi parte sentirme tan feliz. No lo merezco. Es una suerte de la que no soy digna. —Anna tuvo un instante de clarividencia—. A esto se refiere la gente cuando dice que algo es una bendición». En voz alta dio gracias al Dios en el que no estaba segura de creer. Anna sorprendió a Mary mirando el reloj cuatro veces en poco más de treinta minutos. «El trayecto dura dos horas», le dijo Anna. «Ah», contestó Mary.

En cada *Schiffstation* subían unos cuantos pasajeros y otros desembarcaban. Los Benz y los Gilbert jugaron a adivinar quiénes eran. Decidieron que el hombre joven, alto con la cabeza rapada y su acompañante femenina de pelo azabache estaban en su quinta cita, y que una pareja más madura en la cubierta de babor eran turistas británicos celebrando sus cuarenta años de casados, y que la mujer treintañera que fumaba un cigarrillo cerca de la proa se curaba el mal de amores con soledad y rocío salobre. O por lo menos a esa conclusión llegó Anna.

Al final de la travesía, con las caras quemadas por el sol y azotadas por el viento del lago, las dos familias tomaron el tranvía desde la Bürkliplatz hasta la estación central y enlazaron con el tren de vuelta a Dietlikon, los ocho juntos. Eran cerca de las seis y empezaba a oscurecer. Había pastel y champán esperando en casa.

Anna no podía creer que hubieran pasado un día tan ameno y agradable. No se lo esperaba. Había olvidado que fuera posible, si es que alguna vez realmente lo había sabido.

Seguía absorta saboreando la dicha cuando subieron la cuesta por la Hintergasse pasando la plaza del pueblo y doblaron la esquina de Rosenweg. A su derecha, el aparcamiento de la iglesia estaba lleno de coches. Si Anna hubiera reparado en eso — que no lo hizo— habría pensado que se celebraba una misa vespertina. Pasaron junto al pequeño recinto del parque, caminaron hacia la casa, subieron los escalones y abrieron la puerta.

La casa estaba a oscuras. Bruno accionó el interruptor y, tras unas milésimas de segundo, una veintena de personas gritaron «¡Sorpresa!».

«Dios —pensó Anna—. Me han preparado una maldita fiesta».

Era obvio quién había sido el artífice de la sorpresa. Antes de que Anna pudiera hacer balance de los invitados, antes de que pudiera registrar las caras de las personas que habían ido a su casa sin que ella los invitara personalmente, Mary apareció de un

salto en el campo de visión de Anna. Brincaba y aplaudía como un muñeco con resorte al abrirse la tapa de la caja.

—¿Estás sorprendida? ¿En serio? ¿No lo habías adivinado? ¡Mira qué cara de sorpresa tienes!

—Sí, sí —Anna tranquilizó a su amiga—. Una gran sorpresa. —Abrazó a Mary mecánicamente para darle las gracias y luego se concentró para lidiar con la situación. «Vale, Anna, puedes dar la talla. Ha sido un día estupendo. Puedo dar la talla. Puedo estar agradecida».

Anna paseó la mirada alrededor. Ursula estaba allí, y también estaban Daniela y David, Margrith y Hans con su hija Suzanne y su marido, Guido, a los que Anna no conocía bien pero que hasta el año anterior vivían en la casita detrás del granero de Hans con sus tres niñas, que también habían ido a la fiesta. Estaban los vecinos de Bruno y Anna, Monika y Beat, y Edith y Otto, cómo no. La mayoría de la gente de la clase de alemán, incluidos Nancy y Ed y la pareja de australianos con los que Anna apenas hablaba, y la señora francesa que siempre fumaba en el descanso y los asiáticos que se quedaban aparte, y que de hecho nunca habían cruzado una palabra con Anna, habían ido a su casa. Y Roland. Y Archie. Y Karl.

Una cara fuera de contexto crea confusión. Y la mayoría de los paranoicos tienen motivos para estarlo.

Es verdad: una cara fuera de contexto crea confusión. Un breve instante de desorientación. Aturdimiento pasajero. La percepción del individuo se pone en duda. Como cuando estás en un bar y ves entrar a un cura y un rabino. «¿Es una broma?», te preguntas. La respuesta es sí. La respuesta es no. La respuesta es sí y no.

«¿Es una broma?», se preguntó Anna. La mayoría de las personas que había en su casa esa noche estaban disociadas de sus circunstancias habituales. Anna sintió que se tambaleaba mientras el suelo bajo sus pies trataba de moverse y ella combatía la arremetida de un desvanecimiento literal. Mary sonreía. Estaba satisfecha y seguía convencida de que cuando Anna había dicho «No hagas nada para mi cumpleaños» en realidad quería decir «Quiero que organices una fiesta». Anna sintió que se le subían los colores.

—¡Ya sé que dijiste que no querías mucho lío, pero, en serio, no ha sido ninguna molestia! —Mary esperaba una reacción. Anna le ofreció una débil sonrisa de cortesía—. ¡Y me apetecía hacer esto! ¡Eres mi mejor amiga!

Mary llevó a Anna a la sala de estar y le puso una corona de papel en la cabeza. Era rosa y reluciente, una corona para una niña. Anna se la quitó de inmediato. Bruno estrechó la mano a los hombres que conocía, y poco después Bruno, Guido, Otto, Beat, David y Karl tenían una cerveza en la mano e iban hacia la puerta. Cuando pasaron al lado de Anna, le desearon feliz cumpleaños y le dieron un abrazo rápido y los acostumbrados tres besos en la mejilla. Al llegar el turno de Karl, Anna le susurró al oído «¿Qué haces aquí?».

—Tu amiga invitó a Daniela y David, y ellos me invitaron a mí —contestó Karl.

Bruno los condujo al jardín, y los niños fueron detrás. Edith se acercó furtivamente a Anna y le dio una copa de champán.

—Qué increíble, ¿no, Anna? —dijo con una sonrisita.

Anna se inclinaba a darle la razón. Se tomó el champán en dos tragos rápidos y le devolvió la copa a Edith con cara de «Ahora ve y tráeme una copa de verdad». Edith se rio con su clásica risa y desapareció en la cocina.

Al cabo de un momento volvió con un *whisky*. Anna tomó un sorbo. El *whisky* era suave y con regusto a turba.

—¿De dónde ha salido esto? —No hacía falta que lo preguntara.

—Lo ha traído él. —Edith señaló hacia el otro lado del salón, donde estaba Archie con Roland y Ed. Anna iba a decir algo, pero lo pensó mejor. Edith también abrió la boca para hablar, pero la interrumpió la llegada de Mary. Anna las presentó. Mary fue efusiva; Edith, distante. Anna no se sorprendió, pero en ese momento no tenía ánimos para conciliar personalidades contrapuestas. Se disculpó con la excusa de que quería cambiarse de ropa tras la excursión en barco y se escabulló a su habitación, cerrando la puerta por dentro y dejando que Mary y Edith descubrieran por sí mismas qué poco tenían en común.

Anna encontró un jersey más bonito y se lo cambió por el que llevaba. Se miró en el espejo: todavía estaba colorada. «Le echaré la culpa al *whisky* —pensó, y luego, tras examinarse de nuevo—: Es lo que hay». Llamaron a la puerta y se sobresaltó.

—¿Quién es?

—Soy Arch.

—¡Joder! —Anna fue indignada hasta la puerta, la abrió de golpe y lo hizo entrar de un tirón.

—Anna... —dijo Archie, pero Anna levantó una mano para hacerlo callar.

—¿Por qué has venido?

—Mary me invitó. —En ese momento Mary era el eje de todos los problemas—. Habría parecido raro que no viniera.

—¿En serio, Archie? —dijo Anna—. Pues ve a decírselo a mi alto marido suizo y a sus fortachones amigos suizos emborrachándose en mi jardín suizo. —Anna no podía parar de repetir la palabra «suizo», aunque no sabía por qué. Estaba furiosa. Se había esforzado mucho para mantener su vida secreta, sus vidas secretas, al margen—. Tengo que volver.

Anna abrió la puerta y lo apartó para salir de la habitación. «¿Acaso mis secretos solo tienen sentido para mí?», se preguntó antes de recordar que, para empezar, era la única que sabía cuáles eran esos secretos.

La charla se había animado. Los invitados bebían y comían y, aunque la fiesta transcurría en un ambiente tenso y forzado, la conversación fluía y la gente empezaba a relajarse. Anna se detuvo un momento, respiró hondo y se infundió ánimos para socializar. Tropezó con Edith al doblar la esquina del cuarto de estar.

—¿Todo bien, Anna? —preguntó Edith con segundas.

—Todo fenomenal —contestó simplemente Anna.

—Verás —Edith se acercó—, he estado revisando el ganado. —Anna hizo una mueca—. Apuesto a que hay al menos un hombre con el que podríamos hacerte un apaño.

—Edith. Vamos. —Anna le recordó que estaba casada.

—Sí. Ya lo supongo. —Edith no se rindió—. ¿Qué te parece el tal Roland? —Anna la miró con incredulidad—. Muy bien, de acuerdo. ¿Y qué me dices del escocés? ¿No acabo de verlo salir de tu habitación? —En los ojos de Edith bailó un destello.

—Basta, Edith. —Anna endureció la voz.

—Por dios, Anna. Anímate un poco. Esa Mary te ha contagiado la mojigatería.

—No es mojigatería —dijo Anna—. Es decoro.

—¡Ja, ja! —La risa de Edith salió como un chorro—. Créeme, Anna. Conozco el percal.

Anna la miró y decidió que tal vez era verdad.

Edith le sostuvo la mirada.

—Por otra parte, Mary... —Afectadamente, dejó la frase inacabada. No era

necesario que la terminara.

—Sé amable con ella, Edith.

—Dios, Anna. Me aburres.

—Edith, tengo invitados.

Edith sonrió con desdén.

—Estupendo, lo que tú digas.

Pasó rozando a Anna hacia el pasillo, sacó el teléfono móvil del bolsillo y empezó a escribirle un mensaje a Niklas, supuso Anna.

—¿Cuál es la diferencia entre una obsesión y una compulsión?

De niña, a Anna le dio por contar. Contaba las piedras del camino. Las veces que sonaba el teléfono. Las palabras de las frases. Las frases de un párrafo. Cada acción debía ajustarse a un orden. Cada pensamiento tenía que estar medido y fraccionado. Requería una meticulosidad dolorosa. Anna nunca desconectaba. Sin embargo, tenía sus compensaciones. Contar, discriminar y clasificar ayudaba a Anna a gestionar sus miedos. El psiquiatra decidió que, al igual que la depresión de Anna, era una fase. Así fue. No persistió. Abandonó la costumbre adoptando nuevos hábitos.

—Una obsesión es una defensa para no sentirse fuera de control. Una compulsión es el fracaso de esa defensa.

Al final de una clase reciente, Anna le pidió a Roland que tradujera una frase que había visto grabada en el respaldo de asiento del tren. Es raro ver grafitis en los trenes suizos. Anna lo había copiado en la tapa de su cuaderno de alemán.

—«Was fuer ae huere Schweinerei...». ¿Qué significa?

Roland frunció el ceño, revolvió sus papeles y se encaminó hacia la puerta.

—Pues algo no muy agradable. —Anna se quedó de pie esperando una respuesta. Roland suspiró y aflojó el paso—. Significa «qué puto desastre».

Todo el mundo acaba por mostrar su juego. En el póquer, la regla básica para deducir qué cartas tienen los demás se resume así: los gestos fuertes delatan una mano floja; los gestos débiles, una mano fuerte. ¿El jugador tiembla? ¿Vigila de reojo las fichas del envite? ¿Escruta con demasiada intensidad sus cartas? ¿Lanza su apuesta como un cocinero deja caer una patata caliente? ¿Mira o no mira a los demás jugadores a los ojos?

Por supuesto, hay otras maneras de mostrar un juego. Tu hijo te pide que le enseñes a jugar a las adivinanzas, y te sientas a su lado y le planteas un acertijo. A los niños en la escuela les piden lleven un juego de casa y lo muestren al resto de la clase, y quizá por primera vez en la vida ese crío revele un aspecto íntimo de sí mismo, sin darse cuenta todavía de las consecuencias que eso puede tener. Cuando estaba en segundo de primaria, Anna llevó su muñeca favorita a clase para mostrársela a sus compañeros. La cabeza era de porcelana, igual que las manos y los pies, y el pelo natural, negro y perfecto. Anna la llamaba Frieda, y aunque no la

quería como otras niñas quieren a sus muñecas, meciéndolas y fingiendo que las alimentaban y regañándolas por sus travesuras, sin duda sentía cierto cariño por ella. Le fascinaba el delicado perfil de la cara de Frieda, la suavidad de su pelo y el vestido rosa con encajes que llevaba. Era un interés distante, científico, pero profundamente cautivador de todos modos. Y cuando aquel día en el recreo se le cayó al suelo sin querer, y un niño llamado Walter —también sin querer— pisó la mano derecha de Frieda y la hizo añicos, Anna sintió el desamparo que sienten las chiquillas cuando se rompen sus muñecas y se pasó el resto del día llorando. En casa, Anna devolvió a Frieda a la estantería y nunca más volvió a jugar con ella o a examinarla. La quería más de lo que pensaba.

Y también hay quienes muestran su juego al estilo de Guillermo Tell, el héroe nacional suizo, que después de negarse a arrodillarse ante el despótico señor feudal, fue obligado a disparar a una manzana colocada en la cabeza de su hijo pequeño. Lanzó una sola flecha con su arco y partió la manzana en dos mitades perfectas. Si esa historia tenía una moraleja, Anna no sabía cuál era.

Él nunca le dijo que no la amaba.

Pero tampoco le dijo nunca que sí.

Archie, Mary, Nancy, Roland y Ed se congregaron cerca de los aperitivos. Archie se había vuelto de espaldas a Anna, concediéndole el deseo de máxima discreción. Bruno y sus amigos habían salido a la calle a ver el coche nuevo de Guido. Bruno cargaba a Polly en la cadera y la balanceaba. Daniela se agachó para hacerle cosquillas. Polly Jean era toda sonrisas y carcajadas.

La fiesta continuaba sin despegar. Igual que había ocurrido en la fiesta de Edith, la de Anna se partió en dos, aunque aquí era la geografía y no el género lo que dividía a los invitados: los amigos suizos de Bruno se quedaron fuera, y Anna y sus conocidos extranjeros se quedaron dentro. «Qué emblemático —pensó Anna—. Ellos tienen la libertad de moverse al aire libre por su propio mundo. Nosotros estamos encerrados en una caja de otredad. Hay una línea de demarcación. Ellos toleran nuestra presencia, pero nunca la recibirán con los brazos abiertos».

Mary anunció que había traído juegos de mesa. Edith gruñó desde el puesto que ocupaba en el sofá, y Anna le lanzó una mirada de advertencia, aunque ella no se dignó apartar la vista del teléfono móvil. Nancy se compadeció y dijo que se sumaría a quien quisiera jugar. Mary presentó las opciones. Life. Risk. Trivial Pursuit. Sorry. Incluso los juegos de mesa señalaban a Anna con el dedo. Interceptó una mirada de Archie y moviendo los labios en silencio le pidió «Vete, por favor». Archie parpadeó para rebatir su petición y a su vez dijo con gestos «Dentro de un rato». Anna respondió retirándose a la cocina.

Mary tardó menos de un minuto en ir a buscarla.

—¡Qué haces aquí! ¡Te estás perdiendo toda la diversión! Casi parece que estás intentando escaquearte de tu propia fiesta.

—Mary —le dijo Anna con exasperación—. Ya te dije que no quería ninguna fiesta.

Anna abrió el frigorífico. Dentro había una tarta tan grande que habían tenido que sacar las bandejas superiores de la nevera y todo lo que sostenían para que cupiera. «¿Dónde está el aderezo que pongo en la ensalada? ¿Dónde está mi mostaza?». Anna tuvo que empujar la puerta para cerrarla.

—¿Estás enfadada, Anna?

A Mary le temblaba la voz. Anna no quería herir sus sentimientos. No le quedaba más remedio que hacer de tripas corazón.

—No, Mary. Qué va. Ha sido una bonita sorpresa. Gracias.

—¿A usted qué se le da bien? —le preguntó la doctora una tarde.

Anna repasó en su memoria tratando de recordar la última vez, si es que había habido alguna, que le habían hecho esa pregunta. Dio una respuesta de catecúmena, nacida de la repetición y de la praxis.

—No lo sé —contestó, y las dos entendieron que eso significaba «Preferiría no hablar de eso».

La doctora insistió.

—No voy a dejar que se escape tan fácilmente de esta —dijo, y cruzó las piernas y los brazos y se reclinó en la silla, acomodándose para la larga espera que prefiguraba cualquier conversación con Anna que requiriera persuasión inicial. Las ventanas estaban cerradas y en la consulta había una humedad bochornosa. La doctora reencauzó la pregunta.

—De acuerdo. Probemos de otra manera. ¿Qué le gusta hacer? Si se le da bien o no, no me importa.

«Me gusta follar», fue la respuesta automática de Anna, aunque se la guardó para ella. Entornó la mirada, se mordió el labio y trató de pensar más allá del sexo mientras la doctora seguía esperando a que contestara.

—Cuando era más joven... —Anna hizo una pausa, enfatizando el «más joven» como si fuera crucial que se entendiera una distinción entre entonces y ahora—. Me gustaba coser.

La doctora dio una palmada.

—¡Por fin! ¡Algo! —Fue una frivolidad que sonó desconsiderada—. Bueno. ¿Y se le daba bien?

Hacía años que Anna no cosía. La última vez que sacó la máquina («¿Dónde estará ahora, por cierto? ¿En el desván? ¿En el sótano?»), Victor era todavía un crío y ella aún tenía la determinación necesaria para cultivar cierta clase de vida doméstica. Anna se lo dijo a la doctora.

—¿Y por qué dejó de coser?

Anna farfulló una respuesta escudándose en la falta de tiempo y energía.

—¿Y qué le impide volver a coser ahora?

La respuesta quedó intacta.

—Tiempo. Energía.

Carecía de ambas cosas. Derrochaba todas sus horas libres con los hombres, y luego no le quedaba energía para dedicarse a sí misma.

(Anna nunca había pensado en la correlación, pero mientras cribaban esa parte de su pasado los paralelismos se hicieron evidentes y vio una clara correspondencia: «He cambiado los embastes por las embestidas». Anna se rio para sus adentros. La situación tenía un trasfondo de comedia. Y de lucidez, también. «Sesgo. Patrón. Veta». Podría haberle dicho a la doctora simplemente que se le daban bien los juegos de palabras, y también habría sido verdad, pero esa confesión habría dado pie a otra: que sus momentos más ingeniosos eran los más taimados, y solían servir a su astucia igual que a un pulpo le sirve la tinta. Cortinas de humo tras las que ocultarse. «Pliegue. Bajo. Rollo». En estos tiempos tan solo hilvanaba amantes. Había abandonado las presillas por las presas. Sin embargo, Anna se sobresaltó con estas cavilaciones. No eran meras salidas ingeniosas ni coincidencias. Eran hechos, lisa y llanamente, y encajaban a la perfección).

—¿Fue su madre quién le enseñó a coser? —La voz de la doctora la devolvió de golpe a la consulta. Cuando Anna no contestaba de inmediato, le repetía la pregunta.

Esta vez el interrogante desenterró un vago recuerdo. Anna era pequeña. Seis o siete años, no podía precisarlo. La tarde en cuestión había sido tan brumosa como la imagen que conservaba ahora en la memoria. Aquella tarde. Empezaba a caer el sol, porque la luz entraba por la ventana en un ángulo oblicuo, y las motas de polvo suspendidas en el aire parecían bailar como copos de nieve minúsculos, preciosos. La madre de Anna estaba sentada frente a la máquina de coser, una Singer ya obsoleta que ella a su vez había heredado al morir su madre. Hacía unos cojines para el sofá con el terciopelo más hermoso que Anna hubiera visto nunca, antes o después: suave como el plumón, era del color del vino de Burdeos aún en la barrica. Sentada muy seria en el suelo a los pies de su madre, Anna se dedicaba a cubrir el cuerpo de su osito de peluche con los suaves retales de color púrpura, e iba sujetándolos con imperdibles. Al cabo de un rato, la madre de Anna la sentó en su regazo y cosieron juntas esos retales hasta convertirlos en una faldita: ella sujetaba la tela con ambas manos mientras su madre las guiaba para seguir el movimiento del cabezal de la aguja. Cuando el padre de Anna llegó del trabajo, besó a sus chicas y preguntó cómo les había ido el día. Había un asado en el horno y en el aire reverberaba el zumbido constante y ágil de la vieja Singer, acompañado por una tonada imprecisa que la madre de Anna solía tararear. Fue una tarde plácida. El rastro de aquel día, sin embargo, se había borrado hacía mucho tiempo, y solo quedaba una nostalgia metastizada que, si Anna se demoraba demasiado, la devoraba de angustia. Claro que la había enseñado a coser su madre. Y eso la entristecía tanto como todo lo demás. Un marido cariñoso. Una hija encantadora. Una mujer fiel. Qué hogar tan feliz.

—¿Puede contarme un poco más?

Anna podía, pero no lo hizo.

—Anna, ¿nunca le he preguntado dónde se crio?

La doctora lo había preguntado, pero ella había esquivado la pregunta. Anna se pasó los dedos por el pelo y se lo atusó, como si ese gesto fuera a ahuyentar los recuerdos.

—¿Acaso importa?

—Desde luego que sí.

Fue una de las pocas veces que Anna se mostró en desacuerdo con la doctora abiertamente, cara a cara y en voz alta. La mayoría de las discrepancias adoptaban forma de mentiras.

—No, no importa.

Dónde estuviste nunca es tan relevante como dónde estás ahora. Anna tenía plena certeza de eso.

Por suerte nadie mostró especial interés en los juegos de mesa, así que la sugerencia se olvidó y la fiesta continuó de capa caída. Archie todavía no se había ido. Anna se preguntó si Bruno sabía que estaba ahí. No le cabía duda de que recordaba su nombre. Quince minutos después todos se congregaron en el salón para cantarle «Cumpleaños feliz». Ursula apareció con el pastel. Anna estaba medio sonrojada, medio molesta. «Por favor, Archie, vete a casa. Por favor, Karl, vete a casa. Quiero que os vayáis todos a casa». No podía respirar. Había demasiada gente en el salón. Archie tuvo la delicadeza de mantenerse lejos de Bruno. Menos mal. Anna se comió la mitad de un pedazo de tarta y salió afuera. Había estado en más fiestas las últimas tres semanas que en todo el año anterior. Empezaba a hartarse de ver gente de pie hablando.

David estaba en el patio fumando en pipa. Anna se llevó un chasco. Esperaba poder estar un minuto a solas. Había refrescado mucho y muy rápido al caer el sol, y en lugar de volver a salir después de la tarta, Bruno y sus amigos habían ido al sótano. Los había hecho bajar con una excusa cualquiera (enseñarles no sé qué, ella no había prestado atención cuando lo dijo). Sin embargo, Anna podía oírlos, y ver sus siluetas a través del vidrio templado de la ventana del sótano. Conocía a su marido. Su actitud era evidente y típicamente suiza: no quería relacionarse con nadie a quien no conociera ya.

—Perdona. No quería interrumpir.

Anna apartó la mirada de nuevo hacia la ventana del sótano, a ras del suelo, y pensó en la doctora Messerli, en los laberintos y los dédalos, en el simbolismo de los murmullos de las sombras subterráneas. David hizo un gesto discreto como diciendo «Esta es tu casa, soy tu invitado, no interrumpes nada». Anna le devolvió el gesto y se sentó en los escalones del porche. No quería hablar. No tenía nada que decir.

David fumaba y caminaba silbando una tonada inquietante y grave que Anna había oído antes pero no conseguía precisar. Cuando David empezó a hablar, no fue al hilo de nada ni dirigiéndose a nadie en particular.

—Los franceses somos expertos en muchas cosas. Comida y filosofía. Vino. Deseo. —Le guiñó un ojo a Anna y esbozó una sonrisa—. Pero los mejores amantes suelen ser los peores mentirosos, Anna. Es una ley universal.

David hizo un gesto sagaz de aprobación con la cabeza y no dijo nada más.

Era un sueño que Anna escribió pero no compartió con la doctora Messerli: «Estoy en una habitación completamente a oscuras. Camino a tientas, recelosa del suelo que hay debajo de mí. Avanzo con los brazos estirados, en busca de algo a lo que asirme. Toco una pared y cede bajo la presión de mis manos. Es como la pared de uno de esos castillos inflables que se alquilan para las fiestas infantiles. Salvo que cuanto más presiono, más cede, hasta que al final venzo la resistencia. Al otro lado de esa habitación oscura hay un mundo nuevo, radiante, distinto, exterior. Estoy en el lago de Zúrich. El agua es intensamente azul. Es el agua más azul que he visto nunca. Hay bañistas, gente en barca o tomando el sol en la orilla. Y el cielo también es de un celeste alucinante. He pasado de la oscuridad total a la luz absoluta. He entrado en un mundo numinoso. Es increíble. Estoy fascinada. Y sin embargo no es mi mundo. Sé que no pertenezco a ese lugar. Me sentía más a salvo a oscuras. Pero la pared se ha roto, y la oscuridad ha desaparecido. No puedo volver a la seguridad que me envolvía. Soy prisionera de la conciencia de esa luz».

Anna habría preferido saltarse la clase de alemán del lunes. No le apetecía ver a nadie. Podía decir que había planeado dedicarse un día de ocio, ir al balneario, cualquier cosa. Era su cumpleaños, podía hacer lo que quisiera. Pero no había planeado nada, y la perspectiva de quedarse sola en casa la deprimía más aún que la angustia que sentía ante la idea de afrontar la clase. Y Mary le había hecho prometer que la dejaría invitarla a almorzar. Se llevaría una desilusión si Anna cancelaba la cita. Así que Anna fue a Oerlikon.

No había dormido. Se pasó toda la noche en vela, mientras los acontecimientos del día le daban vueltas en la cabeza como la ropa en una secadora. Había sido un día de revelación. «Hoy he tocado la felicidad con la punta de los dedos y me ha gustado la sensación, quiero volver a sentirla». Cuando los últimos invitados se fueron, Bruno acompañó a los Gilbert a casa en coche. Anna se despidió saludándolos desde la ventana de la cocina. Los niños estaban arriba, jugando tranquilos. Polly se había dormido hacía una hora. Bruno tardaría al menos tres cuartos de hora en volver. A efectos prácticos tenía la casa para ella. Disponía de espacio y tiempo para pensar.

Había oído lo que David había dicho. Es peligroso tener secretos. Y ella no había guardado los suyos demasiado bien. Repasó una lista mentalmente. Edith sospechaba. David suponía. En la voz de Ursula había detectado varias veces cierto recelo. Margrith incluso la había visto en Kloten. Hasta entonces Anna creía haber sido estratégica y cauta, casi se había sentido orgullosa de su discreción. «Ese es el problema», pensó. Pudo oír la voz fantasmal de la doctora Messerli: «A todas las heroínas las mata la soberbia».

Anna no necesitó un paseo por la montaña o llorar en su banco para llegar a una solución. «No más aventuras —pensó—, nunca más». Cuando Bruno volvió de llevar a los Gilbert, hicieron el amor. Fue divertido, sexo agradable, placentero. Se corrieron a la vez. En silencio. Con ternura. Era una manera respetable y ceremoniosa de empezar de nuevo, decidió Anna. «Se acabó. Nunca más».

Durante la noche elaboró un plan. Sería activa, no pasiva. Se dedicaría plenamente a la vida cotidiana de su hogar. No pensaba ponerse a hacer conservas de higo o dechados de punto de cruz para adornar las paredes (aunque las ideas para redecorar el dormitorio ocuparon media hora larga de su desvelo), pero se hizo esta promesa: «Me entregaré sin reservas a mi familia. Les dedicaré mi tiempo, mis habilidades, mi atención. Me distraeré del sexo con el que me distraía de la tristeza de mi vida viviendo con plenitud. ¡Qué circular! ¡Qué... junguiano!». A la doctora Messerli le complacería ese cambio de rumbo íntimo. «Quizá ya es hora de que se lo cuente todo». Anna llegaba, se apartaba de nuevo y volvía a aproximarse tentativamente a esa conclusión una y otra vez. Ese ciclo se repitió toda la noche.

Anna llegó a la escuela pronto y esperó a Archie fuera del aula. Cuando apareció, lo llevó aparte.

—Quiero que hablemos. —Anna se había propuesto ahorrarse todas las ceremonias posibles, pero en el pasillo junto a la puerta del aula no había privacidad, y aunque no era lo que había planeado decir, Anna prefirió no hacerse notar. Archie esperó a que continuara, pero Anna negó con la cabeza—. Aquí no. —Se frotó las sienes y pensó un instante—. Mary me invita a almorzar en el zoo. Quedemos en la entrada del zoo a la una y media.

El drama estaba servido. Anna habría querido que no fuera así. O eso pensaba, que no es en absoluto lo mismo.

Mucho menos teatral, en cambio, fue desenredarse de su lío con Karl. Anna le había mandado un SMS antes de que Bruno volviera de llevar a los Gilbert a casa: «Lo siento. Tenemos que dejarlo. Bruno. Los niños. Todo. ¿De acuerdo?». No podía decir que lo lamentara, y el enigmático «¿De acuerdo?» al final del mensaje servía solo para suavizar el golpe. «Jo. Lo atiendo». «Lo atiendo» era desconcertante, incluso tratándose de Karl. Anna finalmente supuso que quería decir «Lo entiendo».

Aunque Anna y Stephen no solían quedar si no era para acostarse juntos, una vez se encontraron en Friedhof Fluntern, cerca del zoo. Fue idea de Anna. Allí estaba enterrado James Joyce. Era uno de los lugares emblemáticos de Zúrich, pero ella nunca lo había visitado.

Era mediados de enero y la noche antes había caído una ligera nevada. Anna acababa de dejar a Charles en la *Kinderkrippe* cuando tropezó con Ursula en la calle (¡qué a menudo parecía ocurrirle!). Le dijo a su suegra que iba a devolver unos libros a la biblioteca. Si Ursula se preguntaba qué hacía Anna las horas que pasaba en la ciudad, nunca lo manifestó, pero de todos modos ella siempre tenía varias excusas a mano: Fui a ver a Edith. O: Fui a comprar especias a una tienda del centro. O: Había una película que no pasaban en ningún otro cine. Mentiras finas como la gasa pero que en caso de apuro servirían.

Stephen se mostró indiferente. «¿Por qué no?», dijo, como si le diera lo mismo una cosa o la otra, sin opinar. Anna no se dio cuenta de que no le gustaba ese rasgo de él hasta que la aventura terminó. Friedhof Fluntern está situado en una arboleda en la falda de Zúrichberg, la montaña que hay justo a mitad de camino entre Dietlikon y la ciudad. De haber podido trepar a los árboles, Anna habría visto su casa.

Caminaron hasta la tumba sin hablar. Anna había leído a Joyce en el instituto, aunque más allá de «famoso escritor irlandés» no podía decir gran cosa. Resultó fácil dar con la tumba. Estaba señalada por una estatua del autor en ademán reflexivo. Había nieve en su regazo. Su esposa y su hijo estaban enterrados junto a él.

—Eh —dijo Anna con picardía—. Hagámoslo aquí.

Stephen la miró perplejo y apartó de nuevo la vista hacia la tumba de Joyce.

—Creo que es el mayor disparate que he oído nunca —dijo, y se ciñó el abrigo—. Vamos. Hace frío.

Anna lo siguió, arrastrando los pies por la nieve.

Mary había reservado mesa para dos a las doce y cuarto en el Altes Klösterli, un restaurante tradicional suizo tan cercano al zoo que se podía oír a los elefantes. La primera vez que Anna salió en solitario por Zúrich fue al zoológico. Llevaba tres o cuatro semanas en el país. Poco a poco las cuestiones domésticas se iban aclarando. Anna había encontrado a un obstetra que hablaba inglés. Ursula hacía cuanto estaba en su mano por ser de ayuda y acompañó a Anna a comprar, le enseñó la ciudad y la ayudó a pintar la habitación del bebé. Anna evocó aquellos primeros tiempos en que lo miraba todo con avidez y cada camino era una promesa.

Había ido a la ciudad antes, con Bruno. Ese día, después de un recorrido relámpago, le dio el mapa y una tarjeta de transporte y le dijo que la dejaba a su suerte (jamás habría una profecía más cierta). «¡Ve a explorar!». A pesar de que Anna no tenía espíritu de exploradora, las cosas iban sobre ruedas y la felicidad parecía una posibilidad real, si no al alcance de la mano. Y si hay una ocasión para traspasar los propios límites es cuando los has traspasado literalmente. Anna aceptó el desafío. ¿Adónde iría? ¿Qué haría? ¿Mirar escaparates en la Bahnhofstrasse? ¿Una visita al museo de arte? ¿El museo de navajas del ejército? ¿El museo de los relojes? Para su primera salida en solitario, Anna eligió el zoo.

Hacía un día precioso, pero de mucho calor. Anna, embarazada, recorrió despacio los jardines, fotografió los animales, se relajó en la cafetería y tomó una limonada, y luego otra. La embargaba una sensación de plenitud. Se dijo mentalmente que de camino a casa compraría melocotones para hacer una tarta. Pensó en que esa noche sería una buena ocasión para desenvolver un camisón negro de seda que aún no había estrenado, aunque quizá ya no le cupiera. Sin embargo, crear demasiadas expectativas es una presunción peligrosa. Anna estaba demasiado confiada. Cuando salió del zoo cogió el autobús correcto pero en el sentido equivocado, y recorrió media docena de paradas antes de darse cuenta. Se bajó en un cruce mal comunicado y tuvo que caminar varias calles hasta encontrar una parada de tranvía. Y al llegar el tranvía, también lo tomó en la dirección incorrecta. Al final se apeó en la estación de Wiedikon, donde, al verla llorando, una mujer (cuyo limitado vocabulario en inglés por desgracia se correspondía con los pobres recursos de Anna en alemán) se sentó con ella y entre las dos trazaron un recorrido que le permitiera volver a casa. Ir a casa fue la parte fácil; el S8 pasaba por Wiedikon. Anna solo tenía que montarse en el tren (correcto) hasta Dietlikon. Fue casi una proeza haber ido a parar a la otra punta de la ciudad de un modo tan azaroso. La desenvoltura que Anna se había permitido sentir se disipó en un instante.

Fue el principio del fin de la confianza de Anna en sí misma.

En cuatro ocasiones desde la marcha de Stephen, Anna había tomado el S8 a Wipkingen, bajado y caminado hasta el apartamento de la Nürnbergstrasse como si nada hubiera cambiado. La primera vez que lo hizo fue el día después de su partida. Llegó hasta la puerta y llamó al timbre, y al ver que nadie contestaba se convenció de

que Stephen había salido al mercado o estaba en el laboratorio. Las otras veces se quedó delante del edificio, y fingía hablar por teléfono o miraba el reloj como si hubiera quedado allí con alguien. Cualquier cosa que legitimara su persistencia. Caminaba lentamente alrededor de la manzana. Cerraba los ojos y se transportaba a un mes atrás, ocho meses, un año. Al día anterior. La última vez que lo hizo, Polly Jean tenía siete meses. ¿Qué la había impulsado a ir hasta allí? Anna apenas se acordaba. «Había jaleo en casa. Bruno estaba frío conmigo. Ursula me había reprochado algo. Quería volver a la escena del crimen. Quería volver». Dejó a sus hijos con su abuela y se llevó a Polly Jean a la ciudad y pasó con el cochecito por delante del apartamento de Stephen. «Y aquí es donde te inventamos, Polly Jean». Se permitía ese capricho, regodearse en su pasado estancado, inalterable.

El almuerzo con Mary fue agradable, cordial. Hablaron de todo un poco, pero estuvo bien, porque Anna no tenía ánimos para nada más profundo. Mary habló de Rapperswil, de la fiesta de Anna, de la clase de alemán de la mañana, de lo bonito que era el anillo de Anna. Comieron *Gschnätzlets mit Rösti*, un plato típico de Zúrich a base de ternera trinchada y patatas doradas al horno. Mary nunca lo había probado. Anna lo había comido cien veces. Para ella era un plato ordinario, normal, más de lo mismo.

Cuando llegó el postre, Mary le dio a Anna un regalo de cumpleaños.

—Oh, Mary, no tenías por qué hacerlo —dijo Anna. La generosidad de Mary a veces la exasperaba. Nunca sabía cómo reaccionar.

—Somos amigas. Prácticamente hermanas —contestó Mary—. Por supuesto que tenía por qué hacerlo.

Anna abrió la cajita satinada, atada con un lazo acanalado de color cereza. Dentro había una docena de pañuelos antiguos en los que Mary había bordado las iniciales de Anna. El primer pañuelo era azul celeste. Anna resiguió la A con el pulgar y la B con el índice. Suspiró tan profundamente que sonó como si sollozara.

—¿Estás bien, Anna?

Anna se llevó el pañuelo a la nariz. Olía a lavanda. Cerró los ojos y asintió, y luego volvió a suspirar.

—Yo antes hacía estas cosas, ¿sabes?

—¿De veras? ¿Cosías? —Mary parecía incrédula. Como si Anna estuviera tomándole el pelo, o bromeando—. Parece muy poco propio de ti.

Anna abrió los ojos. Entendía que se lo pudiera parecer.

—No, es verdad. Me gusta coser. Quiero decir que sé coser. Ya no lo hago.

Mary la miraba con un punto de complacencia, sin poder ocultar una sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Me gusta cuando puedo ver una faceta de ti que no tratas de ocultar.

Anna hizo como que no la oía, dejó el pañuelo celeste encima de la pila y cambió de tema.

—Son casi demasiado bonitos para sacarlos de la caja.

—¡Qué tontería! —dijo Mary—. ¿De qué sirve un objeto práctico si no se usa?

—El narcisismo no es vanidad, Anna. Todos somos narcisistas en cierta medida. Una dosis de narcisismo es sana. Pero en exceso, el grado justo de confianza en uno mismo puede llegar a ser un rasgo fatuo, patológico y destructivo. No tienes en consideración a quienes te rodean. Haces lo que quieres con el abandono de un libertino. Aparece el hastío. Una mujer aburrida es una mujer peligrosa.

—Eso lo ha dicho otras veces.

La doctora Messerli asintió.

—¿Y? —dijo Anna con impaciencia.

—Y hay actos que no tienen vuelta atrás. Consecuencias imposibles de reparar. Un narcisista no lo advertirá hasta que ya sea demasiado tarde.

—Repasemos los tiempos verbales —dijo Roland, y hubo un gruñido general en el aula. No era la primera vez que los sermoneaba—. *Zu viel Fehler!* — «Demasiados errores», dijo Roland.

Anna se tomó a pecho el comentario, aunque sabía que llegado cierto punto los errores dejaban de ser instructivos y pasaban a ser simplemente habituales. Con esa actitud flemática se movía a través del lenguaje, del amor, de la vida. Pasividad resignada en acción.

«Pero los errores —pensó Anna— son tuyos. Todos tuyos. Tus errores te pertenecen a ti y a nadie más». Cuando lo veía desde este ángulo —que conscientemente había elegido— se sentía noble. Como si reconocer o reivindicar un fracaso, aunque fuera ante el espejo, a solas y en silencio, pudiera ser en sí mismo un acto de absolución.

Así que le dijo a Roland *Ohne Fehler, ohne Herz*. «Si no hay errores, no hay corazón». «Nuestros fracasos nos definen. Son nuestras meteduras de pata las que nos hacen lo que somos». Anna deseaba que fuera verdad. Y si lo deseaba con todas sus fuerzas, quizá se cumpliera.

Sin embargo, había días en que el dolor sordo de la memoria minaba la coartada de su historia personal. Entonces Anna anhelaba retroceder en el tiempo, volver atrás hasta una hora antes de conocer a Stephen Nicodemus. «Qué distinto sería todo si simplemente me hubiera ido a casa». Otros días, el dolor era tal que la amarraba a la alegría. Se aferraba a la desesperación como a un clavo ardiendo, era lo único que poseía. Un consuelo indefendible, pero consuelo al fin y al cabo. La única sensación que rara vez la asaltaba era la culpa. El amor vencía la culpa igual que la piedra ganaba a la tijera.

—A ver, clase, esto es elemental. El presente. Aquello que ocurre ahora. El futuro. Aquello que ocurrirá. El pasado simple: lo que se hizo. ¿El presente perfecto?: lo que se ha hecho.

«Pero ¿cuándo el pasado es simple? ¿Alguna vez el presente es perfecto?». Anna dejó de escuchar. Esas eran reglas en las que no confiaba.

Mientras acompañaba a Mary al autobús, Anna le contó que el día de su cumpleaños acostumbraba a dar un paseo a solas para hacer balance del año anterior y evaluar sus prioridades para el siguiente. En esta ocasión subiría a lo alto del Zürichberg, dijo, y luego señaló en dirección a Dietlikon.

—A lo mejor incluso vuelvo a casa andando —dijo Anna.

Era una mentira pasable. Siempre quería volver a pie por la montaña, pero nunca se decidía. Si no hubiera quedado con Archie ese día, quizá habría sido un plan perfecto. Mary se despidió con un último abrazo y le sopló unos besos ridículos desde la ventanilla mientras el autobús se alejaba. Anna, un tanto perpleja, volvió hacia el zoo. Se encontró con Archie junto a la taquilla. Él pagó las dos entradas.

—Caminemos un poco —dijo Archie—. Quiero ver los animales.

—Claro —contestó Anna, aunque en realidad quería decir «Qué más da».

Formaban una estampa nostálgica: Anna, sabiendo que pronto le diría a Archie que la diversión que habían compartido se acababa, y Archie, sabiendo que era eso lo que le diría. Caminaron sin emoción y fueron recorriendo las jaulas y los hábitats prácticamente en silencio, más allá de un «Mira ahí» y «Ajá». Los tigres dormían detrás de las rocas y no se dejaban ver fácilmente. Los pandas eran tímidos y ni siquiera se asomaban. A los monos les gustaba exhibirse. Aullaban en las jaulas y sacudían los barrotes.

—Sí, usted odia Suiza. Y —la doctora Messerli hizo una pausa de efecto— también la ama. La ama y la odia. Lo que no siente es apatía. No le provoca indiferencia. Tiene sentimientos encontrados.

Anna ya había pensado en ello, noches en las que no podía hacer otra cosa más que deambular por las calles dormidas de Dietlikon o remontar la colina por detrás de su casa hasta el banco donde solía ir a llorar. Había reflexionado sobre su ambivalencia muchas muchas veces, y al final se diagnosticó una enfermedad que también había inventado ella. El síndrome de Suiza. Similar al síndrome de Estocolmo. «Pero en lugar de a mis captores, me siento unida a la habitación en la que me mantienen cautiva. Es la prisión lo que me ata, no el guardián».

Anna estaba totalmente en lo cierto. Era el paisaje. Era la geografía. Los campos, los arroyos, los lagos, los bosques. Y las montañas. En días muy despejados cuando hacía buen tiempo, si caminabas al sur por la Bahnhofstrasse de Dietlikon podías ver las siluetas nítidas de los Alpes nevados en un horizonte azul radiante a ochenta kilómetros de distancia. Esos días había algo en la magia de la atmósfera que los hacía tangibles y los acercaba. A Anna la mutabilidad de esas montañas en particular le recordaba a sí misma. Y no era solo el paisaje natural a lo que se sentía vinculada emocionalmente. Eran también las calles adoquinadas del casco antiguo de Zúrich, y los chapiteles de esta iglesia, y las torres de aquella otra. Y los trenes, los malditos trenes. Podía ir en tren a donde quisiera.

Pero cuando se preguntaba «¿Adónde?», su única respuesta era un contrasentido imposible: «Quiero ir a casa». Supuestamente ya estaba ahí.

—¿Adónde va el fuego cuando se apaga? —preguntó Anna.

Stephen meneó la cabeza. La respuesta que dio fue distante.

—A ninguna parte, Anna. Simplemente se extingue. Ya lo hemos hablado otras veces.

Era cierto. Y a Anna seguía sin gustarle la respuesta. «¿Por qué el fuego tiene que extinguirse sin más?». Se negaba a admitirlo. Ni cuando Stephen se lo dijo, ni cuando —casi dos años después— Anna recordaba que se lo había dicho.

Una semana antes, Nancy invitó a Mary y a Anna a almorzar en su casa después de clase. Nancy vivía en Oerlikon, un breve paseo desde la Migros Klubschule. Más allá de los descansos de veinte minutos y un par de palabras durante la clase, Anna y ella no habían hablado nunca, pero Mary y Nancy eran amigas.

—Ven conmigo, Anna —dijo Mary—. Nancy es genial.

Nancy era alta, delgada, una rubia nórdica, elegante, con unos modales cálidos y generosos, y vivía en un apartamento que en cierto modo era un reflejo de sí misma: moderno, limpio, escueto, ordenado, abierto. Tenía cuarenta y un años, no estaba casada, no tenía hijos y actualmente no trabajaba. Cuando Anna le preguntó cómo se las arreglaba (Zúrich es una ciudad carísima), Nancy dijo que no pasaba apuros económicos, y con cierta incomodidad les confesó que su familia se dedicaba al cultivo del té en África y que, si bien había trabajado muchos años como periodista de prensa, en realidad no era por necesidad.

—No me toméis por una niña mimada que vive de rentas —añadió enseguida—. Me he dejado la piel. Siempre me he ganado el sustento.

Anna no lo dudaba; Nancy había trabajado por todo el continente como corresponsal de política internacional, por norma en ciudades exóticas que los estadounidenses nunca suelen citar al enumerar las capitales de Europa: Tallin, Sofía, Chisináu, Skopie, Vaduz. Nancy no era solo una mujer estupenda; era una aventurera. No aceptó los puestos: ella misma se había ofrecido para cubrirlos. ¿Era un sitio donde nunca había estado? Allí es donde quería ir.

—Y entonces, ¿qué haces aquí? —Anna no pretendía que la pregunta sonara como una acusación.

—Oí que era una ciudad magnífica. Un lugar ideal. —Nancy se encogió de hombros—. Me apeteció comprobarlo por mí misma. Nada me reclamaba en otro sitio.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Solo llevo cuatro meses aquí. No tengo previsto marcharme. Me gusta.

—¿En serio? —A Anna le sorprendió.

—Claro. ¿A ti no?

Anna no contestó.

Mary empezó a adularla de aquella manera tan suya. Con palabras huecas, repetitivamente.

—Eres admirable, Nancy. De verdad, Nancy, te admiro. Haces las maletas y vas a donde quieres y haces lo que quieres hacer —dijo Mary—. Ojalá yo pudiera. Por eso te admiro tanto.

—¿Qué hay que admirar? Simplemente vivo mi vida.

—Aun así... —Mary suspiró—. Eres tan intrépida. A mí me da miedo ir a sitios que no conozco. ¡Si hasta me pongo nerviosa por ir en autobús de Schwerzenbach a Dübendorf!

Mary suspiró otra vez. Se angustiaba si salía a pasear y se alejaba demasiado del jardín de su casa. Por eso le había resultado tan duro marcharse de Canadá, le había confesado a Anna en alguna ocasión.

Nancy le ofreció a Mary unas palabras de consuelo, a caballo entre la empatía y la reprimenda.

—Mary, cada cual carga con sus propios miedos. Pero yo no quiero que la vida siga su curso, quiero marcar el rumbo de mi vida, por así decirlo. Si hay algo que quiero hacer, lo hago. Si quiero algo, lo persigo. Y lo consigo. Si creo en una cosa, la defiendo. ¿Que no? Pues... nada. Entonces la dejo pasar.

—¿Por eso nunca te casaste? —preguntó Mary.

—Claro —dijo ella en un tono desenfadado mientras se levantaba a recoger los platos vacíos de la mesa. Anna y Mary guardaron silencio. Nancy meneó la cabeza—. Vamos a ver, que quede claro. Mi vida no es más encomiable que la vida que habéis elegido vosotras. —Mary hizo una mueca inquisitiva. Anna miró a Nancy sin delatar ninguna emoción y aguardó a que continuara—. Somos mujeres modernas en un mundo moderno. Nuestras necesidades están cubiertas, y muchos de nuestros deseos también. —Mary asintió. Nancy continuó—: Tenemos derechos, y los medios para ejercerlos. Nuestra vida nos pertenece y, por lo que sé, solo tenemos una. Deberíamos hacer algo con ella. Si podemos. Si somos capaces. Que una mujer se eche a perder es ridículo. Nada más.

«Echarse a perder es ridículo». Era una verdad que Anna no podía refutar.

Nancy llevó los platos a la cocina y volvió con café y galletas. Tomaron el postre compartiendo chismes sobre la gente de la clase de alemán.

—Sigo pensando que Archie está loco por ti, Anna —dijo Mary con una risita.

—A mí no me cabe duda —añadió Nancy. Anna les pidió que dejaran el tema. Sí, se habían hecho amigos. Pero nada más.

—¡Dios mío, no, Anna! —Mary por poco se atragantó con el agua—. ¡No quería decir eso! ¡Jamás insinuaría una cosa así!

«Por supuesto que no», pensó Anna, con un poso de nostalgia. La bondad de Mary hacía que el comportamiento de Anna pareciera aún más reprobable. Sintió que su desvergüenza rayaba en la vergüenza. Era un sentimiento extraño, recurrente.

—¿Qué sabemos de él, por cierto? —preguntó Nancy. Tanto Nancy como Mary miraron a Anna esperando una respuesta. Si alguien sabía algo, era ella.

Anna trató de pensar en algo que pudiera decirles, pero no se le ocurrieron

detalles que no fueran sexuales. «Le gusta que me ponga encima. Es mordaz, le gusta decir guarradas. Le gusta olerme..., ¿debería contarles eso? Mete la cara entre mis piernas y aspira el olor como si fuera un maldito cuenco de flores secas». Pero ¿cuándo era su cumpleaños? ¿Qué estudió en la escuela? ¿Estudió? ¿Había estado casado? ¿Tenía hijos? ¿Sus padres aún viven? ¿Alguna alergia conocida? Anna sabía que no tenía cicatrices visibles. ¿Era lo único que sabía de él? «Piensa, Anna. No puede ser que no haya nada más».

—Tiene un hermano. —Fue todo lo que alcanzó a decir.

Archie trató de darle la mano. Nunca lo había hecho, y la torpeza del intento sobresaltó a Anna, y por eso le dejó hacerlo, aunque a desgana. Apenas había pasado un minuto cuando retiró la mano. Le incomodaba, y Archie tenía las palmas sudorosas.

Caminaron por el zoo un cuarto de hora y no se dijeron nada.

En la reserva tropical contemplaron a los lagartos que dormitaban en los árboles y esquivaron a los pájaros que saltaban libremente por los senderos. Anna miraba todos los letreros, pero no reconoció los nombres de aquellos animales exóticos, ni en alemán ni en inglés. En el hábitat sudafricano se apoyaron en una baranda y observaron a una cabra montesa que presidía una congregación de mandriles apostados en unas rocas escarpadas, ocreas. El mandril más corpulento, un macho, estaba de pie, y se volvió para encararse a Anna y Archie, mostrando su pene rojo, erecto, mientras resoplaba y los miraba con desdén.

—Bueno, Archie —dijo Anna—. Es hora de que hablemos.

Anna no recordaba la última vez que había roto con alguien. «¿Acabar una aventura es lo mismo que romper?». Anna decidió que se acercaba bastante, y así se lo dijo.

—Archie, voy a romper contigo.

Archie perdió la mirada más allá de los mandriles.

—Así que esto es lo que hay.

Anna no esperaba que se quedara devastado, y no parecía estarlo.

—Sí —dijo Anna—. Es lo que hay.

No preguntó por qué, aunque Anna le habría dado sus razones.

—Tengo que irme, Archie —dijo, colgándose el bolso de nuevo al hombro. Llevaba todo el día cargando con él. Miró a Archie una vez más a los ojos y dio media vuelta para marcharse.

Archie la agarró de la muñeca y la atrajo de nuevo hacia él.

—No sin un beso de despedida —le dijo, y pegó los labios a los suyos, sujetándola con fuerza a pesar de sus protestas. Anna se debatió unos instantes para liberarse de su boca y sus brazos, pero al final se rindió, porque en realidad un beso de despedida no era para tanto, y estaba demasiado sensible para oponer resistencia. Así que en medio del zoológico de Zúrich el día en que cumplía treinta y ocho años,

Anna dejó que el escocés le metiera la lengua en la boca y le palpara los pechos con las manos en la que sería su concesión a la pasividad.

Las demostraciones de cariño en público siempre se hacen notar. Archie y Anna llamaban la atención: eran los únicos adultos en el zoo que no iban acompañados de niños en cochecito o colegiales de excursión, como el grupo que recorría en esos momentos el hábitat sudafricano mientras Anna y Archie se besaban por última vez. Los niños son niños en cualquier lugar del mundo. A ciertas edades, ver a una pareja besándose suscitará invariablemente risas y exclamaciones, los señalarán con el dedo. Archie y Anna oyeron el griterío. Y aun así no dejaron de besarse. Anna no quiso restarle solemnidad al momento. Un último beso, pensó, es una ocasión memorable.

El beso iba perdiendo fuerza. Anna se dispuso a zanzarlo. Tomó aire y se pasó la lengua por los labios, saboreando el momento antes de despegar por fin su boca de la de Archie.

—Bueno —suspiró—. Supongo que no hay más que decir.

Pero se equivocaba.

Una vocecita aguda e inconfundible asomó entre el coro de niños bulliciosos.

—¿Mami?

Anna se volvió bruscamente. Era Charles.

Se había olvidado. Hacía semanas que lo sabía. Anna había estado tan absorta en su vida privada, su vida secreta, que lo había olvidado.

Charles había ido con su clase de excursión al zoo.

Anna estaba acorralada.

—Es bastante común que el subconsciente cree escenarios adrede para obligarte a afrontar algo que te empeñas en ignorar. Tus sueños pueden ser más intensos y más violentos. Tal vez estés más olvidadiza o propensa a los accidentes. La mente hará cualquier cosa para que le prestes atención. Saboteará tu conciencia si es necesario.

—¿A qué se refiere?

—Piense en un absceso. Si no se trata, la herida se inflama y provoca dolor, y al final revienta y supura.

—Qué truculento.

—Así son las infecciones. Esto es una infección. Del alma.

Anna no supo inmediatamente qué hacer, así que no hizo nada. Fue un momento crucial de compostura. No se volvió a mirar a Archie, pero tampoco hubo necesidad.

—Desaparece —susurró a través de la sonrisa que puso al volverse hacia Charles. Anna fue hacia su hijo—. ¡Eh, *Schatz*, mi amor! —Le tembló la voz mientras se agachaba a abrazarlo y lo estrechaba contra su cuerpo para que no pudiera ver a Archie escabulléndose.

La maestra de Charles pareció entender la situación. *Frau Kopp* era joven, despierta y europea, y sabía diferenciar a *herr Benz* del hombre al que Anna acababa de besar. Tenía unos ojos continentales, comprensivos.

—¿Qué haces aquí, mami? ¿Quién era ese hombre?

Anna ignoró la segunda pregunta.

—Estoy aquí para llevarte a casa, *Schatz* —dijo, y se volvió hacia *frau Kopp* en busca de su consentimiento—. No hay problema, ¿verdad? —*Frau Kopp* asintió casi imperceptiblemente con la cabeza.

Los demás niños ya habían desviado la atención hacia el mandril del pene erecto. Se rieron a carcajadas hasta que *frau Kopp* les pidió que se comportaran y los condujo hacia los pingüinos. Era casi la hora en que daban de comer a los animales, y el guardián del zoo les había prometido a los niños que les enseñaría cómo los alimentaba. Charles parecía perplejo.

—¿Quieres ir a tomar un *Eis*? —A Anna le bailaron ideas en la cabeza mientras pensaba en maneras de distraerlo de lo que había visto, y a Charles le encantaba el helado; si por él fuera, tomaría helado cada día.

—¿Verde? —preguntó.

Anna forzó una sonrisa.

—¡Claro!

Su favorito era el de pistacho. Charles se puso a dar saltos, y Anna le dio la mano y lo condujo hacia la salida, mientras él saludaba con la otra mano a sus compañeros de clase, que ya estaban absortos en los pingüinos, esperando a que les echaran de comer.

Anna y Charles cogieron un autobús y luego el tranvía hasta Stadelhofen, y en una heladería Mövenpick cerca de la estación su hijo se tomó una tarrina de helado de pistacho. Anna habló sin parar. No dejó ningún espacio en la conversación para que Charles dijera nada. Charles, respetuoso como era, la escuchó sin rechistar. Anna agradeció su docilidad.

Charles se terminó el helado y Anna le propuso ir a ver los trenes. Charles sonrió y Anna lo llevó de la mano desde la heladería a la estación de trenes, y por las escaleras, hasta el paso a nivel en forma de galería que cruzaba las vías descubiertas de Stadelhofen. Desde allí arriba vieron varios trenes llegar y marcharse, entre ellos un S5 con destino a Uster, el tren que solía tomar Mary para ir y venir a la ciudad. El paso a nivel se sostenía sobre costillas angulares de acero espaciadas a intervalos regulares a lo largo de toda la pasarela. Anna vio ecos de la historia de Jonás. «Así es la tortura en la barriga de un pez». Charles contestó entusiasmado cuando Anna le preguntó qué animales había visto ese día. Se puso a hablar de los leones, y los osos pardos, y los flamencos y los hipopótamos, hasta que por fin la pregunta inminente volvió a aflorar.

—¿Quién era ese hombre?

—¿Qué hombre, Charles?

—El hombre con el que te estabas besando. Te he visto besando a un hombre.

Anna fingió sorpresa, trató de despistarlo.

—¿En serio? ¡Qué raro! Creo que te lo estás inventando, Charles. Yo no estaba besando a nadie.

No era del todo mentira. Era Archie quien la había besado a ella. Anna se sintió estúpida al asirse a la lógica infantil de la exactitud.

Charles no mordió el anzuelo.

—¡Lo he visto! —Estaba muy disgustado.

Anna se crispó.

—Charles. —Su voz era firme y severa. Era un tono que nunca empleaba con él y que, por tanto, no estaba acostumbrado a oír. Se puso tenso—. Charles —repitió Anna—. Tú no has visto nada.

Los ojos de Charles se dilataron. Intentó apartar la mirada.

—Escúchame. —Anna chasqueó los dedos y lo obligó a mirarla de nuevo—. ¿Me has oído? Te he dicho que no has visto nada. Y no vas a decirle a nadie lo contrario. ¿Entiendes?

Charles no contestó. Anna le agarró la cara con ambas manos y se la giró hasta que la tuvo pegada a la suya. Era algo que había visto hacer a madres enfadadas.

—¿Entiendes? —Su voz estaba cargada de rabia. Charles parpadeó. Anna continuó mascullando entre dientes—: Escúchame bien. Te digo por última vez que te has confundido. No me hagas volver a repetirlo. —Charles gimoteó—. No se lo vas a decir a nadie. Ni a papi, ni a Victor, ni a Max, ni a *Grosi*. Si lo haces me enfadaré mucho. —Anna asintió gélidamente, recalcando sus palabras—. Les diré que

mientes, y ellos también se enfadarán. Yo soy la madre. Me creerán a mí. —Charles se echó a llorar. Anna movió la cabeza—. Charles, lo digo en serio. Si no quieres que pase algo muy malo, más vale que te calles. Ni siquiera digas que me viste en el zoo. —Y luego añadió—: No le digas a nadie que vinimos a ver los trenes.

Sea lo que fuera que Anna pretendía, pareció surtir efecto. Charles se quedó muy serio, estaba aterrorizado. Sorbió con la nariz, asintió sin poder articular más que un «de acuerdo» casi inaudible. Anna se quedó satisfecha. No hizo falta abundar en el tema. Dejó que Charles imaginara las cosas malas que podían pasar. Conocía a su hijo. Sabía que nunca diría una palabra. Nunca había sido así de cruel con él.

—Anda. Vamos a casa. —Anna se levantó, se colgó el bolso al hombro y se restregó las manos en los muslos. Charles se volvió hacia ella y Anna lo rodeó con un brazo y lo atrajo hacia su cadera en un gesto protector, cariñoso. Eso pareció reconfortarlo, y cruzaron así el puente hacia las escaleras que llevaban al andén.

Acababan de pasar la mitad cuando a Anna la asaltó un recuerdo.

—Espera, ven aquí. —Anna se detuvo, se agachó, agarró a Charles de las manos y lo giró para que la mirara de frente—. ¿Te acuerdas de la primera vez que fuimos a casa de *Tante Mary*? ¿El día que conociste a Max? —Charles titubeó. ¿Era un truco? ¿Era, como el beso que no había visto, un recuerdo de algo que no había sucedido? —. Tranquilo, no pasa nada. ¿Te acuerdas? —Charles asintió con recelo—. ¿Te acuerdas cuando bajasteis y Max dijo delante de todos que le habías contado un secreto? —Una vez más, Charles asintió, y luego bajó la mirada hacia el suelo de la pasarela—. Buen chico. Ahora quiero que me digas cuál era el secreto. —Era una pregunta paranoica. Temía que Charles hubiera contado un secreto sobre ella—. Dímelo.

Charles vaciló, moviendo los pies lentamente.

—Le dije a Max que Marlies Zwygart me parece guapa —confesó, visiblemente avergonzado.

Anna se quedó mirando el anillo que le habían regalado. Nunca en toda su vida se había sentido tan miserable.

Los cinco verbos más frecuentes en alemán son todos irregulares. Sus conjugaciones no siguen un patrón. Tener. Tener que. Querer. Ir. Ser. Posesión. Obligación. Deseo. Huida. Existencia. Todos conceptos. E irregulares. Estos verbos son la culminación de la insuficiencia. La vida es pérdida. Pérdida frecuente, habitual. La pérdida tampoco sigue un patrón. Sobrevives a ella solo memorizando cómo.

Anna no le quitó ojo a Charles aquella noche. Ni la noche siguiente. Ni la otra. Mantuvo la vigilancia hasta que se convenció de que su hijo no le había contado ni le contaría a nadie lo ocurrido en el zoo. La tercera noche empezó a relajarse. Charles nunca la había desobedecido, ¿por qué iba a ser distinto esta vez? No había ningún

motivo para creerlo.

«¿Qué otra cosa podía haber hecho?», se justificaba Anna.

Esa noche, cuando los niños ya estaban en la cama, llamó a la puerta del despacho de Bruno.

—¿Vas a dar un paseo? —preguntó él. No apartó la mirada de la pantalla del ordenador.

—No. —Era una suposición lógica. Generalmente era lo que Anna le decía cuando entraba en su despacho a esas horas. Le encogió un poco el corazón que Bruno pensara que esa era la única razón por la que Anna llamaba a su puerta. Se le encogió aún más reconocer que solía ser así.

—¿Querías algo?

Lo había interrumpido viendo vídeos por internet de la Schweizer Luftwaffe, la Fuerza Aérea suiza. Esa tarde, ya en casa, habían oído el sonido inconfundible de aviones supersónicos cruzando el cielo. ¿Una exhibición aérea? ¿Prácticas de vuelo? ¿Maniobras militares? No estaba claro. Hacían un ruido tremendo. Toda la familia salió afuera a mirar. A Polly Jean no le hizo ni pizca de gracia. Anna la abrazó con fuerza y le tapó los oídos. Victor y Charles estaban fascinados, pero luego se asustaron. «¡Qué rápido volaban! ¡Qué cerca pasaban uno de otro!». Charles buscó la mano de su madre, y cuando uno de los aviones ejecutó una pirueta justo encima de la casa, Victor se agarró a las piernas de su madre. Fueron gestos inesperados. A la luz de los problemas de la semana, Anna recibió agradecida cualquier reclamo de consuelo.

Los aviones la angustiaron. El estruendo era insoportable y la aterraba que volaran tan cerca del suelo. «Pasan rozando los tejados», pensó Anna. Bruno, en cambio, estaba embelesado. No podía apartar la mirada. De niño le fascinaban los aviones igual que a Charles los trenes. Al cabo de diez minutos, Anna, Polly y los chicos volvieron a entrar en casa. Bruno se quedó fuera la media hora completa, boquiabierto y observando tan intensamente como si creyera que los aviones se mantenían en el aire solo gracias a su vigilancia.

El volumen del monitor estaba prácticamente al máximo. Bruno se había saltado su propia norma de no hacer demasiado ruido en casa. El mismo estruendo que asustó a Anna un rato antes cortó ahora el aire del despacho.

—¿Tú crees en Dios? —Anna miró las estanterías de Bruno. Los libros estaban ordenados por orden alfabético y por áreas temáticas.

—¿Eh? —Bruno interrumpió el vídeo y miró a su mujer—. ¿A qué viene eso?

Anna señaló el monitor.

—Pensaba en los aviones de hoy. —Desvió la mirada hacia la pared donde, pegados con una masilla adhesiva que no dejaba marcas al arrancarla, había colgados varios dibujos de los chicos. A Victor le gustaba dibujar animales. A Charles, cómo no, trenes.

—No te entiendo.

Anna tampoco estaba segura de entenderlo. Apenas hacía un momento se le había antojado una epifanía reveladora. Ahora, al verbalizarla, sus palabras parecían insignificantes y torpes. Sonaba a disparate.

—El ruido que hacían... —Anna buscó la explicación más clara—. Sonaba como si estuvieran cortando el cielo. —Bruno frunció el ceño, agobiado. Anna desistió de cualquier afán por mantener la lógica o la compostura—. ¿Qué crees que hay al otro lado del cielo?

—El cielo no tiene otro lado, Anna.

—No, quiero decir que... Bruno, ¿tú crees en Dios?

—Por supuesto que creo.

—¿En serio? —No sabía qué esperaba que dijera. Cualquier respuesta la habría sorprendido.

—¿Tú no?

Anna se encogió de hombros, en un gesto que hablaba por sí solo.

Bruno también se encogió de hombros.

—Si no hay un Dios, ¿qué sentido tiene todo? Sin Dios, ¿qué más da?

Anna no lo sabía, y se lo dijo.

—Sin Dios, nada importa. Pero ¿sabes qué, Anna? Sí que importa —dijo Bruno de un modo que pretendía aleccionarla.

—¿Crees en el destino? ¿En la salvación? ¿Crees que podemos redimirnos?

Bruno movió la cabeza como diciendo. «¿Por qué estamos hablando de esto, joder?».

—Mi padre creía que somos seres fracasados que vivimos en un mundo fracasado. Yo también creo que es así. Eso no significa que no haya un Dios, solo que no somos como él. —Bruno carraspeó—. ¿Algo más?

—No.

Bruno se volvió otra vez hacia la pantalla.

—Disfruta del paseo.

No se acordaba de que Anna le había dicho que no iba a salir. Ella no le corrigió.

—Los incendios domésticos casi siempre se pueden prevenir —dijo Stephen, aunque Anna ya lo sabía—. Pero en ciertas circunstancias son más probables.

—¿Por ejemplo? —preguntó Anna, siguiéndole la corriente.

—Fumar en la cama, por supuesto. Cocinar. La combustión de velas sin vigilancia.

—Hablas como un bombero, no como un científico.

Stephen se encogió de hombros.

—El fuego es el fuego.

«Sí —pensó Anna—. Y siempre es peligroso».

—Una persona puede estar plenamente consciente y aun así tomar decisiones nefastas. La conciencia no implica una ética automática.

Habían estado comentando el sueño más reciente de Anna. Empezaba en el

supermercado, donde transcurría buena parte de la vida de Anna. Llevaba la cesta llena, pero al llegar a la caja se dio cuenta de que no tenía dinero. Le dijo a la cajera que devolvería los artículos a los estantes, pero cuando fue al pasillo con la cesta, se escondió tanta comida como pudo en los bolsillos. Aunque sabía que no era correcto, no le importó. Al salir del establecimiento paró a un hombre que entraba y le contó lo que había hecho; estaba orgullosa. El hombre se indignó y la amenazó con llamar a la policía. Anna se ofreció a hacerle una mamada para que no la delatara. Fueron a la parte de atrás del establecimiento. Al otro lado del callejón estaba el colegio de secundaria. Anna se arrodilló y se la chupó mientras los estudiantes miraban desde la ventana de un aula. Para que no contaran a nadie lo que habían visto, Anna se levantó la blusa y les enseñó los pechos, de los que manaba leche. El sueño acababa en la parada del autobús. Quizá se había subido en el autobús correcto, o quizá no, de eso no se acordaba.

—En este sueño no haces nada que no sea cometer algún tipo de delito: hurto, adulterio, exhibicionismo...

Anna la interrumpió.

—No se puede juzgar en serio a alguien por lo que hace mientras duerme. No puedo evitar soñar lo que sueño.

—Eso no es del todo cierto, Anna. Somos lo que soñamos.

Anna frunció el ceño. La conversación empezaba a irritarla.

La doctora Messerli no se anduvo con contemplaciones.

—Usted reconoce cada una de las consecuencias, y no por eso deja de causar daños. El sueño es enfático: empieza a perder el control de todos sus actos.

Cada pocas semanas, o a veces más a menudo, los Benz recibían en el buzón fijado en la pared junto a la puerta de casa una notificación impresa en una cuartilla de papel blanco, bordeada con una gruesa línea negra. Eran esquelas de defunción. *Ein Bestattungsanzeige*. El cartero las entregaba con el correo cuando moría un residente de Dietlikon. Era una cortesía del ayuntamiento, no una práctica típica de Suiza. Las esquelas iban encabezadas con el nombre del difunto y, debajo, las fechas de su nacimiento y su muerte. Acababan con la información sobre el funeral.

Anna no tiraba las esquelas de defunción que recibían. Las guardaba todas en una caja de zapatos en su *Kleiderschrank*. Había coleccionado al menos trescientas a lo largo de nueve años. Cuando Bruno encontró la caja de zapatos, amenazó con tirarla a la basura.

—Tienes una fijación malsana con la muerte —le dijo.

Anna reaccionó con una vehemencia desacostumbrada en ella.

—Ni se te ocurra. Las guardo porque alguien tiene que hacerlo. Lo peor que puede ocurrirle a una persona es que la olviden.

—Eso no es lo peor, Anna.

—No toques esa caja. Te lo advierto.

Anna se saltó la clase de alemán dos días seguidos. Le horrorizaba encontrarse frente a frente con Archie.

Por enfadada que estuviera consigo misma, estaba igual de furiosa con él. Sabía que su indignación no tenía fundamento («¿Ah, no? Fue Archie quien la atrajo y la besó cuando ella no le pidió que lo hiciera, fue Archie quien se presentó en la fiesta, fue Archie quien le hizo proposiciones la primera vez»), pero la soberbia la ayudaba a mantenerse firme en su propósito de volver a la buena senda. El resentimiento era el arma secreta de su arsenal. Cuando Mary la llamó el martes por la tarde, Anna dio una excusa que se acercaba a la verdad: que el agotamiento de la fiesta se le había venido encima de repente y necesitaba descansar. Mary se ofreció a llevarle los apuntes, pero Anna le dijo que no se molestara. Así que se quedó en casa y jugó a las casitas con su hija. Anna horneó un postre por primera vez en casi un año y preparó el plato favorito de Bruno para la cena. Era un primer paso hacia la expiación. Por insignificante que fuera.

Al caer la tarde del segundo día sin salir de casa, Anna empezó a sentirse inquieta, aburrida y sola. «Por Dios, Anna, ¿en serio?». Buscó a la desesperada vías de absolución. Primero lo atribuyó a la tristeza del crepúsculo, y luego a carencias fundamentales de su personalidad. Estaba intentando pagar los platos rotos. Después de todo, no solo era cuestión de sexo.

Sabía que, en esencia, eso era verdad.

No podía decir que realmente echara de menos a sus amantes. No los echaba de menos en absoluto («¿Quiénes eran, de todos modos, para echarlos de menos?»). Anna había leído que se tarda mucho más en romper un hábito que en adquirirlo. En el caso de la heroína, la adicción puede darse en un lapso de solo tres días. «¿Soy adicta?». No quería emplear esa palabra. Esos hombres eran simplemente la personificación de impulsos de los que ella ya no se quería privar. «Es un simple apretón de manos, a fin de cuentas. Un roce casual con distintas partes del cuerpo». Anna podía vivir sin los favores de esos hombres concretos. La aventura con Archie no había durado ni siquiera dos meses, y su relación con Karl era poco más que un escaqueo. Pero la naturaleza de los hábitos es precisamente eso, que son habituales. ¿Y si fuera cierto que las viejas costumbres nunca mueren?

Anna combatió la inquietud haciendo la colada.

El jueves Anna volvió a las clases de alemán. Las había pagado, después de todo, y en general hasta el lunes anterior se lo había pasado bien. Así que Ursula fue a casa y Anna se fue a Oerlikon. Reunió el aplomo para mirar a Archie a los ojos, pero respiró aliviada al ver que no estaba.

Roland dio una lección sobre comparativos. Este es más lo que sea que aquel. Aquel es menos no sé qué que este. Este y aquel son exactamente iguales que aquel y este.

Se les acabó el tiempo antes de que Roland pudiera introducir los superlativos, la proclamación de lo que es más que nada.

Igual que tantas otras cosas, ese era un concepto que Anna ya entendía.

El viernes Anna se despertó mucho antes de que amaneciera. El reloj marcaba las 4.13 de la madrugada. Miró a su derecha. Bruno dormía. Por supuesto. Anna se levantó, cruzó de puntillas el dormitorio y salió de la casa tan silenciosamente como pudo. Era una experta en el sigilo. Por necesidad.

A esas horas el frío de octubre era cortante. Anna se levantó el cuello del abrigo, metió las manos en los bolsillos y afrontó el viento mientras a su alrededor Dietlikon dormía sin que nada perturbara la placidez. Anna echó a caminar sin decidir ningún rumbo, fue a donde la llevaron sus pies: primero al sur hacia la iglesia, luego enfiló la Riedenerstrasse, pasando la rotonda hacia el cementerio municipal.

Anna no solía visitar el cementerio, y menos durante las horas oscuras, horribles del insomnio. El paseo de aquella mañana no fue premeditado; pero a veces no hay más remedio que hablar con los muertos, a veces los muertos quieren hablar. En esas raras ocasiones, los muertos te conducen hasta ellos; tu voluntad es irrelevante. Aunque Anna no podía asegurar que fuera una de esas veces, de pronto se encontró delante del cementerio, así que todo apuntaba a que sí. La verja estaba cerrada, pero Anna se coló por una escueta valla. No pensaba demorarse mucho. «No soy un fantasma, soy una invitada».

Caminó despacio entre las hileras de tumbas. Trató de adoptar un ademán sombrío, pero la embargaron la preocupación y el cansancio, que, al sumarse, pasaban por solemnidad. Habría que conformarse con eso. Anna siempre se conformaba.

Enfrente de la verja del cementerio estaba el recinto donde enterraban a los niños del pueblo. A la luz del día no había manera de pasar junto a esas tumbas sin derrumbarse de tristeza. A oscuras, en cambio, detenerse a su lado era una experiencia soportable, casi bella. «Son criaturas dormidas en sus cunas —imaginaba Anna—. Solo están durmiendo». A principios de ese año, la nieta de una amiga de Ursula se había ahogado en la piscina municipal de Dietlikon. Se llamaba Gaby y la enterraron allí. Estaba demasiado oscuro para que Anna pudiera leer los nombres; no sabía cuál era su tumba.

Anna cometió el error de quedar con Edith para tomar un café después de la clase de alemán. Solía ser un error quedar con Edith a tomar café, porque Edith no tomaba café, bebía *bourbon*, y beber *bourbon* siempre la alteraba. Se encontraron en el Münz, al final de la Bahnhofstrasse, un bar coctelería cerca de la sucursal del Banco Nacional Suizo en Zúrich. Fue la sede que albergó el oro nazi durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Durante sus primeros tiempos en Suiza, a Anna la acosaba la idea de que, ocultos bajo las mismas calles que transitaba, los banqueros —los llamados «gnomos de Zúrich»— se movieran por las criptas subterráneas desenterrando los tesoros de judíos muertos hacía mucho tiempo. Involucró a Bruno retroactivamente, hasta que él al final le prohibió que volviera a sacar el tema.

Anna pidió un capuchino y Edith, en contra de sus costumbres, pidió una cerveza. Anna la miró con incredulidad y Edith hizo un gesto con la mano.

—Niklas me está enseñando a tomar cerveza —dijo como si fuera una asignatura del colegio, igual que el álgebra o la educación cívica—. Sigue sin gustarme, pero por él probaría cualquier cosa —añadió Edith con un guiño.

Anna entendió que «cualquier cosa» abarcaba más que la cerveza. A Anna no le apetecía hablar de amantes. En realidad, ni siquiera le apetecía hablar, pero el día estaba lleno de horas muertas, y si no las pasaba con Archie o Karl, necesitaba pasarlas con alguien, y Mary estaba ocupada ese día. «Si tienes un amante, puedes tener veinte —pensó Anna—. Son como galletitas saladas. No puedes conformarte con uno solo».

Edith empezó con su cantinela egocéntrica habitual, pasando de un tema a otro como una rana saltando de nenúfar en nenúfar. Primero habló de Niklas, luego de Otto, luego de las gemelas, luego del viaje que planeaban hacer al Tesino, luego de un vestido de fiesta que se había comprado hacía poco. Anna le preguntó a qué fiesta iba.

—A ninguna —dijo Edith—. El vestido era demasiado bonito para negarme el capricho. Me lo pondré uno de estos días.

Anna se acabó el café y pidió otro. Tenía poco que añadir, y no lo haría hasta que o a menos que se lo pidieran.

Edith pasó de la cerveza al vino. No estaban solas en el bar. Detrás de ellas, una pareja disfrutaba de un almuerzo tardío. Había un hombre alto y delgado trajectado de pie en la barra, fumando y tomando una cerveza. Sentada junto a la ventana más próxima a la calle, una mujer joven con un aro en la nariz y una abundante melena rubia recogida en una cota baja jugueteaba con las últimas hojas de lechuga del plato y hojeaba abstraída una revista.

Anna estaba mirando a la chica de la cota cuando Edith hizo algo que Anna no estaba segura de que hubiera hecho nunca.

—Bueno, Anna. Te veo distraída, parece que ni siquiera estuvieras aquí. ¿Qué ocurre? —Edith nunca había mostrado preocupación por Anna, y la pilló con la guardia baja—. ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

Anna no supo qué decir. Clavó la mirada en el tarrito vacío de la nata en su plato y la cucharilla apoyada en el borde, como si en cualquier momento fueran a levantarse y echar a andar por la mesa.

—Edith, ¿qué hace Otto en el banco?

Edith parpadeó.

—¿Eso es lo que te preocupa?

Anna se encogió de hombros.

—Quizá. En cierto modo.

Edith dio un trago de vino y exhaló un suspiro.

—No sé. ¿Contar dinero? ¿Por qué lo preguntas?

—Quiero decir concretamente. ¿A qué se dedica concretamente?

—¿Tú sabes a qué se dedica Bruno?

—No, no lo sé. —Anna movió la cabeza subrayando sus palabras, y habló con voz grave y sobria—: Edith, deberíamos saber qué hacen, me parece.

En todos esos años, Anna nunca le había pedido a Bruno que se lo explicara. Hacía chanchullos con el dinero de otra gente, por simplificar. Y eso era lo único que Anna sabía.

—Nuestros maridos deberían importarnos lo suficiente para saber a qué se dedican.

Anna tomó un sorbo de café con lentitud deliberada y con idéntica actitud reflexiva volvió a dejar la taza en el plato.

—Anna, te falta un tornillo. No veo dónde está el problema. —Edith no lo entendía. La conversación la había desconcertado—. Lo único que hemos de saber es esto: traen un sueldo a casa. —Edith apuró la copa de un trago—. Se ocupan de nosotras. Más allá de eso, ¿qué importa?

Roland se había ido por la tangente. Alguien había insinuado que el suizoalemán era un dialecto del alemán y no una lengua con entidad propia. Roland fue vehemente. «Nei! Nei! Nei!», gritó, y enfatizó cada «¡no!» dando un golpe seco con

el cuaderno en la mesa.

—¡Suiza no es una colonia alemana! ¡No vivimos bajo la *Bundesflagge*! ¡El suizoalemán es nuestro! ¡No nos lo dieron, lo construimos nosotros mismos! —A continuación Roland dio un salto filosófico—. La lengua que habla un hombre lo define. La lengua de un hombre dice al mundo quién es ese hombre.

Anna sopesó la cuestión. Todo el mundo nace en el seno de una lengua materna. La mayoría de la gente que conocía dominaba perfectamente una segunda (y, a juzgar por el fervor de Roland, una tercera): Bruno, Ursula, Daniela, *frau* Messerli. Incluso sus hijos. Con Anna hablaban en inglés, pero entre ellos y con su padre cuando ella no estaba (y a veces incluso en su presencia, a pesar de que les pedía tajantemente que lo evitaran) se pasaban al suizoalemán. Se desmoralizó. Aunque consiguiera llegar a un nivel competente de alemán, Anna nunca alcanzaría el dominio que un nativo de Dietlikon tiene del suizoalemán. Nunca compartiría ese vínculo oral con sus hijos. Eso jamás ocurriría, lisa y llanamente.

Anna no discrepaba de Roland. Era la verdad: la lengua materna que te toca al nacer (o, en el caso de Anna, que no te toca) determina la esencia de tu identidad. Sin embargo, Roland se había quedado corto. Había más. La lengua materna te sitúa en la sociedad en la que vives. Y es tu segunda lengua la que revela tu carácter. «Fíjate en los errores —se dijo Anna—. Los errores que comete una persona te dicen todo lo que necesitas saber». Era lógico. Los leopardos no cambian las manchas de su piel, después de todo. Si una persona se comporta de una manera en la situación A, ¿por qué esperar que se comporte de otra en la situación B? Karl, por ejemplo. Al hablar confundía los significados principales y secundarios de las palabras y los sinónimos. Era una costumbre fruto del descuido. Trataba las palabras como si fueran intercambiables. Esta, aquella... Una palabra, una mujer. Tanto daba una que otra. No actuaba de mala fe, pero ¿qué quería decir en realidad? Siempre era difícil de desentrañar su intención. ¿Y Mary? Mary tendía a encallarse incluso en las frases más sencillas. Se aturullaba a la mínima. Se esforzaba tanto por ser correcta. No obstante, cuando hablaba lo hacía lentamente y sin florituras. El inglés de Niklas era siempre impreciso. Anna no lo conocía lo suficiente para decir qué podía significar eso. Edith no hablaba una palabra de alemán. De ese modo daba a entender que le importaba un carajo. Nancy siempre trataba de formular frases que escapaban a su alcance. Si quería decir algo, se lanzaba. Si le salía mal, deformaba la sintaxis y se las arreglaba para acabar la frase como si esquivara un obstáculo en la carretera. Siempre había una manera de sortear el problema. El alemán que hablaba Archie era el que hablaban los hombres que tenían aventuras con mujeres tristes. Era nefasto con los posesivos. No importaba qué pertenecía a quién. Para él nada tenía dueño.

En cambio, Anna, ¿de qué pie cojeaba? No había ningún misterio. El problema estribaba en los verbos. Era descuidada en las conjugaciones, imprudente al situarlos en la frase. Confundía tiempo y modo, y se apoyaba demasiado en la voz pasiva. Anna se rio ante estas conclusiones. «¡Qué evidente soy!». Y lo era. Realmente lo

era. Evidente, innegable, descuidada y triste.

Anna estaba embarazada de cinco meses cuando Polly Jean empezó a dar pataditas. Pataleaba fuerte, mucho más que ninguno de sus otros dos hijos, y a todas horas. No daba tregua. Aporreaba las paredes del útero como un loco golpea una puerta acolchada. Todo el embarazo fue difícil. Las náuseas matutinas duraron meses. El cutis de Anna alternaba fases de sequedad y descamación con otras de grasa y acné. La tristeza la dejaba exhausta. Cuando salía a caminar hablaba en voz alta mirando en dirección a Boston. «Te quiero. Te odio. Te echo de menos. No quiero volver a verte nunca más». Sentía de veras todas esas cosas. A mitad de camino se dirimía la batalla de los extremos.

Esa tristeza hiperbólica la consumía. Salvo cuando le daba tregua, lo que ocurría en raras ocasiones.

Anna no había tenido intención de claudicar. Surgió de la nada. Surgió de todas partes. Surgió del clima. Surgió del gesto de Charles al despedirse antes de irse al colegio, y también del amago de saludo de Victor, una concesión que rara vez hacía. Surgió del no rotundo de Bruno cuando Anna le ofreció yogur en lugar de queso fresco en crema. Había confundido los envases en el supermercado. Era fácil equivocarse. Surgió de la hosquedad de Ursula y de su cara fruncida tras años de arrugar el ceño. Surgió de los ejercicios de alemán que Anna no hizo la noche anterior. Surgió de preguntarse por qué seguía molestándose en ir a clases de alemán. Surgió de saber que Mary se desilusionaría si las dejaba, y de que de eso surgiera a su vez un gran suspiro de resignación. Surgió de todas las preocupaciones de aquella mañana, que se sumaban en una derrota tan abrumadora que cualquiera con un ápice de sentido común procuraría huir inmediatamente con tal de evitarla. Anna no huyó, sino que abrazó la frustración particular como habría abrazado a una amiga desaparecida hacía mucho (en cierto modo lo era) y se arropó con esas desdichas, como echándose a los hombros un viejo manto de añoranza inefable e inconsolable. Cuando Karl contestó al impulsivo SMS de Anna, ella ya había renunciado a gobernar el timón de su destino. Era viernes, el último día de octubre. Anna iba en el tren a Oerlikon al entrar el mensaje. Era el día de los Difuntos —los suizos no suelen celebrar Halloween—, y Anna había estado pensando otra vez en los fantasmas.

Hizo transbordo en Oerlikon y tomó el S7 a Kloten. No se lo pensó dos veces, pero aunque lo hubiera hecho, habría ido de todos modos.

Anna llamó a la puerta y Karl la hizo pasar. Abrió la boca para hablar pero ella lo hizo callar.

—No. No digas ni una palabra. —Anna lo apartó a un lado y la puerta se cerró a sus espaldas.

Se abalanzó sobre Karl y se besaron como insensatos, sin ninguna necesidad. Allí no había ningún misterio. Anna se desembarazó del abrigo, tiró el bolso hacia un

rincón, se quitó el jersey con brusquedad, arrancándose un pendiente. Empujó a Karl hasta la cama con tanta fuerza que lo sobresaltó. Anna estaba impregnada de abandono.

—¿Conoce el Teufelsbrücke?

Anna dijo que no. La doctora Messerli se explicó.

—Hay un paso de montaña en el cantón de Uri, la garganta de Schöllenen. Es un lugar sumamente escarpado. Las paredes son abruptas, cortadas a plomo. —Anna asintió. Se hacía a la idea. Esos días, allá adonde fuera había un precipicio—. Hay un puente que cruza el desfiladero, y al fondo de todo pasa el río.

—¿El Teufelsbrücke? —El puente del Diablo.

—*Genau*. —La doctora Messerli continuó—: Se construyó en la Edad Media, pero es un prodigio arquitectónico en un paraje tan impredecible que la gente empezó a creer que no podía ser obra del ingenio humano. Así que, según la leyenda, fue el mismo diablo quien lo construyó. —La doctora Messerli siguió como si contara un cuento, ajustando la cadencia y el tempo para darle más dramatismo a la historia—. Sin embargo, el diablo no hace favores. Siempre exigirá algo a cambio. En este caso, ordenó quedarse con el alma del primer hombre que cruzara el puente. —«Parece bastante justo», pensó Anna—. Nadie se ofreció a hacerlo, por supuesto. ¿Quién se ofrecería a semejante sacrificio? —Anna tenía una respuesta, pero se la reservó—. En lugar de eso los habitantes de Uri decidieron engañar al diablo, y le mandaron una cabra. El diablo se enfureció. ¡No! ¡Una cabra no servía! Encolerizado, levantó la piedra más grande que pudo encontrar y fue hacia el desfiladero. Así aprenderían. Puesto que él había creado el puente, también le correspondía destruirlo.

—Pero no lo hizo.

La doctora Messerli negó en silencio.

—De camino al puente encontró a una viejecita que cargaba una cruz. El diablo se aterrorizó tanto al ver el crucifijo que soltó la roca gigantesca y huyó despavorido. La gente de Uri nunca volvió a saber de él. Conservaron su puente. Conservaron sus almas.

—Así que la bondad conquista el mal, ¿es eso lo que quiere decir?

La doctora Messerli volvió a negar con la cabeza.

—Lo que quiero decir es que nuestras partes más siniestras tienden un puente entre el consciente y el subconsciente. Esa es la función principal de la materia oscura. Pero, cuidado: nadie le debe su alma a la oscuridad.

—No tengo intención de entregarla.

—La intención no importa. Nosotros planeamos. El diablo se ríe de nuestros planes.

Anna se despertó de un sueño pesado, inquieto, la única clase de sueño posible en una habitación de hotel una tarde a finales de octubre junto a un amante que no te importa nada. Se tomó un momento para estirarse y enfocar la mirada. Miró el reloj.

Eran las cuatro y cuarto. «Mierda, mierda, mierda». Karl gruñó y se incorporó en la cama.

—¿Hay algún desastre?

Anna supuso que Karl quería decir si había algún problema, pero no importaba. En este caso acertaba, tanto en un sentido como en otro. Anna se vistió apresuradamente, se puso los zapatos y recogió su bolso con toda la intención de marcharse igual que había llegado, sin ceremonias. Mientras iba hacia la puerta sacó el teléfono móvil del bolso para ver si había algún mensaje.

La lucecita roja parpadeaba con vehemencia. Tenía treinta y dos llamadas perdidas.

Una mano invisible atravesó su corazón con una espada invisible. «No». Anna dejó caer el bolso al suelo.

—¿Estás bien?

Karl se estaba abrochando los vaqueros. Anna no le contestó. Repasó la lista. Ursula había llamado. Luego Bruno. Luego Ursula, Ursula, Ursula, Bruno, Mary, Bruno, Daniela. La lista de llamadas perdidas parecía interminable.

—Lo dejé en silencio —dijo Anna, hablando consigo misma. Había mensajes. La mano le temblaba. Los dedos no daban con las teclas, pero al final consiguió pulsarlas. No quedaba otro remedio.

Anna escuchó primero el último mensaje. Era Bruno. Hablaba enfebrecidamente, llorando: «Anna, ven a casa, por favor. Tienes que venir a casa. Ahora, Anna. Ven a casa ahora mismo».

—Tengo que irme —dijo Anna recogiendo el bolso antes de echar a correr por el pasillo y escaleras abajo.

Fuera ya oscurecía. Un taxi sería lo más rápido. Cruzó la calle corriendo hasta la estación de Kloten y se montó en el primero que encontró.

—Dietlikon. —Estaba sin aliento. Apenas podía hablar—. Di. Et. Li. Kon. El taxista no parecía entenderla. ¡Dietlikon! —gritó ella, pateando el respaldo de su asiento. Con eso reaccionó. Puso el coche en marcha y arrancó sin mirar.

noviembre

Las lágrimas mojan, pero no son agua. A la vez líquidas y potables, es posible congelarlas y, como se suele decir, ahogarse en ellas. Pero no son agua. Químicamente se componen de grasa, azúcar, sal, anticuerpos, minerales y al menos una docena de otras sustancias producidas por un organismo vivo que, para el resto de esta digresión, supondremos que es humano.

Hay tres tipos de lágrimas.

Las lágrimas que sirven solo para humedecer el ojo se llaman lágrimas basales, y lubrican los párpados como el aceite de una bisagra. Las denominadas lágrimas reflejas brotan cuando agentes externos, como el polvo o los vapores de la cebolla, irritan el ojo. Y aunque también pueden manar cuando una persona bosteza o tose, la función específica de las lágrimas reflejas es lavar y limpiar. Su propósito es la ablución.

Las lágrimas provocadas por la pena son lágrimas psíquicas, y estas no requieren mayor análisis.

Hay tres clases de pena.

La primera es anticipatoria. Esta es la pena del desahucio. Pena *a priori*. Esta es la pena que sientes cuando llevas a tu perro al veterinario por última vez. Esta es la pena de la familia del preso en el corredor de la muerte. ¿Ves aquella pena a lo lejos? «Está en camino». Esta es la pena para la que en cierto modo es posible prepararse. Zanjás los asuntos pendientes. Te reconcilias. Dices adiós una y otra vez. La angustia merodea en las cámaras de tu corazón y te armas de valor para la presencia inminente de una ausencia permanente. Esta pena es un instrumento de tortura. Oprime, arrastra y empuja hacia abajo.

La pena que sobreviene a una pérdida súbita llega como una puñalada. Esta es la segunda clase de pena. Es desgarradora y siempre por sorpresa. Nunca la ves venir. Es un dolor sin paliativos. La herida es mortal, y aun así no mueres. Esa es la agonía imposible que provoca.

Sin embargo, la pena no es simple tristeza. La tristeza solo hay que dejarla pasar, abrazarla y escucharla. La pena es una travesía. Hay que acarrearla. Con una mochila llena de piedras, recorres un bosque oscuro sin senderos, con zarzas que se enredan a tus piernas y manadas de lobos que te pisan los talones.

La pena que nunca se mueve se llama pena compleja. No remite, no la aceptas, y nunca —nunca— duerme. Esta es la pena posesiva. Esta es la pena delirante. Esta es la pena histérica. Por más que corras, la pena es más rápida. Esta es la pena que te atrapará y podrá contigo.

Esta es la pena que te devorará.

Iba despistado.

Iba despistado y cruzó la calle corriendo sin mirar.

¿A qué estarían jugando Charles y Víctor? ¿A policías y ladrones? ¿A corre que te

pillo? ¿A *stop*? Anna suponía que los niños ya no jugaban a esas cosas. Quizá se perseguían en círculos, alegremente. También se divertían juntos, por más que otras veces discutieran. «Quizá era uno de esos buenos momentos», pensó Anna. Como si eso importara, como si cambiara algo.

No cambiaba nada.

Iba despistado.

Todos decían que había sido un accidente. ¿Terrible e incomprensible? Sí. Pero también completamente accidental. Ursula y Margrith asistieron al desastre. Estaban delante del cobertizo donde Hans guardaba el tractor, apenas a unos pasos. Margrith sostenía a Polly Jean en brazos. Ursula acababa de recoger las últimas hortalizas de la temporada y quería compartirlas con Margrith. De su brazo colgaba una cesta de nabos y patatas. Ocurrió en un instante. Charles salió corriendo a la calle y enseguida se produjo el impacto. Su cuerpecito cayó al suelo. «¡Se ha metido delante del coche! ¡Se ha metido delante del coche! —El conductor era un joven de treinta y pocos años—. ¡Se me ha cruzado corriendo! ¡No he podido frenar! *Jesses Gott!* ¡Dios mío!».

Victor también vio el accidente. El resto de su vida recordaría con perfecto e inmutable detalle el chirrido de los neumáticos al frenar en seco, el incomparable pánico que brilló en la mirada incrédula del conductor, y el absurdo de la patata roja que cayó del cesto de su abuela y rodó tan cerca de la cabeza de Charles que luego hubo que apartarla de un puntapié.

Fue un accidente. El conductor —su nombre era Peter Oesch— no había bebido alcohol, conducía atento y no superaba la velocidad reglamentaria. Charles salió a la calle sin mirar. «¡Se me cruzó corriendo! ¡Yo no iba rápido!». Era verdad. Peter no iba rápido. Pero la causa de la muerte no fue el impacto. En cuanto Charles se cruzó delante del coche, Peter clavó el freno y dio un volantazo para no impactar de cara. Le dio de refilón. El golpe le rompió la pierna y la cadera. Ya está. Si la cosa hubiera quedado ahí, Charles habría sobrevivido. Pero cuando Charles cayó, se fracturó el cráneo. Aunque improbable, no era una fractura imposible. Su cabecita golpeó el suelo en el ángulo exacto y con la fuerza y la velocidad necesarias para partirse. Un tahúr jamás habría apostado por esa opción. Era una probabilidad entre mil. Pero ocurrió. Fue una fractura abierta, una arteria rota. Los auxiliares de la ambulancia no pudieron cortar la hemorragia. Charles murió rápido, aunque no en el acto.

Anna estaba dormida en el hotel Allegra cuando murió.

Sterben es el verbo alemán «morir». Es un verbo irregular. Tiene su lógica; no hay dos muertes iguales. El participio de *sterben* cambia la vocal a mitad de palabra: la *e* habitual que esperas encontrar se transforma en una *o* boquiabierta de sorpresa. *Sterben* forma el pasado compuesto con *sein*, que significa «estar». *Er ist gestorben. Du bist gestorben. Ich bin gestorben.* Él, y tú, y yo: a todos nos rebasa la muerte. El presente queda atrás.

Y entonces estás muerto. Por siempre jamás. Estás muerto y no hay vuelta de hoja.

El taxi llegó al lugar del accidente y Anna saltó del coche todavía en marcha. No pagó la carrera. El chófer le gritó que volviera, pero cuando vio a la policía, los corros de mujeres llorando y al hombre alto que se apartó de la multitud para ir a abrazar a la mujer que había saltado de su taxi, imaginó el resto. Dio media vuelta con el coche y se marchó. Anna intentó mirar más allá de la barrera que formaban los policías en medio de la calle. Bruno se lo impidió, aunque ya no quedaba nada que ver. Anna gritó sin aliento media docena de preguntas. «¿Dónde está Victor? ¿Dónde está Polly? ¿Dónde está Charles?».

No hizo falta que nadie le dijera quién se había lastimado. Así es la intuición de una madre. «Lastimado —se dijo—. Se ha lastimado. Nada más. Está bien. Tiene que estar bien». Sin embargo, esa misma intuición de madre lo negaba. Cuando Bruno le explicó lo ocurrido, Anna pasó de los gritos a los alaridos. Le flaquearon las rodillas y le fallaron las fuerzas.

Margrith se acercó para sostenerla, pero Bruno negó con la cabeza.

—Agárrame del cuello, Anna. Así. Inténtalo. —Bruno la alzó en brazos y la cargó hasta casa como a una novia al cruzar por primera vez el umbral. La llevó hasta el dormitorio, la tendió en la cama, se sentó a su lado, le sostuvo las manos temblorosas y se lo contó todo. Cada detalle la obligada a encogerse un poco más. El nombre del conductor. La hora de la muerte. Qué pierna se quebró en el impacto. Bruno le acariciaba el pelo con la mano derecha mientras con la izquierda se secaba las lágrimas.

—Intentamos llamarte.

Anna habló hacia la almohada en la que había hundido la cabeza.

—Tenía el teléfono en silencio. Me olvidé de cambiarlo.

Bruno no contestó. No había ninguna razón para hacerlo.

Sueño que estoy en la estación central con dos mujeres embarazadas, una bastante joven y la otra un poco mayor. Dan a luz al mismo tiempo, pero la criatura de la mujer más mayor muere en el parto o nace muerta. Ella dice con indiferencia: “No pasa nada, ya se me ocurrirá algo”. Le digo que lo siento, pero no sé qué otra cosa

añadir. Cuando me vuelvo, la mujer más joven ya no está. Ha dejado escrito en una nota que debe llegar a casa antes de que su marido empiece a preocuparse. Se ha olvidado al bebé. Empiezo a buscarla angustiada, pero la mujer mayor me detiene y me obliga a entregarle el bebé. «¿Ves?, dice. Todo ha salido bien». «“Sí”, le digo, “supongo que sí”».

Mary llegó veinte minutos después y fue a verlos al dormitorio. Anna la miró y las dos empezaron a llorar desconsoladamente. Bruno se levantó y se quedó a un lado. Mary ocupó su lugar, se sentó en la cama y acunó a Anna contra su cuerpo, blando y maternal, mientras sus lágrimas caían en el pelo de Anna, y Anna a su vez lloraba en el pecho de Mary. Un policía se asomó por la puerta y le pidió a Bruno que lo acompañara. Mary asintió como diciendo «Descuida, yo me ocupo de ella». Luego volvió a mirar a Anna y siguió meciéndola.

—Tranquila. Estoy contigo. —Mary acarició la espalda de Anna y le alisó el pelo con la mano. Se fijó en que le faltaba un pendiente—. Luego lo encontraremos —susurró, y Anna empezó a sollozar todavía con más histeria.

—Me aterra la muerte —dijo Anna.

—¿Por qué? —preguntó la doctora Messerli—. ¿De qué sirve temer lo inevitable? «Pero el temor estriba en esa inevitabilidad», pensó Anna.

—¿Usted cree en Dios?

—Creo en una bondad superior alrededor de la cual gira el universo.

Anna hizo una mueca.

—¿Cree en el cielo?

La doctora Messerli eludió la pregunta.

—Nadie sabe qué hay después de la muerte. Los muertos. Muy rara vez vuelven.

Anna insistió.

—Me da miedo la muerte.

—La muerte es transformación, Anna. Nada más. —No era la respuesta que Anna ansiaba oír—. La muerte es el camino que tiene el alma para convertirse en algo nuevo. Todos los seres vivos mueren. Es así. Es así y ya está.

—Sigue asustándome.

Durante unos segundos, doctora y paciente se miraron con solemnidad, aguardando a que la otra hablara primero. La doctora Messerli rompió el silencio.

—La muerte es cambio. Nada más. Metamorfosis. El paso de un estado a otro. Como entrar en una habitación distinta de su casa, Anna. ¿Le ayuda pensarlo en esos términos? —No. La doctora Messerli suspiró—. Anna, yo solo sé una cosa: cuando nos llega la hora de morir, a mí, a cualquiera, cuando llega el momento de abandonar una vida y seguir hacia otra, no queda más opción que entregarse a los brazos de la transfiguración. No es un final. Es un comienzo.

Anna no participó en los preparativos del funeral. Estaba deshecha, no habría

podido ayudar en nada. La misa fue tres días después del accidente. Era sábado, y la iglesia —la iglesia en la que el abuelo de Charles había sido pastor— estaba llena. Fue muchísima gente. Todos los amigos de los Benz, sus familias, los hombres y las mujeres con quienes trabajaba Bruno, los compañeros de Anna de la clase de alemán, miembros de la parroquia, vecinos del pueblo, amigos de Ursula, gente a la que Anna ni siquiera conocía, con la que nunca había coincidido... Todo el mundo asistió a la misa. La maestra de Charles, *frau Kopp*, también estaba allí. Anna no podía mirarla a los ojos, y *frau Kopp* tuvo la delicadeza de ahorrarle el mal trago. «Gracias», dijo Anna por dentro. Archie fue al funeral, pero se marchó discretamente antes de que terminara. Anna lo había visto sentado al fondo al echar un vistazo a la iglesia antes de la misa. Tenía la cabeza gacha y fingía leer la tarjeta de recordatorio. Anna sintió un ardor en el estómago. Se juró que no volvería a ver a Archie. Y no lo hizo. Karl también estaba allí, por supuesto. Era amigo de la familia. Anna no sintió nada, lo miró con una carencia absoluta de emoción. Un vacío rotundo. Un vacío tan rotundo que era brutal. Los padres de la mayoría de los niños de la clase de Charles fueron a la iglesia, aunque la mayoría de ellos optaron por dejar a sus hijos en casa. Tim y Mary también fueron solos. Anna lo comprendía. Ella tampoco habría llevado a Charles a un funeral, ni siquiera al funeral de uno de sus amigos. «Es demasiado pequeño, demasiado tierno», pensó Anna en presente. Aún no había empezado a pensar en él en pasado.

El *Pfarrer* ofició la misa en suizoalemán. Tañeron las campanas.

El sepelio había sido aquella mañana. Anna, sostenida por Bruno y Ursula, no paró de llorar en uno de los pañuelos que Mary le había regalado por su cumpleaños.

Charles fue incinerado. Enterraron su urna en el recinto infantil del cementerio.

Eso era lo único que Anna recordaba de las dos ceremonias. Después del funeral Bruno, Ursula y el resto del cortejo fueron a la *Kirchgemeindehaus* para un almuerzo ligero, café, y más lágrimas. Anna no los siguió. Mary la acompañó a casa, la ayudó a desvestirse y la acostó en la cama. «Por favor, no te vayas», le pidió Anna cuando Mary se dirigió hacia la puerta del dormitorio. Mary le dijo que no pensaba marcharse, que volvería enseguida. Unos minutos después, regresó con una bandeja de comida que Anna no tenía ningún interés en probar. Mary le pidió que se esforzara, recordándole con delicadeza que Victor y Polly la necesitarían y que para estar fuerte debía comer. Anna dio un par de bocados al sándwich y tomó un sorbo de té. Mary se llevó la bandeja y luego volvió. Se sentó en una mecedora junto a la cama y veló a Anna el resto del día.

«Victor y Polly te necesitan, Anna». Los días que siguieron a la muerte de Charles, Anna llegó a olvidar que tenía otros dos hijos. La vecina de Anna, Monika, cuidó de Polly Jean varios días, aliviando a Bruno y Anna, y también a Ursula, de cargas inmediatas. A Victor, en cambio, no pudieron protegerlo del golpe. Charles y él siempre habían dormido en la misma habitación. Compartían los juguetes y las atenciones de sus padres. El malhumor habitual de Victor dio paso a una expresión de

vacío y perplejidad que revelaba una tristeza más allá de cualquier consuelo. En la iglesia se sentó entre Anna y Bruno. No le habían dejado ir al entierro. Víctor no tenía necesidad de ver eso. Anna tampoco.

El día antes del funeral de Charles, los Benz recibieron en el buzón la *Bestattungsanzeige* de Charles. Anna la encontró en el cajón de la mesilla de noche de Bruno. Estaba buscando calmantes; tenía migraña de tanto llorar. Bruno había resbalado en el hielo el invierno pasado y se había lesionado la espalda. Anna confiaba en encontrar alguna pastilla allí.

La esquela estaba encima de otros recuerdos personales: un dibujo que Charles había hecho en el colegio, una fotografía de Anna con Polly Jean en brazos, la tarjeta de felicitación que le había mandado su madre en su último cumpleaños. Había doblado el papel meticulosamente en cuatro. Cuando Anna lo desplegó y vio el nombre de su hijo, no pudo seguir leyendo. Fue una sensación más próxima a la vergüenza que a la pena. «No debería ver lo que guarda en su cajón». Anna dejó la esquela fúnebre en su sitio entre las cosas de Bruno.

Bruno nunca le preguntó a Anna dónde estaba el día que Charles murió.

Dos veces el año anterior en la ciudad una mujer (una mujer distinta en cada ocasión) se acercó a Anna con un portapapeles y le preguntó en suizoalemán si podía dedicarle unos minutos. Estaban haciendo un estudio de mercado y buscaban a gente de a pie para participar en pruebas de nuevos productos. En ambos casos Anna aceptó (¿qué otra cosa iba a hacer?), y las dos veces acompañó a las mujeres a una sala de conferencias de un hotel próximo. En la primera prueba le pidieron que degustara y evaluara varios cafés. «¿Es amargo? ¿Puede describir el aroma? ¿Diría usted que el café tiene cuerpo? ¿Le parece que es “redondo” en el paladar?»». Anna no había empezado todavía las clases de alemán, y la encuestadora y ella se debatieron durante veinte minutos, la mujer haciendo mímica con las manos, y Anna contestando sus preguntas con miradas expresivas y gestos. A modo de obsequio le dieron un frasco de café instantáneo y una gran bolsa de chokolatinas surtidas. Anna guardó el café en el fondo de la alacena, pero —en los tres días siguientes— se comió toda la bolsa de chokolatinas. «¿Por qué debería compartirla? —pensó—. Soy yo la que hizo la encuesta». Era la recompensa a su esfuerzo. A veces Anna se esforzaba. A veces se esforzaba muchísimo.

La segunda ocasión que abordaron a Anna (en la misma esquina de la misma calle, nada menos) fue cuando llevaba justo un mes estudiando alemán. Esa encuesta resultó mucho más llevadera que la anterior. Anna sonrió en todo momento, encallándose solo con unas pocas frases y con aún menos palabras. Ese día evaluó encurtidos en conserva, y esta vez recibió un tarro de cebolletas en vinagre, que, al igual que el café instantáneo, también guardó en el fondo de la alacena. No hubo chokolatinas, pero no le importó. Su desenvoltura, su fluidez al hablar, fueron su recompensa.

Satisfecha, Anna le relató esta historia a la doctora Messerli al cabo de unos días. La doctora Messerli le preguntó qué creía que significaba.

Anna dijo que creía que significaba que las cosas empezaban a mejorar.

Una semana y media después del accidente, Victor volvió al colegio y Bruno se reincorporó al banco. ¿Qué otra cosa podían hacer? Bruno hizo frente al duelo enfrascándose en el trabajo. Allí se concentraba, era eficiente, estaba ocupado. En casa llenaba las horas libres con tareas y arreglos de bricolaje. Pintó el sótano y cambió los tabloncillos podridos del cobertizo. Compró un lavaplatos y lo instaló. Le ayudaba tener las manos ocupadas.

Habían intentado hacer el amor la noche antes de que volviera a la oficina. Fue un fracaso. Bruno abrazó a Anna de espaldas y la atrajo hacia su erección. Enterró la cara en su pelo y con cautela apuntaló su cuerpo contra la espalda hermosa y delicada de su mujer, tanteándola suavemente pero con intención.

—Por favor, Anna —dijo—. Te necesito. Necesito estar contigo.

Anna no podía parar de llorar, y eso hizo llorar también a Bruno. Se apartó de ella. Anna se acurrucó. Bruno estuvo una hora mirando el techo, como si fuera a moverse. Al final los dos cayeron en un sueño parejo, inquieto.

Anna se pasaba casi todo el día en la cama. El tiempo se detuvo. La casa se ensombreció. Anna no se molestó en pedir que le devolvieran el dinero de las clases de alemán, pero no pensaba volver. No tenía sentido, y parecía un insulto a la memoria de su hijo. Tampoco habría podido concentrarse. El dolor consumía cada minuto de su tiempo. Anna sufría náuseas a todas horas. Solo tomaba caldos y pan tostado. Se adelgazó. Cuando salía a caminar, alucinaba pájaros. Negros y erráticos, la seguían al subir y bajar la colina. Se mantenían en los márgenes de su campo visual, pero la bandada se hacía cada día más numerosa y menos periférica.

Mary se ofreció a dejar las clases para poder ir a casa de los Benz todos los días y cuidar de Anna y Polly Jean (Monika no podía hacerse cargo de Polly indefinidamente, como es lógico). Anna le quitó la idea de la cabeza, ofreciéndole el argumento de que Mary podría ayudarla a ponerse al día cuando se sintiera mejor, aunque dudaba que eso llegara a ocurrir. Y además Anna contaba con Ursula; no estaría sola. Mary aceptó sus razones y no insistió.

Cuando Victor volvía del colegio, se llevaba la merienda a la sala de estar y madre e hijo se sentaban juntos en el sofá y veían la televisión. Ninguno de los dos quería hablar. Victor hizo una regresión. Por la noche se chupaba el dedo y una o dos veces mojó la cama, o veía programas demasiado infantiles para su edad. Eran los dibujos animados que le gustaban a Charles. En el sofá Victor se recostaba tentativamente en Anna, y ella le acariciaba el pelo.

«Es demasiado tímido para pedir consuelo —pensó Anna—. No es Charles».

—¿Crees en el infierno? —preguntó Anna.

—¿A qué viene eso? —Stephen atrajo a Anna aún más hacia su cuerpo. Era una mañana especialmente fría de principios de febrero. Estaban acurrucados bajo un edredón individual.

—Como eres experto en fuego... —Anna contestó con una sonrisa. Su voz sonó ligera, relajada y feliz. No pedía nada más que estar así, pegada a él sin fisuras, como el encastre de una mesa menonita.

Stephen suspiró.

—La verdad es que no pienso en ello.

—¿En el infierno, quieres decir?

—Sí.

—No eres religioso.

—Para nada.

—¿Y tus padres?

Stephen se estiró con un escalofrío y miró su reloj. Era hora de levantarse.

—Mis abuelos. Ortodoxos griegos. —Se incorporó, bostezó y se puso unos pantalones de deporte tan rápido como pudo.

—¿Eres griego? —A Anna nunca se le había ocurrido preguntarle por sus orígenes.

—Chipriota.

—Ah. —Anna no sintió necesidad de seguir indagando.

—Aunque, verás —Stephen se volvió hacia la cama y Anna se incorporó—. Te contaré algo sobre el fuego que seguramente no sabes. Y como te encantan estas divagaciones... —dijo, con una réplica perfecta de la sonrisa con que la miró el día que se conocieron.

—Cuéntame. —A Anna le encantaba que le siguiera el juego. Pestañeó con coquetería y puso una voz melosa.

Stephen se sentó a su lado en el borde de la cama.

—Pues resulta que en Jerusalén por Semana Santa un cura lleva un par de cirios hasta la iglesia que, según se dice, está construida encima del sepulcro de Jesús.

—¿Es una costumbre ortodoxa?

Stephen asintió mientras continuaba hablando.

—Baja a la cripta solo, recita una antigua plegaria, y cuando vuelve a subir los cirios están encendidos.

—De acuerdo. ¿Y dónde está el milagro? —Anna se entregaba al discurso con el regocijo de una colegiala.

—Ah. El milagro es que antes de entrar en la iglesia lo cachean para demostrar que no oculta cerillas o un encendedor en la sotana. También registran el sepulcro. Así que ¿de dónde viene el fuego? He ahí el misterio.

—¿De dónde viene?

—Se dice que una luz azul aparece de una nube que se forma de la nada. La luz y la nube ejecutan una especie de danza hasta que se contraen en una sola columna flotante de llama. —Stephen reprodujo con gestos el modo en que los elementos se fusionaban.

—¿Quién lo dice?

—Los curas. Y de esa llama él enciende los cirios. —A Anna le gustaba aquel pequeño teatro—. Y entonces comparte la llama y la gente se estremece de asombro. Lo llaman «Fuego Santo». Porque viene de Dios. —Stephen bostezó y se levantó otra vez—. Eso es lo que dicen.

Anna estaba fascinada.

—¿Tú lo has visto? ¿Crees en el milagro?

—Anna, no seas boba. No hay ningún milagro. El cura lleva cerillas escondidas en alguna parte.

Anna se dejó caer en la cama. Esperaba que dijera «Sí, lo creo, sin lugar a dudas».

—Pero ¿una llama azul no es inusual?

Stephen se inclinó y le besó la nuca.

—El fuego puede ser de muchos colores. Es un truco de la luz, de la atmósfera. Histeria colectiva.

—Entonces, ¿no crees en el infierno?

—Anna, ni siquiera creo en el cielo.

Fue lo más cerca que Anna estuvo de una confesión. Una semana después del funeral, un sábado por la mañana. Mary fue a hacerle compañía, como cada día desde el accidente. Se presentó con un guiso, una lata de galletas de canela, otra lata, esta de crema de avellanas, y una bolsa con varios caprichos y aperitivos que quizá le gustaran a Anna, o a Bruno, o a Victor.

—Mary, no hace falta que te molestes —dijo Anna. Sabía que no probaría ni un bocado.

Mary le restó importancia y le dijo que lo hacía con mucho gusto. «Así es como ella sublima el dolor», comprendió Anna por fin. Mary daba utilidad a la pena. En ese sentido era tan práctica como Bruno o Ursula. Pero Mary tenía una ternura de la que ellos carecían. «¿Será porque es canadiense? —se preguntó Anna—. No, es porque Mary es así».

Mary entró en el dormitorio con unas tazas de té y acercó una silla a la cama. Le dijo a Anna que estaba a su disposición. Podían hablar, o no hablar. Mary escucharía, o simplemente compartirían el silencio.

—Lo que necesites, Anna.

Anna siguió callada varios minutos y escuchó mientras le contaba cosas triviales y neutras de Tim y los niños. Mencionó que hablaba con Nancy, que mandaba recuerdos y quería que le dijera que, si podía a hacer algo por ella, no dudara en hacérselo saber. Anna le pidió que le diera las gracias en su nombre. La conversación languideció.

—Mary, ¿qué es lo peor que has hecho en la vida?

Mary dejó la taza en el velador, apoyó los codos en las rodillas y la cara en las palmas de las manos, como haría una niña, y pensó unos instantes.

—No lo sé. Siempre he intentado ser una persona decente. Así de aburrida soy, supongo —dijo, desmereciéndose.

—No, Mary, así de buena.

Mary se sonrojó. Anna la había avergonzado.

—Déjame pensar. Quizá fue la vez que... —Mary se interrumpió y se movió incómoda en la silla—. ¡Ay, Anna, no quiero contarle! ¿Por qué lo quieres saber?

—Me hará sentir mejor.

Mary no entendió a qué se refería, pero no le pidió explicaciones.

—De acuerdo, Anna, ¿quieres saberlo? Te lo contaré. Pero es un secreto. En serio, por favor, no se lo puedes contar a nadie. —Anna asintió—. En el instituto prendí fuego al cobertizo de la casa de mi entrenadora de voleibol.

—¡Mary! —Anna no supo si impresionarse u horrorizarse.

Mary dio marcha atrás.

—No fui yo sola. Todo el equipo. Entre todas le prendimos fuego. Y además era

un cobertizo viejo y destartado, así que...

Anna estaba perpleja.

—¿Por qué?

Mary suspiró.

—Las chicas del equipo, casi todas, habíamos sido muy malas con una chica. Cruelles a más no poder. Difundimos rumores sobre ella, le deshinchamos las ruedas de la bicicleta, le dijimos que un chico estaba enamorado de ella y quería una cita cuando no era cierto, le cortamos el pelo...

—¿Le cortasteis el pelo?

Mary asintió avergonzada.

—Anna, nos portamos fatal. Y lo hacíamos a propósito. Queríamos amargarle la vida. La chica dejó el equipo. De hecho, se cambió de instituto.

—Pero ¿por qué lo hicisteis?

Mary se encogió de hombros.

—Simplemente fue una de esas confabulaciones de chicas que se hacen al azar y porque sí. No fue cosa mía. Ni siquiera puedo decir que la odiara. —Mary dejó caer la cabeza. Anna se dio cuenta de que había cargado con el peso de esa culpa durante años—. Sinceramente, no sé por qué la tomamos con ella.

—¿Y el cobertizo?

—Ah. Resulta que nuestra entrenadora se enteró y nos hizo abandonar la competición. Nos arruinó la temporada. Estábamos rabiosas. Así que una noche nos colamos en su propiedad. Una chica tenía la lata de gasolina, otra llevó papel de periódico. Yo encendí una cerilla y le prendí fuego. Luego huimos.

—¿Y no os pillaron? Seguro que sospechaba de vosotras...

Mary negó con la cabeza.

—Cubrimos nuestras huellas. Y mantuvimos la boca cerrada. No podían acusarnos con meras sospechas. No había ninguna prueba. —Anna asintió—. Bueno, ahí lo tienes. Eso es lo peor que he hecho en mi vida.

—¿Y tuviste que pensar antes de contestar?

—No, la verdad. Pero intento no darle demasiadas vueltas.

—¿Qué pasó después?

—Después de aquello tuvimos una nueva entrenadora de voleibol. Así que también nos deshicimos de la otra. Al año siguiente ganamos todos los partidos que jugamos. Luego me gradué. —Mary se detuvo a pensar un instante—. Bueno, quizá eso fue lo peor. Obligarla a marcharse. Y a aquella pobre chica. —Mary negó con la cabeza—. ¿Sabes? Ni siquiera me acuerdo de su nombre.

—Es bastante fuerte.

—Nunca le he contado esto a nadie, Anna. Ni siquiera a Tim.

—¿No estudiabais en el mismo instituto?

Mary asintió.

—Ya te lo he dicho. No abrimos la boca. —Mary exhaló—. Solo éramos un

hatajo de mocosas desconsideradas. Aquella chica no se merecía que la atormentáramos así. Y tampoco es que fuéramos tan malas, creo yo. Simplemente destructivas. Una destrucción alimentaba la otra. No nos paramos a pensar. Deberíamos haberlo hecho, pero no lo hicimos. ¿Puedes entenderlo?

—Mary, todo esto es culpa mía.

Mary se deslizó hasta el borde de la silla, estiró la manta de Anna y la alisó para taparla como hacía con sus hijos al arroparlos en la cama, mimándola.

—¿Qué ocurre, cielo? No digas eso, sé que no es verdad.

A Anna le faltó valor para continuar.

—Anna —la arrulló Mary—. Puedes contarme cualquier cosa. —Anna creía que sí, probablemente podía.

Pero supo sin lugar a dudas que no lo haría.

Karl estuvo en casa una sola vez después del funeral. Bruno, Guido y él iban a ir a un partido de los ZSC Lions. Bruno aún no había llegado del trabajo. Ursula se había llevado a Victor y Polly a dar un paseo. Anna estaba vestida, pero con desaliño. Karl llamó tímidamente a la puerta.

—Hallo, Anna. ¿Cómo lo traes?

Anna lo traspasó y lo atravesó con la mirada. Seguro que Karl podía adivinar cómo se sentía sin necesidad de preguntar, pero preguntar es la costumbre. Contestar es opcional.

—Pasa —dijo Anna, y lo condujo hasta la sala de estar. Karl cruzó el recibidor y entró en la casa. Anna estaba viendo un concurso televisivo. *5 Gegen 5*. Cinco contra cinco. Era una versión suiza del programa estadounidense *Family Feud*.

Karl no sabía muy bien qué hacer con las manos, así que las hundió hasta el fondo en los bolsillos de la chaqueta y miró a Anna, a la espera de que le diera pie para decir algo. Anna se encogió de hombros y le indicó una silla, mientras ella volvía arrastrando los pies hasta su sitio en el sofá. Durante cinco desconcertantes minutos fingieron que no se habían visto desnudos.

Anna no apagó el televisor. Uno de los equipos estaba formado por miembros de una asociación de canto tirolés de Burgdorf, y el otro era un equipo femenino de *unihockey* de Winterthur. La pregunta —formulada en suizoalemán— era, por lo que Anna pudo entender, «Nombren los sabores de helado que la gente prefiere». La respuesta más votada, el chocolate, ya la habían dicho. Una de las mujeres del equipo de *unihockey* contestó «¡Fresa!». Era el penúltimo sabor de la lista. Anna escrutó la pantalla con los ojos inyectados en sangre buscando el sabor pistacho. No estaba en el tablero.

—Nunca, nunca, nunca se lo puedes contar a Bruno.

Karl asintió apenas, con solemnidad. Luego se quedaron inmóviles en silencio. Fuera, el sol se puso tan deprisa que el ocaso casi se hizo audible.

En el dorso de su cuaderno de ejercicios, Anna escribía una lista de expresiones y frases hechas potencialmente útiles del alemán. «¡No digas ni pío! ¡Mil gracias! ¡No me hables! Aquí hay gato encerrado. Nada de peros. Preparados, listos, ya. No hay dos sin tres. ¿Tienes un palillo? Ojo por ojo. Ha ido de un pelo. ¿Dónde está la droguería? ¿Dónde están los trenes? ¿Cómo va todo? Todo muy bien. Me va genial. Bastante bien. Tirando. Estoy triste. Estoy mal. Necesito ayuda».

En una sesión antes de la muerte de Charles, la doctora Messerli intentó explicarle a Anna la diferencia entre una razón y una excusa. Hilaba tan fino como ella con esas cosas.

—Supongo —concedió Anna con apatía. No estaba escuchando, precisamente.

La doctora frunció el ceño pero siguió recalcando adónde quería llegar.

—¿Se siente desgraciada? Muy bien. Tiene motivos para disgustarse de vez en cuando. Las costumbres suizas todavía le resultan esquivas. El suyo es un matrimonio difícil..., pero todos los matrimonios son difíciles, Anna, incluso los buenos, y usted tiene pocos amigos y ningún pasatiempo. Sus hijos son pequeños. Exigen mucha atención. Todo eso es difícil. Ahora bien —continuó la doctora Messerli—, por cada razón que esgrime para justificar su tristeza, ofrece una excusa que solo sirve para prolongar su agonía. «Qué voy a hacer si los suizos son obstinados», se queja usted. «No está a mi alcance que Bruno sea más considerado»... Anna, ¿ha intentado sencillamente pedirle que sea más atento? «Soy demasiado tímida para hacer amistades». «Criar a mi hija consume todas mis energías». ¿De veras no puede hacer nada para cambiar su vida? Esa es la excusa más grande de todas.

Anna no pudo rebatirla.

La doctora Messerli suavizó el tono.

—Trabajemos eso, Anna. Solo eso. Será suficiente. Va por ahí como una refugiada en uno de aquellos guetos de la guerra, cuando en realidad tiene todas las fuerzas aliadas a sus órdenes. No hay ninguna razón para vivir así. —Anna asintió. No la había—. Puede vivir plenamente. Anna. Quiero que lo logre.

Medio desconcentrada como estaba, Anna escuchó «zozobre».

Polly Jean cumplió un año el 29 de noviembre, un jueves. Anna no tenía ningún interés en celebrarlo. Cualquier amago de diversión parecía obsceno. Hasta entonces habían celebrado los primeros cumpleaños de los niños con una pequeña fiesta. Cena sencilla, luego la tarta con la familia. A Anna le gustaba la parte de la tarta. Era una tradición: sentaba al niño que cumplía años en la trona, como un rey, y le ponía delante un pastel que no tenía que compartir con nadie más, para que hundiera las manos en el bizcocho y acabara con el pelo pringado y migas pegadas en la nariz, mientras Anna hacía fotos. En realidad era eso lo que le interesaba, las fotografías. A Bruno le parecía una costumbre ridícula. «Es una porquería y una manera absurda de desperdiciar la tarta», decía. Aun así, en algún rincón del desván había un álbum que ya nadie miraba, y que contenía fotos de los niños con la cara completamente untada de chocolate.

Fue Ursula quien habló con Anna una semana antes del cumpleaños de Polly. Se ofreció a hacer la tarta, y también a que celebraran la fiesta en su casa. Lo decía de corazón, y a Anna le conmovió su delicadeza, pero no dijo nada. Ursula salió en silencio de la habitación y dejó a Anna a solas el resto de la tarde.

Ursula, igual que Bruno, afrontó el dolor con sensatez. Se volcó en sus labores de punto y se embarcó en una campaña de recogida de ropa para niños organizada por las *Frauenverein*, y una vez por semana quedaba con las mismas mujeres en la *Kirchgemeindehaus* para trabajar en otros proyectos, algunos con fines benéficos, otros creativos, como el taller de artesanías de Adviento al que Ursula pensaba asistir la semana siguiente. Y además cada día iba a Rosenweg y se ocupaba de Polly Jean. Optó por aparcarse las diferencias con su nuera y buscó maneras prácticas de ayudar a Anna en el día a día. Ursula preparaba la mayoría de las cenas para la familia, y hacía casi todas las compras y las tareas domésticas. No podía ofrecer otro consuelo. Nunca había sido cariñosa con Anna. Forzar las confianzas y mostrarse efusiva ahora parecía fuera de lugar.

El cumpleaños de Polly Jean volvió a salir a colación esa misma noche. Bruno sacó el tema. Fue con tacto. Habló con cautela. Las semanas anteriores se había esforzado por tratar a Anna con una compasión excepcional.

—¿No quieres hacerle una foto a Polly comiéndose su tarta? Vamos, Anna, si no le haces una foto luego te arrepentirás. Tienes fotos de los niños.

No hacía falta que se lo recordara. Anna se echó a llorar y Bruno no pudo encontrar una sola palabra de consuelo, por más que lo intentó. Suspiró, se levantó y mirando hacia la pared dijo que subía a ver a Victor. Y eso hizo.

El cumpleaños de Stephen era el 1 de mayo. Cumplió cuarenta y dos un mes después de marcharse de Suiza. Aquel día, y también este año por su cumpleaños, Anna había ido a la ciudad, a Neumarkt, y se sentó a una mesa en el Kantorei donde

habían tomado algo el día que se conocieron. Solo pretendía ir allí a llorar, pero ni en una ni en otra ocasión pudo encontrar las lágrimas. Así que las dos veces empezó por el principio y contó para sus adentros toda la historia. Le parecía un ritual obligatorio, aunque sabía que solo servía para fustigarse.

«¿Era realmente amor? —se preguntaba—. ¿Era algo cercano al amor? ¿Residía en los aledaños del amor?».

Desde luego que era amor. Una versión del amor. Y estaba Polly Jean para demostrarlo.

Anna había visto a la doctora Messerli solo una vez desde la muerte de Charles. La doctora habló mucho más despacio que de costumbre, y con un tono más suave. En sus frases había treguas. Hizo las preguntas de rigor. «¿Cómo lo está sobrellevando, Anna? ¿Qué está haciendo para honrar la memoria de su hijo? ¿Cómo interactúa con su familia? ¿Cómo se está cuidando? ¿Se está cuidando?». Le dio otra receta de tranquilizantes. Anna nunca se había molestado en rellenar la primera.

—¿Adónde van los muertos?

La doctora Messerli contestó con franqueza.

—No lo sé.

Ya lo habían hablado antes.

—¿Qué hacen?

—Tampoco lo sé, Anna.

—¿Volveré a ver a Charles? —Anna hablaba con desesperación.

—Espero que sí —dijo la doctora. Era un deseo sincero.

Al final no quedó más remedio que celebrar el cumpleaños de Polly Jean. Ursula y Bruno insistían. Anna, hecha un guiñapo, no tuvo fuerzas para negarse. No habían planeado nada extravagante, solo una cena con la familia en casa de Ursula. Nada más.

Daniela iría desde Mumpf y Mary se sumaría también. Tim tenía partido, y Max y Alexis se quedarían con la mujer de un compañero del equipo. Max no había vuelto a Dietlikon desde el accidente. Era mejor así. No entendía que la muerte no tiene vuelta atrás.

Ursula preparó una crema de guisantes. Anna consiguió tomar unas cucharadas, que Bruno y Mary observaron con aprobación, aunque ella fingió no advertirlo. Ursula hizo también dos bizcochos, recubiertos con un baño de color rosado: uno para la familia, y uno pequeño solo para Polly Jean. Polly Jean se lanzó a destrozarlo con grititos de alegría. Acabó con el pelo lleno de migas y restos de glaseado en las pestañas. Bruno hizo las fotos. La risa de Polly Jean les hizo reír a todos. Incluso Anna sonrió, aunque se avergonzó y apretó los labios. Mary le pasó un brazo por los hombros y en un susurro le dijo que no había de qué avergonzarse.

—Si Charles estuviera aquí, Anna, también se reiría.

Hasta ese momento cualquier mención de Charles hacía que Anna rompiera en sollozos, pero la dulzura de Mary, plenamente convencida de que Charles, dondequiera que se encontrara, estaba a salvo y sin duda era feliz —¡sí, Anna, en el cielo!—, arrancó a Anna de las garras de la desesperación.

—Sí, Anna. Sé que tu hijo está bien —dijo Mary, sin asomo de duda.

Mary nunca le había dado ninguna razón para dudar de su palabra, así que en ese momento, rodeada por la familia, Anna intentó imaginar a Charles en el cielo. «¿Dónde estás? ¿Qué haces? ¿Es posible que te esté viendo? ¡Ay, *Schatz*, amor mío! ¿Puedes verme tú? ¡Te echo de menos! ¡Te quiero más que a nadie!».

Para asombro de Anna, funcionó. No había arpas ni halos. No había una puerta. En ese cielo ni siquiera había Dios. No era tanto un lugar como una dimensión que existía justo más allá de las tres dimensiones del mundo físico y fuera de la cronología inmaterial de la cuarta. Era apenas un atisbo, o el fugaz vislumbre de un atisbo, pero lo que vio fue una región cercana a la suya (más cercana, de hecho, de lo que habría esperado) donde el tiempo y la consistencia física ya no importaban, si es que alguna vez habían importado, y allí, en ese reino, estaba Charles. Carecía de rostro y de forma, pero su esencia permanecía intacta. La bondad universal en la que creía la doctora Messerli acogió el alma de su hijo entre las manos. Eran unas manos cálidas. La calidez era real. Eso Anna podía aceptarlo. Podría vivir con eso.

Empezó a sentir que la niebla negra y densa se levantaba ligeramente de sus hombros y, con permiso de Mary, abrazó esa sensación. «No será un martirio para siempre —pensó Anna—. No hace falta que me martirice para siempre». Se permitió albergar esperanzas, aunque cautas. Los estados de ánimo son veleidosos. Tan pronto vienen como se van.

Polly Jean acabó hecha una calamidad. Tenía bizcocho hasta en las orejas. Cuando se despachó a gusto Anna fue a levantarla para darle un baño, pero Ursula intervino.

—Yo la bañaré. Quédate con tu invitada.

«Ah», dijo Anna, y confió en que lo interpretara como un «Gracias».

Victor comió dos pedazos de tarta y se fue corriendo a ver la televisión. También él parecía más animado. Bruno, Mary y Daniela tomaron café y charlaron. Evitaban cualquier tipo de frivolidad. Aunque saltaba la vista que Anna se sentía mejor, todo el mundo iba con pies de plomo. Nadie quería que sus ánimos decayeran.

La conversación empezó de la manera más inocente. Mary había mencionado cuánto se parecía Victor a Bruno.

—Los ojos y la nariz. Y el corte de la cara. ¡Es una fotocopia tuya, Bruno! —Mary se rio de su propia ocurrencia. Anna asintió mientras tomaba un sorbo de café. Victor era idéntico a Bruno. «También actúa igual que él. Para bien y para mal»—. Max y Tim no se parecen en nada. Bueno, en los ojos, tal vez. Un poco. Todo el mundo dice que sale mucho más a mi familia. Pero, verás, escucha esto. Resulta que mi tatarabuelo Alexander tuvo dos hijos...

Mary, que ya había dado varios circunloquios, se embarcó en una historia aún más enrevesada sobre la hermana gemela del tal Alexander, a la que por lo visto Alexis se parecía muchísimo. Anna no estaba escuchando. No podía quitarse de la cabeza el recuerdo del primer cumpleaños de Charles. Fue un día cálido a mediados de abril, toda la familia y los vecinos estaban sentados bajo los manzanos, y vieron a Charles dar sus primeros pasos sin ayuda. Avanzó a trompicones y finalmente se cayó en la hierba entre carcajadas. Fue un día agradable.

Mary seguía con sus historias. Bruno escuchaba con atención, o eso parecía. Sonreía en el momento justo, hacía comentarios oportunos, y ponía cara de interés mientras Mary hablaba de niños y parecidos familiares. Mary nunca había ocultado que deseaba un tercer hijo. Cuando Anna le preguntó por qué, Mary dijo que así tendría algo que hacer. Anna se rio hasta que se dio cuenta de que Mary no bromeaba. En aquel momento pensó que más valía echarse un amante; daban menos problemas.

—Bueno, ¡es que se parecían tanto que la gente daba por hecho que la hija era suya! A lo que iba es... —Mary recalcó el final de su digresión cogiendo la taza de café—. ¿De dónde sale ese pelo tan negro y esa naricita respingona? La verdad es que Polly no se parece a ninguno de los dos. —Mary miró a Anna y a Bruno. Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes.

Anna se quedó helada. Nunca había tenido que contestar esa pregunta, aunque desde hacía un año había ensayado varias respuestas. «Yo era así de pequeña, no se me aclaró el pelo hasta que empecé a ir al colegio. Mi abuela materna era italiana (o española). Bueno, cuando tanto la madre como el padre portan rasgos genéticos recesivos, hay muchas probabilidades de que lo que está latente en los progenitores sea dominante en los hijos. Mira, el monje agustino Gregor Mendel cruzó varias especies de guisantes...». Anna había practicado estas y otras explicaciones, pero no lo suficiente, porque cuando más las necesitaba, ninguna le vino a la mente. «Estoy en blanco». Anna ganó tiempo metiéndose un gran bocado de pastel en la boca, y fingió que no podía hablar.

Bruno tampoco había tenido que contestar nunca esa pregunta, que ella supiera. Pero la contestó. Sin dudar, sin titubeos.

—El tío de mi padre. Polly Jean se parece a él. En el pelo. No la nariz. Él tenía una nariz mucho más grande. —Bruno señaló el tamaño de la nariz de su tío. Fue un gesto tan bien calculado como los del tipo serio de un dúo cómico.

—¿Qué tío? —preguntó Anna. Nunca había oído hablar de él.

—Rolf. —Bruno no tenía nada más que añadir. Anna trató de recordar si lo había visto en alguna fotografía.

Daniela intervino.

—Es verdad, de joven Rolf tenía un pelo oscuro y abundante, ¿no? —Anna no pudo precisar si Daniela recordaba de veras a un pariente muerto hacía mucho tiempo o si intentaba ayudar de alguna manera; y si intentaba ayudar, ¿salía en socorro de Anna o de Bruno?—. También llevaba un gran mostacho negro y áspero. —Se echó a

reír—. ¡Y me acuerdo de que se lo enroscaba como un bávaro!

—Y os daba cincuenta *rappen* si le lustrabais las botas cuando venía de visita — añadió Ursula desde la cocina.

Había cambiado a Polly de ropa, la había acostado en el dormitorio y ahora empezaba a lavar los platos. «¿Ella también mete baza?». Anna tomó otro bocado de pastel, aún más grande, concediéndose un momento para recuperar la compostura y ahuyentar aquellas ideas delirantes. «Nadie se mete en nada. Están hablando, nada más. Cómete el pastel, Anna. No tienes que decir una palabra. Cómete el pastel. El pastel está servido, ahora te lo comes».

Bruno se levantó y llevó su taza vacía a la cocina.

—Sí. Debe de haber sacado el pelo de Rolf. Seguro. —La respuesta dejó a Mary satisfecha, y cambió de tema. Anna se relajó. Pero solo un poco.

Dos años antes de conocer a Stephen, Anna estaba en la Coop de Dietlikon. Había hecho una lista de la compra, pero se la dejó en casa y estuvo media hora tratando de recordar lo que había escrito. «¿Qué tenemos? ¿Qué nos falta?». En la cesta llevaba salami, panecillos, un apio, un tarro de pimientos rellenos y cinco latas de atún. Iba de un lado a otro del supermercado, buscando los productos a medida que los recordaba, desordenada y erráticamente. Se sentía como una bola en la máquina del millón, dando tumbos. Tarde o temprano, acabaría engullida por el agujero. «Vivo en el supermercado —recordó haber pensado—. Soy la asistente doméstica, la chacha». Eso fue años antes de empezar las sesiones de psicoanálisis, así que la doctora Messerli no andaba por allí para desafiar sus planteamientos o insinuar que si Anna se creía reprimida era según una lógica que ella misma construía. «Esta es la vida que usted ha elegido, al fin y al cabo», probablemente le habría reprochado. Pero entonces Anna no tenía a la doctora Messerli. Lo que tenía eran dos hijos pequeños, un marido cascarrabias, una suegra distante y, aquel día en concreto, una jaqueca. Anna recordó que les faltaba azúcar, y giró el carro y cruzó el pasillo de productos de repostería para buscar la que Bruno y ella solían tomar con el café. Anna siempre la compraba en terrones. Prefería los terrones. Le gustaba la arquitectura uniforme de los cubos. «Es por la forma. Siempre sabes a qué atenerte». Encontró el paquete de costumbre, pero se detuvo al ver un envase distinto que había al lado. *Glücks Zucker*, se leía en el paquete, y en lugar de cubitos geométricos, reproducían los cuatro palos de una baraja de cartas. Azúcar de la fortuna, significaba. Azúcar feliz. Anna se iluminó. «¿Cómo es que no lo he visto antes?». Imaginó que eran amuletos, o talismanes. Habas mágicas, dulces, con el poder de conjurar la buena suerte. Era una promesa tonta, el azúcar solo traería caries, pero Anna no pudo resistirse. Eligió una caja y la depositó en la cesta con la ceremonia digna de algo sobrenatural. «¿Y ahora?», pensó, y entonces se acordó de que Bruno le había pedido que comprara queso. Empujó el carro hacia el frigorífico de los lácteos. «¿Todo se reduce a esto? ¿A meros caprichos fatuos?». Supuso que así era.

El final de una canción de ABBA (¿era «Take a Chance on Me»? Anna no lo recordaba, pero habría sido un tema apropiado) se fundió con los inimitables acordes de teclado que abren «The Final Countdown», de Europe. En el hilo musical de los supermercados Coop se encadenaban viejos éxitos pasados de moda, entre los que meten las cuñas con las ofertas y descuentos imbatibles. La promoción de la temporada era un juego de cuchillos. Anna guardaba los adhesivos —*Merkli*—, pero rara vez los canjeaba. Solía acordarse cuando ya habían caducado (una tendencia que se acentuaría en tantos sentidos). Los anuncios por megafonía siempre acababan repitiendo el eslogan del supermercado: *Coop—für mich und dich*. «Para mí y para ti». «Para nosotros». Como las palabras del sacerdote al consagrar el pan y el vino citando a Cristo: Este es mi cuerpo, tomad y comed. «Pero nada se regala —pensó Anna—. Todo tiene su precio». Todo siempre tiene su precio. «¡Vamos rumbo a Venus!», aullaba el cantante, su voz estúpida y absurda suspendida en el aire.

«Tan estúpido y absurdo —pensó Anna— como imponer un sentido oculto a los terrones de azúcar». Anna, plantada delante de una hilera de quesos, mantequillas, postres en envases individuales y zumos refrigerados, seguía escuchando los alaridos de la canción: «¡Sé que la echaré tanto de menos!».

«Si yo me fuera, ¿me echarían de menos? —Anna miró los productos de la cesta. Cada envase estaba escrito en tres idiomas distintos, de los que ella solo entendía uno, y a duras penas—. Azúcar de la suerte. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Joder. —La idea la asaltó de pronto—. Aquí es donde voy a pasar el resto de mi vida. Nunca viviré en otra parte. —Anna sostenía un taco de gruyere en una mano y un pedazo de *appenzeller* en la otra—. Joder. —La asaltó otra idea—. Aquí es donde voy a morir».

La canción terminó, y a continuación sonó otra. Un hombre con el mono naranja de los empleados ferroviarios suizos pasó por delante de ella sin siquiera pedir permiso.

—La combustión no se puede producir sin oxígeno —dijo Stephen—. El fuego es algo vivo, y debe respirar.

—¿El fuego tiene alma? —le preguntó Anna.

—Me marchó dentro de una semana —contestó Stephen.

Daniela se fue justo antes de las siete. Anna no había contado con que fuera, y al acompañarla a la puerta se sintió agradecida de que hubiera hecho el esfuerzo. Era un viaje enrevesado, y solo había estado un par de horas. «Yo no lo habría hecho», pensó Anna, pero luego recordó que dos meses antes había hecho el mismo trayecto a la inversa. «¿Hace dos meses? —La pregunta la pilló desprevenida—. Solo hace dos meses». Anna intentó no obsesionarse con el pasado. Puso todo su empeño por regresar al momento presente y se obligó a cubrirse con una capa de gratitud. «Todos se están portando tan bien conmigo... ¿Siempre han sido tan amables? No sé por qué se portan tan bien». Sabía por qué, desde luego. Lo que quería decir era «La gente se

está portando muy bien conmigo y no lo merezco».

Ursula llevó una segunda cafetera a la mesa y volvió a la cocina. Anna no supo cómo interpretarlo. Los gestos de amabilidad de Ursula nunca eran manifiestos, y su cordialidad y su cortesía siempre quedaban en segundo plano de las circunstancias inmediatas, que en ese caso eran los platos por lavar. Eso también era de agradecer, suponía Anna. Procuraría darle las gracias más tarde. Al día siguiente, quizá. Ya vería cómo. Mary hizo ademán de ir a ayudarla, pero Bruno le aseguró que su madre podía ocuparse sola de los platos, así que Mary no insistió. Estaba pellizcando migas del pastel con los dedos y dándole conversación a Bruno cuando Anna volvió de despedir a Daniela.

Mary estaba intentando hablar con él en alemán. Varias frases la hicieron sufrir. Bruno le corregía los errores con delicadeza y la ayudaba pacientemente con las estructuras que todavía la confundían.

—¡Diantre! ¡No puedo!

Pero Bruno insistió en que sí podía, y siguieron enhebrando a trompicones una serie de cumplidos. Anna advirtió que, a pesar de haber ido un mes más a clase, Mary todavía no dominaba el alemán como ella. Y entonces se dio cuenta de que era una frivolidad por su parte advertir algo así.

La charla continuó sin mayores honduras. Bruno alabó los progresos de Mary y, en un tono de falso reproche, le prohibió que en adelante le hablara en inglés. «¡Desde ahora, solo alemán! *Nur Deutsch!*». Mary se sonrojó. Hizo un gesto con la mano como para cambiar de tema y se cortó otro pedazo de tarta.

—La verdad es que no debería —dijo—, ¡pero está tan buena!

Anna no había comido más que aquellos dos grandes bocados que se metió en la boca para no tener que contestar las preguntas de Mary. No estaba segura de poder acabarse un pedazo entero, pero era verdad, estaba bueno. Mary la vio mirar de reojo el pastel.

—¿Te corto un pedazo? —Anna no contestó—. De acuerdo, te cortaré un pedazo. —Mary lo sirvió en un plato y se lo acercó a Anna—. ¡Con mucho glaseado, porque el glaseado es lo mejor! —dijo Mary con un guiño.

Anna cogió un tenedor y dio un bocado indeciso. Luego dio otro. Nunca había sido de esas personas que buscan refugio en la comida. «No, para eso estaba el sexo». Si hubiera optado por comer para consolarse, estaría hecha una mole. «Necesito mucho consuelo». Sin embargo, en ese momento entendió la tentación. El glaseado era lo mejor. Puedes ocultar muchas penas en una rosa de azúcar.

Mary y Bruno empezaron a hablar de Tim. Bruno le preguntó si a Tim y Max les apetecería ir al museo del transporte de Lucerna. Bruno había prometido llevar a Víctor. Por ambivalente que fuera con Anna, Bruno siempre había sido atento y paternal con sus hijos. «Sus hijos», pensó Anna. Desde la muerte de Charles, Bruno había hecho lo que haría cualquier buen padre, y canalizaba las fuerzas que le quedaban en buscar la mejor manera de distraer a Víctor de su dolor. Nadie quiere ver

sufrir a un hijo. Sin embargo, tanto Bruno como Anna sabían que no se podía hacer nada por evitarle a Victor el doloroso trago. Como mucho podían aliviarlo, o mitigarlo, o contenerlo por un tiempo. Así que salir a comer una *pizza* y jugar al fútbol, visitar el museo de trenes e ir a todos los partidos de los ZSC Lions de la temporada, prometer una salida de invierno a Zermatt para esquiar, planear unas vacaciones de verano en el lago de Bodén para nadar e ir en barca, eran meros intentos de postergar la desesperación del niño. Pero el dolor es un cliente impaciente. No tardaría en reclamar atención.

—Oh, a Max le encantaría. ¿Hay trenes o solo aviones o... qué hay exactamente?
—dijo Mary.

Hablaba sin ton ni son. Ya fuera por el pedazo extra de pastel o por la segunda taza de café o a saber por qué, pero se iba por las ramas. Y entre las muchas cosas que irritaban a Anna (en general y en ese momento concreto), una era el parloteo de Mary. Bruno dijo que sí, que el museo tenía trenes en la colección.

—Estupendo. Sí, estoy segura de que querrán ir. Ya conoces a Max. ¡Le encantan los trenes! Igual que a Charles. —En cuanto lo dijo, Mary se preguntó si había hecho bien. Miró a Anna en busca de confirmación. ¿De verdad no pasaba nada por hablar de Charles? ¿En presente?

—No pasa nada, Mary. —Anna inclinó la cabeza y miró el pastel, como si de allí pudiera sacar aplomo y fuerza—. De verdad, no te preocupes. —Levantó la cabeza y asintió—. Tienes razón. Esté donde esté, seguro que le siguen apasionando los trenes.

Guardaron un instante de silencio solemne en su memoria y luego cambiaron de tema.

Mary tomó las riendas de la conversación. Trataba de mantenerla distendida, tan animada que rozaba la frivolidad. En apenas cinco minutos Bruno y Mary habían pasado de Max y Victor a Tim y el equipo y a los planes de los Gilbert para pasar la Navidad en Uster.

—¡Es la primera vez que pasaremos las fiestas fuera de casa! —dijo Mary con añoranza.

Bruno la cortó sin acritud, pero con firmeza.

—Allí donde está tu familia, es tu casa.

Mary aceptó la pequeña reprimenda asintiendo sin decir nada.

Era la noche antes del cumpleaños de Polly Jean y Anna estaba despierta en la cama. Llevaba tres horas rogando que el sueño se la llevara. No había pegado ojo. Las persianas estaban abiertas, pero las ventanas cerradas. Era una noche sin luna. Las nubes ocultaban la luz de las estrellas. El aire estaba cargado de amenaza.

Todos los días desde la muerte de Charles, Anna acababa llorando. Había aprendido a tragarse las lágrimas, por amargas que fueran. Le quemaban la garganta. Luego siempre le entraban náuseas. Aunque ella no había visto a Charles muerto en el suelo, eso no le impedía imaginar la escena. Cada visión era más truculenta que la

anterior. Veía la sangre. Veía su cadera, rota y torcida en un ángulo imposible. Veía un agujero en la parte posterior de su cabeza. Veía sus vértebras, veía su cerebro. Luchaba por desterrar esas imágenes, pero siempre volvían con más crudeza, y los detalles eran cada vez más violentos. Lo veía dentro del horno donde lo incineraron. Veía su piel ennegrecerse y consumirse. Veía su cuerpo reducido a polvo.

«¿Bruno? —Empujó suavemente a su marido, que se había dormido antes de que Anna se acostara—. ¿Bruno? —Él se dio la vuelta, pero siguió durmiendo—. Bruno, despierta. Tócame. Necesito sentir tus manos. —Lo zarandeó de nuevo. Esta vez ni siquiera se movió—. Despierta, despierta». Anna metió una mano bajo la manta y le acarició el brazo, luego el pecho, bajando por el estómago hasta los pantalones del pijama. Deslizó un dedo por el elástico de la cintura. Bruno ronroneó, pero siguió sin despertarse. Anna dejó que su mano siguiera bajando. Tiró del pijama, se lo quitó, apartó el edredón para colocar la cabeza entre sus piernas y rodeó su polla con los labios. Estaba flácida. La chupó como una criatura succionando un pezón, o un niño el pulgar. «Despierta, Bruno. Hazme el amor». Pareció que empezaba a endurecerse, pero luego paró. No hubo manera. Anna volvió a subirle los pantalones y se dejó caer en la cama. Cuando cerró los ojos, vio a Charles cerrar los ojos aquella última vez. Lo vio exhalar el último aliento.

Se levantó y se puso un pantalón, una sudadera y zapatos, y salió de casa sin cerrar la puerta con llave. «Mi colina, mi banco». Eran cerca de las dos de la madrugada.

Se desató el llanto. «¡He perdido tanto! ¡Tanto!». Ese día había entrado en la habitación de los niños. La ropa de Charles aún estaba en el armario. Fue a buscar la camisa que llevaba el día antes de morir (nadie la había lavado todavía; Anna no lo permitía). Se la acercó a la cara, pero el olor de su hijo se había desvanecido. Prácticamente no quedaba ni rastro. Rebuscó en el armario, en la cómoda. Nada conservaba su olor. Fue como perderlo de nuevo. Nunca volvería a ver a su niño.

Era demasiado. En lo alto de la colina chilló, sacudió las manos, pataleó. «¡Maldita sea! —Cayó de rodillas. Se encogió, haciéndose un ovillo en el sendero frío, pedregoso—. ¡Arregla esto! ¡Haz que pare de una puta vez!». Era una plegaria, quizá a la maldición misma. «Despierta, Bruno —gritó como si él pudiera oírla—. ¡Necesito sentir tus manos sobre mi cuerpo!».

Anna se retorció y se agarró la piel a través de la sudadera, el suelo era una almohada de piedra. «Manos, necesito manos». En ese momento, Bruno no le servía. Archie y Karl eran opciones descabelladas. Y Stephen se había ido, se había ido para siempre. Anna se metió las manos por debajo de la ropa y se agarró los pechos con tanta fuerza que dejó marcas en la piel. Se pellizcó los pezones. «Eso es, Anna. Sí, sí». Solo podía contar consigo misma. Deslizó la mano derecha por la cremallera de los vaqueros. Se acarició hasta sentirse húmeda. «Eso es. Eso es». Se metió un dedo y apoyó el pulgar en el clítoris. «Sí, sí». En la oscuridad impúdica, trató de aliviarse.

Era espantoso, un acto desesperado, y aun en medio de una noche nublada sin

estrellas sentía mil ojos encima. «A Dios no se le puede ocultar ningún secreto — pensó—. Ya lo sabe todo».

Ladró un perro. Anna se irguió de golpe. «Mierda». Se levantó de un salto y miró en todas direcciones, pero no vio nada. El perro volvió a ladrar. «Tengo que salir de aquí». Anna bajó la colina corriendo, sin dejar de gritar en todo el camino. «A la mierda, Dios. A la mierda, universo. ¡Necesito manos! ¡Manos!».

Al entrar en casa no pudo soportar volver a la habitación. «No tengo a donde ir más que hacia abajo». Y eso hizo. Bajó las escaleras del sótano y se refugió en la esquina de la bodega. El suelo estaba sucio y las paredes olían a manzanas podridas. Se acurrucó en un rincón y se quedó dormida. Era lo más que podía alejarse del terrible Ojo de Dios.

Polly Jean empezó a llorar en el dormitorio de Ursula. Anna se levantó, pero Ursula, en su papel de hada madrina de la noche, les pidió de nuevo que no se movieran y salió de la cocina, cruzó el comedor y fue a buscar a la niña. Bruno y Anna asintieron a dúo, una muestra irrelevante de unidad conyugal. Ursula volvió al cabo de un momento, con Polly aún llorosa. De nuevo, a la vez, Anna y Bruno abrieron los brazos para recibirla. Bruno estaba más cerca, así que Ursula le entregó a Polly Jean. Bruno la sentó en sus rodillas, de cara a la mesa. Los sollozos cesaron en cuanto Polly vio el pastel. Quiso cogerlo, pero Bruno dijo que no y lo apartó fuera de su alcance. Polly Jean gimoteó e intentó cogerlo una vez más antes de rendirse. Estaba demasiado cansada para armar un berrinche, incluso por el pastel. Bruno la atrajo más hacia su pecho. Polly Jean bostezó y suspiró, luego cerró los ojos.

—Creo que solo quería venir aquí con los demás —dijo Mary—. ¡No quería estar sola encerrada en ese triste cuarto!

Anna observó a su marido y a su hija. Se le partió el corazón. No había querido ser madre, pero lo era. Una versión de lo que se supone que es una madre. Y Bruno era padre, pero no era el padre de Polly Jean. Y a la vez lo era. Bruno le besó la cabecita. «Mira cuánto la quiere». ¿No se había percatado antes? Anna no estaba segura de haberse detenido a pensarlo. «Nadie quiere estar solo encerrado en un cuarto». En cambio, Anna sí. Había dispuesto su vida de ese modo. Un secreto no cumple otro propósito que aislar, le dijo la doctora Messerli en una ocasión. Anna discrepó entonces, pero la doctora tenía razón.

«Sola, sola».

Anna comió un poco más de pastel e intentó reconducir el rumbo de sus pensamientos.

Pero cada vez que había un viraje en la conversación, Anna zozobraba. Y se había acabado el pastel del plato cuando volvieron al tema que Anna creyó que habían zanjado hacía una hora.

—Mira, de verdad que no consigo entender cómo Polly Jean puede parecerse tan poco a vosotros. ¿No os equivocaríais de bebé en el hospital? —bromeó Mary. No

actuaba de mala fe.

Sonrió al decirlo. Mary casi siempre sonreía cuando hablaba. No podría ser cruel aunque se lo propusiera, no sabría por dónde empezar. Aun así, Anna sintió un vuelco en el estómago. Cuanto más hablaba Mary, más mareada se sentía Anna. Bruno crispó el rostro, pero solo Anna lo advirtió.

—Es una preciosidad, desde luego. Parece de porcelana, ¡y ese pelo azabache!

Bruno tamborileó en la mesa con el pulgar.

—¡Qué bromas gasta la genética!

Anna sonrió débilmente. Bruno no sonrió en absoluto. Pero Bruno rara vez sonríe, razonó Anna. No tenía sentido buscarle más explicaciones ahora.

Cuando Mary se quedó sin nada que decir, un velo de tensión sofocante se cernió sobre la mesa. Mary apuró el último bocado de su segundo pedazo de pastel.

—¡Qué delicioso, caramba!

Ursula había vuelto a sentarse mientras Mary aún seguía con su cháchara. No añadió nada a la conversación salvo el testimonio de su impavidez. Polly Jean se sacudió dormida, como hacen los perros cuando sueñan. Mary tarareó por lo bajo mientras chupaba los restos de pastel del tenedor. Anna alcanzaba a oír el programa que Victor veía por la televisión en el salón contiguo. Anna miró a Mary, a Ursula, a Polly Jean y Bruno, al techo, y luego al suelo, y luego se miró las manos, que sin darse cuenta había empezado a retorcerse. «No puedo volver atrás y deshacer mis errores». Las lágrimas simplemente le habían dado una tregua durante la velada, pero habían vuelto. Brotaban y le caían por las mejillas. Lágrimas frías, resbaladizas, tan grandes que rebotaban en la mesa. Mary hizo ademán de ponerle una mano en el hombro, pero Anna se apartó.

«Polly no se parece a Bruno. ¿A quién le importa?». Hasta entonces nadie había planteado la cuestión. ¿Por qué ahora? Anna se sentía observada, no podía pensar. Cerró los ojos y buscó la respuesta en la oscuridad, sin éxito.

Hasta que de pronto la encontró.

Era un nombre que ella no había oído antes, pero Bruno lo dijo con soltura, con calma, inmediatamente. Sin titubear. «Rolf». Tenía la respuesta a punto. Como si la hubiera ensayado. Como si la hubiera pensado detenidamente.

«Dios mío, lo sabe».

Anna se levantó tan deprisa que se mareó. Dio un paso atrás apartándose de la mesa y tropezó con su propio pie. Mary la sostuvo.

—Oh, Anna, no hace falta que te vayas. No pasa nada porque llores. —Mary le dio la mano—. ¿Quieres que...?

—No —la atajó Anna. Fuera lo que fuese, no lo quería—. Necesito... sola. —Ni siquiera podía formar una frase completa. La mirada de Bruno era indescifrable—. Lo siento.

Fue una disculpa compulsiva y redundante. Anna retrocedió hasta la puerta, salió de la casa y corrió sin parar hasta Rosenweg.

Anna se quedó unos instantes junto a las escaleras de la entrada tratando de recordar cómo quitarse el abrigo. Cuando finalmente consiguió ejecutar el proceso de sacar los brazos de las mangas, dejó caer el abrigo al suelo, sin molestarse en recogerlo o colgarlo en el perchero. Bruno detestaba esa clase de descuidos. Da un mal ejemplo a los chicos, decía. «Ahora ya no puede decir eso —pensó Anna—. Solo tenemos uno». Permaneció unos segundos más en el recibidor y fue a la cocina con la esperanza de no haber olvidado cómo preparar el té.

Encendió la placa de la cocina y llenó la tetera de agua, la puso a hervir y buscó a tientas un tazón en un armario abierto. «Sí. —Anna se sintió un poco mejor—. Me acuerdo de cómo se hace esto». Ya no lloraba, pero estaba sofocada de vergüenza. La consumía haberse marchado así. «¿Debería volver a casa de Ursula?». Al final decidió que no. Seguro que se hacían cargo, sabían que tenía el corazón magullado y sensible, que le dolía ahondar en la herida y era un espectáculo horrible de ver. «Claro que se hacen cargo». En silencio deseó que Bruno, Polly Jean y Victor se quedaran en casa de Ursula un poco más. Quería estar a solas con su dolor. Mary también lo entendería. «Mañana la llamaré», pensó Anna, aunque sabía que probablemente ella la llamaría antes.

—Anna.

No había oído a Bruno entrar en la cocina. Ni siquiera lo había oído entrar en casa. Su voz la sobresaltó; la taza se le cayó al suelo. Se rompió en dos pedazos grandes y varios más pequeños.

—Por Dios, Bruno. —Se le aceleró el corazón—. Me has asustado. —Anna nunca había tenido ninguna tolerancia para las sorpresas, y ahora cada emboscada estaba envuelta en un velo de terror. Se agachó a recoger los pedazos grandes de la taza rota. El gesto agotó sus últimas fuerzas—. ¿Y los niños?

—En casa de *Grosi*.

—Ah.

Victor había pasado más noches en casa de Ursula en el último mes que en todo el año anterior. Era lógico. La mitad de su habitación pertenecía a un fantasma. No habían quitado la cama de Charles. No habían donado su ropa. No conseguían reunir el valor necesario. Victor tampoco estaba preparado todavía. Por las mañanas, al ir a despertarlo, Bruno lo encontraba acostado en el colchón de Charles, con la cabeza en la almohada de Charles, y tapado con las mantas y las sábanas de Charles. Así era como buscaba consuelo. Bruno había propuesto que Polly Jean y Victor intercambiaran sus habitaciones. A Anna le pareció una buena idea. Victor tenía pesadillas en esa habitación. Dormía mejor en casa de Ursula. Y necesitaba dormir bien. Y las noches que pasaba fuera de casa aliviaban a Anna del trauma de verlo sufrir. Era un alivio egoísta que ella se cuidaba mucho de compartir.

Anna fue con la taza rota hacia el cubo de la basura, pero se detuvo al plantearse

si la cerámica era reciclable. Se preguntó por qué no lo sabía, y decidió que no le importaba; la tiró sin más.

—¿Mary ya se ha ido? —Anna llenó el aire con palabras, espantando el silencio. Bruno cruzó la cocina hasta situarse entre Anna y la encimera, se cruzó de brazos y asintió con una cortesía impropia de él. Anna se exasperó.

—No me dejas pasar.

Bruno no se movió.

—¿Desde cuándo? —preguntó a bocajarro.

—¿A qué te refieres? No te entiendo.

Bruno movió la cabeza hacia la derecha, luego hacia la izquierda, luego al centro otra vez.

—¿Desde cuándo? —Bruno repitió sílaba por sílaba. Anna contestó sin contestar—. ¿Quién es, Anna?

—¿Quién es qué?

La tensión aumentó.

—Quiero saber su nombre.

Anna no se lo esperaba.

—No, Bruno. Vamos..., déjalo.

Le dolía la cabeza. Cerró los ojos y se frotó las sienes con las manos, tratando de deducir qué nombre quería saber. Había varios donde elegir.

Es un instante casi sobrenatural cuando las cortinas que ocultaban una mentira se descorren de golpe. Cuando las láminas de las persianas se abren por la fuerza y un destello de verdad inunda la habitación. Sientes que el aire se desquicia. La luz hace añicos todos y cada uno de los cristales de la mentira. No hay más opción que confesar.

—Sí. Ahora. ¿Fue Archie?

Anna hizo lo que pudo por no ceder.

—A vueltas con la misma historia. —Anna endureció la voz—. Yo no he...

Bruno la cortó. La atravesó con su mirada penetrante.

—Me estás mintiendo. ¿Quién? Dime un nombre. Ahora.

Anna no supo cómo reaccionar. Había pasado dos años temiendo que la descubrieran. Ahora Bruno la había descubierto. En cierto modo. «¿Hasta dónde sabe?». No estaba segura. «¿Cómo lo sabe?». No iba a preguntárselo. «¿Y ahora qué?». Tendría que esperar para averiguarlo. Anna se distanció de la situación lanzando preguntas como si fueran lastre y escondiéndose tras ellas. «¿Qué dirá ahora? ¿Qué debería decir yo? ¿Vamos a romper? ¿Qué va a hacer?».

Lo que hizo Bruno fue repetir la pregunta, aunque subiendo el tono. No gritó, pero tampoco hacía falta. Incluso si estaba tranquilo, en la voz de Bruno siempre había una amenaza velada. Cuando se enfurecía retumbaba, cargada de tensión y odio. Hizo una pausa para respirar después de cada palabra: «Me. Estás. Mintiendo. Anna». El miedo ciñó el cuerpo de Anna como un corsé, empequeñeciéndola. No

sabía qué la había delatado.

«Todo el mundo acaba por mostrar su juego».

—Basta. Me estás asustando. —Anna dio un paso atrás. Apenas quedaba espacio para seguir reculando—. Hablemos de esto mañana, por favor. Me encuentro mal.

Anna sabía que el ruego caería en saco roto. Bruno avanzó y ocupó el espacio que Anna acababa de dejar libre. Y, con un paso más, la obligó a retroceder contra la pared. Habló con la cara pegada a la suya.

—¿Cuándo empezó? ¿Hace cuánto que dura esto? ¿Victor también es un pequeño bastardo?

Anna contestó con el silencio. Dedicó todos sus esfuerzos a contener el temblor.

Bruno quiso agarrarle la mano, pero ella la apartó. Repitieron el proceso hasta que consiguió atraparla. Aisló el dedo en el que Anna llevaba el anillo que le regalaron el día de la madre e intentó arrancárselo. Anna chilló.

—¿Y Charles? ¿Quién coño es su padre?

«¡Basta por favor basta por favor basta!». Anna no podía hablar por más que quisiera, así que intentó pensar a gritos. «¡Me haces daño, Bruno! ¡Basta! ¡Por favor!». Bruno se acercó lo suficiente para besarla. Sus ojos castaños eran oscuros esa noche, las pupilas tan negras que casi resplandecían. Los ojos de Anna, enrojecidos por el llanto, preguntaban «¿Cómo?», y «¿Quién más lo sabe?», y de nuevo «¿Cómo?». Bruno no dio muchas explicaciones.

—Mientes muy mal y lo sé todo de ti.

Volvió a intentar quitarle el anillo, atascado en el nudillo. Al tercer tirón retorció con fuerza y consiguió sacárselo. Anna aulló y trató inútilmente de liberarse. Ella misma se dio cuenta de la teatralidad de su gesto. La fuerza y la corpulencia de Bruno siempre la habían dominado. En parte de ahí surgió el amor que sentía por él. O una versión del amor por una versión de él. Bruno le acercó el anillo a la cara. Anna lo miró con ojos de niña miope. Las tres preciosas piedras se confundieron en una sola. Bruno esgrimió el anillo.

—Esto es escoria.

Confesar la verdad parecía la peor opción en ese momento.

—¡Te equivocas! —gritó Anna—. ¿De qué estás hablando? ¿Quién es un bastardo? ¡Polly es hija tuya! —Palabras mal escogidas, que llevaron a Bruno al límite. La hizo callar de nuevo.

Bruno era suizo. Bruno era un hombre contenido. Bruno era gruñón y brusco y distante y seco, pero de hecho nunca, nunca había recurrido a la violencia. Si se ponía celoso podía ser cortante y frío. Si se enfurecía era agresivo. Agresivo, sí. Había sido agresivo otras veces. En la cocina, Bruno estaba más allá de la furia.

—¿Quién es? ¿Cuántos? Dime sus nombres.

Anna negó con la cabeza. «¡No, no!».

Ocurrió muy deprisa. Bruno agarró a Anna de los pelos. Ella se debatió con torpeza. Bruno la atrajo hacia él y con la misma rapidez la empujó y le aporreó la

cabeza contra la pared de la cocina. Una vez, dos veces, Anna sintió la dureza de la piedra. Bruno gritaba palabras ininteligibles; al fin había alzado la voz. Anna no entendía nada de lo que decía. Estaba hablando en suizo e inglés al mismo tiempo. La atrajo hacia él una última vez, la zarandeó, la abofeteó en la cara, y luego la tiró al suelo como si se deshiciera de un ser inmundo. Al caer Anna se golpeó el mentón y el pómulo con el canto del lavavajillas nuevo y cayó de bruces al suelo. Bruno la vio caer, sorbiendo las lágrimas. La cocina era un mar de lágrimas. Bruno soltó una maldición que brotó como un sollozo y se pasó el dorso de la mano por la nariz. Al salir de la cocina le tiró a Anna el anillo. Cayó cerca de su cara con un tintineo alegre, casual.

Anna se palpó la nariz. Sangraba. Seguramente estaba rota. Dolía demasiado para comprobar si había fractura. Luego se tocó la parte posterior de la cabeza, que también sangraba y latía, amenazando la ceguera del dolor. Pensó en intentar levantarse, pero lo descartó. Alargó la mano hasta el anillo y trató de ponérselo, pero el dedo estaba hinchado y desollado y no consiguió que pasara del nudillo, así que volvió a dejarlo en el suelo.

No sabía cómo ponerse en pie. Sus músculos habían olvidado el movimiento, igual que un rato antes su cerebro había olvidado los pasos necesarios para quitarse el abrigo. Se resignó a quedarse en el suelo hasta recuperar las fuerzas y tener un plan de acción claro. Pasaron dos, tres, cinco minutos. Así que Bruno lo sabía. «Ah», pensó. Y nada más. El agua hervía a borbotones. La tetera silbaba. Anna la dejó estar. Sin poder hacer otra cosa, Anna se sumió en una versión del sueño en el suelo de la cocina.

Dos semanas después de la muerte de Charles, Edith fue a Dietlikon sin avisar y se presentó con un pequeño tiesto de violetas, una botella de vino y una caja de bombones. Era una combinación banal de obsequios. «Como si me pasara a buscar para una cita», pensó Anna.

—¿No estás vestida? ¡Anna, es casi la una de la tarde!

No, Anna no estaba vestida. La ropa le irritaba la piel. Sacarla del armario le daba dolor de cabeza. La desconsolaba moverse por el mundo de los vivos como si nada hubiera ocurrido. Como si en esencia nada hubiera cambiado. Edith siguió a Anna hasta el comedor y ella volvió al rincón del sofá en el que llevaba dos semanas intentando esconderse. Recogió una manta del suelo y se tapó hasta la barbilla. Estaba manchada, aunque Anna no sabía de qué.

—Bueno, ¿no vas a ofrecerme algo de beber? —dijo Edith, impostando un reproche.

Anna señaló hacia la cocina.

—Sírvete tú misma.

Edith dejó los bombones y las flores en la mesita y se llevó el vino y su displicencia a la cocina. Anna procuró no ofenderse. Eso la distraería, y Anna no

estaba preparada aún para distracciones. Necesitaba recrearse en el dolor.

Edith volvió con una copa de vino.

—Ay, ¿tú querías?

Anna negó en silencio mientras Edith se dejaba caer en la otra punta del sofá con un suspiro. Como si acabara de hacer algo difícil. Como si estar en presencia de Anna supusiera demasiado esfuerzo. Empezó a decir una sarta de frases huecas.

—Siento no haber venido antes. —Anna le dijo que no se preocupara—. Las niñas. Las llevé a París. Hacía meses que lo teníamos planeado. —Edith agotó las excusas.

—Lo sé —dijo Anna, sin asomo de afecto.

Edith tomó un trago de vino.

—Pues bueno. Sigo saliendo con Niklas.

—Ah, sí. —No era una pregunta.

Edith carraspeó.

—Sí. Apasionante como nunca. —Anna sostuvo su mirada incómoda e inquisitiva, y se preguntó por qué si era tan apasionante Edith hablaba del asunto tan entre paréntesis—. Toda esa clandestinidad, Anna. ¡Ja! ¡Me siento como una espía! ¡Tan maquinadora! ¡Me encanta! Y no solo por el sexo. El sexo ni siquiera es lo más importante. —Edith se mordió el labio inferior—. ¿No es increíble? —Ella misma estaba sorprendida.

Tampoco para Anna había sido solo por el sexo.

—¿Adónde vais? —preguntó. En realidad no le interesaba. Eran palabras para decorar el aire. Nada más.

—¿A follar? Qué sé yo. A muchos sitios. A varios sitios. Su apartamento. Un hotel. En casa..., bueno, en casa solo una vez, ¡qué furtivo! Nos escapamos un par de días al lago de Boden hace tres semanas.

—¿Qué le dijiste a Otto?

—Le dije que me iba con Pauline.

—¿Quién es Pauline?

—Nadie. Una amiga imaginaria. Me la inventé. Si alguna vez saliera a colación, aunque dudo que eso ocurra, conozco a Pauline de una de las actividades a las que supuestamente me he apuntado.

—De acuerdo. —Anna se mordió una uña—. ¿Y de qué la conozco?

—Anna, boba. —Edith fingió exasperación—. No la conoces. Es una de mis amigas. Solo me has oído hablar de ella, aunque de pasada nada más. —Anna asintió.

Se hizo un silencio, salvo por el ruido que hacía Edith al tragar el vino, el roce de la sarga cuando Edith cruzaba, descruzaba y volvía a cruzar las piernas, y el murmullo de la manta bajo la que Anna tiritaba.

—¿Qué crees que pasaría si Otto te descubriera?

—¿Si me descubriera? —Edith repitió la pregunta de Anna—. No he pensado en eso. No tengo ninguna intención de que me descubra.

—¿Edith?

—¿Mmmm? —Edith transmitía un aburrimiento creciente.

—¿Qué harías si una de las gemelas muriera?

—Dios, Anna. ¿Hablas en serio? —Anna se encogió de hombros. Edith tomó otro trago de vino y adoptó una mueca descarada—. Bueno, por suerte tengo otra, ¿no?

—Edith...

—¿Y ahora qué?

—No eres una buena amiga, la verdad.

Edith miró fijamente la copa de vino.

—Lo sé —dijo. Fue una constatación sin escrúpulo ni reproche.

Poco después de que empezara su aventura, Stephen intentó ponerle fin.

—¿Ahora te remuerde la conciencia? —preguntó Anna, desnuda en la cama.

Stephen dejó caer la cabeza y esquivó su mirada mientras se abrochaba la camisa, como si vestirse fuera un acto de contrición.

—Simplemente no estoy seguro de que esto sea una buena idea.

«Por supuesto que no», pensó Anna.

—¡Por supuesto que lo es! —dijo.

Stephen entrecerró los ojos e inclinó la cabeza. Estaba esperando una explicación. Anna suspiró.

—¿No te gusto? —le preguntó. Habría querido decir «¿No me amas?».

—Claro que me gustas —contestó él, sin más. Como alguien diría que le gusta un bocadillo o un par de zapatos. «Sí, está rico. Me ajustan bien, desde luego». Cualquiera otra mujer lo habría interpretado como una señal. Anna se lo tomó como un desafío.

—¿Es porque estoy casada?

—Bueno, lo estás. Es adulterio.

—Bueno, pues por suerte los dos somos adultos —dijo Anna. Y luego añadió—: Además, ¿eso qué tiene que ver? —Tenía todo que ver, pero Anna lo pasaba por alto. Le daba igual. Su matrimonio había dejado de importarle. «O al menos empieza a no importarme, que ya es bastante».

Anna encontró la brecha que estaban buscando.

—Yo no me preocuparía por eso. Técnicamente, tú no eres el adúltero. La adúltera soy yo. —Anna miró a Stephen con una mirada deliberadamente frívola. Esperó, pero él no rebatió su argumento. Se sentaron juntos en el borde de la cama en un silencio casi reverencial durante unos instantes hasta que Anna se vistió y se fue.

En el tren de vuelta a casa, mientras recreaba mentalmente su encuentro, se dio cuenta de que el sexo había sido más tentativo que de costumbre.

—En alemán, una acción que se lleva a cabo sobre uno mismo exige un verbo reflexivo. Un verbo reflexivo siempre va acompañado de un pronombre personal en acusativo. Vestirse. Afeitarse. Bañarse. Aclararse la garganta. Resfriarse. Acostarse.

Sentirse bien o mal. Enamorarse. Comportarse. Eres el objeto así como el instigador de la acción. Te haces esas cosas a ti mismo.

La tetera había seguido silbando hasta vaciarse antes de que Bruno volviera a entrar en la cocina y apagara el fuego. Anna abrió los ojos y vio sus botas moverse de un lado a otro muy cerca. Sintió que los pies le ardían dentro de los zapatos. Al caer habían aterrizado justo al lado del radiador. No sabía cuánto tiempo había dormido.

Anna intentó recolocar los pies y levantarse del suelo, pero le fallaron las fuerzas. Hizo un ruido, aunque no consiguió articularlo en palabras. Bruno pasó por encima de ella sin pisarla y fue al fregadero. Abrió el grifo, y lo cerró enseguida. Anna trató de levantarse otra vez.

—Basta —dijo él. Era una orden terminante.

Pasó por encima de ella dos, tres veces más, con movimientos deliberados. Anna no sabía qué estaba haciendo. Oyó que abría un cajón, que lo cerraba, y luego abría y cerraba el grifo de nuevo. Entonces Bruno se arrodilló a su lado. Anna se encogió al ver que se acercaba.

—Basta —repitió Bruno, y alargando una mano hacia su cara temblorosa le puso un paño húmedo y fresco en el lado magullado—. Sujétalo. —Anna hizo lo que le pedía—. Vamos.

La alzó por las axilas y la puso boca arriba como un peso muerto antes de incorporarla. Ella gimió mientras Bruno la recostaba en la misma pared contra la que la había golpeado.

—¿Te duele? —Bruno le giró la mandíbula hacia la luz y le pasó un dedo por el caballete de la nariz, que seguía sangrando.

—Sí.

—No parece rota —dijo. Era una valoración clínica—. Agárrate a mi cuello. — Bruno le colocó un brazo sobre su hombro. Anna hizo lo mismo con el otro—. Levántate —le ordenó mientras la levantaba para ponerla de pie. La sostuvo por la cintura mientras ella buscaba el equilibrio. Anna sintió que el suelo se tambaleaba y se le cayó el paño—. Vamos —la instó Bruno. Anna no tuvo más opción que seguirlo mientras la guiaba hasta el cuarto de baño.

Bruno bajó la tapa del inodoro e hizo sentar a Anna.

—¿Te puedes mantener erguida? —Anna dijo que no con la cabeza, así que Bruno la colocó de lado y, como en la cocina, la recostó contra la pared. Anna se habría reído de no ser por el dolor de las costillas. «He sido tan frívola —pensó—. Tan digna de risa. Ja, ja». Anna estaba aturdida y desbarraba. Dejó caer su peso en los azulejos verdes. Recelaba de la arquitectura de aquellas paredes, pero no tenía más remedio que confiar en ellas.

Bruno le dio la espalda, puso el tapón de la bañera y abrió el grifo. Anna volvió a preguntar dónde estaban los niños; Bruno se lo había dicho pero lo había olvidado. Bruno no contestó. En lugar de eso, se volvió hacia ella. Se agachó, le quitó el zapato

derecho y le apoyó otra vez el pie en el suelo. Hizo lo mismo con el izquierdo. Luego la ayudó a levantarse.

Le temblaban las piernas; se agarró a los hombros de Bruno en busca de apoyo. Bruno le desabrochó los vaqueros y se los bajó.

—Saca los pies.

Fue una operación tediosa, pero Anna la hizo sin caerse. Luego se quitó las bragas. Llevaba un tanga negro con un lazo de raso. Dadas las circunstancias, su ropa interior parecía obscena. Entre el dolor y su remordimiento, o una combinación variable de ambos, Anna se echó a llorar de nuevo. Quitarse el jersey resultó más complicado. Se le enganchó en la nariz y al final Bruno se lo sacó del revés.

—Calla —repitió otra vez. No pretendía consolarla.

Anna no llevaba sujetador. Bruno la ayudó a meterse en la bañera con la misma falta de ceremonia con que la había desvestido.

—¿El agua está bien?

—No. —Anna fue a ajustar el grifo, pero Bruno le apartó la mano y lo hizo por ella.

—¿Mejor así?

Anna asintió.

Bruno empapó una manopla de baño, la escurrió y empezó a limpiarle la sangre de la cara. Le separó el pelo. La herida de la cabeza todavía sangraba.

—Se curará —dijo Bruno, mirando al suelo.

«Me ha hecho más daño del que se proponía», pensó Anna. Se llevó la mano al pelo para tocarse, pero Bruno la detuvo.

—Túmbate.

La ayudó a agacharse poco a poco en el agua tibia antes de cerrar el grifo. La empujó para sumergirla un poco más.

—Habría que lavarte el pelo —dijo Bruno, leyéndole el pensamiento. El agua alrededor de su cabeza se puso rosada.

«Es como un bautismo. La sangre me limpia». Anna no sabía si estaba bautizada. Nunca se lo había preguntado a sus padres, y ellos nunca mencionaron nada en un sentido o en otro, así que suponía que no lo estaba. Bruno y Anna habían bautizado a sus tres hijos, pero solo por tradición, y también por Ursula, después de que insistiera mucho. Bruno enderezó de nuevo a Anna y la enjabonó con un poco de champú. Le aclaró el pelo con la alcachofa de la ducha. Anna cerró los ojos para protegerse de la presión del agua y el escozor del jabón.

—No es grave —dijo Bruno agarrándole la cara como había hecho en la cocina, girándola de un lado al otro para examinarla a la intensa luz del cuarto de baño—. Te saldrá un hematoma. —Anna parpadeó. Bruno cogió una toalla, la enrolló para hacer un cabezal improvisado y ayudó a Anna a recostarse de nuevo. Se puso de pie y la miró. Anna cerró los ojos, sacó la manopla del agua y se la puso en la cara. Aquella luz implacable probablemente revelaba todas sus culpas—. Te pondrás bien —dijo

Bruno por última vez mientras la dejaba sola en la bañera, apagando la luz antes de salir y cerrar la puerta.

Fue lo más parecido a una disculpa que Anna conseguiría.

En una ocasión, la doctora Messerli intentó explicarle a Anna el concepto de «sombra» según Jung.

—En el mundo físico, una sombra es la silueta oscura que se forma detrás de cualquier cosa sobre la que incide la luz. Un lugar donde, en un momento dado, no hay luz. En el psicoanálisis equiparamos conciencia con luz. Así pues, la inconsciencia encuentra su paralelismo en la oscuridad. Por simplificar, la sombra se forma con lo que una persona no sabe conscientemente de sí misma. Los aspectos desatendidos del individuo. Lugares donde, en un momento dado, no hay conciencia.

—Las zonas oscuras. Las zonas siniestras. —Anna agachó la cabeza.

La doctora Messerli carraspeó.

—Las zonas desconocidas. La sombra no es intrínsecamente negativa. Pero sí, una sombra negativa es muy destructiva. Rara vez se experimentará como una reacción deliberada o una fuerza racional. Es un reflejo inconsciente. No lo controlas. Lo que permanece en la sombra te controla a ti.

La doctora Messerli hablaba con un tono lento y solemne, aleccionador.

—No fomentar la conciencia resulta en aislamiento. En lugar de relaciones reales, tendrás relaciones imaginarias. Cuanto menos te plasmes en tu vida consciente, más oscura y densa será tu sombra. Usted no desea sucumbir a una sombra negativa. Y aun así... —La doctora Messerli sopesó cada una de las implicaciones que pudieran extraerse de sus palabras—. El efecto de una compulsión rara vez es positivo. ¿Qué persona se arrojaría conscientemente a un mar infestado de tiburones? ¿Quién comería cristales? ¿Quién temblaría a la intemperie pudiendo estar a cobijo? Ninguna persona sensata lo haría.

—O sea que es malo.

—No exactamente —matizó la doctora Messerli—. El potencial de la sombra para destruir es innegable. Si un rayo cae en una casa, la puede incendiar. En cambio, si esa misma electricidad se canaliza, alumbrará la casa con solo apretar un interruptor. Piense en una vacuna. Mezclada con el suero hay una pequeña muestra de la enfermedad. La luz necesita la oscuridad. Es el orden del universo. ¿Cómo podría haber deshielo en primavera si no existieran los rigores del invierno? La conciencia está condicionada contra su propia ausencia, escribió Jung. Amputa la cola de la serpiente y la capacidad de sanar sigue dentro. —Anna asintió. Trataba de comprender.

La doctora continuó.

—Cualquier forma de autoconocimiento se inicia en las habitaciones oscuras de la sombra. Entre en esas habitaciones, Anna. Enfréntese a la sombra cara a cara. Haga sus preguntas. Escuche las respuestas. Respete las respuestas. La sombra se lo contará

todo. Por qué odia. A quién ama. Cómo sanar. Cómo sobrellevar la tristeza. Cómo superar el duelo. Cómo vivir. Cómo morir.

Cuando Anna empezó a llevar un diario, su escritura era deliberadamente tosca. La doctora Messerli le había propuesto que escribiera así, de forma automática y sin juzgar ni corregirse. Procurar que los pensamientos fluyeran sin trabas. Haciendo una rara concesión, Anna siguió el consejo de la doctora y lo puso en práctica. Las entradas de su diario eran apresuradas, escritas a vuelapluma con una letra ilegible; pero se debía hacer así, según le habían dicho, y así trató de hacerlo. Y era bueno tener un lugar para soltarlo todo. La página era su única confidente. «Confidente de mi alma», pensó. Después de la muerte de Charles, la prosa de Anna se hizo más lenta, y su lógica, abstracta de por sí, se volvió más difusa.

«¿Y qué es una bandera suiza salvo una cruz blanca nadando en un mar de sangre? No tengo a donde ir más que hacia la locura. Como intentar encontrar las gafas sin las gafas: imposible. Como el predecible mensaje de un teléfono móvil al equivocarte: error, error, error. Como masajear un hueso roto: se hace porque no hay más remedio. Una bendición, una maldición sobre mí. Merezco cada sufrimiento.

»No quiero saber nada más de mi vida».

Una hora después de dejarla a solas en el cuarto de baño, Bruno volvió para ayudarla a salir de la bañera. El agua estaba fría. Anna había desenrollado la toalla sobre la que apoyaba la cabeza y la usó para cubrirse, de la vergüenza y del frío. Había pasado toda la hora a oscuras deseando vaciar la mente. No lo había logrado, pero el intento había hecho pasar el tiempo y la había distraído del dolor.

No conseguía entenderlo. «Lo sé todo de ti». Anna dudaba que fuera verdad, pero no pensaba pedir detalles. Bruno tampoco se los daría. Así era como siempre manejaba a los niños. «Sabéis lo que habéis hecho. Ahora id a vuestro cuarto». Sembrar la duda era parte del castigo. ¿Cuánto sabía Bruno en realidad? Anna tendría que vivir sin esa respuesta.

Bruno era el único padre que Polly Jean había conocido. «Y ella es la única hija que él ha tenido». La gente adopta constantemente a niños que no son sus hijos biológicos. Bruno quería a Polly. La adoraba. ¿Eso era tan excepcional? Bruno haría cualquier cosa por ella. Mantendría las apariencias. Se tragaría el dolor por ella. Por Victor y Charles.

Por Anna.

A la que amaba. Amaba de verdad, profundamente.

Bruno la ayudó a levantarse, la envolvió en una toalla y la secó. Anna se sintió como una niña. Bruno no era ni tierno ni brusco. La secaba con desapego. Había llevado un camisón —el favorito de Anna, advirtió ella— al cuarto de baño, y le pidió que levantara los brazos mientras se lo ponía. Señaló a través de la puerta abierta hacia el dormitorio.

—¿Puedes caminar sola? Ve a acostarte. Iré enseguida.

Anna hizo lo que le indicaba. Era la reina de la sumisión.

Pasados unos minutos, Anna oyó el silbido agudo, displicente, de la tetera. «Estaba preparando el té y entonces...». Dejó que el pensamiento se extraviara. Al cabo de un instante Bruno estaba en la cabecera de la cama sirviéndole a Anna el té que debería haber preparado dos horas antes. Bruno lo dejó en la mesilla de noche. Anna se incorporó débilmente.

—Toma.

Bruno le tendió una mano abierta. En la palma había tres pequeñas píldoras.

—¿Tres?

Eran las últimas pastillas que le había recetado la doctora Messerli. Anna solo había tomado unas pocas, y no más de una por vez. Pero se las metió de golpe en la boca y las tragó con un sorbo de té.

—Bruno... —empezó a decir Anna.

Él negó con la cabeza.

—No vamos a hablar de ello esta noche. —Y acto seguido salió de la habitación y cerró la puerta. Anna dejó la taza en la mesilla de noche y entregó su cuerpo a la cama. «Ayúdame, ayúdame, ayúdame», sollozó con la cara enterrada en la almohada. Tenía los párpados hinchados y doloridos. Repitió la súplica hasta que las pastillas empezaron a ablandar su intención de permanecer alerta y su conciencia se retiró a un lugar solitario y recóndito sin nombre.

Luego se quedó dormida.

El color de una llama te hablará de su temperatura. Las llamas amarillas son las más frías. Las llamas más calientes son blancas. Se denominan llamas incandescentes. El fuego rojo no es tan caliente como el azul. El registro de temperatura más alta sobre la tierra es de 3600 millones de grados centígrados. Se consiguió en un experimento de laboratorio. ¿Cómo puede ser? Es una temperatura superior a la del núcleo del sol. Cada año, dos millones y medio de estadounidenses sufren quemaduras. El satí es el suicidio ritual de una viuda hindú. Prenderse fuego a lo bonzo es una forma de protesta frecuente. Todas las culturas antiguas tienen una divinidad del fuego: Pelé, Hefesto, Vulcano, Hestia, Lucifer, Brígida, el dios sumerio Gibil, la diosa aborígen Bila, Prometeo. El control doméstico del fuego se inició hace ciento veinticinco mil años. Ningún país moderno permite la ejecución en la hoguera. La abrasión es la forma más lenta, menos intensa, sin llama, de la combustión. Dios se apareció a Moisés en una zarza ardiente. Una sustancia intumesciente se inflama cuando se expone al calor. Gretel empujó a la bruja al horno, donde murió. La ceniza es el residuo sólido del fuego. La incineración es el proceso de hacer ceniza, y el fuego, desde un enfoque poético, es la madre de la ceniza. En circunstancias excepcionales, el fuego desatará un tornado, un remolino de llama. Al golpear el pedernal contra el acero se producirán chispas. La llama que tortura también purifica. No todos los fuegos pueden combatirse.

Anna emergió del sueño de golpe. Pasado el efecto de las tres pastillas que había tomado por la noche, los ojos se le abrieron a la par, como unas rebanadas de pan al saltar de la tostadora, y Anna se despertó.

La casa estaba sumida en un silencio sombrío. Los tablones del suelo no hablaban. Las paredes no respiraban. La casa de Rosenweg era un remanso de quietud. Era inusual. Incluso con las ventanas cerradas, por las mañanas solía oírse el canto de los pájaros, y los coches y la gente que pasaba por la calle. En cambio, ese día Anna no oía nada. El silencio era aleccionador. Anna lo atribuyó a los efectos secundarios de las pastillas.

Cuando logró enfocar la vista, miró el reloj. Eran casi las siete. Pronto tocarían las campanas. «Me quedaré acostada hasta que suenen las campanas». A Anna le retumbaba la cabeza. Esperaría a oír las campanas y se levantaría. «¿Qué día es hoy?». Era viernes. Se concedería una pequeña tregua hasta oír las campanas.

Cuando tocaron, Anna se levantó de la cama. Se movía como una inválida; cada paso iba acompañado de una mueca de dolor. Tardó un minuto entero en llegar al cuarto de baño. La excepcionalidad de la mañana había sido imaginación suya. En Dietlikon había el mismo trajín de siempre. Un hombre con tres perros pastores pasó junto a la casa de camino a la colina. El cartero estaba haciendo el reparto, iba como una exhalación por la Dorfstrasse en su motocicleta amarilla. Era un veinteañero pálido con la cabeza rapada y una boca ancha, boba. Cuando empezó a hacer esa ruta, por alguna razón pensó que Bruno y Anna eran hermanos, no una pareja casada. Flirteaba con ella en un inglés ortopédico, le preguntaba adónde iría aquel fin de semana, qué haría. Luego le detallaba sus planes y decía que con suerte se encontrarían alguna noche por ahí. Al final Bruno le aclaró las cosas. «¿Por qué no le dijiste que soy tu marido? —le preguntó Bruno—. ¿Por qué permitiste que flirteara contigo?». Anna le dijo que no se había dado cuenta. Desde entonces el cartero guardaba las distancias de rigor en Suiza: respeto a ultranza, pero reserva absoluta. Hacía cinco años que les llevaba el correo. Anna había olvidado su nombre y le daba vergüenza volver a preguntárselo.

Anna se obligó a mirarse en el espejo. La zona entre el pómulo y la nariz había empezado a amarotarse; la cuenca del ojo —todo el ojo, desde debajo del párpado inferior hasta más arriba de la ceja— era de un verde pálido, el color de la bilis. Tenía en carne viva el dedo del que Bruno le había arrancado el anillo. Sentía los brazos y las piernas doloridos, pero sin mayores daños. Su cara, sin embargo... Los hematomas tardarían un mes en desaparecer.

«Esta es mi cara», pensó. No cabía duda. Esa era ella. Ella era eso. Era el reflejo más fiel que había visto nunca. Su gemela idéntica. Su doble.

«Hola, Anna. Encantada de conocerte».

Bruno la llamó desde su despacho. Al ver que no contestaba, fue al cuarto de

baño. Procuró hacerse oír mientras se acercaba, para que Anna no se asustara como la noche anterior (aunque, la verdad, ¿qué más podía caerse, agrietarse, romperse?). Cuando vio la cara de Anna en el espejo, se le ensombreció el rostro. Anna no se inmutó. Bruno le dio una palmada en el hombro.

—Vístete. Ven a la sala de estar. Tenía la boca seca, y cuando habló las palabras le rascaron los labios.

—De acuerdo —dijo Anna—. Bruno volvió a su despacho mientras Anna fue cojeando los pocos pasos desde el cuarto de baño al dormitorio.

Hacía un día gris. Unos pantalones habrían sido más cómodos, pero Anna creía que la favorecían más las faldas, y rara era la ocasión en que arreglarse no hacía que se sintiera al menos un poco mejor. «Semejante fruslería». No era una cuestión irrelevante. ¿Es prudente refugiarse en vanidades absurdas? «Sí», pensó. Luego «No», meditándolo mejor. «Un vestido, un hombre, qué más da. Ambos te cubren, te sirven para esconderte». Al final Anna desterró las filosofías de su cabeza y empezó a revolver en el *Kleiderschrank*. «Cualquier consuelo me vale».

Los detalles borrosos de la noche anterior empezaron a cobrar nitidez hasta recomponer una imagen. «Bruno me pegó —pensó Anna como si acabara de tomar conciencia de lo sucedido—. Me dio una paliza. —Anna se miró en el espejo del dormitorio para ver si algo había cambiado en el último minuto—. Te lo has buscado, Anna», pensó. Anna sabía que el razonamiento no se sostenía. Nadie merece que le peguen, por descontado. Pero... ella no era el ejemplo típico de mujer maltratada. No la habían anulado hasta convencerla de que merecía el castigo. Ella sola lo había decidido. En un mundo violento y complicado, Anna pensó que era una solución rápida, lúcida, a un simple toma y daca. «Me lo he buscado y ahora tengo mi merecido». Bruno nunca le había pegado antes, y nunca volvería a hacerlo. No había un historial de abusos detrás. «Me lo he buscado. Yo misma he provocado esto». La cara le latía de dolor. Se aferró a estos pensamientos hasta que eligió la ropa y se centró en eso. «No puedo cargar con todo a la vez». Se puso una falda oscura, un cuello alto azul marino y medias grises. Mientras se calzaba unos elegantes zapatos bajos, se miró una vez más al espejo. Salvo por los cardenales, Anna estaba guapa.

Entró a la sala de estar recogiendo el pelo. Había pensado dejárselo suelto para que le tapara la cara. «¿De qué serviría? —decidió al final—. Ya no me queda nada que ocultar». Bruno miraba por la ventana a Hans y Margrith, que hablaban junto al granero con el hombre de los perros pastores, que ya había vuelto de su paseo por la colina. Bruno se volvió cuando oyó entrar a Anna. Carraspeó.

—Estás muy elegante.

—Gracias. —Procuraban tratarse con educación y cortesía.

Ambos estaban nerviosos. Como si aquello fuera una cita a ciegas. Él había elogiado su aspecto y ella se lo había agradecido. «¿Me ofrecerá un ramillete de flores? ¿Me llevará al baile en una limusina?». Pero Bruno no era un pretendiente; era su marido, y ella era su esposa, y lo que Anna quería más que nada en ese momento

era disculparse, explicarse, volver a disculparse. Por todo. Y todo quería decir todo: cada pensamiento malicioso o perverso que se le había pasado por la cabeza desde el momento en que bajó del avión en la terminal E hacía nueve años. Cada resquemor que había alimentado mientras caminaba por la colina detrás de la casa en plena noche. Cada momento de soledad, cada temor. Cada herida insignificante. Cada fobia social. Cada deseo. Todo, todo, todo. Cada paso inevitable. Cada error. El problema con los errores es que rara vez parecen errores cuando se cometen. Dormir la había reparado. Estaba dispuesta a dar nombres. ¿De qué servían ya los secretos? Todo se había venido abajo. Anna se alzaba entre los escombros, preparada para reconstruir.

Bruno adivinó sus intenciones.

—No. —La interrumpió antes de que empezara a hablar. Fue un «no» triste, suave—. Tienes que irte.

Anna lo oyó pero no lo oyó.

—Tienes que irte ahora. —Bruno estaba sereno y triste. Tenía la cara enrojecida, una expresión difícil de desentrañar. Parecía que hubiera estado llorando toda la noche. Anna apartó la mirada. Junto a la mesa había un pequeño bolso de viaje que Anna solo usaba las pocas veces que se marchaba de casa uno o dos días. Se lo llevó al hospital cuando nacieron los niños. No había vuelto a pasar la noche fuera desde entonces. La cremallera estaba cerrada. Bruno había metido dentro sus cosas.

—Ah.

Bruno recogió el bolso y se lo dio a su mujer. Apenas pesaba. «No quiere que me vaya mucho tiempo. Algo es algo». Durante nueve años Anna se había negado a considerar esa casa su hogar. Esa mañana lo último que quería hacer era abandonarla. Ironía de ironías. Ninguno de los dos supo qué decir a continuación. Anna sintió que el momento de la disculpa se esfumaba, y parecía inútil pedirle a Bruno su versión de la historia, desde las sospechas generales a los hechos fehacientes. Anna rompió el tenso silencio.

—¿Hemos... terminado?

«Terminado» en realidad no era la palabra oportuna, pero fue la única que encontró.

Bruno contestó sinceramente.

—No lo sé.

Su voz estaba revestida de neutralidad.

—¿Y los niños? —Victor debía de haber ido directo al colegio desde casa de Ursula. Pero Polly Jean...

Bruno negó con la cabeza.

—Mejor que no te vean la cara así.

—¿Adónde voy a ir?

Bruno suspiró como diciendo que eso era asunto suyo. Fue una reacción espontánea. Ahí no había mala intención. La paradoja de la franqueza de Bruno la confundió. Fue un momento de despojamiento y piedad. Ese era el Bruno que ella

siempre había querido; pero tuvo que traicionarlo para hacerlo salir.

—Ah —repitió Anna, aunque con menos certeza.

Bruno volvió a carraspear.

—Ahora, Anna.

Fue hacia ella, le puso una mano en el hombro y la guio con lenta ceremonia hasta la puerta. La ayudó con el abrigo y le dio el bolso. Y luego sostuvo su cara amoratada cuidadosamente entre las manos y se inclinó a darle un beso. Fue un beso tierno, revelador, y desbordaba tristeza. Anna no le devolvió el beso; por alguna razón no pudo.

—Adiós, Anna.

La despedida cayó como un mazazo. Una puerta blindada se cerró tras ese adiós. Había dicho que no sabía si habían terminado. Pero Anna lo supo. El beso se lo dijo.

Era el fin.

Bruno volvió a entrar en la casa y cerró la puerta sin echar la llave. No volvió la mirada atrás.

«Los sustantivos en alemán se escriben en letras capitales. ¿Por qué? No lo sé. Simplemente es así. Zúrich no es la capital de Suiza, sino Berna. Berna suena casi igual que *burn* en inglés, “arder”. Capital que, además de letra mayúscula, significa dinero. Bruno trabaja con el dinero. No puedes escribir Bruno sin una B mayúscula. El alfabeto alemán tiene una letra de más a la que llaman Eszett. Parece una B mayúscula y a veces sustituye a una doble ese. En 1945 fueron prohibidas las SS alemanas, aunque eso tiene poco que ver con la gramática. ¿O quizá no? ¿Qué es una gramática, a fin de cuentas, sino una ley rectora? Orden tras orden, regla tras regla. Suiza es tan limpia que incluso lava su dinero. Toc, toc. ¿Quién es? Alpino. ¿Alpino qué? Al quinto pino. Dijo Wagner de las torres de la Grossmünster de Zúrich: Parecen molinillos de pimienta. Wagner se marchó de Zúrich cuando se enamoró de una mujer que no era su esposa. Los nazis adoraban a Wagner. La *Polizei* de Zúrich lleva los fusiles como la Gestapo. El fusil emblema del ejército suizo es un SIG SG 550. El emblema de Dietlikon, su escudo de armas, es una estrella de seis puntas en un estandarte azul. Estrella en alemán es *Stern*. Una estrella es terca, una luna es estricta, el cielo es un tema serio. El cielo no es un juego de niños. *Kind*. “Niño” en alemán».

»Los añoro a todos. A todos sin excepción».

Anna se quedó aturdida unos instantes en la calle antes de alejarse de la casa y encaminarse a la estación. Los vecinos se habían ido, el cartero ya no estaba, y Anna no sabía adónde ir. Pero todos los viajes empiezan en alguna parte. Llegó a la estación poco después de las 7.45. Había perdido el S3 por dos minutos. En seis minutos pasaría el S8. Apenas llevaba una hora despierta. Todo había sucedido en menos de lo que tarda el minuterero en recorrer la esfera del reloj.

Qué curioso es el tiempo. Es mutable. Se acelera y se ralentiza. Se repliega y ataca. Pero los relojes suizos tienen fama de ser los más precisos del mundo. Puntualidad incomparable. Exactitud. La exactitud es una forma de verdad. Sin embargo, nada es exactamente verdad. La verdad, como el tiempo, es mutable. Ambos son relativos. Ambos son elásticos. Cuando son las 7.45 de la mañana en Zúrich, son las 2.45 de la tarde en Tokio. Cada ciudad vive en su propio horario. *Gleich und nicht gleich*. El mismo y a la vez distinto. La Tierra gira sobre un eje a la medida de la Tierra. Todo oscila. Nada ni nadie está exento. El planeta gira sobre un eje inclinado. Por consiguiente, cada día dura tanto como dure el día. Las horas son arbitrarias. Un minuto puede prolongarse mil años. Y un suceso puede ocurrir en un instante.

Anna viajó a la estación central a la hora punta de la mañana. Se quedó cerca de las puertas y se concentró en mirar el paisaje por la ventana. Mantenía la cabeza inclinada. No quería mostrar la cara. No se había puesto maquillaje. Aunque no estaba muy hinchada, cualquiera que se fijara vería los hematomas. La mejor protección en una ciudad, sin embargo, es el anonimato.

Bajó del tren en el andén 53 y caminó medio kilómetro siguiendo el Sihl antes de darse cuenta de que se había dejado la pequeña maleta de viaje que Bruno le había preparado y la cartera en el tren. Hundió las manos en los bolsillos. Lo único que tenía era el teléfono móvil. «¿Y ahora qué?». La cartera y la maleta de Anna estaban ya a mitad de camino hacia Pfäffikon. «¿Doy parte? ¿A quién? ¿Dónde?». Qué complicado. Y justamente ese día. Anna no conseguía pensar con claridad, pero lo intentaba y siguió intentándolo hasta que se dijo «Qué más da», y entonces respiró hondo y continuó caminando hacia el sur hasta la Löwenstrasse.

Anna deambuló por la Löwenstrasse sin un propósito concreto hasta que llegó a una parada de tranvía. Ocupó el último asiento y cuando una anciana se acercó a la marquesina, Anna no se levantó para cederle el sitio. No importaba. Pasó un tranvía, y la anciana se fue tan rápidamente como había aparecido. Anna sacó el *Handy* del bolsillo y sopesó sus opciones; eran muy pocas. La más evidente era también la más decorosa y se presentó por sí sola. «Mary. Llamaré a Mary». Anna la llamó. El teléfono daba señal, pero Mary no contestó y Anna colgó antes de dejar un mensaje. «Odio el teléfono. No quiero dejar un mensaje. ¿Qué voy a decir?». Anna no podía permitirse el lujo de estar neurótica esa mañana. Probó de nuevo. Una vez más, el teléfono sonó cuatro veces y luego saltó el buzón de voz. Por segunda vez, Anna no dejó mensaje. «¡Deja de ser tan idiota!», se reprochó. Anna pedía ayuda tan raras veces que no sabía bien cómo hacerlo. «¿Eso es lo que estoy haciendo? ¿Pedir ayuda y fracasar en el intento?». Cerró el teléfono y lo apretó entre las palmas de las manos, como si la postura de la plegaria por sí sola fuera a hacer que sonara. Un minuto después el teléfono vibró y llegó un SMS. Anna evitó sugestionarse pensando que su ruego tenía algo que ver. «Estoy de apoyo en la clase de Max, te llamo luego. Espero que estés mejor. Siento que estés triste. Aquí me tienes. xxx. M.».

«Pero no te tengo aquí —pensó Anna—. Estás ahí. Y no contestas el teléfono». Anna se recreaba en la autocompasión. Intentó llamar a Mary por tercera y última vez, pero la llamada fue directamente al buzón de voz. Mary había apagado el teléfono. Anna no dejó ningún mensaje. No había pensado qué iba a decirle, de todos modos. Se guardó el teléfono en el bolsillo y se levantó. Una anciana —distinta de la anterior— sonrió agradecida y asintió mientras se acomodaba en el sitio que Anna acababa de dejar libre. «Cree que le he cedido el asiento». No era así, pero de todos modos Anna se adjudicó el mérito.

Anna había vagado por las calles de Zúrich muchas veces. En la ciudad estaba a solas con sus penas de un modo diferente a cuando estaba en el bosque o sentada en su banco. En el bosque su tristeza alcanzaba una intensidad innegable. Cada árbol, cada tronco caído, cada cartel de *Wanderweg* repetían patéticamente la misma palabra: «sola, sola, sola». En la ciudad, en cambio, el desamparo de Anna era un objeto romo, una maza de goma que la golpeaba machaconamente. Así que cuando en las concurridas calles del centro de Zúrich atacaba la soledad, Anna se dissociaba de ella, se escabullía en una fuga. «¿Dónde estoy? ¿Cómo vuelvo a casa? Creo que tengo hambre. He olvidado cómo comer. ¿Cómo me llamo?». En esas ocasiones se distanciaba de sí misma y sometía su voluntad por el camino más atroz. Una fuerza (¿venía de dentro?, ¿venía de fuera? Anna nunca alcanzaba a discernirlo) tomaba las riendas y la llevaba a su antojo. «¿Hoy es uno de esos días?», se preguntó Anna. No creía que lo fuera. El viento le desprendió algunos mechones de pelo del pasador. No llevaba gorro. Puso rumbo hacia la Bahnhofstrasse y caminó con un propósito desconocido, nada salvo la resignación y el dolor de las magulladuras para guiarla en su viaje.

Por más que a Anna le gustaran las cosas bonitas, el consumismo obsceno de la Bahnhofstrasse de Zúrich nunca la había seducido. Se le antojaba excesivo. La saturaba. Sin embargo, el día gris hacía brillar los escaparates de las tiendas. Todo la invitaba a entrar. Las gafas de diseño expuestas en la vitrina de Fielmann la miraban con benevolencia, y los maniqués blancos, sin rasgos, del aparador de Bally parecían saludarla con elegancia y cortesía. En la tienda de relojes Beyer apoyó la cabeza en la vidriera y (¿de veras?) se embelesó con un Cartier de época de veinte mil francos. Nueve años en Suiza y nunca había tenido un reloj bonito. Anna se recreó unos instantes en la añoranza antes de echar a andar de nuevo. Pasó frente a tiendas de chocolate y de juguetes. Pasó frente a la *boutique* de Dior y la de Burberry, la librería inglesa, y varios quioscos de *souvenirs*. Se detuvo en uno y echó una ojeada al escaparate. Postales y camisetas, cristalería, mapas, relojes y navajas suizas. A Anna le gustaban las navajas. Eran herramientas útiles, cuchillas con fines prácticos. De todas las cosas que detestaba de los suizos, su ingenio pragmático no se contaba entre ellas. Mary lo había resumido con los pañuelos que le regaló a Anna por su cumpleaños: «¿De qué sirve un objeto práctico si no se usa?». Los suizos no eran solo maestros de la precisión, eran *Meisters* de la practicidad. Por eso sus relojes son

categoricos, sus navajas están bien afiladas, sus chocolates son tan apetitosos, sus bancos son tan eficientes. Anna estaba cerca de la Paradeplatz, donde se encuentran las sedes de UBS y Credit Suisse. Era inevitable; pensar en los bancos la hizo pensar en Bruno, aunque todavía no estaba preparada para meterse en grandes honduras. En todo momento lo había sabido. Lo había sabido en todo momento. Anna no podía hacerse a la idea, así que ni siquiera lo intentó. Vio su cara en el vidrio y reflexionó sobre su propio reflejo. Era espectral y deforme. Podía ir a donde quisiera. Ir no era el problema. El problema era sentir arraigo. Esa había sido la cuestión desde el principio. Eran cerca de las diez y media de la mañana. Llevaba dos horas vagando sin rumbo, pero no había llegado lejos, ni mucho menos.

«Piensa, Anna», se imploró a sí misma. Mary no estaba disponible. Volver a Dietlikon no era una opción. «Más tarde, quizá». Anna se aferró a esa posibilidad. Si no podía ir a casa, tampoco podía llamar a Ursula. Seguro que a estas alturas Bruno se lo había contado todo, o, si no todo, una versión de lo ocurrido en la que sin duda Anna salía mal parada. Podía llamar a David y Daniela, pero era una opción casi tan vergonzosa como encararse con Ursula. Abrió el teléfono de nuevo y empezó a revisar los nombres de la agenda. Tantos amigos que no tenía. Todos los parientes lejanos con los que no mantenía el contacto. Compañeros de estudios. Amantes.

Incluso mientras marcaba el número sabía que llamar a Edith no era buena idea, y en cuanto contestó, Anna se rindió a la evidencia. «De ninguna manera voy a pedirle ayuda. No pienso dejar que me vea así».

—Ah, Edith, perdona. Me he equivocado de número —dijo Anna para disimular.

—¡Vaya! ¡Bueno, pues que no vuelva a repetirse! —bromeó Edith—. Compénsame. Ven a la ciudad. Yo ya estoy por aquí. Puedes invitarme a almorzar.

Anna fingió considerar la posibilidad antes de decirle que no. Instintivamente miró por encima del hombro. «Zúrich es una ciudad grande, Anna. No tropezarás con ella».

—¡Como quieras! —Y con eso Edith colgó. La conversación duró menos de medio minuto.

«Tienes que irte», había dicho Bruno. Y Anna se había ido.

Anna cruzó el puente en la Bürkliplatz y caminó hacia el sur por la orilla del lago. «Pasaré el día en la ciudad y por la noche, cuando empiece a echarme de menos, le llamaré. Querrá arreglarlo. Se sentirá mal. Ya se siente culpable. Puedo ir a casa y hablaremos». Bruno estaba sereno esa mañana, sumamente sereno. Anna todavía no conseguía identificar esa inquietud. Ir a casa era una opción, pero era la última de la lista.

Anna bajó hasta el Seefeldquai, prácticamente desierto a esas horas. La mayoría de la gente de la ciudad estaba trabajando, y fuera de temporada el turismo es escaso. No le importó. De hecho lo prefería así. El lago era de un azul plomizo y hostil. Aun así, la tranquilizó. Ese era el Zúrich que ella conocía. El consuelo suele estribar siempre en la familiaridad. El osito de peluche de un niño. Llevar tus zapatos

favoritos. En los momentos de desgracia, gravitamos hacia las cosas que conocemos o que sabemos hacer. El día de un funeral, es la obligación cotidiana de hacer la cama, planchar la ropa, lavar los platos, lo que ata a una persona al momento físico y la libera provisionalmente del territorio de su dolor. El consuelo, por tanto, provenía sobre todo de la hostilidad plomiza del lago, sumado al hecho de que Anna estaba acostumbrada a la soledad y a deambular por senderos desolados. De lo contrario se habría sentido peor.

Caminó siguiendo la orilla hasta Zürichhorn, el pequeño muelle donde el lago empieza propiamente a ensancharse. Se sentó en los escalones, pero estaban fríos incluso a través de la falda de lana, así que Anna se levantó rápidamente. En días despejados, el contorno de los Alpes separa la tierra del cielo. «Eiger. Mönch. Jungfrau». Indistinguible pero innegable. Y oculto en un paso de montaña sobre la garganta de Schöllenen, en el cantón de Uri, el Teufelsbrücke, el puente del Diablo. «Jungfrau —Anna meneó la cabeza—. Nosotros planeamos y él se ríe de nuestros planes». A esto se refería la doctora Messerli. A todo esto.

Anna dio media vuelta y desanduvo el camino, sintiendo que con cada paso se le encogía un poco más el estómago. Era la angustia que había intentado ahuyentar todo el día. Suponía que era inevitable. Un recuerdo. Docenas de ellos. Momentos felices y terribles a la vez. Acudían a ella como aves buceadoras. No podía espantarlos. Pero incluso los recuerdos más terribles eran más felices que esto. Anna se sentía desvalida y ridícula. Pasó junto al Jardín Chino. En verano, la franja de césped que lo rodea se llena de familias y gente tomando el sol y haciendo pícnic. Ese día solo había una pareja joven que se besaba cerca de la verja, las manos de él bajo la chaqueta de ella, y las manos de ella metidas en la parte trasera de los vaqueros de él. Una mujer muy mayor adelantó en bicicleta a Anna por la izquierda. Llevaba una falda oscura, medias gruesas y zapatos recios, y el pelo cubierto con un pañuelo rojo y azul. Al pasar tocó el timbre de su bicicleta. A Anna casi le hizo gracia. En Estados Unidos, las mujeres de esa edad no iban pedaleando a orillas de un lago los días grises. Pero Anna no había vuelto a América desde que se marchó. Ni una sola vez. No tenía a nadie a quien visitar y, como en ese momento, ningún lugar adonde ir.

—Hay dos grupos básicos de verbos en alemán —dijo Roland—. Fuertes y débiles. Los débiles son verbos regulares que siguen las reglas habituales. Los verbos fuertes son irregulares. No siguen un patrón. Los verbos fuertes imponen sus propias condiciones.

«Como las personas —pensó Anna—. Las fuertes destacan. Las débiles son todas iguales».

La última cita con la doctora Messerli habría sido el día anterior, pero Anna la había cancelado. «No debería haberlo hecho. La necesito. Ella siempre ha intentado ayudarme». Había pasado un siglo desde ayer. «¿Qué le habría dicho?». Habrían hablado del cumpleaños de Polly Jean y de lo triste que estaba Anna, y Anna le

habría preguntado a la doctora Messerli si creía que el dolor desaparecería algún día. La doctora Messerli la habría escuchado con compasión y habría respondido como tan a menudo solía hacerlo: «¿Qué le peeesa, Anna?». Anna miró la hora en el *Handy*. Era la una y cuarto. La doctora Messerli estaría en la consulta. Anna podía ir hasta allí. Podía decirle que se trataba de una urgencia y la doctora la visitaría. Seguro que la visitaría, ¿cómo no? «¿Esto es una urgencia?». Tampoco dejaba de serlo, eso era obvio. Ya había pasado la hora del almuerzo. Anna estaba en un dilema. La doctora sabía qué hacer. «Sí, eso es. Voy a ir». Era una decisión razonable, competente.

Anna dio varias vueltas antes de orientarse y emprender la marcha hacia la consulta de la doctora Messerli. «Ahora, debo ir ahora», pensó, aunque ya estaba en camino. Cuanto más se acercaba a la Trittligasse, más rápido andaba. El nudo que tenía en el estómago se apretó como una pitón estrangulando a un cerdo. Era una señal de advertencia que Anna ignoró. Apretó el paso. Ahora. «Debo ir. Ahora». El pánico empezó a minar la determinación que la había guiado desde el Utoquai hasta la Rämistrasse. Anna corrió el último cuarto de kilómetro hasta la consulta de la doctora, deteniéndose solo para levantarse del suelo después de tropezar en los escalones adoquinados al principio de la calle. Se arañó las palmas de las manos y se rasgó las medias a la altura de la rodilla. La asaltó el recuerdo de aquel día en Mumpf, cuando se estropeó las medias en la *Waldhütte* donde Karl y ella follaron la primera vez. «¿Cómo he acabado así?». No necesitó decirlo en voz alta. Todos los átomos de su cuerpo gemían. La cara le latía de dolor y el alma le daba vueltas y no podía recobrar el aliento.

Cuando llegó a la consulta de la doctora Messerli, Anna estaba tan fuera de sí que no habría superado un control de alcoholemia. Se tambaleaba. Apenas podía tenerse en pie. Llamó al timbre, pero decidió que una vez no bastaba, así que lo pulsó una y otra y otra más, como si remachara un clavo con el tacón del zapato, a la vez que sacaba el *Handy* del bolsillo e intentaba localizar a la doctora por teléfono. Era más que grosero llamar al timbre y al teléfono indistintamente, y Anna lo sabía. La doctora estaba en una sesión. Las citas son sagradas, no deben interrumpirse. Anna sabía que se molestaría. Pero el día menguaba por momentos y, a medida que sus opciones disminuían, más aumentaba su preocupación. Mientras iba a Zürichhorn había repetido como un mantra «Todo irá bien, todo irá bien», pero al caerse en los escalones de piedra perdió la cadencia y la letanía se transformó en «¿Irá todo bien?». Había perdido la capacidad de consuelo. Cuando en el teléfono de la doctora saltó el buzón de voz, Anna pasó de pulsar el timbre frenéticamente a aporrear la puerta como una desquiciada. «Déjeme entrar, déjeme entrar, déjeme entrar, maldita sea».

Al final la doctora Messerli abrió la ventana y se asomó a la calle. Anna estaba desquiciada y temblaba, su cuerpo se sacudía como un solo músculo conectado a un electrodo. No alcanzó a distinguir la expresión de la doctora desde el tercer piso, pero su ademán era de indignación y enfado. Llevaba las gafas colgadas al cuello con una

cadena, así que ella tampoco advertiría que Anna tenía la cara desfigurada. Con el paso de las horas, se le había hinchado más. Eso tal vez cambiaría las cosas. «¡Si pudiera verme!». Anna masculló un ruego ininteligible. La doctora la interrumpió y le gritó desde arriba. Anna debía parar de llamar al timbre inmediatamente y marcharse. La doctora le telefonaría cuando terminara de visitar a sus pacientes, al final del día. Si Anna sufría una crisis, debía llamar al 144 y pedir que una ambulancia la llevara al hospital. Luego la doctora Messerli cerró la ventana con un golpe furioso, hostil. Anna no la culpaba. «Pero maldita sea, necesito ayuda ahora mismo».

El temor de Anna se endureció. Como una piedra en la garganta o un tumor. Agresivo e inoperable y terminal. La doctora había sido tajante en sus instrucciones. «Llame al 144. Espere a que la llame más tarde. En cualquier caso, márchese. Ahora. Vamos». La ventana cerrada fue la respuesta más categórica del día.

Anna se marchó.

«En el sueño estoy en una clínica con mi madre. Ella lleva un sombrero azul y un bolso lleno de bocadillos. No puedo evitar reírme. Ella se molesta y me riñe. Cuando el médico nos llama, dice que han de operarme el ojo. Me niego a someterme a la operación. Mi madre se enfada. Amenaza con llamar a la policía si no entro en el quirófano. Le digo que adelante. Sale de la consulta hecha una furia. La sigo, pero fuera está oscuro. La busco durante un rato, pero me rindo y decido volver a casa, y en la oscuridad me extravió. Al despertarme, he olvidado que mi madre está muerta. Tardo unos instantes en recordarlo. Cuando me acuerdo, la echo muchísimo de menos. Más de lo que la he añorado en años, más incluso de lo que tengo derecho. Sé que no es así, pero todo parece perdido».

Anna se alejó con estupor de la consulta de la doctora Messerli. La reprimenda de la doctora había sacado a Anna de la histeria como un bofetón. Enseguida se arrepintió y se sintió estúpida.

Iba por la mitad de la Trittligasse cuando su *Handy* vibró. Era Mary. Anna hurgó en el bolsillo y abrió el teléfono.

—Anna, siento no haber podido hablar antes contigo. Estaba en la clase y...

Anna la cortó.

—No pasa nada —dijo. «No pasa nada», pensó. «Mary me ayudará». Añadió una palabra con gran esfuerzo—: Necesito. —No especificó el qué. Necesitaba muchas cosas. Ayuda era solo una de ellas.

—¿Qué necesitas, Anna? ¿Quieres que te lleve algo? ¿Estás en casa? ¿Te encuentras mejor? —Anna intentó contestar todas las preguntas a la vez, y el resultado fue un galimatías. Mary la interrumpió—. Casi no te oigo. Estoy en el tren. De hecho, voy de camino a Dietlikon. Tim me espera allí. Vamos a ese concesionario de coches al lado de la planta de Coca-Cola, ¿sabes dónde te digo? —Anna lo sabía.

Solo había que seguir la calle de la estación. Hasta ese momento los Gilbert se las arreglaban con un servicio de coche compartido, pero Mary se había sacado el carnet de conducir hacía una semana («¿No es increíble? ¿A que sí?», le repetía a Anna, entusiasmada), y como Tim viajaba tanto y los Gilbert ya se habían adaptado a una rutina, decidieron que era hora de comprar un coche—. ¿Podemos pasar luego a veros? ¿Estás en casa? —preguntó de nuevo. Anna intentó decirle que no, pero apenas había cobertura y le pareció que Mary no la oía—. Anna, casi no te oigo y estamos a punto de entrar en el túnel. Hablamos luego. Me alegro mucho de que te encuentres...

La llamada se cortó antes de que Mary pudiera acabar la frase. Anna tendría que conformarse con el deseo de Mary, bienintencionado pero elegido a destiempo: «Me alegro mucho de que te encuentres». Si supiera lo perdida que estaba, no vería ningún motivo de alegría. En cambio, Mary tenía carnet de conducir. Mary se iba a comprar un coche. Mary era voluntaria del personal de apoyo en el colegio de Max y Alexis. ¿Qué más hacía, tenía o era? ¿A qué venían tantas novedades? Los progresos de Mary irritaron a Anna. «¿Por qué ella?». Anna buscó una explicación que la reconfortara o un tópico junguiano que, si no aliviara, situara al menos el resquemor de esa derrota. «¿Derrota? —Anna se reprendió—. En realidad deberías alegrarte por tu amiga». Una respuesta poética al dilema de Anna sería que las tribulaciones moldean el carácter como el fuego forja el acero, y que ella —«¡Vamos, chica, arriba ese ánimo!»— atravesaría las llamas, expiaría sus faltas, y entonces obtendría también una magnífica recompensa. Ella también aprendería a conducir. Se compraría un coche. ¡Tendría una cuenta en el banco! Sería feliz otra vez. Sería feliz por una vez. Sin embargo, la triste verdad se reducía únicamente a esto: Anna ya había recibido su recompensa. Su recompensa era el dolor. Y su carácter ya se había forjado. «No voy a ser mejor persona de lo que ahora soy».

Anna vagó sin rumbo durante la media hora siguiente. El episodio con la doctora Messerli la había arrancado del pánico, pero la conversación con Mary espoleó una vez más la sensación familiar de fuga de la que había huido en la Bahnhofstrasse. «Estoy corriendo en círculos. Vuelvo a estar donde al principio». No era del todo cierto. No corría exactamente en círculos, más bien en espiral. La proximidad de los arcos casi paralelos creaba una ilusión de repetición idéntica. No obstante, con cada vuelta Anna se acercaba un poco más a un centro. Anna había pasado por todos y cada uno de los cuadrantes del espectro emocional a lo largo del día. No había razón para creer que la opresión que la atenazaba cedería. Se aferró a la calma del momento para intentar aclarar sus ideas. Quería tomar decisiones lúcidas mientras pudiera. Y lo que decidió a continuación fue acudir a Archie.

Fue una decisión que no hubo de meditar demasiado —ya estaba en el barrio de Niederdorf—, pero sí le exigía una humildad que quizá no habría logrado reunir de no haber estado tan cerca de la licorería y abrumada al pensar que cuando cayera la noche no tendría a donde ir. Esa necesidad dejaba otras cosas en segundo plano. A

pesar de lo ocurrido entre ellos —o tal vez incluso a raíz de lo ocurrido— sabía que Archie no se negaría a alojarla, al menos esa noche. No habían hablado desde el día del zoo, Anna lo vio por última vez en el funeral de Charles. Acudiría a él, seguro que le daría una bolsa de hielo y una copa de *whisky* escocés y un lugar para pasar la noche. Anna no se atrevía a proyectarse más allá. Miró la ventana de su apartamento, pero estaba cerrada. Había borrado su número del teléfono hacía un mes, así que no podía llamarlo. «¿Quién memoriza hoy en día los números de teléfono?». Anna pasó diez minutos caminando de arriba abajo delante de la licorería antes de armarse de valor para entrar. Y ni siquiera entonces fue valor lo que reunió, sino resignación.

Una campana tintineó cuando abrió la puerta. Un hombre que Anna supuso que era Glenn estaba en el mostrador. Nunca se habían visto. Era más bajo que Archie, y más joven, pero Anna pudo ver el parecido en sus ojos y en el pelo rojizo, rizado y revueltos. Estaba repasando una factura, comparando la lista del albarán con una pila de cajas. Glenn levantó la vista cuando Anna entró.

—¿Puedo ayudarla?

«Sí, Glenn me ayudará —pensó Anna—. Me dirá dónde está Archie».

Anna no había preparado nada que decir. No pudo formar una frase cabal.

—Archie, ¿dónde?

Al ver su cara magullada, Glenn la miró con aprensión.

—No está, señora —contestó con un tono educado pero distante.

Anna seguía sin acordarse de cómo tenía la cara.

—¿Dónde está? —La voz de Anna, en cambio, sonó crispada, hizo la pregunta con ansiedad y dándole una entonación rara.

—En Escocia. Vuelve la semana que viene. —Glenn la escrutó con detenimiento. Vio sus hombros vencidos y el temblor de la mano en la que sostenía el teléfono móvil. El recelo inicial de Glenn dio paso a la inquietud por aquella mujer desconocida—. Oiga, ¿puedo hacer algo por usted? ¿Está bien, señora?

Anna negó levemente con la cabeza y contuvo una risa amarga. «Tiene gracia. Tantos recursos infalibles, y todos están fallando». No, no podía hacer nada por ella.

—¿Perdone? —La risa lo desconcertó.

—Nada. Disculpe las molestias. —Anna estilizó su lenguaje para disimular su desilusión, pero no tenía más que decir. Glenn la llamó cuando se volvió hacia la puerta, pero ella lo saludó con la mano y siguió caminando. Al salir de la licorería, Anna se ciñó el cinturón del abrigo y se estrujó las manos. «Vaya, vaya».

Hacía más frío que antes, y sin embargo había estado solo un minuto dentro. La temperatura cambiaba tan rápido como su estado de ánimo. Se rio otra vez. No se podía reaccionar de otra manera. El día estaba tomando un curso oscuramente divertido. Todas sus vías de escape estaban tapiadas. Todas las opciones de su lista invisible estaban ya tachadas. Las alternativas eran sombrías. «¿Ahora qué? —Trató de escuchar la respuesta en su corazón. Nada. Anna procuró consolarse—. Tranquila, tranquila —se dijo—. Ya encontraremos una salida. Lo conseguiremos. ¡Lo

conseguiremos! —Se sintió arropada por ese plural—. Conviértelo en un juego, Anna. Utiliza a tu favor esta serie de desafortunadas coincidencias. —De nuevo, a coro, volvió a arrullarse—. Tranquila, tranquila». Y con un suspiro se dirigió hacia Stadelhofen.

Anna caminó hasta Stadelhofen y subió la cuesta que empezaba más allá la estación de trenes, cruzó el pequeño parque detrás de la *Kantonsschule*, siguió la doble curva de la calle, giró a la izquierda por la Promenadengasse y continuó andando hasta llegar a la iglesia de Saint Andrew, la parroquia anglicana de Zúrich para la congregación de habla inglesa. Anna había estado allí antes, tres o cuatro veces durante los primeros meses de vivir en Suiza, cuando más añoraba la compañía, pero luego nació Victor, y cuidar a un recién nacido desbancó sus penas y su autocompasión. Después conoció a Edith, y por un tiempo su amistad le bastó. Anna rodeó el edificio hasta llegar a la entrada. «¿Por qué no?». Había caminado hasta allí sin un propósito consciente. Pero entró. Anna deambuló por el presbiterio y el salón parroquial, hasta que encontró un despacho que supuso que pertenecía al cura. La puerta estaba entornada, pero no cerrada del todo. Anna la abrió sin molestarse en llamar.

Según el cristianismo medieval eran ocho, no siete, los pecados capitales. El octavo pecado era la desesperación, y era el único que no se podía perdonar. Porque desesperar es negar el poder último y el reino universal de Dios. La desesperación es el descreimiento absoluto, la entrega a la desesperanza, el repudio de la sabiduría de Dios, de su benevolencia, de su poder. «La depravación total —pensó Anna—. El dolor de hoy siempre ha sido mío. Va destinado solo a mí».

—Creo que necesito ayuda —dijo Anna. «Ayuda». Era la primera vez que pronunciaba la palabra en voz alta en todo el día. No le procuró el alivio que esperaba, y quiso retractarse nada más decirla.

El cura levantó la mirada del escritorio con un respingo.

—¡Oh! —Estaba escribiendo un correo electrónico y no la había oído entrar. La miró tratando de reconocerla entre los miembros de su congregación. Se levantó y le tendió la mano. Anna se la estrechó lánguidamente. El cura señaló una silla libre al otro lado de su escritorio. No pestañeó al ver los hematomas de su cara.

Era un hombre mayor que ella, muy rechoncho, de tez oscura, una barba entrecana y acento galés.

—Sí, por supuesto. Hablemos. —Le sonrió como un abuelo, aunque a lo sumo debía de tener quince años más que ella.

Igual que en la licorería, Anna no había pensado lo que iba a decir. Todas las conversaciones del día se habían perdido en distintas direcciones. «Necesito confesar. Necesito que me tome confesión». Quería contar su historia, toda su historia, a alguien. Bruno no había querido oírla esa mañana. Nadie la había oído nunca. «Contaré la verdad y me absolverá. —Anna respiró hondo con dificultad y exhaló lentamente, armándose de valor—. Contaré la verdad. Y todo se arreglará».

Pero cuando abrió la boca para hablar, lo que salió fue una pregunta.

—¿Cree usted en la predestinación? —No eran las palabras que había pretendido decir, pero no se sorprendió. Cargaba con esa incertidumbre allá adonde iba.

—¿Yo, o la Iglesia?

—Usted. —Anna quería hablar con una persona.

El cura se reclinó en la silla y meditó su respuesta. La cara de Anna le daba razones para tomársela en serio. No le preguntó cómo se llamaba.

—Veamos... —Pensó un instante más—. De acuerdo, señorita. —El cura se acomodó de nuevo en la silla del escritorio y Anna esbozó una sonrisa cuando la trató de «señorita»—. Cuando usted era niña, ¿jugó alguna vez con las fichas de dominó? ¿Las colocaba en una línea y luego las derribaba? ¿Las apilaba? ¿Las desparramaba por el suelo?

—Sí.

—Claro, claro. Todo ese tiempo invertido en ponerlas bien, alineándolas de una manera, para luego ver que con un pequeño empujón todo se cae. —Anna asintió—. Piense en su vida como una larga hilera de fichas de dominó, ¿de acuerdo? Una cadena de días y años. Cada ficha es una opción. Esta de aquí es donde fue usted al colegio. Aquí está la casa a la que se mudó. Aquí está el asado que preparó usted para la cena del domingo... —El cura simuló con mímica que colocaba las fichas con las manos—. Nuestras vidas son causa y efecto. Incluso las decisiones más insignificantes cuentan. Una ficha derriba la otra, que a su vez derriba otra, y otra, y otra. —El cura golpeó con el dedo índice la primera ficha invisible, y con eso, todo el ejército imaginario se desmoronó. Anna casi pudo oír el ruido de la baquelita de color marfil mientras caían las piezas—. Dios reparte las fichas. Nosotros las colocamos en fila y las derribamos. No ejercemos ningún control sobre la suerte que nos toca, pero podemos elegir qué hacemos con lo que tenemos. Y podemos elegir empezar de nuevo, cuando todo se ha desmoronado y se ha roto. Así pues, ¿creo en la predestinación? No. Una eternidad decidida de antemano de hecho me deja sin trabajo. —Ahogó una risita y le sonrió a Anna, que trató de devolverle la sonrisa.

Era una analogía simple, sincera, pensada para una criatura. Una verdad amable expresada con amabilidad, y era un hombre amable quien la decía. Las lágrimas que llevaba esperando todo el día por fin le inundaron los ojos.

Aun así, por más que deseaba creer lo que había dicho el cura, no pudo. Los accidentes que están destinados a ocurrir sencillamente ocurren. Anna había querido que la convenciera de lo contrario. Se había acercado más que nadie.

El cura la miró con lástima.

—Y ahora —continuó—, ¿puede hablarme de esos hematomas? —Anna sollozó pero no dijo nada. El hombre carraspeó, abrió el último cajón de su escritorio y sacó una carpeta. Empezó a pasar las páginas mientras hablaba—: Quiero ayudarla. Pero —añadió sacando una hoja de papel de la carpeta— no estoy seguro de que las cuestiones teológicas sean sus preocupaciones más acuciantes en este momento. —Su

voz paternal era tan tranquilizadora que a Anna le partía el corazón—. Quizá lo más indicado sería que consultara con un profesional. —Le pasó el papel a Anna. Era una relación de los psiquiatras de la ciudad que hablaban inglés. El nombre de la doctora Messerli era el cuarto de la lista—. O, si lo prefiere, puedo llamar por usted...

Anna negó con la cabeza sin mucha convicción. «No, no, no».

El cura estaba esperando a que Anna continuara cuando un golpe en la jamba de la puerta los hizo volverse. Era un hombre alto y enjuto de ojos rasgados. Traspasó a Anna con la mirada como si no estuviera allí y empezó a quejarse al cura sobre la música de la iglesia, la reparación del órgano, el maestro del coro, el coro y, por último, el cura mismo, que no había contestado un correo electrónico urgente con la debida celeridad. El hombre hablaba con impaciencia; su tono era soberbio e imperativo.

El cura le puso mala cara al hombre, que Anna supuso era el organista y que empezó a repicar en el suelo con el pie frunciendo también el ceño. El cura volvió a mirar a Anna y dulcificó su expresión.

—Lo siento mucho. Por favor, será solo un momento. ¿Quiere tomar un té? Le traeré uno.

Anna parpadeó y el cura se levantó y salió del despacho. Oyó que refunfuñaba con el organista mientras cruzaban el salón, y sus pisadas se perdieron en el pasillo.

Anna esperó hasta que dejó de oírlos y entonces se levantó, salió del despacho y se escabulló de la iglesia con la misma desenvoltura triste con que tan a menudo se despojaba de la ropa.

«Así que esto es lo que hay». Y eso era, precisamente: no había más.

Volvió por el mismo camino, pasando frente al colegio de secundaria, cruzando la franja del parque municipal por encima de Stadelhofen, por el paso elevado, y bajando la esquelética escalera de caracol hasta la plaza delante de la estación de trenes, encaminándose al sur hacia el teatro de la ópera y el lago.

Una vez se le ocurrió la idea, no se lo pensó dos veces.

Era un número al que nunca había llamado. «¿Qué hora es?». Eran las tres pasadas en Zúrich. En Boston eran las nueve de la mañana. Se sentó en la escalinata del teatro de la ópera. El teléfono sonó dos veces antes de que contestara.

—Stephen Nicodemus.

Anna no había ensayado lo que iba a decir. No había previsto llamar. Sucedió tan de prisa que fue un acto compulsivo. Carraspeó antes de hablar.

—Stephen.

—¿Sí?

—Soy Anna.

—¿Anna? —Lo había sorprendido, era evidente—. ¡Anna! —Repitió su nombre con efusividad. A Anna se le alegró el corazón—. ¿Cómo estás?

—Estoy... —No iba a contarle cómo estaba. Habló a través de una sonrisa imaginaria—. Estoy bien. —Había una parte de verdad en eso. «Ahora o nunca,

Anna. Di lo que tienes que decir»—. He estado pensando en ti. Quería llamarte para saludar. ¿Sabes? —Él no dijo nada—. Te echo de menos.

Las fichas de dominó empezaron a caer.

Hubo un ruido en la línea inalámbrica. Estaba a siete mil kilómetros de distancia y sin embargo volvían a estar juntos en la misma habitación. La demora era empírica.

—Lo sé. Estuvo bien —dijo él, con un tono sereno pero sincero. No frío, pero realista. «Bien» era una de las últimas opciones que Anna habría elegido para definir lo que hubo entre ellos. ¿Espantoso? ¿Intenso? ¿Indignante? ¿Ígneo? ¿Lamentable? ¿Fructífero? A fin de cuentas, había dado lugar a una criatura, aunque Stephen no tenía manera de saberlo. Pero ¿bien? ¿Qué había estado bien de todo aquello?

—Ya. —Anna no pudo disimular la decepción. Se obligó a medir sus palabras. La última conversación con él no había sido otra cosa que una cadena de histrionismos. El viento le soltó un mechón de pelo del pasador, por enésima vez ese día. Ondeó alrededor de su cara.

Stephen tomó aire.

—Anna. Me importabas, ya lo sabes. —Se interrumpió, sin saber qué decir a continuación—. ¿Comprendes? —Era una pregunta, pero a Anna le pareció un imperativo. «Comprendes».

—Ah. —La boca de Anna había sido una vocal abierta durante todo el día.

La conversación se desvió hacia otras cosas. Anna lo quiso así. Era la manera más rápida de salir de un edificio en llamas, la menos embarazosa, la que mejor le permitiría salvar la cara. Le preguntó a Stephen por sus experimentos, su trabajo, cómo le iba la vida. Stephen dejó que se desviara. Le habló de su investigación. También le contó que se había casado y que su mujer estaba embarazada de una niña. No fue una noticia cruel. Stephen no pretendía que lo fuera, y Anna no la interpretó como tal. Aun así, una puerta se cerró.

«No era yo. Nunca fui yo. Nunca seré yo».

La certeza la golpeó como una maza. El mito sobre el que había construido los dos últimos años de su vida. Qué equivocada estaba. Como si se hubiera confundido de autobús. O hubiera tomado la bebida de otra persona en una fiesta.

Así que eso era lo que había. No había más.

Stephen le devolvió las preguntas. Anna no dijo nada salvo «Bien, bien, estamos todos muy bien». No iba a mencionar a Charles, ¿de qué habría servido? Y desde luego no mencionaría a Polly Jean. Aun así habló despacio, igual que el día que se conocieron, y trató de estirar la conversación todo lo que diera de sí. Pudo oír cómo Stephen asentía y miraba el reloj mientras hablaban. Incluso él sabía que no le había dicho a Anna lo que quería oír.

—Anna, tengo que irme, llego tarde a una clase.

«De acuerdo, Stephen». Fue una contestación completamente deferente.

—Pero me alegro de oírte. Me ha gustado mucho que llamas.

Y eso fue todo.

Eso era todo. Anna se había equivocado. Un error disfrazado de amor. Un autoengaño de casi dos años; ya podía caminar por sí solo y formar frases completas al hablar. «¡Mío!», aullaba. Nunca había aprendido a compartir. Anna había llamado a Stephen. Y ahora lo sabía. Había estado correcto con ella, ilusionado, y de verdad se alegraba de tener noticias suyas. La aventura, sin embargo, le parecía tan remota como vasto es el océano Atlántico y largos son dos años. Había estado bien para una temporada. Pero las temporadas pasan.

«Y ahora lo sé».

Se levantó de la escalinata, se alisó la falda y miró alrededor antes de decidir adónde iría a continuación. Atravesó la Bellevueplatz, donde en verano el Ayuntamiento de Zúrich montaba una noria y durante el mundial instalaba pantallas gigantes y gradas para que todo el mundo pudiera reunirse y animar a la selección suiza. *Hopp Schwyz!*, era el grito que coreaban. «¡Vamos, Suiza!». Anna caminó por el Quaibrücke, el puente que cruzaba el Limmat desde la Bellevueplatz hasta la Bürkliplatz. Cuando llegó a la mitad del puente, se volvió hacia el sur y contempló los Alpes. Los miró fijamente, como si fueran a desaparecer si apartaba la vista. «Montañas, no significáis nada para mí», pensó Anna, aun sabiendo que no era verdad. Significaban algo para ella, pero nada bueno. «Los Alpes son la puerta tras la que estoy encerrada». Qué cansada estaba de sentirse prisionera. Abajo, un cisne chapoteaba en círculos en el agua. Tenía las plumas negruzcas y apelmazadas, y graznaba y le gruñía a su propio reflejo alabeado por las ondas. «Hasta el cisne más feo es más bello que el cuervo más bonito de la valla —pensó Anna. Y luego pensó—: Es hora de romper la valla». Y entonces, sin detenerse a calcular las consecuencias, sacó el teléfono móvil del bolsillo y lo tiró al agua fría y grisácea. Fue un acto impulsivo y justo el que había que hacer. Anna se sintió ligera como hacía meses que no se sentía. Se frotó las manos como si acabara de rematar una faena y se dijo: «Bueno, ya está hecho».

Un gancho se destrabó de su anclaje. Se abrió una puerta. Un haz de luz espectral iluminó el lugar exacto donde estaba Anna.

Era hora de irse.

—La forma más esencial de un verbo es el infinitivo —dijo Roland—. No se conjuga, así que no es finito. Sus posibilidades no se han explotado aún. Que alguien dé un ejemplo de un verbo en infinitivo.

—*Leben* —dijo Nancy. «Vivir».

—*Versuchen* — dijo Mary. «Intentar».

—*Küssen* —dijo Archie. «Besar».

Cada verbo abría un abanico de posibilidades. Siguieron diciendo otros. *Fragen*. «Preguntar». *Nehmen*. «Coger». *Lügen*. «Mentir». *Laufen*. «Correr». *Sein*. «Ser».

—¿Anna? —Roland la miró esperando que dijera un verbo. Anna tenía una docena en la punta de la lengua, pero se decidió por uno. *Lieben*. La forma en infinitivo del amor.

«Porque —pensó Anna— si el amor no es infinito o eterno, no quiero nada de él».

Anna caminó a paso tranquilo, suelto. «Es hora de pensar en el futuro —pensó—. Es hora de pensar en pensar en el futuro». Entró en la estación central por el vestíbulo. Los miércoles montaban allí un mercado enorme de productos agrícolas. Había más de cincuenta puestos. Hortelanos locales, bodegas, fabricantes de quesos artesanales, charcuteros, panaderos y reposteros de crepes..., una lista amplia y variada de comerciantes. Anna procuraba ir todas las semanas. Compraba aceite de oliva ecológico y salchichón de ganado de montaña, y solía darse el capricho de tomar un cucurucho de almendras garrapiñadas o una *Schoggibanane*. En navidades el vestíbulo estaba aún más lleno de tenderetes y puestos de comida de temporada y artesanías, todos apretujados alrededor de un inmenso árbol de Navidad. Aquel día estaba desierto y no había ningún puesto. Cualquier ruido hacía eco. La corriente de aire atravesaba el edificio. Anna sintió frío.

Y aun así se demoró en el vacío diáfano, reconfortándose en la queja entrecortada y hueca de sus pisadas mientras cruzaba el inmenso vestíbulo. Se detuvo debajo del ángel que custodiaba la estación, aquella extraña escultura de una tonelada hecha de a saber qué material colgada de las vigas del techo. «Dios, qué horrendo es», pensó. La habían instalado hacía diez años. Anna y el ángel llevaban prácticamente el mismo tiempo viviendo en Suiza. La escultura tenía una cabeza de alfiler, un rostro sin rasgos definidos e iba vestida con una especie de corsé que le realzaba los pechos y un vestido minifaldero. Las alas estaban agujereadas. Los estampados de la ropa desentonaban. Y la figura era gorda. Anna había leído que el artista quiso evocar en la silueta lozana y robusta del ángel una feminidad igual de rotunda, reivindicar la actitud de las mujeres autóctonas a las que les resbala lo que piensen los demás. Arte moderno para mujeres modernas. No era de extrañar que Anna no la soportara. Tampoco le interesaba la instalación de la otra punta del vestíbulo: veinticinco mil bombillitas insertadas muy juntas en un rectángulo tridimensional que también colgaba del techo. Variaban de intensidad en combinaciones cambiantes de color, diseño y profundidad. Las lucecitas se atenuaban, resplandecían, se estancaban, parpadeaban. El efecto era hipnótico y omnisciente. Como es a veces la luz.

La noche anterior, sin ir más lejos. La cocina nunca había parecido tan inhóspita bajo los tubos fluorescentes del techo. De hecho, Anna nunca había visto una luz tan cruda. Nada quedaba en la sombra. La doctora Messerli le había advertido que ese solía ser el efecto más común de la toma de conciencia, y estaba en lo cierto.

Anna echó atrás la cabeza y miró la caja luminosa. Gradación hacia el rosa. Gradación hacia el amarillo. Fundido en blanco. «Ay, Anna. Tantas mentiras para una sola vida... —Las luces se volvieron azules—. Me pregunto cuál es la peor». Ella nunca se lo había preguntado. Pero la respuesta era fácil.

«Nunca he estado ni mucho menos tan sola como siempre digo que estoy».

La verdad era que podía llamar a alguien. Había gente a la que recurrir. Su prima

Cindy, por ejemplo. De niñas habían sido inseparables, casi como hermanas. Puede que Anna hubiera cambiado su número por el de Stephen en los contactos del teléfono móvil, pero lo conservaba. Estaba en casa, en alguna parte. Podía encontrarlo, a pesar de que no la hubiera llamado hacía años. Y también había una tía por la otra parte de la familia con quien Anna había mantenido cierto contacto. Dos años antes pasó por Zúrich en un *tour* europeo y estuvo un fin de semana con los Benz. Anna casi lo había olvidado. «¿Cómo he podido casi olvidarlo?». Y las chicas de su antiguo barrio. Hacía casi dos décadas que no hablaban, pero habían crecido juntas y sus familias eran amigas. Llamar a alguna de ellas por sorpresa tampoco sería tan raro. O incluso a su profesora favorita, la bibliotecaria del instituto que un día encontró a Anna escondida en las estanterías, consumida por el abatimiento que la corroía. Le enjugó las lágrimas, le ofreció un refresco y le dijo: «Cielo, no hace falta pasarlo tan mal», unas palabras que en aquel momento bastaron. Anna se había mantenido en contacto con ella durante la universidad. La profesora fue al funeral de sus padres. Asistió a su boda. Había pasado más de una década, pero podía llamarla, ¿verdad? Claro que podía. Podía llamar a cualquiera de esas mujeres.

Sin embargo, su teléfono estaba en el fondo del lago. Y en cualquier caso llamar no significa ni mucho menos confiarse a alguien. En general, a Anna le resultaba más fácil soportar su carga que compartirla. El esfuerzo necesario para explicarse sería mayor que el peso de la aflicción que llevaba dentro, se decía. Refugiarse tras un muro le evitaba el riesgo de acercarse de verdad a otra persona y la pérdida inevitable que siempre acompaña al amor. Liberarse de la preocupación de los demás cumplía también un propósito siniestro. Había menos gente a la que Anna tuviera que rendir cuentas. Era la manera más fácil de mentir sin que te atrapasen: conseguir no importarle a nadie.

Las luces pasaron de nuevo al rosa, que palideció hacia el blanco, cada vez más blanco, un blanco radiante. Anna estaba sola, en efecto. Ella misma lo había orquestado así. Pero la mayor mentira era que su soledad había sido inevitable. Obligatoria. Predestinada. Todas las demás falsedades eran solo tentáculos de esa misma estrella de mar.

En el gigantesco panel de llegadas una serie de números relampagueó mientras se actualizaban los horarios. Anna miró el reloj de la estación. En quince minutos podría coger un tren a Dietlikon. No estaba preparada para eso. Atravesó la estación hasta el otro lado.

Diez minutos después cruzó uno más del inagotable repertorio de puentes que tiene Zúrich y torció hacia el norte. «Todos estos malditos puentes». La doctora diría que simbolizaban la transición, un viaje de un estado del ser a otro.

«Bueno, es lo que hay —se dijo una vez más—. Qué cosa tan rara, haber creído en el amor».

Pero no era amor. Era una versión del amor. Todas son versiones del amor. Diez minutos después estaba en la Nürenbergstrasse. Ni siquiera miró de reojo hacia la

casa de Stephen. Estaba curada de eso.

La última de las cartas que Anna le había escrito a Stephen y nunca llegó a mandar era muy breve: «Si lo nuestro no lo significaba todo, no significaba nada. Si yo no era lo que más importaba, era lo que menos importaba». Al escribirlo deseó que no fuera cierto. Ahora no había duda. A pesar de todo se alegraba de haber llamado, se alegraba de que Stephen hubiera contestado. Y se alegraba de comprenderlo al fin. «Sí —pensó Anna—. Lo comprendo. El corazón es un músculo, no un hueso. En realidad no se rompe». Pero los músculos se pueden desgarrar. Echaba de menos a Charles con una desesperación imposible de nombrar y que la acompañaría mientras viviera. «El resto de mi vida». Y lamentaba que su matrimonio se hubiera malogrado. Y todo ¿por qué? Anna hizo un gesto invisible de indiferencia. En cierto modo no importaba. En el lapso de un día y a la sombra del cascarón del falso amor, Anna se había reconciliado consigo misma: «Lo hecho, hecho está». Era una manera de estar en paz.

Faltaba poco para las cuatro y media. Había tardado una hora y media en cruzar la ciudad. Había llegado a Wipkingen aproximadamente a la misma hora que el tren de Dietlikon.

La primera pelea de Anna y Bruno en suelo suizo ocurrió en ese mismo andén. Apenas hacía una semana que se habían mudado, y Anna no sabía las combinaciones de los trenes. Bruno le había pedido que se encontrara con él en la estación de Wipkingen, pero ella perdió el tren que en principio debía tomar. Cogió el siguiente, pero cuando llegó, Bruno ya se había ido. Anna no tenía teléfono. No sabía cómo volver a casa. Así que hizo lo único que podía hacer. Se sentó en un banco y se echó a llorar.

Cuando Bruno apareció, una hora más tarde —había vuelto a Dietlikon al ver que no llegaba, y volvió a Wipkingen al no encontrarla tampoco—, estaba hecho una furia. Ella intentó explicarse, pero él se cabreó y gruñó y la agarró del brazo y le dijo que llegaban tarde —a qué, ya no se acordaba— y la hizo salir de la estación sin una palabra. Qué enfadado estaba aquel día. Qué enfadado estaba anoche.

«Un corazón no se divide a menos que deba», le había dicho maliciosamente a la doctora Messerli una vez. La doctora no contestó.

Vaya día. Anna sentía ahora una extraña calma. Mientras se aproximaba a la estación, se preguntó cómo le explicaría Bruno a Víctor su ausencia. «Le dirá que he ido de viaje, y luego saldrán por ahí a comer una *pizza*». Ese era el escenario más probable. Empezó a echar de menos a Víctor tanto como echaba de menos a Charles. Cuántas veces no había podido evitar quererlo menos. Y ahora, finalmente, se avergonzaba de ello. «La vergüenza es la sombra del amor», pensó. Y entonces pensó en Polly y se preguntó si la otra hija de Stephen se parecería a ella. No se lo había contado. Nunca lo haría. Polly Jean nunca sabría que tenía una hermana.

Había sido un día de revelaciones. De conexiones perdidas. De sentimientos heridos. Falsas ilusiones. Desesperación. Despropósitos. ¿Había hecho algo que no

podiera repararse? Probablemente. Pensó en Suiza. Donde una mera sonrisa delata que eres norteamericana. Donde lo que no está prohibido es obligatorio. Fría, eficiente Suiza. Donde las mujeres son bonitas y los hombres van bien arreglados y todo el mundo parece tan decidido. Suiza. El tejado de Europa. Esculpida de glaciares. Más bella donde más inhabitable es. Suiza, con sus veintiséis cantones limpios y ordenados. Industriosa Suiza. Novartis. Rolex. Nestlé. Swatch. A menudo Zúrich aparecía en la lista de las mejores ciudades del mundo. Anna reflexionó sobre eso, y al final reconoció que si ella no hubiera estado tan triste los últimos nueve años podría haberlo visto así. Le deseó a Victor una esposa suiza atenta. Le deseó a Polly la libertad para marcharse, si alguna vez lo deseaba.

Y entonces pensó otra vez que los recursos infalibles a veces fallan. Los mejores buques acaban en el fondo del mar, y los cohetes no siempre sobreviven a la reentrada en la atmósfera. El amor no viene dado. Nadie tiene prometido el mañana. Anna se había equivocado con cada hombre que amó o creyó amar. Se había equivocado con todo. Había entrado en su propia vida cuando la función ya había empezado. Se había confundido a sí misma con la actriz que la representaba.

Y pensó en el destino. Cómo la suma de sus días acababa sintetizada en este momento. La trama de su vida era un argumento ya publicado. Todo está decidido de antemano. Todo está predeterminado. «Las cosas que hago, no puedo evitarlas. Todo lo que vaya a ocurrir, ya ha ocurrido». ¿Qué había aprendido sobre los verbos? En los tiempos del pasado y el futuro, el verbo iba al final. Y en el presente, seguía al sujeto. Allá adonde ella iba, le pisaba los talones. Lo llevaba a rastras como un saco de piedras.

Y pensó en la doctora Messerli, que, Anna ahora estaba segura, se equivocaba; el problema no era que su cubo estuviera vacío, el problema era que estaba lleno. Tan lleno que desbordaba. Lleno y pesado. Anna no tenía fuerzas para cargar con él. Tendría que derramarlo. «¡He decapitado a la serpiente, doctora! ¡Mire lo que he hecho!».

Pensó en el bosque detrás de su casa. Pensó en la colina. Pensó en su banco. Pensó en Karl y Archie, por mera costumbre. Pensó en Mary. Habían pasado menos de veinticuatro horas desde que la vio por última vez, pero Anna deseó que estuviera allí ahora. Nunca había tenido una amiga tan íntima como para añorarla. Intentó pensar en Edith, pero no sirvió de nada. Se preguntó qué les contaría Ursula a las mujeres del *Frauenverein*, si llegaba a contarles algo. Pensó en su madre y en su padre. Cuántos años terribles sin el amor de su padre, sin la comprensión de su madre.

Pensó en Bruno, al que había amado. Ahora ya no, pero lo había amado. Y Bruno también la había amado a ella. «Fui una buena esposa, en el fondo».

Y pensó en el fuego.

Llegó al andén de la estación de Wipkingen tres minutos antes que el tren. El día la había dejado exhausta. Estaba demasiado cansada incluso para sentir angustia. Eso

era una novedad, aunque no la única. No le quedaba nada de qué preocuparse. Qué libertad. Eso la tranquilizó. Apostada en el centro de su propia espiral, supo que no había vuelta atrás. Anna se sintió serena, cándida y en perfecto equilibrio. «No permitas que acabe así», había rezado. Pero así era como iba a acabar.

Miró el reloj de la estación. Luego, las vías. Luego, el túnel. Luego cerró los ojos.

El resto de la tarde y hasta bien entrada la noche, los trenes de la ciudad circularon con retraso.

Agradecimientos

Un océano de gratitud a mi primera y mejor lectora, Jessica Piazza, que no me permitió abandonar. Y a mis otros lectores: Emily Atkinson, Lisa Billington, Janna Lusk, Laureen Maartens, Neil Ellis Orts: con cariño —todo mi cariño—, gracias.

Merci vielmal a Stefan Deuchler, mi principal fuente sobre todo lo relacionado con Suiza.

Mi gratitud a Gina Frangello por publicar un adelanto de mi novela en *The Nervous Breakdown*.

Mil gracias a todos los que me guiaron a través del proceso de escritura y edición: a mis colegas en el programa de Escritura Creativa de la Universidad de California, Riverside, especialmente a Tod Goldberg, por darme la mano y convencerme de no tirar la toalla, y a Mark Haskell Smith, mi guía espiritual literario y asesor de cabecera; a Nick Hanna, la primera persona que me dijo que siguiera adelante con esta historia; a Michelle Halsall, diplomada en psicología analítica junguiana y consejera de primer orden; a Susana Gardner y Andrea Grant, expatriadas como yo, que con su amistad me salvaron la vida; a Sivert Høyem y Madrugada, cuya música inspiró la escritura de este libro y cuyas canciones han acabado por ser, en mi conciencia artística, las canciones de Anna; a Axel Essbaum, con quien me embarqué en la aventura de abandonar mi país hace tantos años; a Anna Tapsak, que me dejó acribillarla sin tregua una noche sobre la vida en la Suiza de provincias; y a Jill Baumgaertner, Reb Livingston, Cheryl Schneider, Jay Schulz, Louisa Spaventa, Becca Tyler y Andrew Winer, sin cuya amistad y aliento nunca habría logrado salir adelante. Ni lo habría deseado.

Inagotables agradecimientos a Sergei Tsimberov, que allanó las primeras etapas de esta experiencia y que con la sagacidad de sus correcciones y comentarios es en parte responsable del libro que leen hoy.

Inconmensurable gratitud a mi agente, Kathleen Anderson. No hay ninguna canción lo bastante fervorosa para expresar cuánto la aprecio.

Gracias colosales también al National Endowment for the Arts. Una parte de este libro se escribió bajo los auspicios de una beca de creación literaria. El apoyo económico fue providencial. El aval creativo fue una bendición.

Gracias, de entre todas las gracias, a mi editor, David Ebershoff, que me alentó a perseverar a pesar de mis frustraciones ocasionales y mis recurrentes momentos de pesadumbre. Gracias también a Denise Cronin y a todo el maravilloso equipo de derechos. Y a Caitlin McKenna por su apoyo y su ayuda, y a Beth Pearson por su inagotable paciencia. Gracias, por último, a Random House. A todo el mundo. Habéis hecho que Anna y yo nos sintamos enseguida como en casa.

A la encantadora localidad de Dietlikon, que me acogió una breve temporada.

Y a mi marido Alvin Peng. Que es mi favorito en todo.

Y para concluir: yo no soy psicoanalista, y por lo tanto las palabras de la doctora

Messerli no deben interpretarse más que por lo que pretenden ser: ficción. Si alguna vez se sienten tan desesperados como Anna, por favor —se lo ruego— busquen ayuda.



JILL ALEXANDER ESSBAUM (Texas, 1971) es autora de varios libros de poesía (incluyendo *Heaven*, que obtuvo el Katherine Bakeless Nason Prize), editora y profesora en el Programa de Máster de Escritura Creativa de la Universidad de California. Su obra poética, en la que se dan cita el humor negro y los constantes juegos con el lenguaje, ha aparecido en *The Best American Poetry* y goza de gran reconocimiento en Estados Unidos.

La buena esposa es su primera novela, un debut acogido con entusiasmo por la crítica y el público. Después de residir unos años en Suiza, actualmente la autora vive y trabaja en Austin, Texas.